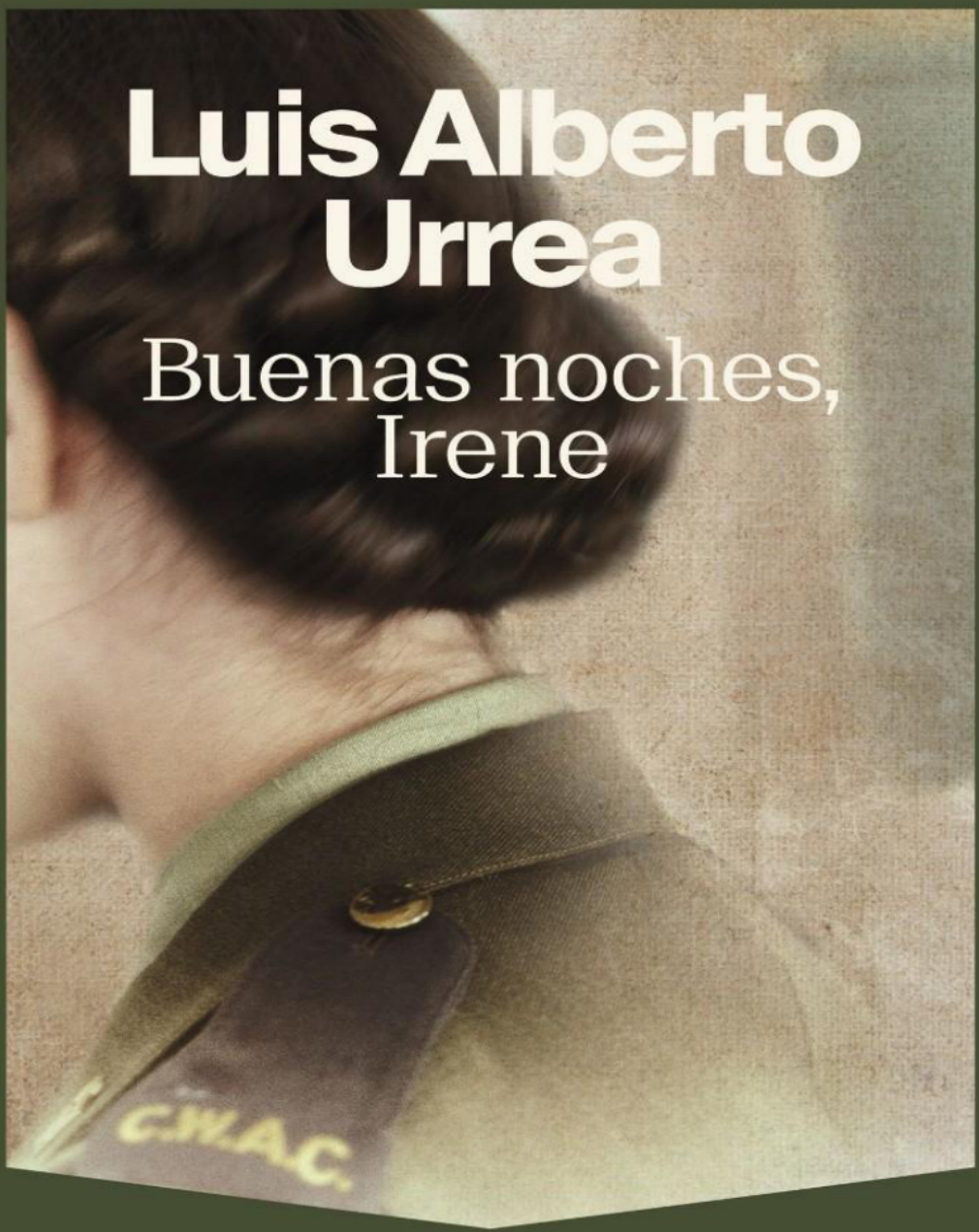
Luis Alberto Urrea

Buenas noches, Irene



AdN

Luis Alberto Urrea

Buenas noches, Irene

Traducido del inglés por
Francisco González López

AdN

Dedico este libro a mi madre,
Phyllis de Urrea (1916-1990).

Durante la Segunda Guerra Mundial era conocida como Phyllis McLaughlin.

Trabajó junto con Jill Pitts Knappenberger y Helen Anderson en el Cuerpo de Clubmobiles de la Cruz Roja Americana, a bordo del Cheyenne, recorriendo las carreteras y lugares que se visitan en la presente novela.

D. E. P., heroínas.

* * *

Y esta línea se la dedico especialmente a Cinderella, por acompañarme en esta aventura durante miles de kilómetros, por visitar conmigo innumerables museos y almacenes y ruinas y archivos y países y crematorios. Por ayudarme a entrevistar a supervivientes y a expertos. Y por leer cientos de borradores.

Todo, siempre.

Hay quien cree que somos muy valientes, pero en realidad es el desconocimiento lo que nos hace no tener miedo. Otros creen que somos unas mocosas…, algunas lo somos. Otros piensan que esta ríamos mejor en casa, que es el lugar que solía corresponder a las mujeres… hace doscientos años o así. Otros se nos quedan mirando, mueven la cabeza con incredulidad. Algunos nos vitorean, otros gritan y saludan; todo el mundo nos saluda. Te devoran, te veneran, algunos creen que eres humana y otros no… Eres una chica de la Cruz Roja. Tu misión es repartir tentempiés y encanto. Eres una recluta atractiva y graciosa. Eres carisma con patas.

Carta anónima de la Segunda Guerra Mundial
The Clubmobile—The ARC in the Storm
MARJORIE LEE MORGAN

No comprendo cómo puede usted
pasar y no verla.

Irene
JOAN MANUEL SERRAT

AMERICAN
UBMOBILL

PRIMERA PARTE
Así es como recordamos

1

Y entonces Irene Woodward huyó de Nueva York y se fue a la guerra.

Era principios de octubre de 1943. Tenía veinticinco años. Metió la carta de admisión oficial en el monedero. Nunca se había presentado voluntaria a nada en su vida. Además de eso, en el bolso llevaba la dirección del hotel de Washington donde debía presentarse, la hoja de reserva y la cita para el examen médico y la administración de vacunas en el Pentágono. El Departamento de Guerra no le había costeado el billete. Tampoco la Cruz Roja. Algunos de los documentos tenían estampado SECRETO. Los llevaba escondidos en el fondo del bolso en bandolera, que estaba encima de la maleta, sujeto mediante correas. Se sentía peligrosa, como una prófuga. Nadie estaba al tanto, se había marchado cuando nadie miraba. La emperatriz de las huidas.

Y cuánta intriga; la habían entrevistado muchas veces. Tuvo que ir de tapadillo a las oficinas de la Región Atlántica para que la inspeccionasen. Recoger subrepticiamente las cartas de recomendación para que nadie de su familia supiese lo que estaba haciendo. Se había alistado como trabajadora en la Cruz Roja Americana y se había ofrecido como voluntaria para el extranjero. El tiempo que durase la guerra —fuera lo que fuese, salvo lesión o falta grave— y seis meses más. La aceptaron y tuvo que completar dos semanas de formación en la Universidad Americana de Washington D. C.

La mañana que abandonó Nueva York, el aire era lo bastante frío como para ponerse una blusa blanca de manga larga bajo un jersey rojo pálido. Le vino bien, ya que no quería que nadie se fijase en sus brazos. Se alegró de no necesitar bufanda. Se había maquillado los ojos con sumo cuidado; era una experta en correctores antiojeras. Estaba segura de que nadie se daría cuenta. Quizá pareciese que había llorado un poco por tener que irse. No obstante, sobre la cabeza llevaba unas gafas de sol que sus amigos llamaban «las tramposas». Muy oscuras. Muy Bette Davis. Por lo que pudiera pasar.

Su anillo de compromiso estaba en el desagüe de la calle Veintiocho Este, a medio camino entre Lexington y Park. El taxi la había recogido allí aún a oscuras. Probablemente el anillo iba rodando alcantarilla abajo, camino del río.

Antes de estar prometida, Irene había dejado Staten Island y se había mudado a Washington D. C., según contaban, para encontrarse a sí misma. En una familia cuya tía mayor se hizo famosa por ser la primera mujer blanca en remontar el Amazonas, este tipo de cosas se veían con normalidad.

Irene había emprendido sin éxito varias carreras profesionales en Washington, pues era irremediablemente inquieta y nunca estaba satisfecha. Primero fue secretaria de un congresista. Luego estuvo trabajando como vendedora de joyas en una boutique de lujo. Demasiado orgullosa para pedir dinero a los Woodward, llegó a trabajar como institutriz para una familia prominente. Cuando se vio vendiendo entradas por la noche en un teatro de *burlesque* e incluso contemplando la posibilidad de trabajar como camarera en una cafetería, supo que había llegado el momento de admitir la derrota y regresar a casa.

Los tres últimos años había estado trabajando a destajo en la tienda de antigüedades de Madre, incluso se quedaba al cargo de la tienda cuando su progenitora iba de viaje en busca de nuevas adquisiciones. Woodward's Antiques representaba el máximo logro de Madre e Irene tomó diligentemente el relevo. Para la familia, el nombre mostrado en el escaparate era casi más importante que los artículos que vendían dentro. Los anclaba, sobre todo a las mujeres, a determinado estatus en la sociedad local que era independiente de con quién contrajesen matrimonio. Ante todo eran Woodward, matriarcas de Nueva York.

Pero fue en la tienda de antigüedades donde Irene conoció a su notorio pretendiente, el hijo de una importante familia relacionada con la política. Unas cuantas cenas regadas con exquisito champán y otros tantos ramos de flores para Madre bastaron para que la familia decidiese que él era exactamente lo que ella necesitaba. Madre inició su particular campaña, recordándole a Irene que ya tenía una edad, pese a que acababa de cumplir veintitrés años cuando él le propuso matrimonio.

Ella sentía cariño por aquel joven, pero no tenía ninguna intención de casarse con nadie. Había vivido de cerca los matrimonios de su madre y era algo que escapaba a su interés. Vivía en la segunda residencia de esta, un ordenado apartamento en la segunda planta de un edificio de arenisca del que Madre solo hacía uso en ocasiones especiales o cuando iba a la parte alta de Broadway a comprar antigüedades para la tienda. Irene sabía que nadie de su familia habría tenido a bien que ella se fuese a vivir con su pretendiente. Habría sido un escándalo que la perseguiría para los restos. Así que no lo hizo. Lo que, por supuesto, reforzó su decisión de meterlo a escondidas en el apartamento siempre que podía.

Si había aceptado la propuesta de matrimonio había sido por insistencia de los Woodward. No se trataba de dinero; al fin y al cabo, eso era lo de menos. Aunque a nadie le desagradaba su patrimonio, por supuesto. Simplemente era algo de lo que no se hablaba. Era una cuestión de índole social. Las posibles consecuencias de los contactos del joven. El padre era oficial de alto rango de la Marina, uno de los que asesoraban a Roosevelt. Y su hijo estaba destinado a ser un político de extraordinarios méritos. Su familia entera quería ser su novia, pensó Irene. Con respecto a su prometido, ella también tendría que lidiar con la familia de él, la cual anhelaba que su hijo se desposase con una buena mujer, adecuada para su clase. Ella había conseguido aplazar la boda dos años enteros, y ahora esto.

No lo aprobarían y eso le arrancó una leve sonrisa en la oscuridad del taxi. Se quedarían horrorizados, pero tampoco les sorprendería tanto. Irene era famosa por sus huidas: una vez, en la casa familiar de Staten Island, saltó por la ventana del segundo piso para escapar de un terrible padrastro. Aterrizó en la nieve y se dirigió a trompicones a su arboleda secreta en el bosque. Pero la huida más infame tuvo lugar después de la batalla a gritos con Madre tras este suceso, el sábado siguiente, cuando cogió todo el dinero de la caja que su progenitora guardaba en la despensa y se fue a la ciudad, donde tomó un Ford Trimotor rumbo a Virginia Occidental para ver a su tía Sarah, a quien llamó desde el aeropuerto de Charleston. Tenía trece años. Nadie se dio cuenta de que se había ido hasta que su tía telefoneó a Madre para preguntarle cuánto tiempo pensaba quedarse la niña en su casa.

A Irene se le escapó una risita.

Las monjas de Staten Island le pidieron en cierta ocasión que saliese del cascarón. ¿Qué significaba eso de salir del cascarón? ¿Y a dónde exactamente? No les hizo ningún caso. Y tampoco a la recomendación de escribir «Jesús» en un trozo de papel y meterlo en un zapato para que cada paso fuese como una oración automática. Ella ni siquiera era católica. Pero, mira por dónde, ahora estaba saliendo del cascarón.

El taxi atravesaba la oscuridad mientras las lindes de la noche se incendiaban en el este, recortando las siluetas rojas de los edificios.

Irene se quedó en silencio.

El taxista la dejó en la Séptima Avenida. Caminó hacia Penn Station tratando de conservar la elegancia mientras tiraba de las maletas. Ochenta y cuatro columnas de granito ligeramente rosado le dieron la bienvenida. Aquella mañana, una tempestad de pasos y gritos y portazos y anuncios por megafonía resonaba en el vasto interior de la estación, cuyo diseño estaba inspirado en las termas de Caracalla. Iba a echar de menos Nueva York.

El sol se había quedado rezagado en el cielo tras ella. La luz se colaba por las claraboyas del techo y llegaba hasta el retumbante suelo. Parecía un templo antiguo, como una catedral extraña. Cada vez que entraba allí, volvía a tener siete años. Ancianos y niños vendiendo periódicos. Un desfile de sombreros y multitud de acentos e idiomas extraños que ella aún no había oído. Soldados y marineros despatarrados en los bancos, fumando. Señores negros de uniforme empujando carros de equipaje que tal vez fuesen cofres de municiones. Se quedó mirando su querido laberinto. ¿Qué minotauro la esperaba? «Maldita sea, Irene, ¿por qué tienes que tienes que ser tan exquisita?» Esas fueron las palabras que él le había dicho con sosegado desdén la noche en que todo saltó por los aires.

Entregó las maletas a un mozo de equipajes que estaba en el vestíbulo principal y se quedó con la bandolera de cuero y el bolso colgados del mismo hombro, una sobre el otro.

En el segundo llevaba el último ejemplar de las revistas *Vogue* y *New Yorker,* el que contenía el cuento más reciente de John Cheever. Aunque a veces no los entendía bien, siempre la invadía una deliciosa melancolía al leerlos. También llevaba cuadernos, lápices y bolígrafos, una lata de caramelitos de frambuesa, pintalabios y maquillaje en polvo, peines y la novela de papá Hemingway sobre la guerra. El bolso pesaba mucho. Debajo de todos estos objetos, enterrados a buen recaudo, estaban sus documentos oficiales. A su alrededor olía a frutos secos tostados, palomitas, café, puros, pipas, colonia y cigarrillos Chesterfield.

El mozo la condujo a la zona de embarque entre trenes. La que podría haber sido la voz de Zeus si este fuera de Queens bramó por los altavoces: «Pasajeros del tren 107, embarquen por la vía tres».

El mozo metió las maletas en el vagón de equipajes.

—Muchas gracias —dijo ella y le entregó cincuenta centavos de propina.

La piel del muchacho era del color de la noche. Irene se percató del cuidado que puso en no rozarle la mano cuando ella dejó caer las monedas sobre su palma.

—Dios la bendiga, señorita —contestó él—. Y Dios bendiga a América.

En un cartel de propaganda pegado a una columna cercana se veía a un soldado coronando un escarpado pico con la bandera estadounidense ondeando al viento. BONOS DE GUERRA.

—Vamos a ganar —dijo Irene.

—Claro que sí.

—Pase lo que pase.

—No puede ser de otra manera —convino el mozo.

El revisor del tren se acercó a ella con su elegante gorra y la cogió por el codo; le recordó a su tío Will, hasta llevaba las mismas gafas doradas. La ayudó a subir al vagón. Se acomodó en un luminoso asiento junto a la ventanilla, en el lado izquierdo del tren, el mejor para ver el bosque y vislumbrar el agua en dirección sur. Quería ver el pequeño continente de Staten Island para despedirse de él. Su pueblo, Richmond, con sus casas encantadas de la época de la guerra de Independencia. Aquel islote destartalado que parecía encogerse de hombros bajo la sombra de Nueva York siempre se le antojó simpático, como un anciano tomando un café en la entrada de su casa.

Se deleitó pensando en el caos que había dejado atrás, en el apartamento. La llave bajo el felpudo, como siempre. Ni una mísera nota. Todas sus fotografías arrancadas de los álbumes. La ropa y los zapatos que no había metido en la maleta habían ido a la basura.

Él entraría y notaría algo raro. Abriría un cajón. Se sentaría a la mesa y se tomaría un vaso de whisky. Irene se dio cuenta en ese momento de lo ridículo y predecible que era. Se pondría furioso al saberse vencido. Tendría lugar un periodo de silencio, varios días, seguido de una llamada telefónica a los Woodward dando muestras de una preocupación aún sensata. Le preguntaría a Madre si había visto a Irene. Y, si no estaba, probaría en la casa de campo de Mattituck, en Long Island. No cejaría en su empeño. Sus sospechas empezarían por la propia familia: seguramente llegaría a la conclusión de que se trataba de un complot para humillarlo. Sonrió satisfecha. Ella tampoco se lo había contado a su familia.

Colocó el bolso en bandolera en el asiento de al lado para disuadir a los caballeros demasiado amistosos de sentarse en él. Desenredó las «tramposas» del nido de cabello moreno. Hoy tenía rizos. Por una vez no se los había arrancado con el cepillo. Metió las gafas en el bolso.

Fuera de la ventana, los gorriones y las palomas patrullaban en busca de migajas. Se estaban peleando por los cacahuetes. Una rata afanó uno y desapareció por la plataforma. Irene amaba su ciudad. El corazón se le rasgaría como papel cuando la locomotora se pusiera en marcha. Sabía que habría un túnel con paredes de piedra y que de repente saldrían a plena luz del día y habría árboles titilando bajo los rayos del sol.

Tañeron las campanas y miró su propio rostro en la ventana.

—Lo vas a hacer bien —dijo en voz alta a su reflejo. Tenía los ojos de color avellana y estaba harta de explicar de qué tonalidad cromática eran.

Sintió una leve euforia cuando el revisor gritó: «¡Todo el mundo a

bordo!» y cerró de golpe la puerta del vagón y sonó el silbato y el enorme tren rugió como una bestia y se alejó de la estación entre chirridos.

Todos los hombres del linaje de los Woodward habían ido a la guerra. ¿Por qué no podía ir alguna mujer? Además, se trataba de la Cruz Roja. No había armas ni nada de eso. Irene apartó la muerte de sus pensamientos. Se enorgullecía de su capacidad para hacerlo: espantaba las ideas de su mente con la misma facilidad con que espantaba a los gatos que merodeaban por las inmediaciones de su casa. Regodearse en esas ideas no tenía ningún sentido.

Staten Island no tardó en asomar por el horizonte, pero, antes de que le diese tiempo a ver Old Richmond Town, el tren ya se había alejado.

Cuando cruzaron la frontera estatal, tomó realmente conciencia de lo que estaba haciendo. Imaginó a mujeres de todo el país abandonando su hogar para ir a Washington D. C., deseando compartir con ella todas sus historias, emociones y alegrías. Irene había pasado la mayor parte de su vida rodeada de mujeres Woodward de difícil carácter y de algunos hombres. No había tenido amistades con las que jugar de niña, salvo sus terribles y divertidos primos varones de Long Island. ¡Menudos cafres estaban hechos! A Irene le encantaba verlos corretear con sus petos vaqueros, subiéndose a los vagones viejos y abandonados que había en el campo o jugando a conducir el Ford T de Jack Dashiell, que bautizaron como la Plataforma y que consistía en un par de sillas y un sofá maltrecho atados al chasis del vehículo. Jack era un muchacho que pretendió a Irene el verano después de terminar el instituto. Había comprado aquel trozo de chatarra por diez pavos. Todos se emborrachaban gracias a las botellas de burbon que el tío Will escondía en el granero y se fumaban sus puros. Los chicos le enseñaron a escupir. Jamás se pintaba los labios ni se ponía falda cuando estaba con ellos. Una vez, en Coney Island, ganaron una cría de caimán por diez centavos en un juego de lanzamiento de anillas y le regalaron galantemente la pesada cajita. Irene sintió a la criatura arañando el interior durante todo el camino de vuelta a casa. Hospedó al monstruo en la bañera hasta que su madre lo tiró por el retrete. Desde entonces, los chavales la llamaban la Caimana.

Los chicos seguían siendo sus seres humanos favoritos a pesar de su prometido.

A ella le habría gustado volver a Old Richmond Town, a su casa victoriana, con su elegante decadencia y su destartalado porche de

lectura. Estaba hacia mitad de la calle desde la iglesia de Saint Patrick. Su habitación de la infancia seguía allí, encima del porche: el museo Irene, con sus estanterías llenas de enciclopedias viejas y libros manoseados, sus peluches descabezando una siestecita en la cama. En varias ocasiones, a lo largo de los años, había ido allí en busca de refugio. Lo cual era comprensible: desde la orilla, la isla ofrecía vistas de la Gran Ciudadela, situada al otro lado de la bahía. Paseaba por la ribera y contemplaba sus edificios favoritos: el Empire State, el Chrysler… Los transbordadores eran sus barcos preferidos. Aún era lo bastante niña como para creer que Kong podía estar en lo alto de algún rascacielos, espantando biplanos. Y, por supuesto, la emoción de ver la estatua de la Libertad, sobre todo bajo la lluvia. Pero nada le gustaba tanto como el bosque que había al lado de su casa.

Irene empezó a morderse el esmalte de las uñas. Recordó que, siempre que iba a aquella casa, hacía una escapada a ese bosque. Durante su infancia, cada vez que desafiaba a Madre o a quienquiera que a la sazón fuese su padre —el último fue un húngaro—, cogía su libro favorito del momento y se marchaba. De camino, en pantalones cortos y sandalias, tenía la rutina de pararse a husmear las habitaciones y los sótanos encantados de las viejas casas abandonadas. Imaginaba que la guerra sería así. Deambular de un lado a otro. Llenar cuadernos de grandes pensamientos. Si acaso, un poco de humo flotando entre los árboles.

Detrás de ella, un hombre estornudó como una sirena antiaérea. Su compañero de asiento dijo:

—¡Jesús, Benny!

Irene no les prestó atención.

Al llegar a un cruce, un convoy de camiones se quedó esperando a que el tren pasara; hasta donde le alcanzaba la vista, solo veía tanques sobre remolques planos. Todo era guerra, constantemente. Se preguntó cómo sería su uniforme.

El silbato emitió una especie de grito e Irene abrió los ojos. El tren redujo la velocidad con un chirrido ensordecedor. Un pueblucho de Jersey apareció a la derecha y el revisor enfiló el pasillo y procedió a picar los billetes. El rumor de los periódicos se intensificó cuando los hombres de traje marrón desplegaron las hojas a modo de baluarte contra la invasión, protegiendo así sus islas de espacio frente a los nuevos viajeros. Sombreros Fedora por todas partes.

—¿Todo bien? —le preguntó el revisor. Tenía bigotes de morsa blancos.

—Intentando mantener la elegancia —respondió ella.

Él picó el billete y lo introdujo en el respaldo del asiento.

—Estupendo —dijo este mientras se alejaba, rozándose las rodillas con los asientos del pasillo.

En el andén, el habitual cónclave de hombres con cara de disgusto. Irene ansiaba encontrar a alguna hermana de armas que tomase el tren a Washington. Alguien con quien conversar un poco. No había nadie ni remotamente parecido a ella.

Pero entonces apareció un soldado. Era más alto que los hombres que lo rodeaban y llevaba el pelo al rape y un estiloso gorro de cuartel terciado sobre el ojo izquierdo. Le pareció que tenía cuarenta años, aunque igual no llegaba a los veintisiete. Llevaba unas cintas de colores prendidas en el pecho. Cuando la muchedumbre subió los escalones que conducían al vagón, Irene hizo uso de todo su carisma y lo proyectó hacia la puerta. Uno de sus primos solía decir que ella atrapaba a los chicos con la misma facilidad con la que se pesca un bagre con un cebo de salchicha de Bolonia. Era una gran seductora y tenía un don hipnótico para hacer que los hombres se sintiesen importantes incluso cuando, en el fondo, se estaba riendo de ellos. Era su poder y su protección.

Lo que resultaba más difícil era conseguir que un tipo pasara de largo, a ser posible, en silencio. Muchos se detenían junto a su asiento, mirando expectantes el bolso en bandolera a la espera de que Irene lo quitase; luego resoplaban o agitaban el maletín mientras se alejaban. Era peor la ignorancia que el rechazo.

«Eres una mocosa insufrible —se reprendió a sí misma y luego se reconvino—: No lo soy.»

Cuando el soldado subió a bordo, Irene lo miró fijamente. Luego levantó un dedo e inclinó la barbilla hacia el asiento contiguo. Él asintió con la cabeza, se quitó el gorro y lo remetió por el cinturón. Cojeaba un poco y llevaba un bastón, hecho en el que ella no había reparado en el andén. En el uniforme llevaba la insignia del corazón púrpura. A lo largo de todo el pasillo, la gente le daba palmaditas o murmuraba cumplidos, a lo que él asentía sin sonreír. Les estrechaba la mano sin mirarlos.

Irene apartó el bolso y él se sentó. Extendió la pierna hacia el pasillo y apoyó el bastón entre los muslos y el borde del asiento.

—Gracias —dijo. A renglón seguido cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

Ella se sorprendió a sí misma mirándolo. El soldado poseía la quietud de una estatua. Tenía una cicatriz en la comisura del ojo. Una pelusa brillante le cubría la nuez de Adán.

Entonces apareció el revisor, le tocó con el codo y le entregó un

periódico.

—Aquí tiene, sargento —dijo—. El *Herald* de hoy.

—Gracias, señor.

—No, gracias a usted, hijo.

El soldado abrió el periódico.

—¿Cómo fue la cosa? —preguntó aquel.

—Mucho calor, señor.

El revisor bajó la mirada, como si esperase algo más.

—¿En el Pacífico? —dijo.

El soldado asintió con la cabeza. Una sola vez.

—Muchas palmeras —apuntó.

El hombre le dio una palmadita en el hombro y siguió vagón abajo.

Él examinó el periódico.

—Así que es usted sargento —dijo Irene.

Volvió a asentir con la cabeza. Olía a loción de afeitado y a tabaco.

—¡Todo el mundo a bordo! —dijo el revisor, que, agarrándose con una mano, sacó medio cuerpo fuera del vagón, saludó al maquinista y cerró la puerta. El tren reanudó su marcha.

Ella se quedó observando al soldado hasta que este la miró.

—No quiero hablar de eso —espetó.

—¿Todo el mundo se lo pide?

—Usted misma, sin ir más lejos.

Irene apartó la mirada.

—¿Por eso tiene la pierna así? —le preguntó, mirando por la ventana.

—¿Qué pierna? —Se rio expulsando el aire por la nariz, un resoplido amargo, y luego se inclinó para golpearse la extremidad, que emitió un sonido hueco—. Metal —aclaró.

—Enséñemela —pidió ella, optando por ser audaz. La audacia siempre funcionaba.

El soldado se quedó sorprendido, pero se subió la pernera.

—Brillante, ¿eh? —dijo él.

Irene le puso la mano en el antebrazo.

—Lo siento. —Echó un rápido vistazo a la pierna y luego alzó la mirada, mostrándole el color de sus ojos en todo su esplendor.

Al parecer era daltónico. Volvió al periódico.

—No se preocupe, señorita. Tenía una de repuesto.

—¿Le dolió mucho? —Se odió a sí misma por preguntar aquello.

—Morfina. El desayuno de los campeones. —Abrió el *Herald* por la sección de deportes.

Irene vio a Spud Chandler y Stan Musial entre los titulares. No sabía por qué seguía hablando con él. Era como una compulsión.

—¿Le gusta el béisbol? —le preguntó. El soldado se acercó el periódico a la cara—. Necesito su consejo —volvió a decir. Por toda respuesta, el hombre gruñó—. Voy a la guerra. Ya está, ya lo he dicho.

El soldado puso el *Herald* a un lado.

—Dios mío.

—Eso es lo que quería decirle.

Entonces fue él quien preguntó de forma compulsiva:

—¿A qué rama? ¿Al Cuerpo de Mujeres? ¿De voluntaria en el servicio de emergencias?

—La Cruz Roja.

El soldado pareció relajarse.

—Comando de orinales. Aun así, la enfermería es un trabajo duro.

—No soy enfermera.

—Ah, ¿no? ¿Entonces qué?

—Clubmobiles.

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué diablos es eso?

—Un servicio móvil. Confort, apoyo moral. Por lo que sé, vamos a asistir a las tropas sobre el terreno. Haremos café y dónuts. En camiones.

—¿Van a hacer qué?

—Café. Y dónuts. —El soldado se rio—. Clubmobiles —siguió explicando Irene—. Un club de la Cruz Roja… sobre ruedas.

—Dónuts —dijo él, meneando la cabeza—. Lo que me faltaba por oír.

A ella no le agradó su tono.

El soldado volvió a levantar la barrera de papel que los separaba.

—Buena suerte, hermana.

Irene se dio la vuelta. «Vale, tienes que soltarle alguna fresca.» Fuera de la ventana, jardines traseros y chatarrerías y muelles de carga y bosques desangelados y carreteras estrechas y chimeneas. Colinas achatadas. Fábricas detrás de vallas medio derrumbadas. El poste de una barbería girando en mitad de una calle desierta. Una gran parte del mundo parecía consistir en torres de agua y coches esperando en los semáforos.

—¿Tiene algún consejo?

—Claro —dijo él—. No vaya.

—Gracias, muy esclarecedor. —Se cruzó de brazos.

—Tápese el culo, ¿qué tal ese consejo?

—Disculpe si lo he importunado.

—Mire, no es lugar para…

—¿Para una chica?

Se dio por vencido y, lleno de frustración, arrugó el periódico.

Irene se volvió hacia él.

—Quiero servir a mi país —dijo— y esta es la única manera que tengo. No he hecho un dónut en mi vida. No sé conducir un camión. Y el café que hago es conocido por dejar incapacitadas a las víctimas que se atreven a probarlo. Así que, dígame, sargento, que usted es experto. ¿Cómo cree que lo haré?

El soldado ladeó un poco la cabeza.

—Fenomenal —dijo—. Lo va a hacer fenomenal. —Respiró hondo y soltó el aire—. Mire, si la alcanza alguna bala, no va a oírla. Así que mejor que no la alcance ninguna.

El tren estaba aminorando la marcha. Sonaron el silbato y las campanas, y el revisor pasó gritando el nombre de la ciudad. Irene sabía que jamás lo recordaría.

El soldado agarró el bastón y se movió en el asiento, tratando de apartar la pierna metálica.

—Esta es mi parada —dijo—. Voy a casa, a ver a mi madre.

De repente, ella sintió amor por él.

—Buena suerte —dijo—. ¿Algo que decirme?

—Óigame bien —respondió—. Si consigue volver a casa, estará tan agradecida que al principio no se dará cuenta de que ha sobrevivido. Pero, cuando lo haga, empezará a entenderlo. —Se apoyó en el respaldo del asiento de enfrente y, a duras penas, consiguió salir al pasillo.

—¿Entender el qué? —preguntó Irene.

Él la miró un instante y, acto seguido, se bajó del tren.

2

Hotel Blackstone, calle Diecisiete Noroeste, Washington D. C.

Irene estaba allí junto con otras chicas del Clubmobile; tras presentar su documentación, le asignaron una habitación doble en la cuarta planta con vistas a la calle de abajo. Había alguien en la ducha. Las marcas de los brazos seguían moradas, pero se estaban volviendo amarillentas y verdosas por algunas zonas.

—Pareces un camaleón —se dijo en voz alta.

Sabía de quién había heredado la costumbre de expresar sus pensamientos: de la abuela Effie. De Mattituck. Ella era su modelo de mujer pionera. Irene no tenía nada de bucólica, pero portaba el legado del siglo XIX a sus espaldas. ¿Y quién no? Había nacido en 1918. Para la familia, ella era una señoritinga moderna de escandalosos modales. Se sentía feliz en este mundo nuevo y brillante. El resto del clan Woodward de Nueva York era un hatajo de victorianos mustios, mientras que los de Mattituck descendían de los padres fundadores y aún usaban bombas manuales para obtener agua, la cual salía fría y con sabor a hierro.

Irene se tumbó de espaldas y se quitó los zapatos.

Entonces la puerta del baño se abrió de golpe y liberó nubes de vapor perfumado. Salió una chica pelirroja envuelta en un albornoz blanco, con los pies descalzos y frotándose enérgicamente la cabeza con una toalla.

—¡Hola, guapa! —dijo.

—Hola, compañera.

—Soy Ellie Baranski. De Chicago.

—Irene Woodward. Gran Manzana.

—Odio a los Yankees —declaró la otra.

—Pues a mí encantan los Cubs —replicó ella, como si supiese algo de béisbol.

—Vale, chata, podemos ser amigas.

Se dieron la mano. Después, Ellie se pasó varios minutos probándose distintas prendas antes de salir por la puerta y gritar:

—¡Nos vemos abajo!

Irene, aliviada de haberse quedado sola, cogió papel del hotel y un sobre, y comenzó a escribir:

Querida Madre…

Arrugó la hoja y la tiró a la papelera. Sorprendida de que le temblase la mano, cogió otra, que sería incapaz de rellenar.

Hola, Madre. Sospecho que se está preguntando

Rompió el papel y lo dejó caer como si fuera nieve en la papelera.

Las demás voluntarias estaban ocupadas cruzando el país, también llenas de incertidumbre y excitación y arrojo y miedo. En un autobús Greyhound con destino a Indianápolis, en la tercera fila de atrás, oliendo a pelo sucio y a sudor y a perfume barato del Woolworth, iba Dorothy Dunford, que se había quedado dormida con una chaqueta echada sobre los hombros y los zapatos debajo del asiento; tenía los pies hinchados de llevar tanto tiempo sentada y el pompis plano debido a la rigidez de los muelles. En el instituto, los niños la llamaban Horrorothy, el Mástil Humano o Paula, por Paul Bunyan. Siempre le preguntaban dónde había dejado el buey azul. Por mor de esos paletos hijos de perra, nunca se ponía tacones.

Tenía orígenes vikingos. Los miembros de su familia eran daneses evangélicos luteranos que, haciendo gala de un taciturno sosiego interior, fueron en carretas tiradas por bueyes desde la costa este hasta los bosques y praderas de Indiana. Fue entonces cuando se quedaron sin aliento, cerca de un arroyo que desembocaba en el río, con vistas a colinas iluminadas por una vasta extensión amarilla, cerca de bosques repletos de ardillas y ciervos. La familia hablaba la lengua antigua y llevaba bacalao en salazón. Soñaban con ir a Copenhague. Plantaron tres manzanos y un nogal, y usaron partes de la carreta para construir su primera cabaña. Mataron a un buey y pusieron al sol el estiércol de otro y lo usaron como abono para sus pequeños cultivos. El bisabuelo construyó una choza a base de ramas de álamo para ahumar la carne del buey, que se comieron después con cebollas silvestres y cerezas de Virginia. Lo único que sus descendientes habían visto de Copenhague era una acuarela mítica que Padre tenía encima de la repisa.

Ropa hecha en casa. Verduras cultivadas en casa. Letrinas con puertas rotas, catálogos comerciales a modo de papel higiénico. Cien años de carencia y parvedad hicieron creer a Dorothy que era una chica vacía, decadente. Desprovista de misterio.

Bueno, ahora era huérfana. Le faltaba un año para graduarse en Bloomington cuando a Pa le diagnosticaron cáncer de garganta. Volvió a casa para cuidar de él. Pero su muerte al año siguiente desencadenó un torrente de tragedias. Antes de que le diese tiempo a volver a la

universidad, a su hermano mayor, Donny, guardiamarina destinado en el Pacífico, lo mataron en Pearl Harbor. Después de aquello, su madre quedó destrozada. Poco podían hacer ella y Dorothy para salvar su debilitada granja en la cuenca del río Maumee. Cuando Ma murió la primavera pasada, ella tuvo que admitir que la granja era insostenible. A golpe de martillo, cerró ella misma la casa con tablones. Vendió el viejo granero como chatarra, dejó libres a las gallinas, se despidió de los charranes, las grullas, los halcones, las águilas y los pelícanos que acudían al sur desde los Grandes Lagos, y dejó el maíz para que los ciervos se lo comieran. Vendió las vacas. Y el terreno por unos pocos centavos de dólar.

Estaba tan llena de rabia… Su padre. La granja. Su madre. Donny. Necesitaba una vía de escape, una válvula por donde liberar su impotencia y su ira. Necesitaba pasar a la acción. Decidió ir a la guerra. Pero ningún camino militar femenino la convencía. Todas las opciones implicaban quedarse en la retaguardia. En las bases, en las ciudades liberadas. Ella no era secretaria. Quería luchar. Cuando vio un anuncio de la Cruz Roja para un nuevo servicio de apoyo a las tropas en el frente, que era donde ella necesitaba ir, no tardó en ofrecerse voluntaria. Si su misión era alimentar a los chicos, pues estupendo, les daría de comer. Dónuts.

Había visto un folleto donde salían esos Clubmobiles que se suponía que iban a conducir. Eran camiones GMC de dos toneladas y media que parecían una versión hinchada de la International Harvester del 36 de su familia, al que los Dunford llamaban Tilly la Terrible. Ella había aprendido a conducir en aquella tartana. Sería capaz de llevar el camión del Ejército con los ojos cerrados. Sería una pésima camarera, eso sí.

Antes de marcharse, hizo una visita al cementerio familiar; allí descansaban sus padres y su hermano tenía una pequeña lápida. Se dijo a sí misma que quizá fuese la última vez. Sus abuelos también yacían allí, bajo un nudoso manzano silvestre. Los bisnietos estaban bajo cruces de madera astilladas, sin ningún nombre. Cogió una manzana y se dijo a sí misma que estaba comiéndose parte del alma de su abuela. Llena de furia, plantó tulipanes y lirios. Lloró un poco antes de marcharse, sola en la tierra que la vio nacer, y juró que aquellas serían las últimas lágrimas que derramaría.

En algún rincón perdido de su alma, Dorothy deseaba ser una baja de guerra, recibir un tiro limpio y encontrar después la paz junto a los suyos. Allí, donde los ciervos pastaban hierba y flores, y los azulejos cruzaban el cielo. Donde, las noches de verano, las luciérnagas convertían el paisaje en una constelación de estrellas. No se le ocurría

mejor forma de deshacerse de su rabia que yacer allí y descomponerse bajo aquel suelo fértil. Pero antes iba a honrar a Donny completando la misión que él había iniciado.

Mientras el autobús atravesaba Pensilvania, Dorothy quedó sumida en un estado de duermevela. En su cabeza parecían repicar imágenes aleatorias de su antigua vida. Estaba harta de tener el pelo tan rubio. Y estaba harta de medir casi un metro noventa y de que los hombres bajitos se sintiesen incómodos a su lado. Siempre le dolían los hombros, el cuello y las lumbares de tener que encorvarse para parecer algo más baja. Estaba lista para una nueva vida.

Furiosa, Irene se sentó descalza en el suelo de la habitación del hotel y se puso a jugar al solitario con una baraja de cartas que había encontrado en un cajón del escritorio. Lo último que quería era pensar en su prometido y le daba rabia no poder dejar de hacerlo. No necesitaba otro padre. Ya había tenido unos cuantos, gracias. Varios capullos insolentes diciéndole lo que tenía que hacer. ¿Casarse con eso? Por favor. Comenzó a echar las cartas en el suelo, una tras otra, sin prestar atención al juego. Siempre sentía cierta fruición bajo la rabia de su prometido cuando este la «corregía». Los comodines de la baraja, esos bufones ridículos, le recordaban a él, así que los colocó a todos en una esquina.

Hasta ahora, la guerra había sido soporífera. Pensaba que todo sería más emocionante cuando dejasen el hotel y fueran adonde tuviesen que ir. Nadie decía nada al respecto. Todo era un misterio, una intriga absurda, como las historias de Doc Savage que leían sus primos. A todas les advirtieron al llegar que habría agentes del Gobierno intentando sonsacar información a las mujeres. Para ver quién era capaz de guardar un secreto y quién no. Por supuesto, si no sabes adónde vas, no hay secreto que guardar.

—Espero que aquello sea un infierno —dijo en voz alta. Por un momento, volvió a tener trece años; luego, susurró—: Ojalá me muera. —Estaba incómoda en el suelo. Lanzó por ahí toda la baraja, formando una pequeña avalancha—. Pobrecita Irene, compadeciéndose de sí misma —dijo.

Volvió a ponerse los zapatos y bajó en ascensor al vestíbulo para ver si había alguna mujer a la que asustar. El ascensorista no le quitó ojo mientras bajaba. Salió en silencio. Ni rastro de Baranski, la de Chicago. Menos mal.

Un cartel detrás de la conserjería rezaba: EN TIEMPOS DE GUERRA, HABLAR DEMASIADO CUESTA VIDAS. Y debajo, en letra más pequeña, como susurrando: SEA PRUDENTE CON SUS CONVERSACIONES. Cerca,

una pancarta más amigable decía: LA CRUZ ROJA ES BIENVENIDA.

Detrás de unas macetas con palmeras encontró a tres mujeres sentadas a una mesa, jugando al dominó.

—¡Vaya, aquí hay jaleo! —dijo.

—Bienvenida al gallinero —respondió una de ellas.

—Qué elegante vas —intervino otra.

—Hago lo que puedo. ¿Puedo unirme a vosotras?

—Faltaría más —repuso la primera.

Irene se presentó. Sus nuevas compañeras —Jill, Phyllis y Helen— ya habían terminado la formación y estaban a la espera de recibir órdenes. Querían que les tocase juntas en el mismo camión y estaban encantadas de integrarla en su círculo.

Cuando se sentó, un camarero le plantó un *ginfizz* al lado. No iba a rechazarlo.

Todo el mundo era *très* bohemio. Irene se sentía como si se estuviese en una película de Jean Harlow. Ceniceros rebosantes. Mujeres de mafiosos pegando la hebra. Alcohol duro. Rizos. El nombre de Dios en vano. Una de las chicas llevaba un pañuelo rojo en el pelo. Los únicos hombres eran los camareros.

Al otro lado de la ciudad, la Union Station estaba llena de mujeres bajándose de trenes. La avalancha de voluntarias estuvo recorriendo el centro hasta las tres de la madrugada. Los taxis amarillos circundaban la estación como abejas en torno a una colmena. Había menos por la estación de autobuses —los taxistas sabían que las propinas serían menores—, pero las colas en las paradas eran más cortas. Cuando Dorothy salió con las maletas, tenía tres taxis para elegir. El conductor que se bajó y le cogió las maletas se llevó la carrera.

—¿De dónde es la jirafa? —le dijo nada más montarse.

Jirafa. ¿No tenían apodos mejores en Washington D. C.?

—De Indiana —respondió.

—¿En serio? Yo me crie en Indianápolis.

—Mi familia y yo vivíamos en pleno campo. Al este de Fort Wayne. Más cerca de Ohio, en realidad. La frontera estatal estaba justo a nuestra vera. —Cielo santo: «¿a nuestra vera?». Su madre acababa de poseerla. Se encendió un Lucky y abrió la ventanilla.

—¿Y es bonito aquello? —le preguntó él.

—Demasiados canguros —dijo Dorothy. El taxista la miró por el retrovisor—. Era broma.

—Ya —repuso el hombre—. Lo sé. —Soltó una carcajada fingida.

Ella miró por la ventanilla, esperando vislumbrar algún edificio importante de Washington. Quería ver el monumento a Lincoln. Y el

obelisco. El Congreso no le interesaba mucho.

—Le doy un dólar extra si pasa junto a los monumentos —le ofreció.

—No hace falta que me lo pida dos veces.

Dorothy se preguntó qué tipo de formación iba a recibir. ¿Aprender a hacer dónuts? ¿Cómo se iban a organizar? ¿Tendría que conducir el camión y luego meterse en la parte de atrás para hacer café y tal? No, por Dios. Seguro que había otras chicas para encargarse de esas bobadas. Y más le valía al Tío Sam no poner a un soldado varón al volante. Ella no iba a la guerra para que un hombre le dijese lo que tenía hacer.

Un ejército de mujeres había llegado al hotel. Desde la calle parecía una convención de señoras trastornadas. Irene se terminó el cigarrillo y volvió a entrar, un poco mareada, pero no por la ginebra, sino por el sonido de tantas chicas riéndose a carcajada limpia.

El taxi de Dorothy se detuvo frente a las puertas acristaladas del Blackstone; las ventanas despedían un brillo amarillo por el reflejo del sol. Los escalones de la entrada estaban desbordados de mujeres que habían salido para fumar y conocerse.

Un par de soldados uniformados custodiaban las puertas.

«Documentación», decían una y otra vez a las recién llegadas con una voz muy varonil.

Dorothy se bajó del vehículo, cogió las maletas sin esperar al taxista y subió las escaleras corriendo. Pasó por delante de los guardias y gritó por encima del hombro:

—¡Lista para servir a mi patria, muchachos! Tengo las manos ocupadas. Si quieren ver mi documentación, tendrán que rebuscar en el bolso.

Dejó las maletas cerca de la recepción y se irguió en toda su estatura con los brazos en jarra. Allí solo había mujeres. No sintió la necesidad de encogerse ni un solo milímetro. Echó los hombros hacia atrás y se presentó. (Recordó que Pa siempre decía: «Tripa dentro, hombros atrás, pecho fuera, barbilla alta».)

—Dunford —le dijo al recepcionista.

El hombrecillo deslizó una llave por el mostrador y Dorothy la guardó en el bolsillo del pantalón sin mirarla. La estrecha pala de madera a la que estaba sujeta se parecía a su propio llavero.

Mientras tanto, Irene se había convertido en la maestra de ceremonias. Había organizado a las señoras en escuadrones de bienvenida y departamentos de café y patrullas de dominó y juegos de naipes, como el *ginrummy*. Por supuesto, también había obligado al

recepcionista a que llevase al vestíbulo carritos con aperitivos, refrescos y cafeteras. No cabía duda de que las representantes de la Cruz Roja —tablilla sujetapapeles en ristre, apuntando nombres y tomando notas— aprobaban las iniciativas de Irene.

Desde su asiento en la mesa de juegos avistó a Dorothy en el mostrador de recepción.

—Vaya monumento —dijo.

Sus compañeras de mesa se rieron. Esa mujer tan alta parecía perdida.

Se puso en pie de un salto, fue hacia ella y le tendió la mano.

—Bienvenida a la Cruz Roja —dijo.

La otra le cogió la mano y se la estrechó. Tenía la palma seca. Las dos mujeres se agarraron con firmeza, lo que pareció ser del agrado de ambas.

Dorothy vio los moratones que asomaban bajo el puño derecho de Irene. Le dio la vuelta a la mano y los examinó. Enarcó una ceja, pero no dijo nada.

Ella la apartó.

—Una larga historia —comentó.

La alta se metió las manos en los bolsillos.

—Espero que lo hayas apuñalado —dijo.

A Irene se iluminaron los ojos y ambas rieron. Luego le presentó a Phyllis, a Jill y a Helen. Se sucedió otra ronda de apretones de manos y sonrisas.

Phyllis dijo que ya llevaban un tiempo allí: formaban parte del primer grupo de reclutas y estaban a la espera de conocer cuál sería su destino. Al igual que al resto de las voluntarias, les habían dicho que se prepararan para cualquier cosa. Les había aconsejado que llevasen ropa y suministros para las bajas temperaturas del teatro de operaciones europeo, pero también para las condiciones tropicales del Pacífico.

—Igual que con los chicos —dijo Jill—. Vamos donde ellos nos digan y siempre somos las últimas en enterarnos.

—Ya que lo mencionas, pensaba que habría más —apuntó Dorothy.

—Supongo que tendremos que apañarnos solas —dijo Irene.

La otra esbozó media sonrisa.

—Vaya —dijo, mirando a su alrededor, como intentando ubicarse —. Cuéntame todo lo que necesito saber.

—Bueno, lo primero que tienes que saber es que el bar está abajo —repuso Irene.

—Sin duda —convino Dorothy—. Ve delante, que te sigo.

Pronto salieron de dudas.

Irene y Dorothy apenas se habían terminado su bebida cuando unas mujeres serias con uniforme almidonado y una gorra extraña en la cabeza las llamaron para que acudiesen al salón. Muy pocas de las nuevas voluntarias tenían experiencia con uniformes institucionales, salvo las que habían trabajado en comedores escolares o como agentes de estacionamiento. Las enfermeras ya habían encontrado a sus mandos superiores y miraban por encima del hombro a estas aspirantes a camareras.

Ciento cincuenta candidatas a tripulantes de Clubmobiles se sentaron formando varias filas de semicírculos en incómodas sillas frente a un pequeño escenario y un podio flanqueado por dos banderas estadounidenses. Irene se sentó en la primera fila, sobre todo para ver mejor. Odiaba estar detrás de gente más grande que ella. Era muy coqueta y no quería ponerse las gafas, así que se sentó delante para no tener que entrecerrar demasiado el ojo malo. Dorothy se sentó detrás y estiró las piernas aprovechando el hueco del pasillo. Aparecieron enfermeras y repartieron cuadernos de espiral y lápices. Dos soldados entraron con ventiladores eléctricos y disiparon el calor corporal de la sala. Las mujeres silbaron a los chicos, que se pusieron colorados como un tomate y se apresuraron a salir. Irene vio que Ellie la saludaba y le correspondió inclinando la cabeza. Guiños, pulgares arriba, mujeres pululando por todas partes.

Un soldado pelirrojo y esbelto entró en la sala y se subió al escenario, y todas tomaron asiento. Era pecoso.

—¡Es Andy Hardy! —gritó alguien.

Él se aclaró la garganta.

—Señoras —dijo, leyendo de un trozo de papel—, soy el cabo Russell Penney. Lo mejor de Tennessee. Después del Jack Daniel's, por supuesto. —Sonrió e hizo una pausa para escuchar las risitas educadas del público, que quizá fueron menos de las que esperaba—. Era broma —explicó y se introdujo un dedo por el cuello de la camisa. Su acento era adorable. Los altavoces chirriaban debido al acople—. Seré su intermediario con el Ejército de Estados Unidos. Verán ustedes: quiero darles la bienvenida y agradecerles de antemano el servicio que van a prestar.

Se sucedieron murmullos y sonrisas por el «verán ustedes».

—Estoy aquí para ayudarlas con todo lo que es el tema militar. Armas, equipo, camiones. Esas cosas. —Miró fijamente las notas—. Y, eeeh, nada, eso. Si tienen alguna pregunta o lo que sea, aquí estoy. Gracias. —Saltó del escenario como lo haría un suicida desde un puente e hizo mutis entre aplausos tan desmesurados como

entusiastas.

Entonces entró en el salón una capitana enfermera. Uniforme blanco con broches y medallas, zapatos blancos y un gorro de enfermera, blanco también, sobre una cabellera canosa. Irene pensó que parecía tener mil años. A la señora le costó horrores subirse a la tarima. Se tambaleó hacia atrás y alzó los brazos, no fuera a caerse, justo antes de llevar el peso hacia delante y recuperar el equilibrio.

La enfermera, que se presentó como la capitana Marjorie Miller, no se anduvo con sutilezas. No llevaba nada escrito. Miró a las reclutas directamente a los ojos y comenzó su discurso sin alardes:

—Descansen, señoras. Bienvenidas al Cuerpo de Clubmobiles. El tema que nos ocupa es la guerra. Si no hubiera guerra, ninguna de ustedes estaría aquí. Ustedes están aquí por un propósito. Es muy simple. Están aquí para convertirse en el propio país, en Estados Unidos. Están aquí para representar a la nación y todo lo que significa para un soldado joven que se enfrenta al terror día tras día. Un soldado joven que tal vez flirtee con ustedes un martes y quede reducido a una mancha roja el miércoles.

»Pero ¿cuál es nuestro origen? ¿Cuál es nuestra historia? Eso ya da igual. Nuestra historia es ahora la suya y esto es lo que serán. Nuestro cuerpo nació en 1917, durante la Gran Guerra. Voluntarias del Ejército de Salvación entraron en las trincheras y presenciaron la miseria y el horror de los soldados. Y aquellos jóvenes, en su sufrimiento, preguntaban a las señoras si tenían algo dulce. Algún pastel, algún hojaldre. Como podrán imaginar, no había nada de eso.

»Por esa razón, algunas de estas mujeres decidieron ir a las granjas cercanas y comprar huevos. Luego los mezclaron con harina de repostería e hicieron una masa. Añadieron azúcar, llenaron los cascos británicos de aceite y lo pusieron todo en el fuego. Y así es como surgieron nuestros dónuts.

»Yo era una de esas mujeres. Por eso tengo la cadera así —dijo, señalándose la pierna—. Un accidente en ambulancia durante esa guerra.

La sala prorrumpió en aplausos, pero la enfermera las silenció con la mano.

—Con el tiempo, la operación se trasladó a los autobuses. Fue así como nació el Cuerpo de Clubmobiles. La gente empezó a llamar a estas mujeres las Nenas de los Dónuts. Pero ustedes no son las nenas de nada ni de nadie, son mujeres hechas y derechas. Y no deben dejar que las llamen así.

Resopló para mostrar su descontento con los tiempos modernos. Fue muy emocionante. Irene sintió un escalofrío recorriéndole la

espalda.

—Casi todas son mayores que los soldados a los que atenderán. El general Eisenhower no tiene ni un pelo de tonto. Por la presente se les ordena ser la hermana mayor, la vecina de al lado, la madre o la novia de cada uno de estos valientes muchachos. Serán su hogar. —Se quitó las gafas, las limpió y se las volvió a poner, como si quisiera ver a las presentes con más claridad—. Estos maravillosos chicos serán sus mejores amigos durante cinco minutos. Hagan que esos cinco minutos merezcan la pena. En todos los Clubmobiles hay un gramófono y una selección de discos. Música, dónuts y una taza de café. Van a ir a ganar esta guerra por los Estados Unidos de América. Y todas ustedes van a demostrar que poseen el mismo coraje que un soldado.

Se oyó un leve murmullo entre sonrisas y guiños.

—Silencio —ordenó la capitana Miller.

Las mujeres se callaron.

—Habrá cosas que las impactarán mucho. Creen que son fuertes, que son duras. Creen que podrán soportarlo. Pero no es así. Y entonces ya nada las impactará. Y así es como podrán salir adelante. Correrán peligros mortales junto con nuestros muchachos. Algunas harán cosas por las que deberían darles una medalla. Recuerden siempre a la capitana Miller y las palabras que hoy les ha dicho.

Tomó aire lentamente y pareció contener la respiración.

—Somos la Cruz Roja. *Roja* porque la sangre de todos los estadounidenses, hombres o mujeres, es del mismo color. Verán que incluso la del enemigo también lo es. Hay damas aquí presentes con las que no tendrían relación en otras circunstancias. Pero aquí da igual el color, la cultura o el acento, ahora todas ustedes están unidas por esta gran causa. Estas son sus hermanas, y los soldados, sus hermanos, y esperamos que los traten como tales. Ganen esta guerra con su decencia. Porque somos estadounidenses. Y eso es lo que hacemos los estadounidenses.

Se alejó un momento del micrófono; luego se acercó de nuevo.

—Cuando me vean o yo me dirija a alguna de ustedes, no usen mi nombre de pila. No me llamen enfermera Miller. Y ni se les ocurra llamarme señora. Llámenme capitana. Y, cuando les pregunte cuál es la ley de Miller, espero que la recuerden: nunca dejen que nadie las vea llorar. ¿Queda claro? ¿Lo han entendido? Bien. Pues eso es todo.

Bajó del estrado mientras las mujeres aplaudían en pie y salió por la puerta sin mirar atrás.

3

Por algún motivo, hacer dónuts no era lo que mejor se le daba a Irene.

Tendría que haber sido sencillo. La mezcla venía preenvasada en bolsas de tela de cinco kilos: harina, azúcar, especias, levadura en polvo y una pizca de sal. El lema que tenían que recordar y repetir era: hay que medir el agua.

Esa era, al parecer, la destreza más importante del Clubmobile. «Pero ¿quién iba a pararse en mitad de una batalla a medir el agua?», se preguntó Irene. Era ridículo. «Cualquier cocinero podría medirla a ojo», se dijo para sí. Y así lo hizo. Pero, por más que lo intentaba, era incapaz de crear una masa adecuada de la que saliesen dónuts en condiciones. La infalible máquina soltaba unos pegotes informes demasiado húmedos que caían en la grasa ardiendo, abominaciones tras cuya fritura aparecían una suerte de rosquillas que semejaban calzones dorados y mapas topográficos de países antiguos.

Las cocineras debían utilizar dos paletas de madera para darles la vuelta a sus creaciones y bañarlas en la grasa de forma uniforme, quemándose en el proceso el dorso de las manos y las muñecas debido a las gotitas que salpicaban. Los dónuts hacían llorar a Irene. Arrojó sus ridículas espátulas de madera contra la pared y gritó:

—¡Qué estupidez más grande! Vamos a desperdiciar la vida haciendo esta…

La capitana Miller apareció de repente en la cocina.

—Cállese, alteza —dijo.

—Pero.

—Chist.

—Es que…

—¡Chist! —Le pasó una jarra a Irene—. La máquina no comete errores. Esto es lo que pasa si no sigue la receta al dedillo. Preste atención. Mida el agua —dijo y salió de la cocina como el papa, levantando la mano y bendiciendo al rebaño.

El primer día de clases fue totalmente absurdo. Les enseñaron a hacer un petate: dos fajas y dos pares de ligas. Dorothy tiró el suyo. También les impartieron talleres sobre juegos de mesa: fáciles y rápidos para

que los chicos ganaran y volvieran a sus quehaceres militares. Nada de largas partidas al póquer ni al *ginrummy*. Irene dibujó los juegos de mesa en sus cuadernos. Recibieron instrucciones detalladas hasta el ridículo acerca de cómo maquillarse la cara; varios hombres les explicaron en términos burocráticos cómo hacer lo que llevaban haciendo toda la vida, pero de forma correcta.

También les dijeron que tendrían rango de oficial, lo cual sería una especie de arma secreta para ellas. Si alguno de los soldados se sobrepasaba, podían usar la baza del rango. Si a alguna de ellas la capturaba el enemigo, podría beneficiarse de ciertas consideraciones. Irene no quería pensar en eso.

Fueron especialmente insistentes en que tenían que «acordarse de olvidar». No debían escribir ni anotar fechas, tampoco lugares ni ningún otro dato. La información les sería facilitada a medida que la fueran necesitando. A nivel práctico, eso significaba que debían centrar sus energías en su cometido, en los hombres que tenían delante, en las rosquillas y en el café. Pero también era más seguro para todos los implicados que las mujeres no tuviesen ninguna información que pudiera ser revelada o comprometida accidentalmente.

Aquella noche, Baranski, la de Chicago, no paraba de roncar. E Irene no conseguía pegar ojo; tenía la mente inquieta con tantas preocupaciones: la posibilidad de ser capturada o torturada, la máquina de hacer dónuts, la presencia de espías por todas partes y la cuestión de si haría bien su trabajo bajo el fuego enemigo.

De repente volvía a ser de día. Esta vez fue peor. Las despertaron a las seis de la mañana, les dieron café y galletas, y las metieron en los vehículos, el mismo modelo de camiones GMC que no tardarían en ser sus cocinas ambulantes, aunque ellas aún no lo sabían. Estaban sentadas una frente a otra en bancos de madera duros, bajo techos de lona, rodilla con rodilla, mirando a sus compañeras de aquel convoy con destino a alguna base militar de Maryland. ¿O era Delaware? Dorothy se sentó frente a Irene. No podían ver nada del exterior. Las mujeres de su alrededor dormitaban.

Al llegar al destino, después de innumerables baches, las descargaron como ganado en un área asfaltada rodeada por edificios militares de color pardusco y árboles de hoja perenne anémicos. Había banderas por todas partes. Los vehículos verdes acechaban en el fondo y los reclutas trotaban siguiendo los gritos de los furibundos instructores. El único tanque parecía como deprimido, con el cañón inclinado en un ángulo melancólico.

Delante de ellas, a unos cincuenta metros, se alzaba una enorme barraca Quonset pintada de color tostado. El óxido corría por las

hendiduras de su tejado de hierro curvo. Dos puertas correderas revelaban un interior negro. Al fondo del todo brillaban pequeños rectángulos de luz. Puertas traseras.

A través de un megáfono se oyó la voz de un hombre:

—Bienvenidas al Día Infernal.

Hombres vestidos con traje blanco salieron, cual insectos, de la colmena Quonset y se quedaron apostados junto a las puertas.

—Eso no tiene buena pinta —observó Dorothy.

Unos tipos con actitud chulesca, gorra estilosa y chaqueta de cuero salieron de uno de los edificios militares.

Ellie se acercó y susurró:

—Pilotos.

El más alto le guiñó un ojo a Irene, inclinó levemente la cabeza y sonrió.

La otra suspiró.

—Se parece a Gary Cooper —añadió.

Uno de los soldados encargados de mantenerlas en grupo dijo:

—Pilotos de caza. Fuerza Aérea del Ejército. Están a punto de volver a Inglaterra.

—¿Ya han estado allí?

—Claro. Son héroes. ¿No ve cómo se pavonean?

—¿Hay alguno guapo? —preguntó Ellie.

—A mí no me pregunte, señorita. —El soldado se alejó—. Supongo que ese de ahí, al que llaman el Manitas —siguió diciendo—. Se cree una estrella de cine. Todas las chicas andan detrás de él.

—Y él detrás de ellas —añadió un instructor del tamaño y la forma de una pequeña caldera mientras se acercaba al grupo—. ¡No hay tiempo para estas tonterías! ¡En formación! —El sombrero de ala plana se le ceñía a su hirsuta cabeza mediante una ajustada correa en la base del cráneo—. ¡Me cago en diez! —gritó—. ¿Qué clase de fila es esa? —Se abrió paso entre las filas serpenteantes de mujeres, empujándolas, dándoles codazos e incluso patadas en las botas—. ¡Ñoritas! ¡En formación!

Al parecer, tenía demasiada prisa para pronunciar todas las sílabas de *señoritas*.

—¡Pónganse en línea recta, ñoritas! ¡Ahora mismo!

Lo intentaron.

—A ver, usted, ponga el pie recto. ¿Es que tiene la pierna rota?

Gritaba lleno de rabia ante el menor indicio de dejadez.

—Al sargento le vendría bien alguna afición —murmuró Irene.

El rostro rojo y sudoroso del sargento apareció al instante frente al de ella.

—¿Alguna queja, Blancanieves?

Ella negó con la cabeza.

—No, señor.

—¡No me llames señor! No soy oficial. ¡Trabajo para ganarme la vida!

Estaba a todas luces encantado de soltarle ese manido cliché militar. El vaho de su saliva no le refrescó precisamente el rostro a Irene. El sargento se alejó a toda velocidad haciendo aspavientos espasmódicos con los brazos; su voz resonaba en el Quonset. Funcionó: las mujeres, horrorizadas, formaron cuatro filas cuasirrectas.

Detrás de ella, Dorothy susurró:

—Si tú eres Blancanieves, yo debo de ser Gruñón. —Desde la línea siguiente, Ellie las miraba boquiabierta—. ¿Y tú quién, Mudito? —añadió.

A Ellie no le caía bien Dorothy, esa insufrible paleta de Indiana. «Si estuviéramos en Chicago, otro gallo cantaría», pensó. Apartó la mirada; un rubor carmesí le inundaba cada mejilla.

El instructor tocó tres veces el silbato que llevaba colgado del cuello. De la nada aparecieron carros cargados de máscaras antigás.

—Cojan una —dijeron los soldados que los empujaban—. Una para cada una.

Los hombres que estaban delante del Quonset parecían estar disfrutando del espectáculo, no dejaban de reírse ni de darse codazos.

—¡Ñoritas! —anunció el instructor—. Pónganse la máscara. Cuando dé la orden, tendrán que atravesar corriendo la cámara de gas.

—¿La cámara de gas? —replicó Irene.

—Esos caballeros que ven ahí van a ponerse su máscara y a entrar en el Quonset. Ustedes tendrán que esquivarlos y salir por la puerta de atrás. Como en los entrenamientos de fútbol americano.

¿Fútbol? ¿Qué deporte para bestias era ese?

El sargento Príncipe Azul hizo una señal a los caballeros de traje blanco y, a renglón seguido, se colocaron las gafas, la capucha y el respirador y se adentraron en la oscuridad. Siguieron unas explosiones acompañadas de columnas de gas lacrimógeno. Incluso desde esa distancia, a Irene empezaron a picarle los ojos.

—¡Pónganse la máscara! —gritó el instructor. Era evidente que él era inmune al gas.

Ella no era la única que temblaba, confusa, tratando de contener las lágrimas. Aquel día estaba resultando ser una absoluta locura. Se puso la máscara y tuvo la sensación de que se iba a asfixiar. Olía fatal. Los tirantes le tapaban las orejas. Las diatribas del inspector sonaban un

poco amortiguadas, pero seguían oyéndose. A Irene ya le habían gritado antes. Mucho. No era nada nuevo para ella. No estaban tan impresionadas como el instructor creía.

—¡Mantengan la línea recta! No tengo todo el día. ¡No han venido aquí a hacerse las uñas! —Empujó a unas cuantas más—. A ver, usted, aquí. Y usted, póngase aquí. Las he visto más rápidas, eh. —Dio una palmada—. Me da igual que sean ñoritas. Como esa fila no esté derecha, pienso darles una patada en el culo y les advierto que calzo un cuarenta y cinco. ¿Creen que estoy de broma? Venga. Todas las nenas bien juntitas, con los huevos pegados al culo de la compañera.

—No tenemos huevos —gritó Dorothy—. ¡Y no me llame «nena»!

El sargento la miró y sopló el silbato.

Empezaron a correr. Irene oía su propia respiración dentro de la máscara. Hueca y aterradora. No la tenía bien sujeta y se movía y le costaba ver.

—¡No paren! ¡No paren! ¡No paren! —gritaban los hombres desde las fauces oscuras y tóxicas del Quonset.

Las mujeres entraron en la barraca. La negrura le dio una bofetada a Irene. Se chocó con uno y estuvo a punto de caerse, pero el pánico que le producía el gas urticante que se filtraba por la máscara hizo que se concentrase en la puerta abierta y corriese más rápido que nunca. Le ardían los ojos. Sus propias lágrimas la cegaban. La puerta se había convertido en un rectángulo de luz acuoso. Era consciente de que algunas mujeres estaban de rodillas, gritando de angustia. Dorothy la adelantó por la derecha; un soldado intentó bloquearla y ella le dio tal empujón que el joven salió volando. Irene siguió la espalda de su amiga hasta el final y salió por la puerta. La luz del sol le dio de lleno. Se quitó la máscara. Varios soldados con cantimploras se acercaban a echarles agua en los ojos a las mujeres que no se habían ajustado bien la máscara. Dorothy estaba junto a un camión, tumbada bocarriba, respirando con dificultad. Pero se reía. Ellie estaba agachada sonándose los mocos. Los tipos con mono sacaban a rastras a las caídas en la cámara de gas y las llevaban a una triste fila a la izquierda, donde no dejaban de toser y de tener arcadas.

El instructor se dirigió a las supervivientes y tocó el silbato.

—¡En pie! —Las chicas se levantaron entre gimoteos. Él se acercó a Dorothy y la miró—. ¿Le han salido ya un par huevos? —dijo—. ¡Pónganse la máscara! ¡Segunda ronda!

—¡Por supuesto, sargento! —gritó Dorothy. Agarró por detrás la correa de la de Irene y se la apretó con fuerza.

De nuevo, el silbato.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Empezaron a correr en dirección a la puerta por la que acababan de salir.

Cuando llegaron al otro lado, se apoyaron en los vehículos para recuperar el aliento y el instructor se acercó a Irene y Dorothy. Encendió dos cigarrillos y se los entregó.

—Ustedes dos —dijo—. Han superado la prueba. —Las chicas los cogieron y asintieron—. Sé que ahora me odian. Pero, cuando estén allí, me lo agradecerán.

Se subieron de nuevo al camión, bajo el techo de lona, y abandonaron el recinto. Lo único que quedaba fuera del Quonset era el sonido del motor.

Comenzaban a sentirse poderosas.

Poco a poco, todas —tanto las más recelosas como las que estaban profundamente convencidas desde el principio— empezaron a ver la importancia que revestía este servicio para la Cruz Roja y el Ejército. Y también empezaron a tomárselo en serio. No sentían que fuesen cocineras ni camareras. Ellie dijo que eran unas «perras luchadoras» y ellas sabían que estaba en lo cierto.

—Yo estaba pensando más en las amazonas —dijo Irene, sacando su débil bíceps.

Ellie y Dorothy se quedaron mirándola y se rieron.

Estaban buscando desesperadamente la forma de empaquetar sus provisiones. Las mujeres tenían una pila de ropa que no les cabía, amén de un montón de cachivaches en las camas y en el suelo. El truco consistía en meter lo esencial y dejar sitio para las cosas divertidas. Truco que no sirvió a la debutante de Texas, con su llamativa permanente, la cual llevaba vestidos de gala para una semana entera. Por más que lo intentaba, no conseguía meter ni uno solo en el baúl. La capitana Miller la hizo llorar cuando la obligó a tirar todos los vestidos a la basura.

—Si tiene alguna diadema —le dijo—, fuera también.

Ellie se acercó a Irene y a Dorothy y les susurró:

—No creo que pase el corte.

Las chicas del Clubmobile recibieron formación sobre transporte, juegos recreativos, artesanía y sobre el valor psicológico que ellas tenían para los combatientes; también sobre la importancia de celebrar todos los festivos nacionales, sobre el código de ética profesional de la CRA, la Cruz Roja Americana, y, por último, información sobre cada soldado y su región de origen: ciudad natal, clima, topografía e incluso población. Les enseñaron a hacer manualidades: estarcidos, estampados con sellos artesanales, pintar

con tinta salpicada, con los dedos. A organizar y dirigir juegos. Después del tiempo de formación, tendrían el poder mágico de invocar el consuelo frente al sufrimiento y el caos.

Luego las metieron en camiones y las trasladaron al Pentágono para realizarles un reconocimiento médico y administrarles diversas vacunas que provocaron a Irene rojeces dolorosas en la parte superior de los brazos y en la nalga derecha.

La capitana Miller publicó las asignaciones del grupo en un enorme tablón situado en el vestíbulo del hotel Blackstone. Era como la temporada de premios del instituto. Las animadoras, las actrices y las veteranas de la banda de música sabían reconocer una lista de admitidas en cuanto la veían.

En una esquina colgaba una lista desoladoramente corta con la palabra RECHAZADA estampada en rojo junto al nombre. El listado más largo ocupaba el centro del tablón: sesenta y cinco mujeres que se unirían a las que ya estaban en Europa al cargo de cuarenta camiones. Cada uno tenía su propio nombre, como los barcos de la Marina. Todos eran topónimos estadounidenses, tal y como establecía el plan de Eisenhower, el cual estaba convencido de que esos trozos rodantes de patria reconfortarían a los muchachos.

Irene sujetó a Dorothy del brazo y la arrastró para que viese la lista. Las dos, junto con Ellie, habían sido asignadas al CRA Rapid City. Destino: Inglaterra.

—Me sirve —dijo Dorothy.

La cena tuvo lugar en mitad de una tormenta de risas y gritos y acaloradas discusiones. Sentidos abrazos y el silencio lúgubre de las descartadas y un largo bufé repleto de sándwiches y fiambre de pollo y ensalada de patatas y aceitunas y quesos y verduras crudas y galletas y brownies y limonada y vino blanco.

Dorothy y Ellie iban detrás de Irene echándose carne en los platos. La primera requisó una botella de vino de las cubiteras, se la metió bajo el brazo y se hizo con tres copas. Ella usó una servilleta de tela y arrambló con todos los postres que pudo. Ellie se dedicó a saquear las verduras crudas y las aceitunas.

—Coge otra botella —le ordenó Dorothy a esta.

Enfilaron el pasillo con sus ruidosas botas.

—Este calzado es un horror —comentó Irene—. Me han salido ampollas en las ampollas.

—Yo me crie con botas —replicó Dorothy—. No me molestan nada.

—Yo me crie con tacones, cariño.

—Uy, yo con tacones me partiría los tobillos.

—Y tampoco podría trabajar con ellos —dijo Ellie—. ¿Me imagináis con tacones vendiendo salchichas en el puesto de mi padre, frente al edificio Wrigley?

Se abrieron las puertas del ascensor y apareció un hombrecillo albino vestido con un traje de lentejuelas y un gorro en la cabeza; parecía uno de esos monos que acompañan a los organilleros.

—Subo —dijo. Su pequeño bigote blanco se curvaba como una oruga.

—A ver si en la guerra pillo un buen marido —dijo Ellie—. Me encantan los hombres de uniforme.

Las puertas del ascensor se cerraron tras ellos.

—Yo estoy disponible —dijo el mono cilindrero.

4

Y se despertaron en un barco que araba surcos blancos sobre un mar oscuro.

Al día siguiente de terminar la formación, las integrantes del Cuerpo de Clubmobiles tomaron caminos diferentes; algunas se dirigieron ya al destino que les habían asignado; otras estaban aún pendientes de conocer el suyo. El contingente más numeroso marchó rumbo al teatro de operaciones europeo en diferentes convoyes que habrían de cruzar el Atlántico. El grupo al que pertenecían Irene, Dorothy y Ellie hubo de tomar un tren a Brooklyn, donde se alojaron en un hotel marrón viejo del que solo podían salir para servir comida en los centros de la Cruz Roja. No les estaba permitido llamar a casa. Lo único que podían hacer era esperar y esperar.

Habían pasado semanas desde su huida e Irene sintió que había completado el círculo. Estaba de vuelta en Nueva York. Era el momento de reparar el daño infligido a Madre.

Noviembre de 1943

Querida Madre:

Tengo muchas novedades, pero de momento no puedo darle detalles concretos. Sintiéndolo mucho, no podré estar en casa para las vacaciones y puede que pase algún tiempo hasta que vuelva a verla. Cuando pueda explicárselo todo bien, creo que estará orgullosa de mí. Me he alistado en la Cruz Roja y voy a intentar ser alguien de provecho.

Necesitaba un cambio. Se lo explicaré bien en cuanto pueda.

Con amor,

Irene

Cuando nadie prestaba atención, metió la carta en el buzón.

Fue la semana anterior a Acción de Gracias cuando, en los astilleros de la Marina, se subieron a bordo de un buque acompañadas de casi un millón de soldados jóvenes. Eran las únicas chicas del Cuerpo de

Clubmobiles de esa embarcación. Irene se quedó hechizada cuando vislumbró el puente de Brooklyn y se le saltaron las lágrimas cuando lo dejaron atrás. Dorothy nunca había visto nada como Nueva York. Ellie no estaba dispuesta a admitir lo mucho que le había impresionado; habría sido como traicionar a Chicago.

El buque navegaba en silencio y con las luces apagadas para evitar ser detectados. En la costa de Portsmouth recogerían más convoyes. Luego, en Terranova, se reunirían a otros torpederos y desde allí pondrían rumbo a Irlanda y Liverpool. Tendrían que ir en zigzag todo el camino para esquivar los submarinos. Nueve días. Los buques superrápidos, como el Queen Mary, iban directos y llegaban en cinco.

El mar tenía mal genio. Las olas de estribor zarandeaban el barco y a los pasajeros. Todo se agitaba. Cuando cayó la noche, las olas de proa, con su interminable rumor espumoso, parecían tener brillo propio antes de finalmente extinguirse. Los motores eran como un latido; más que oírse, se sentían. A sus espaldas, las nubes de las chimeneas dejaban leves marcas de tiza sobre las aguas negras.

Viajaban en convoy con transatlánticos y torpederos y un submarino y tres pequeños portaviones repletos de F4U Corsairs, con las alas plegadas como pelícanos en reposo. La mayoría de estos buques solo se veían a la luz del día. Por la noche, los ojos de buey estaban completamente tapados. Las radios tenían que ser muy silenciosas, aunque tampoco es que captasen gran cosa en alta mar. Casi todas las comunicaciones entre los buques tenían lugar mediante linternas, en código morse; de día recurrían a las banderas. Todo el mundo tenía miedo de los submarinos. Irene creía verlos por todas partes, moviéndose como tiburones enormes y perversos entre las aguas gélidas.

La tripulación del Rapid City, integrada por tres mujeres, iba en un modesto transatlántico de pasajeros, el Monarch of Bermuda. En tiempos de paz, aquella embarcación británica realizaba un circuito turístico que partía del puerto de Nueva York y llegaba a los arenales rosados de las Bermudas. La tripulación vestía uniforme blanco almidonado y las bodegas estaban abarrotadas de soldados que dormían en sacos a los que llamaban «madrigueras de pedos», cosa que a Irene le hacía mucha gracia. Las mujeres y los oficiales iban en camarotes de clase superior y los soldados rasos dormían donde podían. En el puente de mando e incluso en los pasillos.

Dorothy había descubierto que la tercera chimenea del Monarch era falsa, una antena de radio hueca a la que los tripulantes subían a fumar pitillos. Estaba ansiosa por contárselo a Irene, pero a esta le habían entrado mareos y estaba muy ocupada vomitando en el camarote. Al parecer, Ellie era su enfermera.

—Saluda a las tripas de mi parte —dijo Dorothy cuando la vio arrodillada delante del cubo.

En ese preciso instante llamaron a la puerta. Ellie la abrió.

Un camarero entró con una bandeja de plata y una taza de té a la menta.

—Señoras —dijo con una marcada formalidad—. Esto la calmará un poco.

Irene vomitó de nuevo.

—Lo siento mucho.

—¿Está dando de comer a los peces? —preguntó el hombre con amabilidad.

Ella no se rio.

Al día siguiente, el convoy continuó imparable dirección norte. Tenían órdenes estrictas: ningún barco debía detenerse ni ralentizar su marcha. En caso de ataque por parte de algún submarino o, peor aún, de hundimiento, deberían continuar a toda velocidad para evitar nuevas ofensivas en la medida de lo posible. En los barcos de civiles, nadie prestó demasiada atención a estas órdenes, salvo los capitanes.

Irene se encontraba un poco mejor por la mañana. Las tres amigas habían recibido la orden de dormir vestidas y dejar la puerta del camarote entreabierta por si un torpedo los alcanzaba.

«No les gustaría morir ahogadas en la litera, ¿verdad?», les había dicho el camarero.

Se quitaron la ropa interior y colocaron los uniformes nuevos y hermosos sobre las literas. Vestidos veraniegos ligeros y otros más pesados de invierno. El Tío Sam había contratado a sombrereros británicos para hacerles chaquetas y pantalones azul grisáceo a medida. Blusas blancas. Debían de haber costado un dineral. Las tres se vistieron para ir a desayunar.

Junto con los nuevos uniformes, el Ejército había proporcionado a cada mujer un baúl metálico verde con las esquinas reforzadas y un pasador en la parte delantera. El nombre de la propietaria estaba grabado en la parte superior: WOODWARD, IRENE. La Cruz Roja había asignado a cada una de ellas una bolsa repleta de ropa interior blanca de algodón, calcetines, cerillas, un pequeño botiquín de primeros auxilios, compresas Kotex, cepillos de dientes, kits de uñas, aspirinas, útiles de costura, caramelitos SenSen para el mal aliento y otros artículos de aseo y elixires. Preservativos. Bombones.

—Ey, mira —dijo Irene—, medias de seda.

Dorothy le arrojó su par.

—Jamás he llevado medias y no voy a empezar ahora —resolvió.

A la hora del desayuno se dirigieron al comedor, que estaba reservado para mujeres y oficiales. Los suboficiales y los soldados rasos comían productos en lata —raciones C y K— y, en ocasiones, algo de comida sólida que repartían en recónditos pasillos del barco. Las mujeres se abrieron paso, disculpas mediante, entre los soldados con los que se encontraron por el camino.

Irene les daba los buenos días a todos los grupos de chicos con los que se cruzaban.

—¿Cómo está, señorita?

—Un poco mareada, chicos. —Puso mala cara y se frotó la barriga.

—Jimbo también, señora. Se ha pasado la noche entera potando.

—¡Serás cabrón! —exclamó este.

—Nos veremos por allí, caballeros —dijo Irene—. Mi Clubmobile es el Rapid City.

—¿Nos concederá un baile? —dijo un chaval que sostenía un calcetín agujereado en la mano.

—Tal vez —respondió, como si realmente estuviera considerando la propuesta.

Las mujeres atravesaron la escotilla y subieron las escaleras.

—Cuando te quieras dar cuenta, estarás zurciéndoles los calcetines —protestó Dorothy.

—Cuando termine la guerra —dijo Ellie—, deberías venir a trabajar al puesto de perritos. Ganarías una fortuna en propinas.

Irene y Dorothy se miraron y pusieron cara de circunstancias.

—Eso sería increíble, Ski —dijo ella—. En serio.

Salieron a cubierta. El azote del viento las obligó a cerrar los ojos y, cuando volvieron a abrirlos, la visión de tantos barcos juntos las dejó boquiabiertas. Banderas estadounidenses en cada buque de guerra gris, en cada transatlántico azul y blanco. Los que se dirigían al norte dejaban a su paso largos penachos de humo blanco. Irene veía a los tripulantes en las cubiertas de los barcos cercanos. Los saludó con la mano. Le devolvieron el saludo. Las aves marinas, con sus alas desplegadas, surcaban el cielo cual cometas blancas.

—Dios mío de mi vida —dijo Ellie.

Se asomaron a las barandillas y se quedaron contemplando el espectáculo.

El comedor estaba abarrotado de hombres de uniforme de rostro bronceado y pelo entrecano. A Irene le costaba un poco respirar debido al humo de los puros.

El camarero de la noche anterior las acomodó en una mesa del centro.

—¿Sigue indispuesta la señorita esta mañana? —preguntó.

Irene agitó la mano para mostrar que estaba completamente recuperada.

—Día nuevo —dijo.

—Estupendo —repuso el camarero, colocando las cartas frente a ellas—. Les traeré té y agua con limón.

Furness Lines
MONARCH OF BERMUDA

Desayuno

Zumo de naranja
Pomelo frío
Compota
Sémola de maíz hervida con leche
Surtido de cereales con leche
Lenguas y despojos en salsa criolla
Huevos cocidos, fritos o revueltos
Jamón de hayuco asado
Patatas salteadas
Panecillos calientes, tostadas, pastelitos
Mermeladas, confituras variadas
Té, café, cacao

Por razones que solo ella sabía, Dorothy decidió mientras estudiaba la carta que el camarero se llamaba Willie.

—Willie —dijo cuando este volvió con las tazas de té—, ¿qué son los despojos?

—La presa o el botín del vencedor, si no me equivoco.

Vaya, a Irene le cayó bien.

—Agudo —concedió Dorothy—. Es usted muy chistoso.

—Serán el ron, el baile y tanto trasnochar —dijo—. Demasiadas emociones, señorita. Supongo que hoy no estoy muy allá. —Se enjugó la frente con afectación.

—Qué descarado —apuntó Irene.

—Los despojos, señora —continuó él, mirando a Dorothy—, son manjares como las mollejas, imagino. Los callos, cosas horribles. ¿Pulmones? ¿Usted cree? Seguro que no. Aunque los riñones no están mal, ¿verdad? Yo no le hago ascos a un buen pastel de riñones.

—Puaj —exclamó la chica.

—Tomaré tostadas con mantequilla y mermelada, por favor —dijo Irene.

—Señora, ¿y…? —Miró a Dorothy.

—Huevos, Willie. Pasteles. Café.

—¿Salchichas?

—Sí, mejor vivir a lo grande.

—Esa es mi filosofía, en pocas palabras —canturreó el camarero.

—Y extra de tocino.

—Por supuesto. Un festín de carne. Si me permite el comentario, la señora es una mujer que tiene claro lo que le gusta. ¿Y usted? —dijo, mirando seductoramente a Ellie.

—Diablos, solo se vive una vez, Willie —dijo—. Despojos para mí.

El camarero inclinó la cabeza.

—¿Sin lengua, señorita?

—No en la primera cita.

—Tomaré nota de ello —dijo y se fue corriendo.

—Caray, Ski —murmuró Dorothy.

Irene sentía como si le estuviesen martilleando la cabeza y odiaba a todo el mundo.

—No me esperaba eso de ti —dijo con su tono más maternal.

—Eres una falsa —repuso Ellie con un resoplido mientras añadía terrones de azúcar al té.

Todas escrutaron la superficie de la mesa y ni siquiera levantaron la vista cuando Willie les sirvió los platos.

Dorothy e Irene ya se estaban cansando de Ellie. Y esta lo sabía.

Aquella noche, Ellie estaba roncando de nuevo e Irene emitía silbiditos mientras dormía cuando Dorothy regresó de sus paseos nocturnos y entró sigilosamente en el camarote.

Esta la agarró del pie para despertarla.

—Vamos —susurró—. Y coge el abrigo.

A Irene le llegó una fuerte tufarada a whisky.

En el pasillo, Dorothy dijo:

—Willie y yo estamos tomando unos traguitos en la chimenea.

—Muéstrame el camino —dijo Irene mientras se frotaba los ojos para espabilarse.

Se pusieron el chaleco salvavidas sobre el abrigo y se lo abrocharon bien para protegerse del gélido aire marino del norte y del punzante roción. Estos chalecos, popularmente conocidos como Mae West, les realzaban de forma sorprendente el busto, cosa que les encantaba. Los barcos iban formando a su paso uves kilométricas debido a la vehemencia de las olas. La espuma fosforescente que emergía de las proas se plegaba y replegaba y se desvanecía bajo una multitud de encajes que engalanaban la faz negra del mar.

Dorothy llevó a Irene a una escotilla en el lateral de la primera chimenea. Mientras subían por la estrecha escalerilla, no dejaban de golpearse las caderas contra el metal curvado debido a los intensos vaivenes del barco.

—Deja de tocarme el culo —gritó Irene.

—Pues muévete.

—¡Dorothy!

—Era para ver si te habías puesto relleno.

Arriba, Willie las esperaba con ganas de jarana y el pelo alborotado. En las manos sujetaba una botella de whisky vacía. El viento ululaba suavemente al introducírsela en la boca. Este estudió la luna a través del cristal marrón.

—Ron del demonio —dijo y arrojó la botella por la borda; luego sacó otra del bolsillo trasero—. No soy un zolocho —se jactó.

Ni Irene ni Dorothy sabían lo que significaba eso, pero lo dejaron pasar sin darle más importancia.

Ella miró fijamente hacia el horizonte invisible. Le dio un trago a la botella y se atragantó al sentir el ardor en la garganta. Se la pasó a su amiga; esta se la dio a Willie y de nuevo llegó a sus manos. Dio otro trago y tosió. Entrecerró los ojos y el que tenía mal empezó a llorarle. Un destello. Una chispa naranja. Estaba lejos, pero al paso al que iban la alcanzarían pronto. La luz pareció apagarse y encenderse de nuevo. Dorothy y el otro no dejaban de charlar y reírse. Irene deseaba que se callaran, como si en silencio fuera a ver mejor. ¿Qué era aquello? ¿Un faro? ¿Un relámpago?

—¿Qué es eso? —preguntó finalmente.

Willie levantó la vista y ella señaló al frente. Él se inclinó hacia delante, como queriendo acercarse a los destellos. De repente, estaba sobrio.

—Prismáticos. En esa taquilla —le dijo a Dorothy.

Esta los cogió.

Willie miró a través de ellos.

—Mierda. —Se los dio a la chica y bajó por la escalerilla.

Dorothy miró también y silbó. A través del agua les llegó el sonido de un leve estruendo. Ella cogió los prismáticos, aunque ya sabía lo que iba a ver.

Cuando bajaron al pie de la chimenea, la cubierta ya estaba abarrotada. Irene perdió a su amiga entre la multitud. Se abrió paso entre los hombres y se agarró a la barandilla de babor. Empezaba a percibirse un olor a petróleo quemado. Las llamas, de un naranja, rojo y verde enfermizos, se duplicaban y extinguían sobre las aguas negras y aceitosas. Un torpedo había alcanzado el barco que iba justo

delante. Se había partido por la mitad y ambos extremos formaban ángulos agudos mientras el centro se hundía bajo las olas. Las municiones que llevaban a bordo iban estallando una a una, fuegos artificiales ensordecedores que soltaban chispas y explotaban lanzando una miríada de diminutos cometas al mar.

El capitán tocó las campanas y el Monarch se agitó como una ballena enorme mientras las hélices giraban cada vez con más fuerza. A pesar de la velocidad, el calor del barco en llamas les enrojecía las mejillas y les provocaba picor en los ojos, obligándolos a protegerse el rostro. A medida que la proa se hundía, los marineros saltaban de ella y desaparecían succionados por el océano. El barco parecía pequeño y gigante a la vez. Bajo el agua, tuvo lugar una nueva explosión y la luz se volvió de un verde horrible mientras el mar hervía y se tornaba blanco.

Ellie se acurrucó junto a Irene y la agarró de la mano.

—No voy a hacerlo —dijo—. Esto es demasiado.

Ella la hizo callar. Entrelazaron los dedos como colegialas y rompieron a llorar al ver los cuerpos flotando bocabajo desaparecer a medida que el Monarch se alejaba a toda velocidad.

—No puedo, Irene.

—Tienes que hacerlo.

Entonces aparecieron hombres vivos. A flote gracias a los chalecos salvavidas, agitando los brazos. Gritaban pidiendo auxilio; las voces se abrían paso entre la devastación, como provenientes de un sueño terrible. Amortiguadas por la inmensidad de la catástrofe, pero lo bastante cerca como para que ella viera los ojos.

—¡Señora! ¡Señora! —gritaban, alzando los brazos, como si ella pudiera ponerlos a salvo.

—¡Se lo ruego, por Dios!

—¡Aquí! ¡Socorro!

El barco los dejó atrás con tanta rapidez que Irene se preguntó si no habría sido fruto de su imaginación.

Los hombres ya estaban muriéndose de frío en las gélidas aguas del norte. No tardaron en dejarlos atrás. Remolcados por la estela del barco, eran como aves marinas lejanas posadas en el mar, las voces cada vez más débiles, como cuando es la hora de dormir y bajas el volumen de la radio. Luego desaparecieron entre la espuma y la oscuridad.

—Que le den a la guerra —dijo Baranski, la de Chicago.

5

Liverpool se ocultaba tras un muro de niebla matinal. Habían pasado días, aunque ninguno recordaba cuántos. Después de que el mundo se acabase ante sus ojos, habían entrado en una dimensión temporal que no sabían cómo medir. Ellie se había convertido en un fantasma. Parecía capaz de atravesar las paredes: en cuanto la perdían de vista un segundo, se esfumaba. Ahora había vuelto a desaparecer.

Irene y Dorothy estaban en la barandilla de estribor, tratando de discernir alguna forma tras aquel velo gris. Les llegaba el olor a tierra. A sal y petróleo, a humo y agua sucia. Motores, peces, creosota, comida cocinándose. Barro. Golpeteo de metales, voces de hombres atenuadas por la niebla. Silbidos, risas, camiones.

Sabían que los aviones alemanes llevaban un año y medio asolando la ciudad. Temían lo que pudiera esconderse tras las cortinas grises. A su alrededor, los titánicos rugidos de las bocinas de los barcos parecían solaparse en una suerte de eco interminable. La Armada estadounidense andaba cerca de ellos y las enormes sombras de los barcos atracados se perfilaban vagamente entre los bancos de niebla. Unas gaviotas invisibles chillaban y se zambullían más allá de la línea de cubierta del Monarch, chapoteando en aguas que Irene no alcanzaba a ver. Dorothy estaba fumando.

—No había visto nada igual en mi vida —dijo ella.

—¿Te refieres al ataque? —preguntó la otra, como si no fuese obvio. Irene no respondió, así que esta añadió—: Yo tampoco.

—Pobres marineros… —dijo ella—. Estoy desolada.

—Todos lo estamos. No eres especial por eso. Y no sirve de nada. Tenemos que seguir haciendo nuestro trabajo. No queda otra.

—De acuerdo —repuso Irene.

Dorothy arrojó el cigarrillo a la niebla.

—Este condenado puerto apesta. —Se le estaba pegando la forma de hablar de los soldados.

Ella no había dormido bien desde el hundimiento. El casco destrozado del buque se había apoderado de sus sueños. Todas las noches posteriores al suceso le había importunado la misma pesadilla. Cielo negro, mar negro. La luna proyectaba destellos en el agua, como si sobre el mar hubiesen tendido un largo puente de monedas de plata.

Y de pie, sobre ellas, un marinero ahogado. La miraba fijamente. Susurraba: «Irene». Poco a poco se perdía en la lejanía.

—No te pagan más por sentirte mal —dijo Dorothy.

—¿Nos pagan?

—Ciento cincuenta al mes, señorita, y todos los dónuts que te quepan entre pecho y espalda.

—Ah, es verdad. Se me había olvidado. Vamos a hacernos ricas.

Más allá de la niebla, el repique de unas campanas emergió de entre el bullicio del puerto: grúas y tractores, una cacofonía metálica. Por más que aguzaban la vista, no conseguían ver nada. De momento, solo era un mundo de reverberaciones y olores.

—No puedo comer nada, Dot.

Dorothy apartó la mirada y sonrió para sí ante este nuevo nivel de familiaridad. Había cruzado el océano y escapado de todos los mentecatos de Indiana que la llamaban así y ahí estaba de nuevo el dichoso sobrenombre: Dot.

—¿Sabes lo que creo, Caimana? —dijo—. Creo que lo más probable es que las cosas vayan a peor, no a mejor.

Un remolcador apareció debajo de ellas, donde la niebla marina empezaba a dispersarse. Arrimó el morro a la popa del buque formando olitas en el agua. El barco empezó a darse lentamente la vuelta. A Dorothy le interesaban mucho las cosas del mar, pero nunca había visto de cerca criaturas tan exóticas como los remolcadores.

—Soy una chica dura —dijo Irene.

—Lo sé.

—Me preocupa Baranski.

—Que haga lo que tenga que hacer —repuso Dorothy.

Una voz sonó por los altavoces: «Prepárense para el atraque. El desembarco comienza a las ocho en punto. Primero los oficiales, luego los soldados y después los voluntarios y las damas. Gracias».

Entonces fue como si el interior de la embarcación cobrase vida, una afluencia de cuerpos empezó a levantarse y moverse.

El sol empezaba a despuntar mientras las tropas bajaban a trompicones por las pasarelas. La fina niebla se levantó como una cortina para revelar la inmensidad del puerto, los barcos que jalonaban la orilla y los que esperaban frente a la costa. Un batallón de grúas contra un cielo lleno de humo. Los soldados se agrupaban en camiones y se alejaban. Irene echó un vistazo a la torre del reloj, que se alzaba sobre los muelles. Dorothy y Ellie caminaban por la barandilla, saludando a los muchachos que se alejaban por una de las pasarelas. Ella se quedó inmóvil. No podía imaginarse lo que

supondría bajar por aquella pasarela. Si no desembarcaba, tendrían que llevarla de vuelta a casa. Pero ¿qué excusas pondría ahora? Un fracaso más.

Permaneció en la misma posición durante largo rato.

Una hora y media más tarde, la tripulación del Rapid City comenzó a portar los pesados baúles hasta los muelles. Ahora que el torbellino de tropas estadounidenses se había disipado, parecían vacíos y silenciosos, a pesar del ruido pertinaz de las maquinarias. A Irene le pareció que incluso el aire era británico, aunque no sabría explicar qué quería decir con eso exactamente. Inglaterra no olía igual que Nueva York.

Se echaron las bolsas extra al hombro. No quedaba ningún soldado para ayudarlas y la tripulación británica del Monarch había desaparecido. Más allá de los muelles se extendían calles llenas de comercios y casas en ruinas. Pero no todas las arterias habían quedado destrozadas. La aleatoriedad de la devastación las dejó heladas. Ninguna de ellas había visto antes nada así.

Tras una manzana de hermosas casas amarillas y celestes y edificios de ladrillo rojo, aparecía una calle llena de escombros y agujeros, árboles derribados, madera carbonizada y obreros apoyados sobre palas y picos. Junto a los cráteres de las bombas se erigían edificios cubiertos de hiedra y chimeneas humeantes. Palomas y gaviotas se esparcían por el aire como confeti. ¿Qué era aquello que se veía a lo lejos? ¿Un tejado de paja? La visión le provocó un dolor tangible en el pecho a Irene.

Ellie se subió en su baúl y le dio un taconazo con las botas de combate. Emitió un chirrido contra el asfalto.

—No hay quien mueva esto —se quejó—. Así que yo tampoco me muevo.

Largos almacenes formaban una barrera entre la ciudad y los muelles. Algunos también habían sido devastados por las bombas. Algunas grúas levantaban redes gruesas cargadas de maletas y cajas, mientras otras sacaban camiones y todoterrenos y cañones fuera de las bodegas de los barcos, las cuales parecían no tener fondo. Era como un truco de magia. Una de las grúas tenía atada una guirnalda estropeada con un lazo rojo. Pese a todo, la Navidad estaba al caer.

Irene nunca había visto un semioruga, salvo en las películas, y ahora tres de estos vehículos acababan de pasar dejando tras de sí el hedor azul de los tubos de escape, como si de un desfile militar se tratase. Los cañones de sus ametralladoras Browning del calibre 50 apuntaban al cielo. En la parte de atrás de los vehículos se veían algunas pintadas que habían hecho los soldados: ¡A POR ELLOS! y ENTREGA URGENTE, y dos flechas, una a la derecha y otra a la

izquierda, con las indicaciones CABALLEROS y SEÑORAS.

Se oyó el rugido de un todoterreno y una voz familiar gritó:

—¿Qué tal?

Se dieron la vuelta y dejaron caer las bolsas sobre sus díscolos baúles.

—¡Russell Penney! —gritó Ellie.

—¡Me han ascendido a teniente! —exclamó Russell. No parecía tener muy claro si podía abrazarlas debido a una cuestión de rango y protocolo, pero ellas lo hicieron, así que él se dejó llevar—. Ey, ey, ey —canturreó, imitando a Bob Wills—. Estoy en su unidad, así que se van a hartar de verme. Estoy al mando de la logística de su Clubmobile y de otros camiones del grupo F.

Ellie se acercó al oído de Russell y susurró como una gatita:

—Me voy a casa.

—No, no se va a ninguna parte —intervino Irene.

Él emitió un gruñido que quizá pretendía ser una muestra de apoyo y dijo alegremente:

—A ver si organizamos esto un poco. —Silbó a unos soldados que estaban fumando a escondidas junto un almacén. Se acercaron a paso ligero y llevaron los baúles al Willys MB que estaba enganchado a un remolque de dos ruedas. Parecían de pluma en sus brazos.

En el barco, Willie estaba de pie asomado a la barandilla. Las tres mujeres lo saludaron. Él se dio media vuelta y entró.

Dorothy se puso delante, junto a Russell, ya que necesitaba más espacio para las piernas. Irene y Ellie se acomodaron en la parte de atrás, que venía a tener el tamaño de una palangana. El parabrisas abatible estaba bajado y enganchado a la capota.

—Aquí llaman *bonete* a la capota —dijo—. Y *guardabrisas* al parabrisas.

—Qué elegante —dijo Irene.

—Qué repipi, querrás decir —matizó Ellie.

—¿Qué demonios te pasa a ti? —espetó Dorothy.

—Y al maletero le dicen *portaequipajes* —añadió Russell entusiasmado.

—Hay más sitios aparte de Chicago —dijo aquella—. Aquí tienen su propia forma de hablar.

—Prefiero Berwyn —dijo la aludida—. Lincoln Park. La gente habla mi idioma.

—Es inglés, querida. ¿De dónde crees que viene tu idioma? —preguntó Irene.

—De los ingleses. —Ellie estaba harta de todo eso—. De esas malas bestias.

—Ya basta, señoritas. —Russell miró a su alrededor, pero siguió atravesando el puerto sin hacer más comentarios. Volvió a silbar canciones de Bob Wills. Se acercó a un autobús londinense viejo de color verde oliva y aparcó—. Nos dirigimos a un Clubmobile británico. Estarán aquí durante un tiempo; luego irán a Londres a montar un puesto de dónuts, un refugio dulce, como dicen ellos, y después prestarán servicio en el comedor de los oficiales.

—Refugio dulce —repitió Dorothy, recreándose en la pronunciación —. Joder, aquí todo suena bonito.

Russell no sabía dónde meterse.

—Por cierto —dijo—, la normativa establece que no se los puede llamar «hijos de la gran Bretaña». Ni «piratas». Por Dios, ni se les ocurra. Así que olviden lo que he dicho.

—¿Cómo nos llaman ellos? —preguntó Ellie.

—¡Yanquis!

—Me han llamado cosas peores.

—Me lo creo —dijo Dorothy.

Las tres mujeres se miraron entre sí y asintieron con la cabeza. Salieron del jeep y se dirigieron al autobús transformado. Una vez a bordo, se dieron cuenta enseguida de lo apretadas que iban a estar. La máquina de hacer dónuts, que parecía uno de los artefactos de Flash Gordon, estaba en una esquina, y el fogón, al lado, sobre una encimera. Había una urna de café en cada rincón del fondo. El mismo equipamiento que la versión estadounidense, solo que más antiguo.

—En nuestros camiones hay un poco más de espacio —explicó Russell; su orgullo pareció crecer unos centímetros mientras se enderezaba—. Un GMC patrio de dos toneladas y media de hierro. Eisenhower no habría dado el visto bueno a estos autobuses, se lo garantizo.

Las mujeres enarcaron las cejas ante la fanfarronada y examinaron las estanterías y los armarios. Habían oído esa propaganda sobre los camiones cientos de veces, pero Irene le siguió el juego:

—Oooh —dijo sorprendida.

—Tazas de café —informó Dorothy.

—De té —corrigió Russell—. Pero arreglaremos eso. Dentro de los camiones ya no estamos en Inglaterra. Estamos en los Estados Unidos de América.

Irene le dio una palmadita condescendiente.

—Me cae bien, Russell —confesó Ellie.

—¿Conduciré yo? —preguntó Dorothy.

—Bueno, lo llevará un soldado inglés cuando haya que moverlo. Supongo que aún no confían en sus habilidades.

—Ah, ¿no? —murmuró la chica.

Ninguna de las mujeres se inmutó. Al salir, Dorothy se situó de espaldas al autobús. De camino al jeep, Russell mencionó que, según el mando, un barco se había hundido en tránsito. Cuando ninguna le contestó, se aclaró la garganta y se subió al vehículo. Ellas hicieron lo propio. Él se puso en marcha. Las mujeres parecían estar haciendo rodeo: el jeep no dejaba de rebotar, y ellas con él. Russell era un auténtico aficionado a la artillería militar pesada. Pasó por todo el complejo portuario para que las chicas vieran la maquinaria en acción.

Sus comentarios tenían el entusiasmo de un niño escuchando por la radio la Serie Mundial de Béisbol:

—¡Eso de ahí es un obús M8 motorizado! —Se desvió entre las grúas—. Esos son tanques Sherman —aseguró—. Y miren esa bestia de ahí. Un M7 Priest. Como un tanque, pero sin llegar a serlo.

—¡No me diga! —susurró Irene.

—¡Un M26 Pershing! —gritó Russell—. Tremendo animal, ¿eh?

—¿Dónde puedo conseguir uno de esos? —preguntó Dorothy—. Lo digo totalmente en serio.

Se dirigieron a un barracón situado en el extremo más alejado de los muelles; habían instalado el campamento a la sombra de un depósito de agua. Podían salir de los muelles e ir andando por la carretera hasta la ciudad. Irene se emocionó cuando pasaron un par de autobuses rojos de dos pisos. Contuvo las ganas de señalarlos y ponerse a gritar. «No tenemos siete años, Irene», se dijo a sí misma.

En el barracón podían elegir entre doce literas vacías. Fueron las primeras del Cuerpo de Clubmobiles en llegar.

—Los lavabos están al fondo del todo —dijo Russell—. Unos veinte retretes. —Miró al suelo, ruborizado—. Diez duchas. Muchas toallas, pastillas de jabón.

A Irene le enterneció el inocente pudor de Russell al mencionar los aseos de las señoras.

—Volveré a por ustedes a las diecisiete cero cero, hora de la cena.

—Lo de antes iba en serio —dijo Dorothy—. ¿Cómo puedo entrar en un M26? Quiero disparar cosas.

—No, no quieres —dijo Irene.

—¿Pero tú me has visto, cariño?

Russell se rio, creyendo que estaba de broma.

—Señoritas —dijo. No llegó a hacer el saludo militar, pero sí se llevó un dedo a la frente—. Por cierto, pueden llamarme Rusty si quieren.

Mientras caminaba hacia su jeep, Irene gritó:

—¡Un momento, un momento! ¿Se llama Rusty Penney?[1]

Se alejó a toda prisa mientras las mujeres se desternillaban de risa.

Irene había encontrado una postal en blanco y negro de Liverpool.

Querida Madre:

¿Adivina dónde se ha metido ahora su alocada hija?

Con amor,

Irene

De cena había salchichas y puré de patatas; las salchichas estaban muy aceitosas, tanto que los platos metálicos acabaron cubiertos de una especie de sebo coagulado. El puré llevaba abundante manteca y las galletas de mantequilla continuaron la temática grasienta de la cena. El té *earl grey* sirvió como contrapunto. Todas se tomaron una pinta de cerveza negra. Estaba caliente.

Cuando se acostaron en las literas, se sentían unos veinte kilos más pesadas. Después de varios días encerradas en el camarote del buque, las tres mujeres disfrutaron del lujo de estirarse y hacer uso de todo el espacio disponible. Ellie se adjudicó una litera superior, cerca de la puerta, mientras que Dorothy e Irene se quedaron en una inferior, en rincones opuestos.

La de Indiana eructó como un leñador.

—Qué señorita tan educada —observó ella.

—Gracias —regoldó Dorothy.

—Has hablado eructando —observó Ellie.

—El cocinero ha llamado la cena «aerostatos y nubes» —dijo Irene.

—Todo un poeta —repuso Dorothy.

—Lleva anillo, ¿verdad? —preguntó Ellie—. Ya me imagino la tienda en Lincoln Park: Aerostatos y Nubes del Cielo. Justo al lado del teatro Biograph. ¿Lo conocéis? ¿En el callejón donde los agentes del FBI acribillaron a balazos a Dillinger?

—Lo envenenaron con plomo —dijo Irene, que le encantaban las películas de gánsteres.

Se apagaron las luces.

—Puedo cantar una canción entera eructando —se jactó Dorothy.

—No, por favor —repuso ella.

—Venga, hazlo —dijo la otra.

—Ni se te ocurra —insistió Irene.

—¡Sí! ¡Venga! —Ellie estaba dando saltitos en la litera. «Irene debe

de tener un palo gigantesco metido en el culo», pensó.

—*OH GIVE ME A HOME* —rugió Dorothy.

—Para —le rogó ella.

—*WHERE THE BUFFALO ROOOOAAAAM.*

—¡Basta!

—Ay, por favor —dijo Ellie—. Que me meo de la risa.

—*Where the DEER and the ANTELOPE PLAAAYYY*.[2]

«Pues nada, he aquí las integrantes del Rapid City», pensó Irene.

Entonces Dorothy interrumpió su canción de eructos.

—Una cosa —dijo—. Aquí no se muere nadie. Nadie, me cago en diez.

—Buen plan —secundó Irene.

—Trato hecho —dijo Ellie.

—Tres chicas sueltas por el mundo —añadió Dorothy.

Se quedaron tumbadas en la oscuridad, tratando de conciliar el sueño.

Rusty llegó a los barracones a las 5:30 e hizo rugir el autobús de los dónuts a modo de toque de diana. El acompañamiento musical corrió a cargo de las gaviotas chillonas, los motores diésel, las estruendosas grúas y las bocinas de los barcos, sin olvidar el entrechocar percutivo de superficies metálicas. Dorothy apareció en primer lugar, remetiéndose la camisa por los pantalones. Ellie caminó como una sonámbula hasta el autobús. Irene fue la última en llegar.

Un atronador P51 sobrevoló la ciudad, trazó una curva cerrada al alcanzar el puerto y se fue por donde había llegado.

—Ahí va el Manitas —dijo Ellie, dándole un codazo a Irene—. Te está buscando.

—¿Quién? —dijo ella, haciéndose la tonta.

En la puerta del autobús, Dorothy estaba discutiendo ya con Rusty.

—¿No sabe cómo funciona el embrague, hijo mío?

—Lo sé perfectamente.

—Tan perfectamente que se está cargando las marchas. Parece un niño de diez años jugando en el camión de su papi. Ande, échese a un lado.

—Yo no me echo a ningún lado. Soy el conductor.

—No, no lo es. Hoy no, por Dios.

Rusty agarró el volante con fiereza y clavó la mirada en el parabrisas, como si estuviese maniobrando un barco en mitad de una tormenta.

Dorothy puso el pie dentro del autobús.

—Aparte.

—No. Usted no me va a dar órdenes a mí.

—Salga de ahí y deje de hacer el ridículo.

—Me va a caer un buen rapapolvo.

—Rapapolvo el que le está cayendo ahora mismo. Deje, anda.

Rusty se bajó avergonzado y Ellie lo asió del brazo.

Dorothy trasteó con la palanca de cambios y el embrague, ambos en el lado equivocado, y dijo:

—Este montón de chatarra lo tiene todo al revés. —El motor carraspeó y rugió—. Allá vamos.

Irene se sentía algo agobiada en la estrecha cocina del camión. También estaba sucia. Había restos de harina por todas las superficies. Olor a azúcar y a mezcla de dónuts, a bolsas de té usadas y a grasa quemada. Y a autobús viejo: ese era el ingrediente secreto. ¿Y eso del rincón era una tela de araña, bicho incluido?

Dorothy estacionó el autobús de los dónuts junto a una barraca administrativa situada en el muelle principal. En unas horas, más soldados irrumpirían por las pasarelas. Las mujeres se pusieron manos a la obra. Delantal de algodón blanco que les cubría desde el pecho hasta las rodillas, pañuelo en la cabeza. Escoba, fregona y trapo en mano.

—Alístate en la Cruz Roja y verás el mundo —dijo Irene.

—No vamos a durar aquí ni dos días —vaticinó Ellie.

La tarea de hacer café recayó en esta y ella se encargó de preparar la masa para los dónuts. Dorothy se dedicó a examinar los neumáticos y el radiador, y a comprobar el aceite antes de recorrer los muelles y los almacenes.

—Voy a hacer un pequeño reconocimiento —gritó—. Irene, acuérdate de medir el agua.

—Vete a la mierda —soltó ella en voz baja.

Ellie soltó una risita.

—No creía que Dorothy fuera tan vaga —dijo.

—Por lo que he podido ver —dijo Irene en su primera mediación de la guerra—, ella tiene sus propios horarios.

No les dio tiempo a levantar las persianas y revelar al mundo el mostrador que se hallaba tras ellas: ya había una cola de ingleses aporreando el metal. Estibadores. Los hombres se asomaron por el borde.

—¿Está disponible? —gritó uno de ellos.

—¿Me pregunta a mí? —dijo Irene con ironía. Era el momento de ponerse la capa de seducción y de sacar las lentejuelas.

Abrieron la ventanilla.

—No sabemos muy bien cómo va esto —advirtió—. Pero haremos

lo que podamos.

—Bien —dijo un tipo rubicundo y con bigote—. Para mí, una taza.

—¿De qué? —dijo Irene.

—De té. Una taza de té.

—Válgame Dios. —Le susurró a Ellie—: ¿Tenemos té?

El hombre acercó la mano y le quitó la tapa a una pequeña urna que había sobre el mostrador; luego sacó una bolsita de té y la echó en una taza, que le tendió a Irene.

—Vengo aquí todos los días.

Pese a que ella no entendía bien todos los acentos, se quedaba embelesada al oírlos. Sus primeros servicios no fueron precisamente impecables. Se les acabó el agua caliente. Pero a los chicos no pareció importarles. Se quedaron fumando y flirteando con ellas.

—No soy un bolchevique, descuide. A esos chusqueros les han lavado el cerebro.

—Sí —coincidió un hombre mayor que fumaba en pipa; sonaba cansado, como si la sabiduría lo lastrase.

—¿Qué están diciendo? —susurró Ellie.

—Me encanta su acento —le dijo un hombre.

—Pensaba que era usted quien tenía acento —respondió ella.

Cuando Dorothy reapareció, tan fresca como irritante, se subió al autobús, apartó a sus amigas y gritó a la congregación de hombres:

—A ver, chicos, ¿quién tiene ganas de un dulce patrio?

—Yo lo que tengo es ganas de amor —dijo el que no era bolchevique.

—Será descarado —lo reprendió Dorothy. El hombre esbozó una sonrisa de beatitud—. Vale, pues meto el dedo en su taza y con eso se lleva un poco de emoción para el cuerpo. Soy dulce como la miel y dos veces más fuerte que el ron.

Los chicos silbaron con tímido asombro.

—¿Dónde has aprendido eso? —le preguntó Ellie por lo bajo.

—A ver, que alguno diga «caramba» —gritó Dorothy—. Si no recuerdo mal, significa «córcholis» o algo así, ¿verdad? Siempre he querido oírlo en boca de un británico.

—¡Caramba! —gritaron al unísono.

La chica se quedó mirándolos.

—Vaya decepción —sentenció.

La aclamaron como si hubiese marcado un gol.

—Los hombres me adoran —dijo Dorothy, volviéndose hacia Irene y guiñando un ojo.

Todos se sobresaltaron cuando sonó una bocina y un barco pareció partirse por la mitad cuando los soldados estadounidenses salieron de

él en tropel.

—Hora de volver al trabajo —gritó uno de los ingleses.

Los estibadores regresaron a sus tractores y camiones para proceder a la descarga del barco que acababa de arribar.

Irene se quedó aturdida durante un segundo al darse cuenta de la marabunta que estaba a punto de aparecer.

—¿Dónde están nuestras compañeras? —preguntó.

—Creo que su barco iba a Edimburgo —le informó Dorothy. Saltó del autobús en busca de más agua.

Las mujeres pusieron en práctica el servicio de dónuts para los más de doscientos soldados estadounidenses que no dejaban de gritar, escupir, insultar y pegar empujones. Ahí estaba Idaho. Ahí estaba Luisiana. Nebraska. Alaska. Nuevo México. Los navajos. Los siux. Los yanquis. Los polacos. Los negros. Los vejetes. Los vaqueros. Los italianos. Los portugueses. Ahí estaba Hawái. Samoa. Puerto Rico. Brooklyn. Salt Lake City. Houston. Cicero y Cody y Helena y Butte y Bakersfield y Bucksnort. Petoskey y Chula Vista y Kankakee. Southie y North End y Concord. Los mexicanos. San Francisco y Deadwood y Wetumpka. El Paso. La avalancha humana iba llegando y situándose alrededor del Clubmobile mientras Irene ponía discos en el gramófono y se terminaba el café. Les inquietaba ver lo rápido que mutaban los rostros de los soldados.

Tenían la sensación de llevar allí treinta horas. Afortunadamente, Russell Penney llegó por la tarde.

—¿Un café, Rusty?

Estaban sorprendidas de lo agotadas que estaban.

Él se puso la gorra y se apostó frente a la ventanilla, mirándolas.

—Es hora de cerrar —dijo.

—¿Tan pronto? —Irene trató de ocultar su alegría.

—Ahora que estábamos cogiéndole el tranquillo… —mintió Ellie.

—Acabo de recibir órdenes para ustedes —informó—. Se van a Londres. Las cosas serán así durante un tiempo. Tendrán que ir donde se las requiera. Apagando fuegos. El tren sale en —dijo mientras consultaba el reloj— noventa minutos. Tendrán que hacer rápido las maletas.

Se quitaron el delantal y salieron a toda prisa del autobús.

—Me duele todo —dijo Irene.

---

1 Aunque difiere en la grafía, fonéticamente suena igual que «penique oxidado». De ahí las risas que siguen. *(N. del T.)*

2 «Oh, dame un hogar / donde el búfalo brame, / donde el ciervo y el antílope

jueguen.» Versos de una canción wéstern tradicional titulada *Home of the Range*. *(N. del T.)*

6

El tren parecía salido de una novela de Dickens. Allí parado, suspirando vapor en la estación de Lime Street, daba la impresión de estar algo cansado. La pintura y los adornos de pan de oro de los vagones estaban descascarillados, desvaídos, y la robusta máquina de vapor, negra y cobriza, cubierta de mugre. Habían tapado las heridas de metralla con masilla, dejando horribles manchas en la piel de los vagones. En la parte superior del apartavacas había dos banderas del Reino Unido. La locomotora resoplaba mientras el tren esperaba a sus pasajeros. Rusty pidió a unos cuantos peones que metiesen los baúles de las mujeres en el vagón de equipajes. Unos escalones facilitaban el acceso a cada coche, como si fuese la entrada al porche de una casa. Dentro había ocho compartimentos para pasajeros, cabinas con dos bancos enfrentados y puertas de cristal que daban a un pasillo central. En el extremo del tren, en lugar del furgón de cola, había un vagón lleno de soldados cuyas cabezas asomaban de cuando en cuando por las ventanillas como si fuesen perros en un coche.

—Señoritas —dijo Rusty y las ayudó a subir a bordo.

Los uniformes eran preciosos, pero la chaqueta picaba. En cuanto subieron a bordo, las tres se la quitaron.

Ellie estaba cansada. Necesitaba una siesta, dijo. Al parecer, dormía más que cualquier ser humano que hubiesen conocido. El pobre Rusty parecía ansioso por que le diese un abrazo de despedida, pero esta se limitó a contener los bostezos e ignorarlo. Irene le lanzó un beso en su lugar, pero todos sabían que era un premio de consolación.

—¿Cómo es que estás tan cansada todo el tiempo? —preguntó Dorothy.

—La guerra es agotadora —dijo Ellie bostezando.

Rusty asomó la cabeza por la puerta.

—Recuerden: estación de Euston, en Londres. Allí les dirán dónde irán después. Y las llevarán en coche al alojamiento. —Cerró de un portazo y les dijo adiós con la mano.

Dorothy, en un arrebato de hilaridad, agitó un pañuelo como si fuese una dama de película.

—¿Crees que es gracioso? —le preguntó a Irene.

—Infinitamente.

—¿Estás siendo sarcástica?

—Infinitamente.

Ellie se acurrucó en el banco orientado en dirección contraria a la marcha y se quedó dormida.

—Ya está roncando —observó Dorothy, que dejó a Irene el asiento de la ventana y abrió un libro.

Esta le preguntó qué estaba leyendo.

—*Río amarillo,* de Plácido Pis.

Después de un momento, ella dijo:

—Muy gracioso.

—Lo siento. Humor de *boy scout.* Influencia de mi hermano. —Dorothy miró la cubierta—. Quería decir que estoy leyendo *Corriendo al retrete,* de Mejiño Vivo y Memeo Toda.

—Oye, de verdad, ¿cuántos años tienes? ¿Doce? —Irene lo dejó pasar un momento mientras oían los suaves ronquidos de Ellie. Después dijo—: ¿Qué estás leyendo, en serio?

—*Debajo de las gradas,* de Oteo Nalgas.

—Me están dando ganas de estrangularte.

El silbato sonó y la máquina de vapor hizo chu-chu y lanzó cortinas de nubes blancas y cenizas y dejaron Liverpool atrás, más allá de los cráteres y los restos quemados y las numerosas grúas y barcos y vehículos que pululaban como hormigas en un terrario de titanes.

—Pues pienso estar diciendo payasadas todos los días —dijo Dorothy.

—Parece que es la postura de la Cruz Roja —observó Irene.

—No lo he visto en el reglamento por ningún lado —dijo Ellie, súbitamente despierta—. Pero se supone que estamos aquí para aportar vitalidad, ¿no?

—Servimos esperanzas renovadas con una taza de alegría —añadió ella.

Dorothy se cruzó de brazos.

—Solo recibí una carta de mi hermano antes de que lo mataran. Él decía que la guerra era «estar en la mierda». Supongo que de vitalidad no andaba muy sobrado. —Se quedó mirando por la ventana.

Los nombres de las estaciones de tren y de las ciudades por las que pasaban estaban cubiertos en caso de que el enemigo pasara por accidente por allí.

—Nunca sabemos dónde estamos —dijo Ellie y cerró los ojos.

—No estamos en ningún sitio —repuso Dorothy.

Siguieron la marcha contemplando pueblos cuyos nombres desconocían, además de emplazamientos militares y vacas.

—Me gustan las vacas —dijo finalmente aquella—. Donde yo me

crie había muchas.

—¿Teníais una granja? —preguntó Irene.

—Sí. Lo único que quería era irme de allí.

—Chicago salió ardiendo por culpa de una vaca —comentó Ellie, sintiendo que había vuelto a fracasar en su intento por tomar parte en la conversación.

Se quedaron mirándola.

—Nosotros tenemos una granja —le dijo Irene a Dorothy—. Bueno, mi tía y mi abuela. Mi tío también. Ya nos dejó, pero lo sigo viendo a veces.

La otra asintió. Todas las granjas tenían un fantasma.

El tren prosiguió su marcha.

Irene enganchó el brazo al de Dorothy.

—Tenemos que ir cuando termine la guerra —sugirió—. Hay una cabaña. Podemos pasar allí todo el tiempo que queramos. No está lejos del mar. Un ratito en coche.

—Yo no —dijo Ellie, para salvar las apariencias—. Soy una chica de ciudad.

Después de una hora de calma bucólica, las sirenas antiaéreas empezaron a aullar. Estaba atardeciendo. La tierra se estaba tornado grisácea, casi púrpura, y las sirenas se iban activando una a una dirección norte, formando un vasto acorde que portaba la noticia del inminente caos.

Uno de los soldados iba por el pasillo central con el fusil en ristre, llamando a la puerta de los compartimentos.

«En medio del vagón, por favor —decía en cada compartimento—. No se acerquen a las ventanas. Túmbense. Cúbranse la cabeza.» Se fue con la misma brusquedad con la que había aparecido, sin llegar a correr.

Irene se quedó inmóvil en el asiento. Miró por la ventanilla, pensando que vería formaciones de aviones alemanes. Imaginó bandadas de cuervos de hierro enormes con cruces gamadas en las alas.

Dorothy le dio un codazo a Ellie para despertarla y le dijo:

—Ataque aéreo, El. Corre, fuera.

Esta salió corriendo como un gato asustado.

—Vamos, Chiqui —instó luego a Irene.

—Me voy a cabrear mucho como me muera hoy —dijo ella.

Dorothy la levantó a tirones del asiento. Cayeron al pasillo central, donde se hicieron un ovillo al lado de Ellie. Los civiles se amontonaban unos encima de otros. Varios fumadores seguían dando caladas a su maloliente cigarrillo, dejando caer la ceniza sobre la

gente. Olían a cebollas y a lana, a pasteles y a té. Todo el mundo se abrazaba sin conocerse de nada y los hombres extendían los brazos para cubrir a las mujeres lo mejor que podían.

Un trueno. ¿Se avecinaba lluvia?, se preguntó Irene. Nunca había oído ninguna bomba. En las películas de guerra sí, claro. Pero los héroes del cine nunca morían. Las bombas solo levantaban regueros de tierra. Explotaba algún que otro edificio. «Pero las bombas no pueden alcanzar un tren en marcha», se dijo a sí misma.

Ahora el ruido era más fuerte. No sonaba como las bombas del cine. Ni siquiera como las del Cuatro de Julio.

Más fuerte aún. El tren se estremeció; parecía como si el simple ruido fuera a derribar la locomotora. Terrones y pedruscos martilleaban el techo. Irene se desasió del hombre que la sujetaba y levantó la cabeza para mirar fuera. Los árboles salían despedidos al cielo como géiseres de fuego.

—¡Van a Liverpool! —gritó alguien.

El tren aceleró, profiriendo un grito salvaje y animal.

Irene no veía los bombarderos y esa invisibilidad la aterrorizaba más si cabe. Más que oír, sentía su pesado murmullo, el zumbido de motores monstruosos seguido del bramido de las bombas al caer. Erupciones negras volvieron a quebrar la oscura llanura y la onda expansiva alcanzó el tren; casi lo hizo descarrilar. Dorothy tiró de Irene para que volviera a bajar antes de que la ventana se hiciese añicos.

Todos los pasajeros que estaban en el suelo se arrimaron más aún. Entonces llegaron los bombarderos en picado, que se desgajaban de una bandada de aviones más grandes para precipitarse al suelo; las bombas que lanzaban parecían propulsarlos de nuevo al cielo mientras sus estridentes motores bajaban de octava. En el vagón de delante, un lateral se había incendiado y el humo estaba entrando por la ventanilla rota. El hombre que la cubría usó el pie para mantener cerrada la puerta de la cabina y evitar que se ahogasen. Las balas comenzaron a impactar contra el techo.

—¡No! —gritó alguien.

Irene no sabía quién había sido. ¿Ella? ¿Le habían dado a alguien? ¿Estaba herida? Se tapó los oídos con las manos. No terminaba de asimilar que estaba allí.

Quería decirle a Dorothy que la granja de los Woodward estaba en Mattituck. Y que los trenes pasaban cerca. Y que odiaba la matanza del cerdo más que nada en el mundo porque ellos sabían que iban a morir y los hombres los degollaban y los marranos gritaban como mujeres, como niños, e Irene se escondía en el armario de debajo del

fregadero y se tapaba los oídos, igual que ahora. Aún tenía pesadillas con aquellos gritos. Y el tío Will escondía botellas de bourbon en el granero para que la tía no las viese. Y sus terribles primos llevaban a la Caimana allí a beber porque sabían que el tío Will nunca le diría nada a la tía Eva. Quería contarle todo eso.

Los artilleros antiaéreos, que estaban ubicados en varios emplazamientos a lo largo de las vías, habían empezado a disparar al aire. La munición trazadora, cual flechas en llamas, se desvanecía entre el humo y las nubes que sitiaban el cielo. Cazas de la Real Fuerza Aérea salieron de alguna colmena cercana con el fin de contraatacar.

—Madre mía —gritó una voz con acento irlandés—. Madre mía.

7

Estaba totalmente oscuro cuando llegaron a la estación de Euston, en Londres. Irene tenía la mente entumecida por los remolinos de fuego. Por los árboles desprendiéndose del suelo y subiendo a las nubes. Agitó la cabeza para quitarse los trozos de cristal del pelo. Dorothy, Ellie y ella estaban cubiertas de polvo de arriba abajo, como si acabasen de atravesar el desierto. Los pasajeros se sacudían los hombros y la espalda formando pequeñas nubes grises a su alrededor. Poco a poco se fueron alejando hasta desaparecer de la vista.

La Luftwaffe también había atacado las afueras de Londres. Lejanas llamas anaranjadas arrojaban al cielo densas columnas de humo. Entre los restos ruinosos de los edificios se vislumbraba el resplandor de los incendios. Muchas iglesias, de las que solo quedaba el armazón tras los bombardeos del Blitz, semejaban cirios enormes.

Varios trabajadores ferroviarios estaban examinando los recientes agujeros que salpicaban los laterales del motor de la locomotora. El olor a carbón provenía del vagón quemado. Había linternas apuntando en todas direcciones. Los haces de los reflectores acariciaban las nubes altas como si fuesen dedos. Los aullidos del claxon se alejaban en la oscuridad. En aquella dirección, los penachos de humo tenían un tono rosado.

Sobre los edificios oscuros parecía flotar una especie de pez gordo. Irene se quedó mirándolo y dudó por enésima vez si no estaría soñando. Le caía polvillo de las orejas.

Un soldado británico con un casco de esos como de sartén se apartó de la cuadrilla encargada de rescatar las maletas del vagón de equipajes. Al darse cuenta de la mirada de confusión de Irene, dijo:

—Globos de barrera, guapa. Para que los aviones alemanes se estrellen.

Cerca de allí, varios policías militares estadounidenses estaban escoltando a un grupo de compatriotas achispados a un camión. Eran soldados; los más borrachos no dejaban de cantar e insultar, y uno de ellos se puso a vomitar en mitad de la calle.

—Una pena, de verdad —comentó el británico—. Muchos de sus paisanos se meten en líos cuando están aquí, en la querida tierra de los anglos.

—¿Por qué?

—No soy quién para criticar —criticó—, pero hay algunos yanquis que no tienen modales. Se piensan que están de vacaciones. —Se apartó de la escolta y miró al cielo con teatralidad—. Ya sabe lo que dicen.

—No.

—Que los soldados estadounidenses tienen un sueldo excesivo y están obsesionados con el sexo. Sigan por aquí. —Señaló cortésmente y prosiguió el camino.

Ellie le dio un codazo a Irene en la espalda.

—Ya no puedo más —dijo.

—Yo también estoy agotada.

—No. Quiero decir que me voy. Que esto no es para mí, hermana. ¿Bombas? ¿Estáis de broma?

Y, con estas palabras, Ellie se fundió con la oscuridad.

El camión cargado de pendencieros soldados estadounidenses se alejó a toda velocidad. Irene se sentía como si tuviese el cuerpo relleno de algodón y serrín. Como una criatura disecada, mal cosida, extrañamente móvil, exhausta y lánguida. Dorothy se había acercado al tren para inspeccionar los daños. Ella se quedó de pie, en mitad del caos, con la mirada perdida. Cuando la otra volvió, la encontró en el mismo punto donde la había dejado, en la misma posición, con la boca abierta de la misma manera.

Le dio un empellón con un hombro.

—Tranquila, Caimana. Es demasiado pronto para una neurosis de guerra.

—¿Eso es lo que tengo?

—Venga, no le des más vueltas. Mira, Ellie está ahí llorándoles a un montón de ingleses. Pero nosotras no somos como ella.

—Dice que se va.

—Eso ya lo veremos.

Irene miró a Dorothy a la cara.

—¿A ti no te altera nada de lo que está pasando? —preguntó.

—No tengo tiempo para alterarme.

—Nunca dejas que te vean llorar, ¿no?

—Exactamente. —Le dio un cachete en el trasero—. Venga, vamos.

Rescataron a Ellie del grupo de soldados que estaban ofreciéndole consuelo y se subieron a un coche que se abrió paso entre calles bombardeadas, edificios caídos e incendios pequeños. Las seguía un camión que transportaba sus baúles. En aquella oscuridad, los conductores parecían orientarse como gatos; las luces de los faros se reducían a dos hilitos amarillos. Apestaba a humo, a basura, a orines y

a más humo, y de cuando en cuando les llegaba un aroma súbito y reconfortante de comida guisada.

Irene se sentó como si estuviera sola, sin hablar. La ciudad de Londres. Apoyó la cabeza en el frío cristal de la ventana. Todo lo que veía era gris y negro.

—El Blitz, señoras —dijo el conductor—. Aquello sí que fue un buen estropicio. En comparación, esto no ha sido para tanto.

Mientras se dirigían a Oxford Street, los estrechos haces de luz de los faros iluminaron brevemente un edificio que había perdido los muros exteriores. Las habitaciones estaban desnudas, abiertas, como una casa de muñecas. Irene vio los muebles y las camas; parecía un escenario. Los osos de peluche seguían recostados sobre una cama pequeña, contemplando la noche. Era de una tristeza inconmensurable. La escena desapareció un momento después, en cuanto el coche pasó por encima de unos cuantos ladrillos caídos.

—Londres se impondrá —dijo el conductor—. No se preocupen.

Vieron a varios individuos encaramados a lo que parecía ser una fuente.

—Piccadilly Circus —indicó el hombre—. Un lugar que volverá a ser muy alegre cuando los alemanes se vayan a tomar viento y dejen de lanzar bombas.

La caravana formada por los dos vehículos se introdujo en un pequeño laberinto de edificios y una iglesia en ruinas; luego giró por una calle angosta que parecía intacta. Había casas adosadas con césped, como las que salían en los sellos postales, y jardines diminutos tras vallas de hierro bajas interrumpidas por escalones. Por encima, entre las sombras, un par de escaleras de incendios se aferraban a las paredes.

—Es igual que Nueva York —dijo Irene y una losa de nostalgia le cayó encima en cuanto las palabras abandonaron los labios.

—Gosfield Street, señorita —dijo el conductor—. Aquí es donde se alojan.

Detuvo el coche, se apeó y les abrió la puerta. Dorothy y Ellie salieron al instante y se quedaron observando su nuevo hogar. Era un edificio estrecho de cuatro pisos. En las ventanas de abajo, asomando por entre las cortinas, brillaba la luz débil y amarilla de unas velas de sebo.

Irene, todavía sin fuerzas, tardó un poco en levantarse. Estaba convencida de que solo necesitaba descansar un poco. Unas horas de sueño y, pum, como nueva.

—La señora Bridger las acomodará —dijo el conductor.

Con gran esfuerzo, los soldados consiguieron sacar los baúles del

camión. Luego se detuvieron un momento, como armándose de valor para subir los escalones de la entrada y las escaleras hasta los dormitorios de arriba.

En circunstancias normales, el Ejército las habría alojado en el hotel Grosvenor House, les dijo el chófer, pero estaba lleno de oficiales.

—Hay una barbaridad de yanquis. Benditos muchachos, Dios los bendiga a todos. Pero no se preocupen, señoras. Pronto estarán trabajando en el club de oficiales, disfrutando de la buena vida.

Irene estaba a punto de replicarle cuando una cabeza asomó por el tejado y dijo:

—¡Ey!

—Buenas noches —saludó el conductor.

Apareció una segunda cabeza.

—Hola, chicos —dijo Ellie.

Los jóvenes silbaron.

—Si queréis impresionar a estas muchachas, tendréis que emplearos más a fondo —les advirtió el conductor—. Artilleros —le explicó a Irene—. Tienen un refugio allí arriba. Para disparar a los malditos alemanes.

—Todo el mundo parece estar de buen humor —apuntó Ellie.

—¿Qué sentido tiene deprimirse?

La señora Bridger irrumpió en el porche. Tenía el pelo gris recogido en un moño y llevaba gafas.

—¿Qué es todo este alboroto? —dijo—. Hay que llevar a estas chicas a sus habitaciones. —Señaló a las señoritas—. Venga, para dentro.

Entre los dos conductores cogieron un baúl y echaron a andar. Las tres mujeres fueron tras ellos.

—¡Bienvenidas a la tierra de los anglos! —gritó uno de los artilleros.

—Estoy encantada de estar aquí —respondió Irene.

Y era cierto: aunque la cabeza le daba vueltas, estaba encantada.

Después de tres viajes acarreando baúles, sendos conductores dijeron que estarían de vuelta a las siete en punto. Era obligatorio ponerse el uniforme. En cuanto se fueron, echaron el cerrojo a la puerta y la guerra desapareció. La señora Bridger encendió el fonógrafo y puso una canción de Noel Coward.

A Irene le recordaba tanto a su abuela que tuvo que contenerse para no llamarla Effie. La señora Bridger se ató un delantal. Sirvió una manzanilla para cada una de las chicas junto con una jarrita de crema

de leche, un pequeño azucarero y unas cuantas galletas, a las que ella llamaba *pastas*.

—El racionamiento… —dijo suspirando— hace que todo sea más difícil.

El salón era amarillo y acogedor, lleno de cosas de señora mayor, como muñecas de porcelana y sobrecitos de lavanda. Había una pared repleta de fotografías de un elegante oficial británico en uniforme. Sus medallas se exhibían en marcos prominentes.

—Mi padre nunca volvió —dijo con aflicción la señora Bridger. Luego se sentó al piano y tocó algunas canciones antiguas para las chicas.

Hicieron lo posible por contener los bostezos.

—Muy bien —dijo la mujer—. Hora de irse a la cama, señoritas. Sus pisos están arriba. Encontrarán una cocina, un baño y una sala de estar en el segundo piso, y tres dormitorios en el tercero. Me temo que los chóferes han elegido los dormitorios por ustedes. Les deseo mucha suerte.

La señora no era muy amiga de los abrazos, así que le dieron las buenas noches gesticulando con la cabeza y dándole palmaditas torpes en la espalda antes de subir a sus habitaciones.

—Esos ruidos que van a oír no son fantasmas —les advirtió la señora Bridger—. Son artilleros dando vueltas por el tejado. Y, si no es inconveniente, está prohibido fumar arriba. Y nada de hombres.

—Sí, señora —dijo Ellie.

—¡Hombres! —exclamó Dorothy—. ¿Qué es eso?

La habitación de Irene estaba delante, su ventana daba a la calle Gosfield.

Dorothy se quedó en su puerta y le dijo:

—Me acosté con Willie en el barco.

Ella se apartó de la ventana y enarcó las cejas.

—¿Con el camarero?

—Estamos en guerra —repuso la otra—. Podemos acostarnos con hombres.

—Cariño, los hombres son la última de mis preocupaciones ahora mismo —confesó Irene.

Dorothy estaba a punto de salir de la habitación, pero se detuvo un momento y dijo:

—No fue gran cosa. No dejaba de darme cabezazos en la barbilla. Pero qué más da.

Entre risas, Irene le hizo un gesto con la mano para que se fuese.

Al llegar a su dormitorio, Dorothy dijo a viva voz:

—Ese inglesito estaba borracho como una cuba y quería medirme

de pies a cabeza. Me dijo: «Si juntamos la nariz, te toco ahí con los dedos de los pies. Si juntamos los dedos de los pies, te toco con la nariz».

—¡Para ya! —gritó Ellie.

Todas se rieron durante un rato. Cuando se calmaron, no pasó mucho tiempo hasta que esta comenzó a roncar.

Irene se sentó junto a la ventana. Entre las sombras vislumbró un gato patrullando las vallas de abajo. Una luciérnaga apareció en la calle oscura y, al poco, se deslindó la colilla de un cigarro en manos de una silueta humana alta que se adentró en la noche. Más tarde, sin saber muy bien por qué, llegó a la conclusión de que debía de ser el Manitas, el piloto que apareció en aquella prueba —ahora lejana— de las máscaras de gas, al otro lado del océano. «Pero, aunque fuera él —se dijo a sí misma, igual que le había dicho a Dorothy—, esa es la menor de mis preocupaciones.»

8

Querida Madre:

He visto un barco hundirse en el mar del Norte. Estaba en llamas, erguido como una ballena cantando; el combustible y las municiones explotaban y se elevaban como fuegos artificiales frente a la faz de la luna. Y había hombres, Madre. Hombres que pedían auxilio, pero nosotras…

Arrugó la hoja y la tiró a la papelera, donde se unió a los demás borradores que había dejado a medias.

Apreciada Madre:

Lo tachó y dejó la hoja a un lado.

Estimada Madre:

Hoy nos han bombardeado. No es precisamente lo que esperaba en el tren de Liverpool a Londres. Debo admitir que, aunque me esforcé por mantener el aplomo Woodward, me asusté muchísimo. Ver árboles exp…

Demasiado dramático. Arrugó el folio y lo añadió al pequeño montón de borradores malogrados que atiborraban la papelera. Apoyó la frente en el frío cristal de la ventana del dormitorio. Pronto amanecería. El sueño del marinero en llamas, de pie sobre las olas, mirándola fijamente, la había despertado de forma abrupta. Otra vez.

Por fin, la luz del día. Irene abrió la ventana y oyó a los periquitos de las jaulas del otro lado de la calle. Un perro solitario ladraba. Sonó la bocina de un coche. Los artilleros del tejado tosieron. Le llegó el olor de sus cigarrillos Navy Cut. Vida normal. Eso lo era todo.

La señora Bridger se estaba riendo con Dorothy cuando Irene y Ellie bajaron a tomar *scones* y té.

—Esta tan alta se llama Dorothy —dijo—. ¡Y yo Dorothea! ¿A que es increíble?

—Lo bueno abunda —dijo Dorothy.

—Sin duda.

—¿Qué es eso de que vas a dejarlo? —le preguntó Dorothy a Ellie.

—Digamos que estoy sopesando mis opciones —respondió esta. Estaba pálida, con ojeras. Olía un poco a sudor.

El chófer llegó puntual —a las siete de la mañana— y las señoritas bajaron a su encuentro ataviadas con su traje de la Cruz Roja. Irene no podía quitarse la sensación de que iba a un baile de disfraces. Se sentía una impostora y le preocupaba que el resto del mundo la viera tal y como era, más allá del uniforme.

—¡Buenos días, guapas! —dijo un artillero desde el tejado.

Las chicas lo saludaron antes de subirse al camión y cerrar las puertas.

Se alejaron entre traqueteos e Irene se fue animando poco a poco. Eso era otra cosa. Aunque la luz del día revelaba las heridas de Londres, el hotel Grosvenor House —nombre que el conductor pronunciaba con una acento ininteligible—, en Mayfair, se mantenía intacto. Saltó del coche antes de que se detuviera y entró en el edificio como si estuviese en su casa.

Dorothy y Ellie, sin embargo, se quedaron rezagadas.

—Qué lujoso es esto —se quejó la segunda.

—No es Indiana —dijo la otra—, eso seguro.

Estuvieron un rato más compartiendo un cigarrillo e hicieron como si el portero no las estuviese mirando.

El Blitz no había destruido los jardines de Park Lane. El exterior del hotel estaba protegido por varios miles de sacos terreros.

Irene reapareció en la puerta.

—Aquí vivía el duque de Westminster —dijo, señalando el edificio con ademán ostentoso. Luego saludó con la cabeza al portero, engalanado con un traje rojo, negro y dorado de alabardero, y desapareció tras las puertas del hotel.

—¿Cómo sabe esas cosas? —preguntó Ellie.

—Creo que esta gente de Nueva York lo lleva en la sangre —dijo Dorothy.

Finalmente, subieron juntas los escalones.

—Señoritas —dijo el portero y les sujetó la puerta.

—Comedor de oficiales, por favor —respondió Dorothy.

—Sigan todo recto y a la derecha. Allí encontrarán el Gran Salón.

—Bonito abrigo, sir —dijo mientras pasaban.

El nuevo jefe no dejaba de examinar el concurrido comedor, girando la cabeza como un cañón antiaéreo.

—Aquí no han venido para ser camareras —dijo—. Quiero que lo sepan desde ya. Así que no quiero ver esas caras. Sí, llevan delantal. Sí, van a servir a los muchachos. Sí, todo eso es cierto. Pero son más que sirvientas. ¿De acuerdo?

El sargento Milburn era el Rey del Comedor y ellas eran las súbditas de su reino. Frente a las chicas, cientos de oficiales sentados a largas mesas comían rosbif y patatas y pavo y pollo y panecillos y guisantes.

—Servimos raciones generosas, como en casa —continuó—. Eso es lo que les gusta a mis chicos. Seis mil comidas al día, ¿vale? Y de calidad. Yo llevo la casa; el sargento Chipps, la panadería. Curioso nombre para un panadero, ¿verdad? Chipps. Aquí, a las patatas fritas de toda la vida las llaman *papas* y a las finitas y crujientes, *chips,* y a las galletas, *pastas.* —Meneó la cabeza, como indignado por la excentricidad británica.

—Hooombres —susurró Dorothy.

—Dot, por favor —la reprendió Irene.

—¡Camarones! Traemos camarones de Estados Unidos —presumió el sargento—. La mejor comida de Londres está aquí. Cincuenta centavos el plato. Cada uno es un rincón de casa, ¿de acuerdo? Sí, señor, los preparamos para ganar esta condenada guerra. Ese plato de ahí es un campo de béisbol de Nebraska. ¿Entienden lo que quiero decir? Es como, eh…

—¿Un buen paté de foie gras y champán en el L'Aiglon de la calle Cincuenta y Cinco? —sugirió Irene.

El sargento se quedó mirándola como si hubiese hablado en mandarín.

—Justo al lado de la Quinta Avenida —continuó ella—. En Manhattan…

—Ah, vale, sí —respondió.

El salón era inmenso. No tenía columnas, lo que, según supieron después, era una de sus famosas peculiaridades. En un extremo había una larga hilera de mesas de servicio, detrás de las cuales se abrían unas puertas abatibles que daban acceso al laberinto de cocinas, que estaban repletas de hacendosos cocineros estadounidenses y británicos.

El sargento Milburn señaló hacia una balconada que rodeaba el segundo piso.

—El bar está allí, por si algún caballero necesita un trago.

Chicas inglesas caminaban entre las mesas, presurosas, portando jarras de café.

—Tengo a veinte señoras ahí detrás pelando patatas a tiempo

completo. —Se emocionó tanto al revelar este dato que se puso a aplaudir, como sacudiéndose polvo de las manos—. Ustedes, de momento, se encargarán de los postres y el pan, allí, al final del todo. Una tarea sencilla para que se vayan familiarizando con el trabajo. Luego las pasaremos a la carne de res. —Observaba a los hombres comer como si no hubiese visto nada igual en su vida.

—Guau, carne de res —dijo Ellie entusiasmada.

—El propio Patton estuvo aquí una vez —prosiguió el sargento—. Un tipo muy bromista. Hemingway también. Un gran hombre. Estuvo a punto de darle un puñetazo a alguien, si mal no recuerdo. Se sentó allí. Pidió pescado. Y Ernie Pyle. ¿Lo conocen? Un escritor increíble, pero comía como un pajarito. Jamás he conocido a un hombre igual. ¿Qué se puede hacer con un tipo al que no le gusta comer? Tenemos vigilantes, ¿saben? Si los comensales no dejan el plato reluciente, los tenientes les echan un rapapolvo. Ernie solo quería sopa y le cayó una buena.

Ellie era incapaz de apartar los ojos de las magdalenas y los buñuelos trenzados que había en la mesa de delante. A la derecha de la sala. Se quedó embobada mirando. Dorothy le dio un codazo y señaló un cuenco vacío que necesitaba más bolas de mantequilla y hielo. Pero la otra estaba como hipnotizada.

—Hombres de color —dijo.

Aquella alzó la mirada. Sí. Cuatro hombres negros reían mientras engullían carne y patatas y tazas de café. Uno de ellos la miró y la saludó con la mano. Dorothy le correspondió.

—¿Y? —dijo ella.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Ellie.

—Son oficiales —contestó Milburn—. Es su comedor.

—¿Pero cómo llegaron a ser oficiales?

—Joven, no hable de esa manera.

—¿Acaso he dicho alguna tontería? —replicó la chica—. Solo estaba preguntando. —El sargento la ignoró—. ¿Y se quedan aquí?

—No, no se quedan aquí —respondió el hombre claramente enojado—. Se alojan en hoteles segregados. Si el general Eisenhower aparece alguna vez por aquí, tendrá que vérselas conmigo. Ya lo creo. —La situación parecía causar dolor al sargento. Cruzó las manos detrás de la espalda, miró con inquina al resto de las voluntarias y se marchó sin decir nada más.

—Solo era una pregunta —dijo Ellie.

Irene tenía la mirada ocupada en otro menester. Las puertas dobles del salón se habían abierto, dejando paso a dos pilotos altaneros que iban con chaqueta de cuero y gorra del Ejército del Aire terciada en

un desenfadado ángulo. Uno era bajo; el otro, alto y esbelto, y, desde donde estaba ella, distinguió unas alas plateadas en el cuello.

«Lo sabía. Es que lo sabía.»

—¿Quién ha dejado entrar a Gary Cooper? —preguntó Dorothy, que estaba hasta el moño de repartir rebanadas de pan blanco y bizcocho amarillo como si fuesen naipes. Miró a Irene con un regodeo atroz y descarado.

—Debe de ser el destino —resolvió esta.

Los pilotos se detuvieron a charlar y bromear en varias mesas, cuyos comensales se levantaban para saludarlos.

—¿Verdad que es guapo? —dijo Dorothy—. También me gusta el bajito. Parece italiano —apuntó con acento británico—. Pero el alto… ¿Cómo lo llamaban? ¿El Manitas Traviesitas?

Irene se negó a entrar en el juego.

—Te gusta el bajito porque puedes manejarlo a tu antojo —le dijo.

—Si juntáis la nariz… Mete la barriga, Irene. Ahí vienen.

—Basta.

—Haz como que estás muy ocupada.

Los dos pilotos se abrieron paso entre el resto de los oficiales y se quedaron sonriendo mientras las mujeres, al final de la mesa, llenaban los platos de carne, salsa y verduras. Dorothy le dio un codazo cuando se acercaron. Irene la apartó. El más bajo se paró frente a su amiga y la miró fijamente.

—¿Qué? —dijo ella.

—He muerto y estoy viendo un ángel —respondió.

—No atendemos a hombres muertos.

—Me encanta cuando las mujeres me tratan mal.

—Siga diciendo tonterías y verá el trato tan encantador que le dispenso.

—Me hace delirar, lo digo en serio.

Dorothy se rio.

—Tome una bola de mantequilla —dijo—, poeta.

—Volveré.

—Oh, tal esperanza albergo.

El piloto se fue con su plato.

—Es artillero de torreta esférica —aclaró Gary Cooper, que estaba frente a Irene, al otro lado de la mesa—. Son un poco tontorrones.

Ella se quedó ahí parada, sintiéndose invisible. Dorothy le dio un codazo y fue en busca de Ellie.

—¿Pan? —le ofreció Irene.

—Mejor no —dijo él—. Tengo que mantener la figura. Smitty tiene que ser bajito para su trabajo y yo delgado para el mío. —Cogió una

taza de café solo.

—¿Eh? ¿Es usted modelo?

—Solo soy piloto de caza. Pero, como me descuide, pronto no cabré en la cabina. —Se acarició el vientre plano.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Irene.

—¿El qué?

Ella se señaló la cabeza.

—Llevar la gorra así. Es irritante, calada hasta las orejas como un matón.

—Se aplasta con facilidad. Para poder poner los auriculares encima. —Sonrió—. A veces, cuando uno está solo ahí arriba, necesita oír alguna voz. Sirve de ayuda. —Brindó con la taza—. Feliz Navidad, por cierto —añadió y se fue.

«Ni siquiera se ha fijado en mí», pensó Irene.

—Bien hecho —dijo Dorothy.

—Lo he ignorado.

—Si tú lo dices…

—No me interesa.

Gary Cooper se acercó a la mesa de los oficiales negros.

—¿Dónde están mis soldados bisonte?[3]

—Red Ball Express[4], presente —respondió el capitán—. Seguimos en la lucha.

—¡Capitán Walker, señor! —El piloto de Irene se puso derecho y se cuadró.

Los hombres de la mesa menearon la cabeza y se rieron por lo bajo.

—Siéntese, rostro pálido —dijo el capitán Walker.

Todos se rieron y uno de los oficiales le palmeó la mano al piloto, que la había extendido.

—A ver, ¿y qué se le da bien, joven? —preguntó el hombre.

—Puedo encontrar al mejor saxofonista de esta maldita sala —respondió el piloto y se sentó junto a los oficiales.

—Manitas —dijo el capitán—, se lo tenemos dicho: deje de aporrear la guitarra como Jimmie Rodgers. Aprenda a tocar música de verdad y quizá así le dejemos tocar con nosotros.

—Yo aspiro a tocar como Huddie Ledbetter —dijo el Manitas.

—Ya, claro.

—Aún no estoy a la altura.

—Desde luego que no.

Volvieron a reírse. El Manitas se quitó la gorra, miró a Irene por debajo de las cejas y le guiñó un ojo. Por algún motivo, a ella le enfureció que el piloto se hubiera dado cuenta de que no le había quitado ojo en todo ese rato.

Después de atender a los oficiales, las mujeres recibieron clases de conducción. Los GMC de dos toneladas y media no eran precisamente sedanes Buick. También las instruyeron en cuestiones básicas de mecánica. Cambiar un neumático de veinticinco kilos era algo nuevo para Irene y Ellie, aunque Dorothy ya tenía bastante experiencia en la materia. A las tres les entregaron parches de la zona 5 que debían llevar en el hombro izquierdo del uniforme. Lo que significaba que tendrían que cruzar el canal de la Mancha en caso de invasión aliada.

Esa noche, aunque agotada, Irene era incapaz de dormirse. Escribió a la luz de las velas:

Londres, 21 de diciembre de 1943
Gosfield Street, número 27½

Querida Madre:

Si se pregunta qué estoy haciendo aquí…
Él me pegó.
Feliz Navidad, Madre.

Buenas noches,

Irene

---

3 *Buffalo Soldiers:* apodo del cuerpo militar estadounidense integrado por soldados afroamericanos. *(N. del T.)*

4 Red de camiones que abastecían de suministros a las tropas aliadas durante la Segunda Guerra Mundial. *(N. del T.)*

9

Todo cambió al amanecer.

La señora Bridger les entregó una nota escrita en papel azul. Era de Ellie.

Lo siento mucho. No puedo seguir con esto. Habéis sido muy amables conmigo. Pero no puedo morir aquí. Supongo que echo mucho de menos mi hogar. Siento decepcionaros. Venid a verme a Chicago cuando esto acabe.

Mis mejores deseos,

Ski

Irene y Dorothy la leyeron juntas, sin hacer comentarios, y, cuando terminaron, la segunda enrolló la nota y se la metió en el bolsillo trasero.

La señora Bridger se retorcía las manos como si se sintiera traicionada.

—Pidió un taxi y se fue sin desayunar.

Le dieron las gracias y salieron a la calle, donde un coche las esperaba.

—¿Dónde…? —empezó a decir el conductor.

—Chist —respondió Irene.

Fueron el hotel casi en silencio.

—Así, sin más —dijo finalmente Dorothy.

Ella se limitó a contemplar Londres con la esperanza de memorizar todos los detalles posibles.

—Me apetecía mucho venir aquí —dijo.

—A mí esta ciudad nunca me había llamado la atención. Tenía muchas ganas de visitar Chicago. Pero ya no. Maldita desertora. —Irene le dio un golpecito en la rodilla—. Para mí está muerta y enterrada —sentenció Dorothy—. No la vuelvas a mencionar.

Ella le dio un codazo cuando el coche se detuvo.

—Ya hemos llegado —dijo.

Aunque no lo admitiese, Irene se sintió decepcionada cuando el Manitas y Smitty no aparecieron ese día, ni el siguiente. Poco después,

ambas fueron reasignadas.

Iban adonde se les ordenaba. Se pasaron semanas y semanas corriendo de un sitio a otro: primero volvieron a Liverpool, donde dieron la bienvenida a los pilotos que llegaron para su despliegue en las bases aéreas; luego, a los muelles de Londres, en la desembocadura del Támesis; y de allí volvieron al club de oficiales y otra tarde estuvieron en un puesto de dónuts para soldados rasos estadounidenses, no muy lejos de Gosfield Street. En su tiempo libre, a menudo repartían el correo desde la parte trasera de un camión.

Dondequiera que fuesen, eran las estrellas. Todos los soldados querían recibir las atenciones de las Nenas de los Dónuts. Un coqueteo al menos. Un beso. Un par de chistes. Un guiño. Todos soñaban con un baile. Absorbían el acento norteamericano de las mujeres como si fuese cerveza. Todos añoraban su hogar, incluso los que no lo sabían. Eran torpes y tenían la nuez de Adán prominente y orejas de soplillo y uniformes que les quedaban fatal y dientes enormes de estadounidense. A los británicos les sorprendía su dentadura. No importaba lo que hicieran las mujeres, los chicos las llamaban «guapa» o «chata» o «cariño» o, aún peor, «bomboncito». Esos eran los que se quedaban mirándoles el escote o se rozaban con ellas más de la cuenta o se mofaban de cualquier cosa que dijeran.

Cuando no estaban de servicio, a Irene y Dorothy les encantaba pasar tiempo con sus amigas Phyl, Jill y Helen (a esta los chicos la llamaban la Diablilla). Juntas, unían fuerzas con las demás voluntarias de las nuevas tripulaciones que invadían la ciudad. Les encantaba deambular por las calles de Londres y Liverpool, se hacían fotos y visitaban esas capillas arcanas conocidas como pubs. Les habían advertido que algunos soldados estadounidenses perdían la cabeza en Londres y que a veces se escondían en manada en callejones oscuros. Según decían, habían sucedido varios episodios infames con algunas mujeres inglesas, pero nunca fueron confirmados del todo. Ellas, por si acaso, se aseguraban de ir siempre juntas. Jill y Dorothy llevaban un rollo de monedas en el puño. La Diablilla, nudillos de latón. E Irene, un cuchillo de carne metido en el cinturón.

Londres y su eterno resurgir de las ruinas era para ellas como un decorado de cine. No del todo real. Más bien, incomprensible. Al igual que los vehículos, que circulaban siempre por el lado equivocado. Pero sobre todo se fijaban en los chicos. Las interminables y preciadas mareas de chicos. Nuestros muchachos. Irene buscaba en los rostros señales de quién sobreviviría y quién se perdería en el camino. Pero no las veía. Ninguno de ellos portaba la marca de la fatalidad. Nadie

podía saber qué futuro les deparaba. Ninguna sombra. Ninguna luz. Solo sonrisas y carcajadas y ningún indicio de lo que sabían que estaba por venir.

Por la noche recibieron nuevas órdenes y Rusty Penney reapareció al amanecer en Gosfield Street con un par de jeeps. Cuando las mujeres bajaron los escalones, él las saludó como si fuese un disco rayado:

—Me alegro de verla, me alegro de verla, me alegro de verla.

Se dirigían a su nuevo hogar, les dijo. El Grupo de Bombardeo 457, ubicado en la base aérea de Glatton, en Cambridgeshire, a dos horas al norte de Londres. Sede de los B17. Se alojarían en el cercano pueblo de Conington. Ya se habían acostumbrado a los traslados. Ya nada las sorprendía.

La señora Bridger, entre lágrimas, se despidió de ellas y les deseó buena suerte. Se abrazaron y las chicas le dieron las cartillas de racionamiento que les habían sobrado.

Rusty les hizo entrega de la documentación oficial.

—Lástima lo de nuestra querida pelirroja. Mira que volverse a casa…

En el jeep, Irene silabeó en silencio «querida pelirroja» y Dorothy no pudo evitar soltar una risita.

Hacía un día precioso. Llevaban el pelo recogido con un pañuelo. De no haber sabido que había una guerra, habrían creído que estaban de vacaciones. Estaba lejos de aquel sofocante apartamento de Nueva York. Eso era lo único que importaba.

Irene preguntó cómo era Glatton y, por encima del ruido de la carretera, Rusty explicó a voz en grito que era la base más nueva del Reino Unido. Había un pueblo en el centro y una granja. Detrás de las verjas militares. El sitio se llamaba en realidad Conington, dijo, pero a los británicos les preocupaba que los yanquis no entendiesen su acento por radio. O alguna tontería del estilo. Así que llamaron Glatton a la base, por un pueblo que hay un poco más arriba. Ahí es donde Irene y Dorothy se hospedarían.

—Fabuloso, Russell —dijo ella, cubriéndose los ojos con las tramposas.

Al parecer, los estadounidenses habían renovado y ampliado una base anterior de la Real Fuerza Aérea. Había un club con música y bailes, y también un bar. Y, por supuesto, un montón de aviones enormes.

El conductor esquivó un camión.

—Aparecen bases de la noche a la mañana —añadió—. Los británicos no terminan de creerse lo que un puñado de vejestorios con

unos cuantos tractores son capaces de hacer.

—¡Así es como vamos a ganar! —gritó Dorothy.

—Recibido —asintió—. Recibido.

Los invadió un arrebato de hilaridad estadounidense.

—También hay un pub en Glatton —exclamó Rusty—. Por si os quedáis sin alpiste entre la base y el cuartel.

—¡Qué maravilla! —mintió la chica.

—Les buscaremos una compañera nueva —prometió él.

—¿Sabes qué? Me aburro —dijo Dorothy—. Vamos a jugar a un juego. Russell, díganos máquinas de guerra que hay en la base. Por orden alfabético.

—Diezcuatro, Dunford. Un tanque Alligator. Una ambulancia. Un APC blindado para transporte de personal, seguro. Una lancha Beachmaster.

Como siga así, Irene se va a quedar dormida, pensó Dorothy.

—Veamos —continuó Rusty—. El Chaffee. Es un tanque ligero, con un cañón pequeño. Ya sé que no es de su agrado. A usted le gustan los armamentos grandes.

—Tú eres la responsable de esto —le susurró Irene.

—El tanque cangrejo… Ese no se ve todos los días, créame. Algún M8 Greyhound. Semiorugas M3… ¡Demonios, y el LST, el buque de desembarco de tanques, claro!

Dorothy se puso las gafas de sol y esbozó una sonrisa serena.

—Ah —dijo él entusiasmado—, ¡se me olvidaba el Duck, el pato, un gran vehículo anfibio!

—Cua —dijo Irene a su amiga.

—Bienvenidas a las Midlands —anunció Rusty, asumiendo el rol de guía turístico mientras se acercaban a Glatton, más de cien kilómetros después. Poco antes, Irene se había emocionado enormemente cuando él le señaló el trazado de una antigua calzada romana semicubierta por una vía rural. Era como viajar a través del tiempo.

Oyeron los aviones antes de ver la base. Dos guardias en una caseta les hicieron señas para que se detuvieran. Las banderas estadounidenses y los estandartes del Grupo 457 ondeaban al viento. El complejo, atravesado por un intenso hedor a combustible, ocupaba una amplia extensión de campos: antiguas tierras de labranza convertidas en pistas de aterrizaje y hangares. Era como si una invasión militar del futuro hubiese aterrizado en el siglo XVII. Las entradas a los hangares eran bocas negras gigantes. La enorme torre de agua, junto con la de la iglesia de Conington, en el pueblo de Glatton, servía de poste indicador a los pilotos. A su derecha se

encontraba el aeroclub. Las primeras mariposas revoloteaban ebrias alrededor de las florecillas silvestres. Enormes B17 acechaban por todas partes, junto con los Hurricanes y los Mustangs, que parecían halcones, y un caza P38 de dos colas y aspecto temible. Letales, todos ellos. Excepto los sobrios y abultados C47, que se hallaban en el extremo opuesto del complejo.

—Esos son de tren triciclo —les informó Rusty.

Más lejos, en un enclave propio, se hallaba un misterioso búnker con un C47 sin marcar.

—La OSS —les confió aquel—. La Oficina de Servicios Estratégicos. Los guardianes de los secretos de Estado. Nunca salen fuera. Si las autoriza el FBI, tendrán que entrar y servirles.

—Estamos haciendo dónuts para espías —dijo Irene.

—No digan eso cuando llegue el FBI —aclaró Rusty.

Nada les llamaba tanto la atención como los bombarderos, tan inmensos que los hombres que correteaban alrededor parecían enanitos. Los aviones de mayor tamaño estaban en los campos amarillos, al oeste, el este y el norte de los complejos de búnkeres y hangares.

—¿Ven la insignia de la cola? El círculo con una U dentro —dijo Rusty—. Esos son nuestros Forajidos de Oklahoma.

Se acercó un tractor militar verde con una serie de remolques cargados de bombas. Los soldados y el personal de tierra, vestidos de caqui, iban sentados a horcajadas sobre los artefactos, como niños en una atracción de feria. Uno de ellos vio a las mujeres y dijo:

—¡Eh, guapas, subíos, que os doy un paseíto!

Los demás soldados prorrumpieron en carcajadas.

Dorothy se metió dos dedos en la boca y soltó el silbido más fuerte del mundo.

—Me encantan los desfiles —gritó. Se acercó al galope y saltó a bordo entre aplausos y vítores, y desapareció en un hangar.

—No hay otra como ella —dijo Irene.

Rusty, que a menudo hacía gala de un notable autocontrol, se encendió un cigarrillo y rehusó hacer ningún comentario.

Pero los bombarderos… Los bombarderos eran el no va más. A ella la entusiasmaron y asustaron a partes iguales. Parecían tener vida propia. En el fondo, su reacción era consecuencia del inconmensurable poder que se desplegaba ante ella. El magnífico peligro de esos vehículos. Las cabinas de los B17 tenían parabrisas oscuros que parecían ojos de dragón, fríos y aterradores. Allí de pie, Irene era diminuta, un simple gorrión.

Dorothy se acercó a ellos, silbando.

—Me lo he pasado genial montada en las bombas esas —comentó.

Más allá de la línea de bombarderos, una segunda hilera de monstruos estaba preparándose para alguna misión; los enormes motores no dejaban de expulsar humo y las hélices habían empezado ya a girar. Los carros y camiones de servicio dejaron el camino expedito entre el subibaja de los alerones y el temblor de los timones de dirección. ¡Y qué timones! Altos como bloques de apartamentos. Hombres con mono y auriculares pesados empezaron a hacer señales a los pilotos mediante bastones de colores. Adelante, izquierda, derecha. Despacio.

Irene pegó varios respingos debido a los rugidos y explosiones de los motores, hasta que al fin se acostumbró a ellos. Las nubes de humo se alejaron con la brisa como ovejas negras voladoras. Los conos de viento se mantenían firmes en los mástiles. Aparecieron hombres en las ventanas y en las troneras abiertas de los laterales de los B17. Era fácil entender por qué se los llamaban «fortalezas volantes». Eran auténticos castillos; tenían almenas abiertas en los costados llenas de arqueros que disparaban ametralladoras en lugar de arcos y flechas. Cañones gemelos que sobresalían de los extremos traseros como aguijones. Una torreta esférica debajo de cada uno. ¿Estaría Smitty en una de ellas?

Parecía imposible que esos artilugios se elevasen al cielo. Un artillero saludó a Irene. Ella le correspondió a gritos, pero ni siquiera Dorothy, que estaba a su lado, la oyó. El personal de tierra retiró los calzos de madera de los neumáticos y, uno tras otro, fueron abandonando su plaza de aparcamiento en ángulo. Las cuatro hélices de cada bombardero eran ahora como borrones metálicos.

Pensándolo bien, los aviones no eran castillos, sino dragones, algunos pintados de verde y caqui, y otros de deslumbrante plata; estos reflejaban el azul del cielo y el amarillo y el verde de los campos, cegadores rayos de sol que parecían deslizarse por los flancos como mercurio. Los hombres iban a lomos de esas criaturas. Y entonces los aviones —con sus jinetes, bombas y municiones bajo el vientre— se detenían al inicio de la pista y giraban, como criaturas con vida mirando en torno, hasta que los motores cambiaban de tono y volumen, un volumen ensordecedor que obligó a Irene a taparse los oídos, y recorrían la pista para reclamar después el cielo.

Los cazas también cobraron vida con un rugido y se unieron a la fila de bombarderos que esperaban en la pista. Uno tras otro, los mastodontes que los precedían atravesaron la larga pista de asfalto, tomaron impulso y saltaron todos a la vez. El salto se convirtió en un planeo hasta los árboles lejanos. El zumbido de los motores se asentó

en un tono musical, como un devastador enjambre de abejas de hierro. Todos ellos armonizándose, creando un acorde celestial. Cada nuevo bombardero se unía al enjambre mientras el resto volaba en círculos, a la espera de su caza consorte, provisto de sus propios aguijones de acero.

Era el espectáculo más increíble que Irene había visto nunca. El hundimiento del barco, el bombardeo del tren… No, no le habían causado tanta impresión. Eso era casi religioso. Incluso Dorothy estaba boquiabierta. Iban a salvar el mundo.

La prolongada nota de los motores le resonaba en el vientre, haciéndole sentir una especie de cosquilleo que se propagaba por todo el cuerpo. El escuadrón pareció tomar la totalidad del cielo para luego virar dirección este y alejarse poco a poco, oscuro y plateado, hasta que solo quedó un vacío azul surcado de estelas y el barullo de los cuervos.

Irene, embriagada por la inconmensurable altura del aire, se mareó un poco. Se apoyó en Dorothy y luego tuvo que ir al jeep a sentarse un momento.

—Madre mía —se dijo a sí misma.

Regresó el bisbiseo del viento, como el rumor de una orilla lejana. Se atusó el pelo y se lo echó hacia atrás. A lo lejos, vio una vereda que unía dos largas pistas de aterrizaje. Se asombró al divisar una casita blanca y un granero ocupando un trozo triangular de tierra. Dos vacas rumiaban detrás de una valla. Y, en el campo, un granjero estaba subido a un tractor rojo viejo.

Russell apareció junto al jeep.

—No quería vender su tierra. —Esto le pareció insoportablemente gracioso a ella—. Es un poco gruñón, pero hace un queso buenísimo.

«Ay, Russell, qué cosas tiene.»

—Este mundo es tan tan maravilloso… —dijo Irene.

El Clubmobile que les asignaron era otro autobús londinense viejo fruto de la ley de préstamo y arriendo negociada por Estados Unidos. Pintado de gris oscuro, estaba aparcado entre la maleza rubia, junto al aeroclub, cerca de los edificios donde las tripulaciones recibían órdenes y mapas y planes de vuelo clasificados. De las ventanas del aeroclub salía un humillo que les trajo el olor a carne cocinada. De las puertas abiertas salían voces varoniles y carcajadas roncas. En el aire también flotaba un aroma a combustible y gases de escape entremezclado con las fragancias del heno segado y el trébol.

—Mañana tienen un servicio —dijo Rusty, de nuevo muy serio—. A primera hora de la mañana. Antes incluso. Estaremos esperando a la

misión que acaba de salir.

—Huele como a hamburguesas, ¿no? —preguntó Dorothy.

—Todo el día —respondió Rusty.

—¡Yuuuju! —Antes de dirigirse al comedor, ella lo agarró del brazo —. ¿Y esa antigualla de autobús? ¿Dónde está mi camión? —preguntó —. Quiero mi camión.

—No se preocupe, la Veintinueve les traerá un Clubmobile nuevo. Recién salido del barco.

Rusty entró en el club antes de que a Dorothy le diese tiempo a replicar. Meneó la cabeza y fue tras él.

Irene apenas había oído nada de la conversación. Estaba mirando el paisaje verde que se extendía más allá de la enorme base, de ese desierto de hormigón y asfalto troceado por cientos de marcas negras de aterrizaje. Estaba observando las albarradas. Las aldeas lejanas. Los árboles mecidos por el viento. Los brezos. Las amables colinas onduladas. La inmensa pradera. Se puso el pañuelo en la cabeza, las oscuras tramposas y tomó aire. Cerca había varias bicicletas apoyadas contra la pared. Se subió a una y empezó a pedalear pista abajo. Nadie dio la voz de alarma.

El aire inglés le agitaba la ropa. Pedaleó con fuerza y enseguida llegó al final de la pista, donde encontró la primera curva. Derrapó y se detuvo un momento para tomar velocidad. Imaginó que despegaba. Oía el motor del tractor y los ladridos del perro del granjero, que corría junto a la albarrada. Saludó al señor con la mano, pero este no le hizo ningún caso. De la chimenea de la granja salía humo.

Rusty, al ver que Irene no entraba, salió y se quedó en la puerta del aeroclub con las manos en las caderas y un cigarrillo en la boca, observándola, convencido de que se había vuelto loca.

Sin aliento y con las mejillas encendidas, ella regresó y se bajó de la bicicleta.

—¡Me muero de hambre, Russell! —Dejó caer la bicicleta y entró corriendo en el comedor.

Rusty se frotó los ojos y dio una calada al cigarro.

—Damas… —dijo con un suspiro. Recogió la bicicleta y la apoyó contra la pared.

Después de cenar, atravesaron en el jeep de Rusty tres kilómetros de bosque y salieron de la base.

—Bienvenidas al pueblo de Glatton —dijo.

Se toparon con calles estrechas y con el pub que había mencionado, que era blanco, con más bicicletas apoyadas en la pared. Unos perros perezosos movían el rabo y se paseaban junto a los vehículos. Pasaron

por otra iglesia de piedra: otro poste indicador para los pilotos. El cementerio, bajo el campanario, estaba lleno de lápidas cubiertas de musgo. Las casas eran blancas, como el pub, y tenían el tejado de paja, setos y rosas trepando por los enrejados.

—Qué preciosidad —dijo Irene.

Aparcaron junto a una alargada cuya fachada estaba de espaldas a la calle. Rusty puso el freno de mano. En el silencio se oyó el eco lejano de alguien cortando leña, de perros y de alguna gallina revoltosa. Alguien parecía estar tocando la trompa. Y, más lejos, el gruñido grave de los motores. Del pub llegaba el silbido alegre de una caja de ritmos. La paja de los tejados recordaba a pelucas.

—Bienvenidas a casa —dijo Rusty.

Se dirigieron al patio trasero, donde un pequeño spaniel blanco y negro salió a su encuentro y empezó a contonearse a sus pies, dándoles con las patitas traseras en los tobillos. Los tres se quedaron instantáneamente prendados de ella, pues era hembra.

—Nunca he vivido bajo un tejado de paja —dijo Irene mientras los gorriones arrancaban trocitos de paja antes de regresar volando a los árboles.

Alrededor del suelo adoquinado se alzaban arcos de forja repletos de rosas antaño gordas como coles, ahora marchitas, cediendo el paso a los capullitos prensados que marcaban el comienzo de la primavera. La casa estaba situada junto a una pequeña arboleda y un prado.

—Cortesía del Tío Sam —señaló Rusty.

—Me encanta —dijo Irene.

—El dueño ha dejado una nota pidiendo que no toquéis la lona de los techos. Para que no os caigan encima las ratas y las ardillas que se meten en la paja.

Ella encontró esta disposición divertidísima.

—No hay electricidad —añadió Rusty—. Lámparas de aceite y velas.

—Pienso robar un generador y arreglar eso —prometió Dorothy.

Las ventanas eran estrechas y estaban cubiertas por cortinas blancas. A Irene le encantaban las buhardillas redondeadas que sobresalían del techo de paja, como ojillos de sorpresa bajo unas cejas enarcadas.

—Esa es la mía —dijo, señalando un pequeño balcón sobre la puerta principal, a la izquierda.

A Dorothy no le importaba; se percató de que su habitación tenía un balcón mejor.

En ese momento, un caza estadounidense los sobrevoló, dio media vuelta a la altura del campanario y puso rumbo a la base aérea.

—Se acostumbrarán —dijo Rusty.

A Irene le encantaba aquella casa y deseaba quedarse allí para siempre. Según les contaron, al principio eran dos cabañas con techo de paja que fueron creciendo a lo largo de los siglos hasta convertirse en una única casa de campo, muy grande y en forma de T. Aquella primavera, cuando no estaba en la base aérea, frecuentaba el cementerio de la iglesia y también el pequeño bosque, donde a menudo se topaba con erizos y conejos; se sentía como si tuviese diez años. Detrás de la casa, en el arroyuelo, veía pececillos, salamandras, ranas y libélulas. Las avispas construían bolas de barro en las orillas y las panzudas y parlanchinas abejas se encaramaban a las flores de lavanda. También había un par de patos, que no le hicieron caso hasta el día en que les llevó panecillos del desayuno. Entonces se convirtieron en amigos fieles, aunque temporales. Los cuervos parecían insultarla cada vez que sobrevolaban el bosque. Eran demasiado tímidos para posarse en el suelo. Cosa que a Irene la divertía. También había una vaca que solía deambular por el arroyo, con un cencerro bajo el pescuezo. A ella le hacía muy feliz el sonido de aquellos acordes oxidados. Nunca llegó a saber si se había extraviado del sombrío reino del granjero. Comía hierba y flores de su mano.

En la casa encontró un poemario antiguo de John Clare. El atribulado escritor del siglo XIX había caminado kilómetros por lugares similares a ese. Y luego lo encerraron en un manicomio. Irene lo adoraba. Lo quería como si fuese el hermano que nunca había tenido. Siempre llevaba el libro en sus paseos. Era una forma, pensaba, de devolver la libertad al poeta inglés.

Leía sus versos entre los árboles. A ellos mismos. Y a los pájaros, a los conejos, a los ciervos, que seguramente andaban cerca, escondidos.

Dorothy la vio un día desde la ventana de su habitación. «Irene ha perdido la cabeza», pensó mientras su amiga declamaba a las aves:

> *Anhelo yo paisajes no hollados por el hombre,*
> *donde mujer alguna se haya reído o llorado,*
> *para habitar allí con Dios, mi Creador,*
> *y dormir dulcemente como de niño hacía;*
> *apacible y tranquilo yo reposo,*
> *sobre la hierba y bajo la bóveda celeste.*[5]

Dorothy abrió la ventana de golpe.

—¡Eh, lady Shakespeare! —gritó—. ¿Estás buscando a Romeo?

Ella le devolvió la mirada; luego saltó el pequeño arroyo y desapareció entre los troncos blancos de los abedules. La otra cerró la

ventana de un golpetazo.

Los cuadernos secretos de Irene escondían esbozos austeros de albarradas, lápidas, una alondra que había tomado la barandilla de su balcón, e incluían líneas de texto breves dentro y alrededor de los dibujos. Bocetos a lápiz de soldados que la miraban desde la ventanilla del Clubmobile, niños temerarios en las calles de Londres. Tiempo después añadió este título a la primera página del primer volumen de sus cuadernos: «Paseos ociosos de una mujer libre y despreocupada».

---

5 John Clare, *Antología poética,* traducción de Eduardo Sánchez Fernández, Linteo, Ourense, 2014. *(N. del T.)*

10

El servicio postal consiguió dar con ellas, incluso en Glatton. Los soldados solo tenían que dirigir sus cartas a la tripulación del Rapid City y escribir «A/A Cruz Roja Americana» o «A/A Ejército de EE. UU.» en los sobres para que se las entregaran a las mujeres.

—Creía que nuestro servicio era una tontería —confesó Dorothy—. Hasta que me enseñaste esto.

—¿Qué pensabas que íbamos a hacer? —replicó Irene, que aún sujetaba en la mano la carta que acababa de compartir con ella.

—Matar nazis.

Bueno, no estaban matando nazis, pero la carta las animó a pensar que su labor tenía importancia.

Queridas Irene, Ellie y Dorothy:

Seguramente no os acordaréis de mí, pero yo no os olvidaré jamás. Me bajé del barco en Liverpool más asustado de lo que había estado en mi vida. Pensaba que no tenía las agallas para desembarcar, y mucho menos para ir a la guerra. Intentaba ocultar mi terror a los demás, pero solo pensaba en volver a casa. Me temblaban las manos. Y entonces os vi. Caras amigas. Y fuisteis amables conmigo y me hicisteis sentir como en casa. Sé que yo no era más que un rostro entre cientos, pero me mirasteis a los ojos, me disteis café y me hicisteis reír. Solo quería que supierais que me acuerdo de vosotras todos los días desde entonces. Cada vez que veo un Clubmobile, deseo que sea el vuestro.

Con gratitud,

Un soldado (Bradley)

Su jornada laboral comenzaba a las ocho de la mañana. Russell las llevaba en jeep o iban en bicicleta. Era un placer enorme bajar por la pendiente suave hacia la base. Una vez allí, abrían el autobús, lo conectaban a la corriente para empezar a hacer café, encendían la cocina y medía la puñetera agua.

Cumplían con sus obligaciones manteniendo una hilaridad estricta. Las tripulaciones de vuelo, los aviadores, los artilleros y el personal de

tierra eran los hombres más alegres que habían conocido nunca. Los oficiales andaban demasiado ocupados con otros menesteres para bromear y la mayoría evitaba los dónuts para mantener su esbelta figura, pero sí que se tomaban su café. Los artilleros de las torretas esféricas solían ser hombres bajitos a los que les encantaba mascar chicle. Comían más dónuts que los pilotos. Irene empezó a creer que trataban de engordar para no caber dentro de aquellas burbujas metálicas que colgaban de la barriga de los bombarderos.

—¿Cómo hacen para mear ahí arriba? —preguntó Dorothy a uno de ellos.

—Llevamos una botella.

—Me arrepiento de haber preguntado.

Rose, una chica de la Cruz Roja británica del club del almuerzo, se unió a ellas para ayudarlas a ir a por agua, a traducir las peculiaridades del acento de su país y a transportar los sacos de azúcar, harina, bicarbonato y las jarras de agua hasta las batidoras. Irene se sintió profundamente aliviada de que el autobús tuviese máquinas futuristas para hacer dónuts en vez de las frustrantes amasadoras manuales de sus días de formación.

Poco a poco fueron adoptando el vocabulario del Cuerpo de la CRA. Por supuesto, los dónuts eran *rosquillas*. Las latas de leche Carnation eran *vacas de acero*. Las ventanas del autobús tenían persianas abatibles que las voluntarias más veteranas llamaban *tapas*. La cocina era estrecha: Irene y Dorothy aprendieron rápido los pasos de baile. Las ventanas estaban a estribor, donde el mostrador. Las cafeteras, a proa y popa. El fregadero, en la parte de atrás. Estantes en todos los huecos disponibles y debajo del mostrador. El autobús estaba conectado a un generador para no consumir gasolina mientras las máquinas estaban en funcionamiento.

El noventa y nueve por ciento de sus clientes eran estadounidenses, salvo algunos mecánicos y conductores británicos. Dorothy estableció que los hombres debían hacer cola a popa del mostrador para mantener el flujo en movimiento. No soportaba el caos de los atascos humanos.

Las tripulaciones de los bombarderos eran las estrellas. Hasta el artillero más mugriento del barrio de Canarsie o Sheboygan era un héroe. Y todos sabían que, tal vez, las chicas del Clubmobile serían las últimas mujeres que verían en su vida, por lo que siempre trataban de pegar la hebra con ellas a pesar de que estas no tenían tiempo.

Los miembros de los bombarderos se hacían llamar a sí mismos Escuadrón Bola de Fuego; como Dorothy e Irene habían supuesto, no por sus destrezas en la lucha, sino porque el cóctel extraoficial de la

base se llamaba así, bola de fuego, una mezcla extraña y deliciosa de whisky de bajo octanaje y aceite de canela. Los mecánicos tenían las botellas, el aeroclub las vendía y los jefes de pista las escondían bajo su mesa. Irene y Dorothy aceptaron tomarse un chupito, y luego otro, y otro más, hasta que empezaron a chocarse la una con la otra y a insultar como los mecánicos y a sacar del aceite trozos oblongos de masa mutantes en vez de rosquillas. Después de unos cuantos brindis, nadie parecía darse cuenta de nada ni preocuparse lo más mínimo.

Las horas pasaban rápido porque nunca había un momento de descanso. Y, cuando llegaba, empezaba la diversión. En la base había un equipo de fotógrafos que siempre estaban tomando fotos promocionales. Para la gaceta militar *Stars and Stripes* y los periódicos de Estados Unidos. Muchas de esas imágenes se enviaban a los padres y a las madres, a los abuelos y a las abuelas, a los colegas y a las esposas. El equipo de fotógrafos contaba con la ayuda de profesionales de Hollywood, que rodaban kilómetros de película para los noticiarios de los cines del país. La mayoría de las veces, cuando había una cámara a la vista, los soldados querían posar con las chicas, ya que estas eran una visión poco habitual. En el estudio de retratos improvisado del aeroclub, Irene aparecía sentada en cien regazos diferentes. Dorothy siempre se quejaba: «Son como niños que quieren posar con Santa Claus en los grandes almacenes». Muchos chicos le robaban un beso. Ella nunca los devolvía, por mucho que le rogasen.

Con más de cincuenta bases aéreas repartidas por todo el Reino Unido, las escasas tripulaciones de los Clubmobiles no daba abasto. No había más que un autobús en cada base y a las mujeres las podían reasignar de un momento a otro: aparecía de pronto un jeep y se las llevaba a cualquier otra. El Rapid City era el único Clubmobile que estaba asignado de forma permanente al club de oficiales de Londres, por lo que al menos una de ellas tenía que presentarse allí con regularidad y servir una embriagadora ración de ánimo y buen humor.

El Cheyenne lo destinaron al vecino aeródromo de Polebrook. Cuando Jill le contó a Irene que Clark Gable andaba por allí, esta convenció a Dorothy para ofrecerse voluntarias a hacer un turno extra allí los lunes. Todos ellos, después del servicio de desayuno en Glatton, su amiga requisaba un jeep e iban a toda velocidad a Polebrook, retocándose el carmín por el camino. Una vez allí, trataban de mostrarse joviales y encantadoras mientras echaban una mano al personal del Cheyenne, escudriñando ansiosamente el rostro de todos los soldados con la esperanza de ver al galán de cine.

Tras varias semanas, Phyl se acercó a Irene una tarde y le dijo:

—Chica, él nunca viene por aquí.

Jill se rio desde la otra punta del camión.

—¡Es una estrella de cine, tiene que vigilar su peso!

—Eso es lo que nos pasa por intentar ayudar —dijo Irene irritada y todas las mujeres se echaron a reír.

Poco después de llegar a la base aérea de Glatton, Dorothy recibió la orden de ir a Londres y asistir a un curso de dos semanas para aprender el noble arte de pilotar un Clubmobile. Mientras ella estaba fuera, las compañeras del Cheyenne llegaron y pusieron el camión pegado al de ellas, como elefantes de circo, trompa con cola. Irene estaba tan celosa de que tuviesen ese precioso GMC, con una cocina gris oscuro en la parte trasera, que le entraron ganas de escupir. Pero en realidad le mejoró la vida de dos maneras: primero, porque el Cheyenne tenía tocadiscos y Phyllis ponía swing por el altavoz; y, segundo, porque Jill le echaba una mano en su autobús, lo que quería decir que no tenía que trabajar sola. Había días en que el invierno se negaba a dar ninguna tregua. Fuera caían nevadas inesperadas sobre los campos y todo parecía gris. Pero dentro del Clubmobile la sensación era cálida y luminosa. Aunque las demás se quejaban, Irene disfrutaba del respiro invernal: el hecho de tener que llevar abrigo y guantes le recordaba a Nueva York.

Las misiones fueron en aumento y la jornada laboral empezaba ya antes del amanecer, con el autobús limpio y el café recién hecho. Las freidoras debían conectarse a la corriente cuanto antes para que la grasa congelada se derritiese previamente a introducir en ella la primera hornada de rosquillas. De acuerdo con la cadena de producción, había que tener varias decenas de dónuts listas antes de que llegasen los soldados del Ejército del Aire. No necesitaban tantos, porque los chicos de la mañana se habían zampado ya un plato de huevos revueltos y salchichas. Lo más importante era el café. En cualquier caso, lo que más apreciaban los muchachos eran los buenos deseos, la coquetería, los «¡Tenga cuidado! ¡Estaremos aquí cuando vuelva!».

La hora de salida de los soldados se regía por una logística que Irene y Jill desconocían. Pero, después de un par de semanas, empezaron a entender los patrones de la base y a adivinar de qué tipo de misión se trataba. Los pilotos les habían contado suficientes historias como para ser capaces de interpretar las diversas situaciones. Una afluencia repentina de cazas implicaba una misión especialmente peligrosa. Un despegue al amanecer sugería un objetivo muy lejano. Una salida a mediodía podía significar, o bien un trayecto corto, o bien un viaje muy largo que precisaba del abrigo de la oscuridad. La

tripulación del Clubmobile debía ajustar sus días y sus noches a estas eventualidades.

A las nueve o diez de la mañana ya habían atendido al primer aluvión de soldados. Luego limpiaban la cocina, tiraban el café viejo, saludaban al camión cisterna que les rellenaba los depósitos e iban al club para comerse tranquilamente un bocadillo o un pastel de carne y riñones. A Dorothy le encantaba que tuviesen Moxie, su refresco favorito, que a Irene le sabía a jarabe para la tos. Los días que acababan hartas la una de la otra, se sentaban en rincones opuestos. Luego llevaban un carrito al centro de mando y repartían café y rosquillas entre los oficiales. Los mecánicos aporreaban la ventanilla del mostrador hacia el mediodía, cuando llegaban los cazas o los C47. Una de las mujeres se echaba una siesta mientras la otra repartía lo que tuviese a mano.

El trabajo difícil empezaba por la tarde, cuando todos aguardaban el regreso de las misiones. El ambiente en la base se volvía tenso, silencioso, todos los ojos puestos en el cielo, preguntándose cuántos de ellos regresarían sanos y salvos. Comprobando si había estelas de humo, señal de que a los B17 les faltaban motores. Estos aviones eran inquietantes. Podían volar incluso con enormes agujeros en los fuselajes. Solo con media cola. Incluso con las alas partidas. Todo el mundo conocía la leyenda de la «fortaleza volante» que cruzó el canal de la Mancha sin cabina, sin parte delantera. Un avión fantasma. Y, según contaban, consiguió aterrizar solo.

Todas se quedaban esperando hasta bien entrada la noche. En más de una ocasión, Irene y Dorothy no llegaron a volver a casa. Cuando amanecía, tenían que empezar el servicio de la mañana. Esos días, a pesar de los esfuerzos por animarse mutuamente, se quemaban las manos y se insultaban, pero seguían llamando a todos los chicos «cariño», «hermano» o «corazón». Al mediodía se quedaban dormidas en el suelo.

Tras llegar a Glatton, no les llevó mucho tiempo entender que su labor no era en realidad hacer dónuts y preparar café. Muchos de los chicos a los que atendían antes de tomar un vuelo no regresaban. Los rostros, las voces, las palabras de ánimo de Irene y Dorothy podían ser la última bendición para algunos de esos jóvenes aviadores. Esa era su auténtica labor. La enormidad de ese trabajo en apariencia trivial se hizo más evidente con el paso de los días.

El director de cine John Ford, famoso por *La diligencia* y *Las uvas de la ira,* había enviado a un pequeño equipo de cámaras a Glatton; se instalaron en la planta baja de la casa de Irene y Dorothy. Las mujeres

fantaseaban con la idea de que algún día aparecería el cineasta en persona, pero no fue el caso.

Los cámaras habían convertido el piso de abajo en un salón de fumadores y un bar de whisky. No les interesaban los patos ni los árboles. Estaban allí para filmar la guerra. El suelo estaba lleno de calcetines, botas y botellas abandonadas. Ni Irene ni Dorothy tenían intención de limpiar nada. Otros se paseaban por la ciudad para captar imágenes de los grandes aviones y de los diligentes operarios. La casa se convirtió en una suerte de centro clandestino de fiestas al que acudían oficiales, visitantes, vecinos e incluso el célebre escritor John Beverley Nichols, que vivía en la misma calle, un poco más abajo. Un agradable respiro para cualquiera que se animase a subir la colina en bicicleta.

Uno de los parroquianos habituales era Gilbert B. Peek, un fotógrafo de *Los Angeles Times* que llegó en primavera. Tomó fotos de Irene y de sí mismo, de las rosas y de la torre de la iglesia. Mientras que Dorothy encontraba macabra la fascinación de su amiga por las viejas tumbas normandas, a él le resultaba encantadora. Para ella, aquellas lápidas desvaídas cuyos nombres apenas se leían tras siglos de lluvia y viento constituían una especie de contacto con el más allá. Allí, en aquel jardín tranquilo, Irene les hablaba en susurros a los olvidados. Estaba segura de que soñaba en su idioma. Gilbert captó una imagen extrañamente romántica de ella con la mano posada sobre una fecha del siglo XVIII, la cabeza inclinada y el pelo oscuro ocultándole el perfil lo justo. Solo se veía una leve insinuación de sus mejillas pálidas. Podría haber sido un fantasma o la doncella de un poema antiguo. Más tarde la publicó en una revista estadounidense y durante un breve momento fue una fotografía bastante notoria.

Al final del día, Irene y Dorothy solían recorrer en bicicleta los casi cinco kilómetros que las separaban de casa. Los cuervos las espiaban desde arriba. Las mujeres charlaban mientras espantaban gallinas y una jauría de perros revoltosos las escoltaba. No había noche que no parasen en el pub a echar una partida de dardos y a chismorrear un rato; a veces, también tomaban pastel de riñón o salchichas en pudin de Yorkshire. Los días buenos comían *fish and chips*. Dorothy se había agenciado un mono de vuelo y se lo ponía día y noche con un trapo atado al pelo o un pañuelo al cuello. Las tardes que el frío arreciaba, Irene optaba por pantalones oscuros, blusa blanca y el chaleco oficial de lana oscura de la CRA.

Cada vez que tenía lugar un chequeo previo a un vuelo, alguien venía a por ellas en un jeep. A las cuatro de la mañana, la posibilidad

de ir en bicicleta en mitad de la oscuridad quedaba totalmente descartada. Con o sin resaca, las chicas tenían que estar a bordo del Clubmobile y atender con diligencia a los hombres que trabajaban en misiones secretas. El café tenía que estar caliente a las cinco. Y las rosquillas al lado.

Aquellas madrugadas, Dorothy empezó a decir que iban a la iglesia, ya que parecían servicios religiosos: hombres dirigiéndose a desempeñar trabajos que entrañaban un peligro mortal y todo el mundo sabiendo, pero sin admitirlo, que quizá no regresarían nunca. Aquellas mañanas, las bromas cesaban. Todos estaban serios, aunque algunos chicos seguían guiñándoles un ojo.

Los hombres entraban en las reuniones informativas con tazas humeantes y volvían sombríos y callados. Los pilotos, copilotos y bombarderos parecían siempre preocupados, incluso huraños. Las chicas no se lo reprochaban. De hecho, en esas mañanas, Irene y Dorothy luchaban por contener las lágrimas para asegurarse de prestarles un servicio adecuado. Ella escribió en su cuaderno: «Sabiendo que tal vez no volvamos a verles la cara», pero tuvo que parar a mitad de frase y no se atrevió a mirar esa página de nuevo.

Los artilleros eran algo más guasones. Siempre las hacían reír a carcajadas. El personal de tierra solía llegar armando jaleo y dando la brasa a Irene y a Dorothy, que se afanaban por tener lista la siguiente ronda para el personal de vuelo, mientras que esos holgazanes llegaban siempre tarde y buscaban cualquier pretexto para pasar el rato. Dorothy los llamaba «los bribones».

Luego venía el sombrío ritual de acercarse a la pista para presenciar el despegue. Esto siempre las hacía llorar. Tenía que ver con el rugido de los aviones. Con el drama de la despedida. Pero también con el espectáculo insoportable y a la par conmovedor de aquellos jóvenes subiendo a bordo. Haciendo flexiones de brazos en las escotillas de las aeronaves. Enroscándose en el fuselaje como atletas. A veces abrazándose enérgicamente. Se arrodillaban como un equipo de fútbol posando para una foto, todos ataviados con gorra de piloto o gorro de punto, chaqueta de cuero y guantes, máscara de oxígeno y una reluciente sonrisa en la penumbra. Los pilotos de caza iban solos a los aviones, les daban palmaditas en la espalda o en el hombro a los tripulantes de tierra para luego encaramarse a un ala y subirse a la cabina. Todos los hombres les guiñaban un ojo o las saludaban con la cabeza o les lanzaban un beso. Hacían lo posible por parecer imperturbables.

Después de las misiones, bajaban con mucho cuidado a los heridos y fallecidos, la sangre oscura goteando sobre la grava.

Queridas señoritas del Rapid City:

Ya estoy en casa. Me hicieron la famosa «herida del millón de dólares», esa que es lo bastante grave como para tener que abandonar la batalla. Creo que me golpeé el pie, pero no lo recuerdo. Estuve en una misión en Bremen que fue un auténtico infierno y, justo antes de ese vuelo, ustedes me atendieron muy bien. Qué extraño, ¿no? Sueño con todas y rezo por ustedes los domingos, aunque no se me da muy bien el tema este de Dios. Solo quería que supieran que estoy bien y que pienso en ustedes con gratitud.

Con amor,

Un artillero cualquiera

P. D.: Sobre todo me acuerdo de usted, Jirafa.

Esos días eran infernalmente largos. Tal vez se debiese a la preocupación. Al menos habían visto los rostros de todos los hombres, en todos los aviones. Habían visto a los bombarderos regresar a la base atravesando el cielo a trompicones. Habían visto como sacaban a los heridos y los metían en ambulancias. Habían visto un avión incendiarse y explotar en la hierba. Nadie tenía que contarles cómo era estar allí arriba. Y nadie iba a hacerlo. Un silencio compartido se cernía sobre todos y ni ellas ni las enfermeras creían que debiesen romperlo.

Una vez que los aviones se iban, las mujeres disponían de varias horas de tranquilidad. Imaginando lo peor. Manteniendo a los bribones y a los oficiales a base de café y rosquillas. Escrutando los rostros de los controladores de vuelo, tratando de averiguar si portaban buenas o malas noticias. La mayoría de estas misiones duraban hasta bien entrada la noche. Echaban una mano en el aeroclub y en la enfermería, limpiando y preparando vendajes. Aprovechaban para fregar el autobús. Volvían al pueblo en bicicleta; siempre había de sobra. Sabían cuándo regresaban los bombarderos porque se oían a kilómetros de distancia. Pero tenían mucho tiempo libre y por lo general no volvían a las habitaciones. Un humor aciago se extendía por toda la base. Si los aviones no regresaban antes de medianoche, todo el mundo se ponía en guardia, esperando a que pasaran las horas, observando el cielo y aguzando el oído, temerosos de que sus fortalezas volantes hubiesen quedado reducidas a cenizas.

El dúo del Rapid City se instaló en la caseta de información. Allí tenían preparada una mesa con rosquillas y urnas de café caliente, amén de algún que otro abrazo o beso para los aviadores que bajaban

de su paracaídas y entraban en la gran sala a informar a los oficiales de la Oficina de Servicios Estratégicos.

Por fin llegó el momento en que Irene y Dorothy recibieron la autorización para acceder a las instalaciones de la OSS. Los agentes del FBI se reunieron con ellas en la caseta. Las llevaron por separado a un pequeño despacho y las frieron a preguntas. Contactos, inclinaciones políticas, familia, historial electoral, afiliaciones, creencias religiosas. Un sinfín de trivialidades que iban anotando en formularios. Muchos cigarrillos. Cuando ambas fueron autorizadas, se les permitió el acceso al recinto secreto. A partir de entonces, además del resto de las tareas, las chicas tenían que llevar allí todas las mañanas una urna de café caliente y decenas de dónuts. Ninguna confirmaba ni negaba si había alguien en el recinto ni interactuaba en modo alguno con los posibles ocupantes.

Hacia el final de la primavera empezó a correrse el rumor de que algo importante estaba a punto de suceder. Pero nadie decía nada a las mujeres al respecto. Menos aún los pilotos. Se avecinaban cambios. Estados Unidos llevaba más de dos años en guerra. La radio cacareaba los persuasivos mensajes de Churchill. En los cielos sobre la base no cabía un alfiler. Los muelles bullían con nuevas remesas de soldados. Llegaban noticias de África e Italia a diario. En Inglaterra, todos tenían la mente puesta en lo que sucedía al otro lado del canal.

Tuvieron lugar varias llamadas para el servicio de dónuts en los puertos. Ambas sentían una especie de vibración en la extensa red bélica que se cernía sobre todos ellos. Sus tripulaciones hermanas, que estaban repartidas por las islas, también la percibían; no dejaban de oír cosas aquí y allá. Irene era incapaz de distinguir los chismes de la realidad. Los pilotos les contaban historias de unos cazas fantasmagóricos, como de fuego —los *foo fighters*—, que se posaban en sus alas y los perseguían.

Con el fin de liberar un poco la tensión que reinaba en el ambiente, ella decidió poner en marcha un concurso de talentos. Y, de la noche al mañana, se convirtió en doña organizadora, una personalidad que Dorothy no había conocido en el Clubmobile. Puesto que ya estaba familiarizada con el funcionamiento del Ejército, Irene acudió primero a los jefes de las tripulaciones de tierra, luego a los encargados del club y del comedor, y después a las enfermeras y a los médicos. Luego, con una oleada de entusiasmo a su favor, se dirigió a los artilleros y a los navegantes. Y, por último, a los pilotos y al comandante de la base. Serviría para subirles la moral, dijo; sería terapéutico para los heridos, argumentó. Su proyecto fue aprobado y se publicó en el boletín de la

mañana siguiente.

—*Voilà !* —anunció, golpeando el tablón de anuncios con el dedo antes de salir de la cocina y ponerse a organizar el concurso.

—¡Irene es chiquita pero matona! —dijo Dorothy a Rose, que todavía estaba ayudándolas en el Rapid City, cosa que agradecían, ya que era demasiado trabajo para dos. Estaban barriendo y fregando el autobús.

—Me parece una chica encantadora —comentó esta con su marcado acento británico.

—Podría pasarme el día entero escuchándote hablar.

La aludida se rio.

—Tú suenas como una película de vaqueros. Me gusta.

—¿Vas a participar?

—¿Disculpa?

—En el concurso de talentos.

—Supongo que podría mover un poco las caderas para los chicos. —A Dorothy no le interesaba nada el concurso, pero redujo sus críticas a un suave murmullo.

—Soy la tercera chica del autobús, ¿no? —prosiguió Rose—. Tengo que participar y ser una más del equipo.

Aquel día nació el rango de «tercera chica del autobús».

Esa misma tarde, de vuelta en Glatton, un rayo plateado rugió en el cielo. Se asomaron para verlo. Se trataba de un Mustang P51 que, a juzgar por la dirección que había tomado, procedía de Londres.

—Música para mis oídos —dijo Dorothy, inclinándose y estirando el cuello mientras el caza trazaba una curva hacia Conington—. ¡RollsRoyce de doce cilindros! —gritó.

A Irene le hizo gracia que, de entre todas las cosas posibles, fuese el motor de un avión lo que hiciese gritar de emoción a su compañera.

La aeronave llegó hasta la torre de la iglesia antes de dar media vuelta, lanzarse en un vuelo raso e iniciar un nuevo y atronador ascenso.

—A los estadounidenses os encantan las acrobacias aéreas —apuntó Rose.

—*Oh, yeah* —concedió Irene.

Arriba, arriba, giro a la derecha y caída en picado. El tren de aterrizaje se desplegó de las alas. Tras varias sacudidas, inició un delicado descenso; las ruedas chirriaron un par de veces, dejando atrás unas cuantas bocanadas de humo. Las chicas aplaudieron.

El avión atravesó la pista y se detuvo junto a los hangares. Los operarios salieron en su busca y calzaron las ruedas. Las palas de las

cuatro hélices se fueron estabilizando poco a poco hasta detenerse. La cabina se abrió. Llevaron una escalera hasta ella, pero el piloto se bajó y saltó del ala.

—Mira, tu novio —dijo Dorothy—. Tómate un caramelito SenSen que te refresque el aliento.

Ella la ignoró, pero entonces el piloto le sonrió desde el otro lado de la pista. Incluso a esa distancia, los dientes le relucían injustamente. Donde ponía el ojo, ponía la bala.

—Ahí viene —dijo la amiga y se marchó silbando. Esta y Rose volvieron a su puesto en el Clubmobile.

Irene las miró y, al girarse, tenía al piloto justo delante.

—Hola, forastera —dijo.

—¿Lo conozco?

Él se frotó la barbilla. Entrecerró los ojos.

—Usted es la que me intoxicó en Londres, ¿verdad? —Le hizo el saludo militar con un solo dedo y pasó junto a ella, pero se detuvo y le dijo por encima del hombro—: Oiga, me ha dicho un pajarito que está organizando un concurso de talentos. Me gustaría participar. —Y, sin mirar atrás, entró en el comedor.

Dorothy y Rose estaban ocupadas dentro del autobús. Cuando Irene subió a bordo, les dijo:

—Chitón.

Las tripulantes del Cheyenne llegaron con su autobús. Phyl, Jill y la Diablilla se quedarían con Irene y Dorothy en la casita del tejado de paja, donde tendrían que apiñarse y compartir la buhardilla, pero estaban más que encantadas de codearse con la realeza de Hollywood.

El equipo de cámaras les ofreció rondas interminables de cócteles improvisados y las deleitó con anécdotas sobre estrellas del celuloide y sus espantosos procederes. («¿Clark Gable? ¿Me toma el pelo? Menudo está hecho».) Las risas se apoderaban del jardín, incluso cuando las mujeres se ponían a ensayar sus pasos de baile. Rose iba también en bicicleta. Eran cinco, ya que a Dorothy no le interesaba nada de eso. Su única concesión era observarlas, pero no dejaba de rezongar. «Enseñando las tetas a esos hijos de perra en celo», observaba mientras se tomaba un manhattan en un vaso de plástico.

Una noche, después del ensayo, Irene guardó su cuaderno en un bolso, cogió una bicicleta y se fue al pub. Quería poner sus pensamientos en orden para el gran espectáculo. Al llegar a la entrada, sabía qué bicicletas habían salido de la base (las ruedas delanteras apuntaban hacia el pueblo; los locales, en cambio, dejaban las suyas con el manillar hacia la base). Con el paso de los días fue aprendiendo

a leer este tipo de cosas, una observación que anotó en su cuaderno.

Entró, pidió un vaso de vino blanco y se fue a una mesita del rincón a seguir tomando notas:

> *Cualquier lugar de la tierra habla su propio idioma. Un lenguaje de acentos y sombras, de pájaros y ladridos nocturnos. Todos los callejones hablan mediante los gritos discordantes de sus gatos. A través de los colores de las paredes y de las enredaderas que cubren las lápidas. Nuestra vida está escrita con risas y bicicletas.*

Aquello no tenía nada que ver con el concurso de talentos, pero daba lo mismo.

Entonces la puerta se abrió de par en par y apareció su piloto de caza; la luz del atardecer recortaba su silueta, como si estuviese en un decorado de tres al cuarto. Lo acompañaban sus amigos negros del hotel Grosvenor de Londres.

—¡Abran paso a los chicos del Red Ball Express! —gritaron.

—No hagan caso a esos camioneros vulgares —dijo el piloto—. Aquí llega un auténtico as de la aviación. —Los soldados estadounidenses se cuadraron. Los británicos siguieron hablando y lanzando dardos. El as siguió diciendo—: Chicos, les presento al capitán Walker, alias Honeyman, el mejor saxofonista de la guerra.

«Vaya, vaya», se dijo Irene. Guardó el bolígrafo y cerró el cuaderno.

—¡Acabamos de llegar de Bélgica, muchachos! —siguió diciendo el piloto—. Casi no nos quedaba combustible. Tuve que salir de la cabina en mitad del canal, subirme al ala y echar whisky en el depósito.

El capitán Walker soltó una carcajada y meneó la cabeza.

—Si de verdad cree eso —dijo—, es más tonto de lo que parece.

—Otro fanfarrón —intervino el camarero.

Los británicos detuvieron las partidas de dardos y gritaron en tono jocoso:

—¡Vete a casa, so capullo!

Irene dio un sorbo al vino, tratando de ocultarse un poco tras el cristal.

—Parece que le vendría bien una pinta —sugirió el camarero al piloto.

—Póngame una cerveza negra —dijo—. Estaré en la mesa de allí, con esa joven.

«Ay, no.» No había pasado desapercibida.

El piloto acercó una silla y se sentó frente a ella, con las piernas notablemente separadas. Puso la gorra encima de la mesa.

—¿Me ha echado de menos? —le preguntó.

—No creo que nos conozcamos —mintió Irene.

—La he visto dos veces. Después de ese momento tan mágico que hemos tenido en la pista, pensaba que teníamos algo.

El camarero trajo la cerveza y le dio una palmadita en el hombro al piloto.

Este se inclinó hacia delante y dijo:

—La he echado mucho de menos.

Irene se rio expulsando el aire por la nariz, tratando de mostrar el nivel adecuado de mofa.

—Valiente bobada —dijo y le dio un sorbo estratégico al vino—. ¿Eso es lo mejor que tiene?

El piloto se rascó la mejilla, entrecerró los ojos y le dio un buen tiento a la cerveza.

—Mire, señorita, sabe que me ha echado de menos. No se burle de un héroe de guerra.

¿Era ese el tipo de pamplinas que daba la vuelta al mundo? Irene disimuló un bostezo con el dorso de la mano. Él la observó por encima de la pinta.

Ella se dio un golpecito en el labio superior.

—Tiene espuma —murmuró.

El piloto se sonrojó mientras se la limpiaba.

—Tiene un poco de pintalabios en el diente —dijo—. ¿Quiere que se lo quite?

Irene hizo un mohín de desagrado y se limpió con la servilleta. Lo vio sonreír a su cerveza. «Maldita sea.» Había perdido un punto sin que él tuviese que hacer nada.

—Tengo entendido que las chicas de los dónuts son el alma de la fiesta por estos lares.

Ella sorbió el vino con profundo hastío.

—De chica tengo poco, querido. Soy una reina guerrera de la Cruz Roja.

—¡Atiza! —dijo él fingiendo acento paleto—. Oiga, no me quedé con su nombre en Londres.

—No se lo dije.

El piloto hizo un sonidito con la garganta que Irene interpretó como aprobación y sacó de la chaqueta una pitillera plateada fina. Luego dejó escapar una risita y le ofreció un cigarro señalando la pitillera y enarcando las cejas.

—Ah, no, muchas gracias —dijo ella y se escondió tras otro sorbo de vino.

—Seguro que estos no los ha probado, me apuesto diez dólares. Son cigarros europeos, dulces, con un toque de ron y lavanda. Me siento como una chica cada vez que enciendo uno.

—Bueno, tiene buenas pestañas. ¿Va a algún salón de belleza en particular?

—Vale, ya basta. —Le ofreció la pitillera abierta; Irene cogió uno, él otro y luego abrió un Zippo y encendió primero el cigarrillo de ella —. ¿A que soy un caballero?

—Solo un golfo haría ese comentario. Pero lo dejaré pasar por esta vez. Está aprendiendo.

El piloto saboreó el cigarrillo caramelizado. La nuez de Adán se le movió ligeramente.

—A todo esto, me llamo Hans.

—¿Qué clase de nombre es ese para un piloto estadounidense?

El aludido se estiró y lanzó un anillo de humo sobre la cabeza de ella.

—El mío.

—Irene. Irene Woodward —dijo, inclinando la cabeza hacia él.

—Hans Michael Henricus Vanderwey. —Se encogió de hombros—. Vengo de una familia de pioneros. Colonos. Me llaman el Manitas.

—¿Es por lo de ser aviador? —le preguntó Irene. La conversación no estaba resultando muy estimulante que digamos. Pero tenía esa forma de mirarla… directamente a los ojos.

—Supongo que soy bueno con las manos. Puede llamarme cuando quiera y le arreglo lo que le haga falta.

—Eso suena un poco travieso. —Hans sonrió de forma pícara—. El Manitas —dijo ella—. Un apodo muy… muy masculino. —Esbozó una leve sonrisa, casi desdeñosa, un gesto que Irene sabía que volvía locos a algunos hombres. Luego sacó el bíceps y gruñó. —Él se miró las manos—. ¿A cuántos ha matado? —le preguntó ella, flotando un poco sobre el vino.

—A trece —contestó Hans a la mesa. Parecía fascinado por sus propios nudillos.

—Lo siento —dijo ella—. No pretendía avergonzarlo.

—Solo soy un tipo que va por el cielo matando a otros desgraciados que intentan matarme.

Eso hizo que ella se apartase un milímetro de él.

—No me diga que siente lástima por ellos.

—Todos somos iguales ahí arriba, Irene. Es difícil de explicar. —Se arrellanó en el asiento y bebió un trago. Dejó que la espuma se deslizase por el vaso y se introdujera en su boca. Se limpió los labios con el dorso de la mano—. Ahí arriba estás solo —dijo con voz queda; por un momento pareció que deseaba estar en cualquier otro lugar—. Y sabes que ellos también lo están. Y no hay nada amable ni amistoso por ninguna parte. —Se miró las manos sobre la mesa. Irene se dio

cuenta de que él estaba evitando mirarla a los ojos—. Mire, siempre que vuelo a esta base, busco la torre de la iglesia. Me dice que estoy a salvo, que estoy en casa. Que puedo aterrizar y olvidarme del cielo.

Su tono se había vuelto repentinamente sombrío. De forma instintiva, ella cambió al modo Clubmobile.

—Pero si usted es un as, Manitas. Como en las películas, ¿verdad?

—Señorita Irene, hago mi trabajo lo mejor que puedo. No soy más que un vaquero de Oregón.

El dueto parecía satisfacer a ambos.

—¿De verdad es vaquero? —preguntó ella.

—De pura cepa.

—Pues no suena como tal.

—Solo cuando quiero, señora. Y usted es una dama de ciudad muy distinguida y sí suena como tal.

—No sé si *dama* es la palabra correcta.

Eso pareció gustarle a Hans.

—¿De dónde es? —le preguntó.

—De Nueva York. ¿No lo ha notado?

Él negó con la cabeza.

—Nunca he estado. No obstante, siempre he imaginado que debe de ser un lugar elegante. —Irene apuró la copa de vino—. Pero, si hubiera sabido que estaba allí —continúo Hans—, habría ido a buscarla antes de venir aquí.

Ella cruzó los tobillos.

—Usted me va a dar problemas —dijo, apagando el horrible cigarrillo.

Él la miró como intentado adivinar el color de sus ojos. Levantó un dedo hacia el camarero, luego la señaló y lo movió entre los dos. Ella intentó rehusar, pero el Manitas se limitó a sonreír un poco más. Cuando lo hacía, parecía tener unos dieciséis años.

—Señorita Irene —dijo—, aquella mañana en Londres… De verdad, no he dejado de pensar en usted.

—En serio, Manitas —repuso ella suspirando—, estoy segura de que puede hacerlo mejor.

Hans asintió y se quedó mirando la mesa.

—Me emplearé a fondo —contestó.

Había sucedido de pronto, pero el sol de poniente que resplandecía a sus espaldas cuando él llegó ya había desaparecido. Este tenía que volver a la base, donde dormía en una litera, le dijo a Irene. Entregó unos billetes británicos al camarero.

—Hágales morder el polvo, amigo —dijo el hombre.

—Sabe que lo haré —respondió y se despidió de Walker, alias

Honeyman, que estaba humillando a los lugareños en el juego de los dardos.

Luego, ella y él salieron juntos y se abrazaron. Pero el abrazo no fue fruto de un *crescendo* romántico. Él era todo músculo y costillas, y, cuando la obligó a ponerse de puntillas y trató de besarla, ella se giró rápidamente hacia un lado, por lo que solo le rozó la comisura derecha de la boca.

—Lo siento —dijo Hans y pateó un terrón de tierra—. Aunque quería besarla, de veras.

Irene asintió comprensiva y puso cara de tragedia.

—Qué pena. Pero esto es lo que vamos a hacer: si alguna vez quiero que me bese, se lo haré saber.

Él se puso la gorra y dijo:

—Señora. —Se montó en la primera bicicleta que pilló y se alejó entre tambaleos. Ella estaba segura de que iba a caerse.

—No necesito un héroe —le gritó.

Hans recuperó la estabilidad y volvió a mirarla.

—Pero igual yo sí —replicó. Levantó una mano para despedirse y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Irene se subió también a una bicicleta y pedaleó de vuelta a casa mientras los ladridos de los perros pregonaban su paso y los latidos del corazón le retumbaban en los oídos.

11

Había tanto humo que apenas se podía respirar.

Dorothy se había sentado en la parte de atrás del aeroclub. Estaba disfrutando de una taza de té porque se había prometido no volver a tomar café después de servir miles y miles de litros. Un artillero de cola le echó en la taza un chorrito de whisky irlandés de su petaca, lo que mejoró inmensamente su sabor.

Apoyado en un caballete, se veía un llamativo cartel de cartón que rezaba: ¡BIENVENIDOS AL CONCURSO DE TALENTOS! Dorothy se preguntó de dónde habrían sacado la purpurina.

Los «talentos» estaban ubicados delante del escenario, sentados en sillas plegables como colegiales inquietos. El grupo del aeroclub estaba en la primera fila, coreando consignas alegres. Gary Cooper también estaba allí con los chicos del Red Ball Express y su grupo de jazz. A Irene le encantaba ver cómo el as armaba jaleo con sus amigos negros, igual que en el Grosvenor. Por lo que parecía, le habían traído una guitarra. Y…, oh, santo Dios: un sombrero de vaquero.

Las luces se apagaron, el escenario —o eso se suponía— se iluminó, la banda tocó la bocina y apareció Irene con sus Lindas de los Dónuts. Dorothy no aprobaba el nombre. Pero la Caimana era guapa, eso era innegable.

—La auténtica belleza está en el interior —anunció aquella a los aviadores que estaban sentados cerca de ella. Embelesados como estaban por el espectáculo, no le hicieron ningún caso.

De algún modo, Irene había conseguido que todas se pusieran pantalones cortos y medias de redecilla. Apareció ella, luego Rose —contentísima de ir acicalada— y después Phyllis y la Diablilla del Cheyenne. Ay, no, ahí venía Jill. Dorothy estaba indignada. La conductora no debía estar ahí con el culo al aire. Bailaban de lado, como las Rockettes. Llevaban los labios pintados de un rojo chillón. Todas sonreían como locas, como maniquíes, ejecutando un *twostep,* cada una con un cartel blanco prendido al pecho. En el momento perfecto dejaron de contonearse y giraron sus carteles: H E L L O.

Se oyeron silbidos, gritos y bramidos de alegría. Irene cogió el micrófono y el resto de las Lindas de los Dónuts salieron corriendo del escenario.

—¡Hola, mis héroes! —gritó con el brazo extendido y agitando los dedos.

Los chicos se levantaron de las sillas. Dorothy se metió los dedos en la boca y chifló; no podía dejar de sonreír. El whisky de la taza tenía bastante que ver. La cara le ardía. Qué diablos. Levantó las cejas al hombre de la petaca y este vertió otro chorreón. A este ritmo, no se acordaría del espectáculo.

—¡Y nuestra primera actuación —prosiguió Irene— corre a cargo del dúo cómico Biff y Ralphie!

Dos tipos ataviados con un mono ridículo y un gorrito representaron un número de humor absurdo de Abbott y Costello. Fue todo un éxito; los soldados y los pilotos no dejaban de silbarles y de responder a las provocaciones del dúo.

Irene retomó el escenario para presentar al cirujano de vuelo Bob Nosequé, que ejecutó un baile de claqué acompañado por un disco rayado (entre silbidos y algunos abucheos). Sin embargo, tuvo mejor acogida cuando empezó a correr en el sitio con sonrisa de loco y enseñando los dientes.

El espectáculo duró unos cuarenta minutos. El jurado, sentado en la pared oeste, parecía menos sobrio a medida que avanzaba la noche. Una chica del pueblo —camarera del pub, con un pañuelo en la cabeza, falda blanca acampanada y delantal— interpretó un trémulo avemaría. Los chicos se debatían entre mirarle las piernas o llorar emocionados por la belleza de su canto, que incluso Dorothy admitió que era angelical.

La ovación más clamorosa se la llevó un artillero de torreta esférica que se autoproclamó Führer del Furor. ¡Era Smitty! Lo habían visto en Londres. ¡Vaya, menudo bicho era! Irene podría llevárselo a casa en el bolsillo.

Smitty irrumpió en el escenario vestido de Hitler, con el pelo grasiento y ennegrecido, y un bigotito pintado con betún. Los chicos lo abuchearon e insultaron. Smitty gritaba *«Schweine!»* y se paseaba por el escenario voceando sandeces y levantando la mano derecha. El público empezó a reírse. Y a convulsionar. Saltaban de los asientos. Era estúpido, pero a nadie le importaba. Estuvieron a punto de tirarse las sillas unos a otros. Acabaron por los suelos con las manos en las costillas. Se reían tanto que no podían respirar. A modo de agradecimiento, arrojaron basura a Smitty. Al comandante de la base pareció incomodarle cuando los chicos corearon: «¡Hitler cabrón! ¡Hitler cabrón!». Después de que abandonase el escenario, el tumulto tardó quince minutos en aplacarse.

Irene entró en escena y se quedó de pie sin decir nada mientras los

chicos se calmaban.

—Valiente jaula de grillos —dijo. Ellos volvieron a armar follón. Cubrió el micrófono con una mano y se rio de alguien que estaba entre bambalinas; luego se volvió hacia el público, se llevó los puños a las caderas y frunció el ceño—. Vamos a ver, chicos —los reprendió—, ¿voy a tener que castigarlos en una esquina? —Silbidos—. ¿Quieren que les dé también unos azotes?

Un tipo gritó:

—¡Por favor, cielo, por favor!

Esto provocó otro medio minuto de barahúnda. Dorothy se estaba viniendo un poco abajo. Hundiéndose a babor.

—Silencio, no sean groseros —ordenó Irene. Cuando pareció que se calmaban, se arrimó al micrófono—. Para nuestra última actuación tenemos un grupo musical de swing. Un as de la aviación y los heroicos transportistas de suministros del Red Ball Express. La cosa promete. —Se sacó una tarjeta de la cintura y la miró fijamente—. Se llaman… Madre mía. —Se rio y meneó la cabeza—. No puedo. —La banda ya estaba en el escenario—. Vecinos de Glatton, demos una calurosa bienvenida a… ¡El Manitas y sus Bolas Rojas! —Irene salió escopetada del escenario.

La banda tardó un minuto en prepararlo todo. Un tipo con un tambor, un taburete y un par de escobillas de jazz. Un contrabajista. El capitán Walker al saxo. Y el Manitas a la guitarra, rasgueando al micrófono.

—Hola —dijo este—. Me llamo Bob Wills y estos son mis *playboys*. Llevo un tiempo ahí arriba matando boches y aquí mis colegas los camioneros me han provisto de todo lo que he necesitado, puntuales como un reloj y en perfectas condiciones. ¡Un aplauso para ellos!

Un gran clamor recorrió la sala.

Los miembros de la banda tocaron, o destrozaron, más bien, un par de melodías vaqueras. Luego, Walker, alias Honeyman, tomó el micrófono y dijo:

—Esta es una canción que ningún hombre blanco podría cantar. La escribí yo mismo. Se llama *El blues del pastel de pollo*.

Sacó pecho y comenzó a emitir un grave gruñido:

Fui a la cocina en busca de papeo.
Fui a la cocina en busca de papeo.
Dije: «Ey, cariño,
tráeme pollo y fideos».

A partir de ahí, todo fueran obscenidades.

Como era de esperar, el Manitas y sus Bolas Rojas se llevaron el

premio.

Al final del espectáculo, la banda inicial volvió a escena y las Lindas de los Dónuts bailaron de nuevo con sus carteles, pero, cuando llegó el momento de revelar el mensaje, una letra había cambiado de orden. Ahora decía: O H E L L.[6]

---

6 «Oh, diablos». *(N. del T.)*

12

Dos días después, antes del amanecer, llegó el camión. Era tan ruidoso que todo el pueblo lo oyó: el estruendo del motor, el cambio de marchas mientras el conductor maniobraba por las callejuelas angostas, las bicicletas cayéndose, los perros enloqueciendo. Los cámaras tenían una resaca de tomo y lomo y fueron incapaces de levantarse. Pero Irene y Dorothy bajaron a trompicones, ella descalza y aún en bata. El camión era enorme. Horriblemente bello. La cabina era de color gris verdoso; la cocina de la parte trasera, alta y de un gris más oscuro, casi negro.

—Demontres —dijo Dorothy, como si acabara de poseerla el espíritu indianés de su padre por un momento.

El conductor detuvo el camión y aterrizó de un brinco sobre los adoquines. Blandió un portapapeles con documentos y le tendió un lápiz.

—CRA Rapid City —dijo—. Firme aquí.

Ella procedió.

El hombre señaló los escalones traseros del vehículo.

—Momento de hacer una visita guiada. Las damas primero. —Las chicas subieron a la ordenada cocina y él detrás de ellas—. Cuatro metros de largo —dijo—. A estribor se encuentra la ventana de servicio. En el mostrador hay dos urnas de café a cada lado de la ventana. Tiene espacio suficiente para dos mujeres, una al lado de la otra. Arriba, las estanterías. Al lado de las urnas, los estantes para los dónuts. Uno en cada extremo. —Señaló hacia el rincón derecho, luego hacia delante—. El depósito de agua. Debajo, la caldera y el quemador. Bajo la encimera hay más armarios y cajones. Y dos urnas más.

Las chicas empezaron a abrir y cerrar todas las puertas.

—Aquí podemos meter de tapadillo lo que nos dé la gana —bromeó Irene.

El conductor hizo caso omiso de la chanza y reanudó su soliloquio:

—Babor. Delante: fregadero con armarios. Arriba: depósito de agua. Armarios. Y, al lado, las despensas para el azúcar y la harina. Popa: la parte comercial. Máquina de dónuts. Eléctrica. Estante para dónuts y el cubo de basura al lado. Quemador junto a la puerta de atrás.

Hornilla Primus, acceso a través de una abertura por fuera de la cocina. Arriba, ventana corredera para que salgan el humo y el vapor. En la parte de atrás, junto al quemador, el tocadiscos. Está conectado a un altavoz que hay en el techo de la cabina. Encima, espacio para guardar los discos. Se pueden asegurar con las correas azules para evitar que se caigan y se rompan en carretera. Las manivelas estaban en el techo, creo. Tres, si mal no recuerdo. Sirven para abrir los respiraderos del techo.

Las chicas no dejaban de decir: «Oooh».

—¿Les ha quedado todo claro? —preguntó el conductor.

—Recibido —dijo Dorothy.

—Diviértanse, señoritas. —Les hizo un difuso saludo militar, se bajó de un salto, se montó en el jeep que estaba detrás y desapareció.

Ambas bajaron los escalones metálicos y cerraron la puerta tras de sí. Empezaron a caminar alrededor del camión como compradoras en un concesionario.

Dorothy señaló unos clips junto a las puertas.

—Peines para rifles —dijo—. Justo al alcance de la mano. En caso de que tengamos que matar alemanes.

Procedieron a inspeccionar la bestia: un GMC de dos toneladas y media con doble eje trasero. El morro estaba adornado con una estrella blanca del Ejército estadounidense dentro de un círculo blanco. En las puertas también había, solo que dentro de un círculo rojo. Y números. Los laterales del compartimento del motor llevaban palas pintadas de verde militar, los guardabarros tenían luces adicionales para aumentar la potencia de los faros delanteros y el grueso parachoques de hierro incluía un cabrestante con un cable metálico enrollado, y el gancho sujeto al chasis. Y cuatro bidones de gasolina insertados en receptáculos alrededor del cabestrante.

—No, combustible no te va a faltar —le dijo Dorothy al camión.

La parte superior de la cocina sobresalía de la cabina del camión, un espacio extra.

—Ahí arriba no se tiene que dormir mal —se dijo a sí misma y al vehículo. Se subió al estribo y echó un vistazo: ese olor a vehículo bien hecho, a gasolina, a tubo de escape, a asientos nuevos. Inmaculados. Incluía un asiento doble, un parabrisas dividido en dos secciones por una barra vertical, un volante enorme y cinco puñeteras palancas de cambio.

—Diablos, Irene, podría vivir en este camión. —Visiones de interminables periplos inundaron la mente de Dorothy. Mañanas en el Gran Cañón. Aparcando en alguna pradera rodeada de bisontes. Su versión secreta.

Ella dio un respingo cuando su amiga accionó la sirena y un bramido resonó en todo el pueblo. La bestia ocupaba el carril entero, desde el muro del jardín de su casa hasta casi la verja del cementerio de enfrente.

—Nunca había tenido un camión nuevo —dijo Dorothy suspirando —. Este granuja no necesita llaves. Solo hay que pulsar un botón y el motor se pone en marcha él solo.

—Es como un yatecito —dijo Irene, que estaba empezando a animarse también.

Unas breves palabras para darles las gracias. Nunca he estado tan asustado ni me he sentido tan solo como aquí. Pero ustedes, mis ángeles, me han traído de vuelta. Y aunque escribir no se me da bien, quería que lo supieran. Me casaría con cualquiera de ustedes, escríbanme e hincaré la rodilla.

Un caballero desde el infierno,

Smiley

El magnífico Rapid City fue recibido con gran alboroto en la base aérea. Todo el mundo quería tocarlo y acariciarlo. Los chicos se subían a los estribos a su paso y, cuando se detenía, abrían las puertas para inspeccionar su enorme motor Detroit. Dorothy les contaba a todos que el camión rompía los adoquines de la calle y que las ovejas salían espantadas al verlo. Consiguieron averiguar cómo se conectaba el tocadiscos a la batería y a la megafonía del techo. Y Benny Goodman les alegró la mañana.

—¡Es un bombardero de dónuts! —gritó alguien.

Un camión cisterna se acercó a ellos para llenar de agua todos los depósitos del camión, provocando que los amortiguadores chirriasen de forma casi inaudible. En el interior, las tazas y los platillos tintinearon suavemente sobre los estantes, como campanitas de plata.

—Nuestra propia cama móvil —exclamó Rose entusiasmada.

Su primer servicio fue como la seda, como si llevasen todo la vida en la cocina de aquel camión. Contoneos de caderas y flirteos provocadores, chicos que les daban cigarrillos y chocolatinas a cambio de sus propios cigarrillos y chocolatinas. Codazos accidentales. Besos lanzados al aire, insinuaciones atrevidas y un ramo improvisado de florecillas amarillas y azules de las resistentes plantas que medraban entre las pistas de aterrizaje. Al cabo de un rato, los jefes bajaron de la torre para «inspeccionar» el camión. Con los sombreros calados en un pícaro ángulo hollywoodiense, declinaron el café y los dónuts

mientras se daban palmaditas en su vientre plano.

—Míralos, qué presumidos, como si estuvieran delante de un espejo —susurró Dorothy.

Al final del día, las invitaron a unirse a un convoy que se dirigía a Cambridge. La idea era ir a una taberna que, según decían los chicos, era su base de operaciones. «La cosa se desmadra un poco, a lo mejor no quieren venir», les dijeron. Por supuesto, la advertencia solo sirvió para confirmar que ese era exactamente el lugar al que querían ir. Allí era donde los pilotos y soldados que regresaban de la batalla se reunían para bailar, gritar, charlar y darse puñetazos.

La parte de atrás del Rapid estaba hasta arriba de pilotos animados mientras Dorothy, al volante, seguía a los jeeps hasta la ciudad. Rose estaba sentada en el regazo de uno de ellos. Irene iba delante, en el asiento del copiloto, sujetándose con cada bache de la carretera. El garito de Cambridge era un sitio bullicioso y lleno de humo, tal y como lo habían descrito, y todo el mundo bailaba sin parar. Ella estaba pendiente por si aparecía su vaquero, pero no hubo suerte. No lo había visto desde el concurso de talentos. Rose se entregó con placer al baile, hasta el punto de que casi se mareó. De algún modo, Irene acabó sentada en el regazo de un bombardero. Dorothy iba de una mesa a otra diciendo:

—Vamos en ese mostrenco repartiendo café y dónuts en pleno combate.

Y los soldados ajumados meneaban la cabeza y decían:

—¿En serio?

El techo de yeso era famoso porque estaba lleno de firmas. Los pilotos y miembros de la tripulación llevaban un par de años grabando sus iniciales y nombres con la llama de los mecheros. Todos los soldados, salvo los que estaban demasiado beodos, se subían a alguna mesa y estampaban su rúbrica con la ayuda de un Zippo. Un nuevo estallido de júbilo llamó la atención de Dorothy. Allí estaba Irene, subida a la barra, de puntillas, rodeada de hombres serviciales que le sujetaban las piernas para evitar que se cayese. Pintalabios en ristre, se dispuso a dejar su huella para la historia. Las letras rojas formaron un par de líneas tambaleantes que semejaban las franjas rojas de la bandera estadounidense ondeando al viento: CRA RAPID CITY. DOT, IRENE Y LA TERCERA CHICA.

—Ahí está —dijo Dorothy—. Ya es oficial.

A la mañana siguiente, los artistas que pintaban los fuselajes de los bombarderos decoraron el Rapid con bonitos diseños bicolores. Pero sabían que no debían llamar «Dot» a Dorothy. Ese era un sobrenombre que solo Irene podía usar.

CRUZ ROJA AMERICANA
CLUBMOBILE RAPID CITY

Con

DOROTHY e IRENE

Colaboración especial de

LA TERCERA CHICA DEL CAMIÓN

Para cuando volvieron al trabajo, resacosas y doloridas, algún imbécil había escrito KILROY ESTUVO AQUÍ justo detrás de la cabina. Ni siquiera Dorothy pudo evitar sonreír un poco.

13

A finales de mayo, la actividad en la base de Glatton se había intensificado. Los aviones de combate entraban y salían como avispones, zumbando alrededor de la torre. Se contrató a personal de tierra adicional para atender a estos efectivos. También había más jeeps de oficiales. Incluso cuatro hombres nuevos de la OSS, con su traje negro, se encerraron en el complejo junto con los demás espías. El Cheyenne, que acudió desde Polebrook para echarles una mano, parecía un poco cochambroso al lado del flamante Rapid City.

Cuando los soldados del Red Ball Express llegaron y acercaron el camión de suministros a los Clubmobiles, el capitán Walker le preguntó a Irene:

—¿Ha visto al Manitas?

A ella le sorprendió la pregunta.

—No —respondió—. No está destinado aquí.

Aquel la miró un momento y luego dijo:

—Bueno, nunca se sabe. —Le guiñó un ojo, volvió a subir al camión y se dirigió a las puertas.

Los chicos, cuando reconocieron a Walker del concurso de talentos, prorrumpieron en gritos y aplausos, y este los saludó alzando el brazo.

El Clubmobile estuvo operativo casi las veinticuatro horas del día durante más de una semana y las mujeres ya no podían con su alma. Cuando Irene y Dorothy regresaban a casa, a menudo caían rendidas en la cama y se quedaban dormidas al instante, sin quitarse el uniforme siquiera.

Una cálida noche de principios de junio, entró en casa, se quitó los zapatos y abrió las puertas del balcón de par en par. Se tumbó en la colcha mientras escuchaba el sonido de los grillos, las ranas y los últimos aviones que llegaban por la noche. Entonces se oyeron como unos chirridos y unos golpes. Unos sonidos muy extraños. Y luego, un fuerte crujido.

Salió al balcón y se asomó. El Manitas estaba abajo con la guitarra en una mano y tirando guijarros a su ventana con la otra.

—¿Hans? —dijo ella—. ¿Pero qué está haciendo ahí?

Él dejó caer el resto de los guijarros y le dedicó una sonrisa desenfadada.

—Hola, señorita Irene. Tengo que ir a un sitio. Pero, antes de irme, quería dedicarle una serenata.

Dos operadores de cámara, atraídos por la algazara, aparecieron bebida en mano. Miraron primero al Manitas y luego, al alzar la cabeza, vieron a Irene en el balcón. Enseguida se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, así que brindaron por la pareja, volvieron a entrar en la casa y cerraron la puerta.

A Hans le costó la misma vida afinar la guitarra.

—¿Va a cantarme otra cochinada de esas? —preguntó Irene.

El Manitas se rio.

—No. Tengo que estar en pie a las tres cero cero, así que no podré verla —dijo—. Por eso he cogido una bicicleta y he venido ahora, porque he compuesto una melodía para usted. Todavía no tiene letra, pero necesitaba que la escuchara. Las cosas andan un poco revueltas y nunca se sabe. Quería dejarle esto.

Irene se apoyó en la barandilla y observó la luna estirando la sombra que Hans proyectaba sobre el suelo. El piloto empezó a tocar algo con cierto sabor español, clásico, nada que ella hubiese oído antes: una pieza lírica que, en su mente, subía y bajaba como si las notas fuesen mariposas. De pronto, sintió que le salían alas y dejó que su corazón se elevase. Cuando terminó, tenía los ojos arrasados en lágrimas. Era muy hermoso y lo había compuesto para ella. Por una vez en su vida, se quedó sin palabras.

Hans se echó la guitarra a la espalda. Miró a Irene y asintió con la cabeza.

—Espero que le haya gustado —dijo mientras iba a por la bicicleta.

—¡Espere! —gritó ella—. ¿Qué nombre le va a poner?

Hans se sentó en la bicicleta y sonrió.

—*La preciada perla* —dijo.

Irene se quedó en el balcón mirando al vacío hasta mucho después de que él se adentrase en la oscuridad.

Pronto se reveló el motivo de los recientes revuelos. La invasión del Día D. La jornada anterior, Glatton se había transformado en un torbellino explosivo. Nadie conocía los pormenores ni sabía exactamente lo que estaba por venir. Las misiones iban y venían sin tregua. Extraños grupos de hombres aparecían y desaparecían. Las radios estaban encendidas todo el tiempo. Los rumores no dejaban de proliferar y los oficiales no confirmaban nada.

Mucho antes del amanecer del 6 de junio, las mujeres estaban sirviendo café y rosquillas a pilotos y operarios. A las 4:30, la mayoría de los bombarderos habían emprendido el vuelo. Unas horas más

tarde, todos regresaron ilesos sin mucho que contar a las ansiosas chicas. Dijeron que estaba muy nublado cuando alcanzaron sus objetivos y que no vieron nada cuando dejaron caer las cargas explosivas. No tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo en tierra.

Pero, debido a la afluencia de soldados, cuya misión había sido de alto secreto, el personal de la Cruz Roja de Londres se vio desbordado. Necesitaban que alguna de las chicas del Rapid City de Glatton fuese a ayudar en el servicio de desayunos del Grosvenor. Las dos que se quedasen tendrían que hacer frente solas al exorbitado aumento de tripulantes de vuelo y aviones. Sería un arreglo temporal, unos cuantos días hasta que una nueva remesa de voluntarias de la Cruz Roja llegase del otro lado del charco.

En las últimas semanas, Rose había trabado amistad con Rusty Penney, cuyo acento de Tennessee combinaba extraña y embriagadoramente bien con el suyo inglés. Dorothy, por su parte, contra todo pronóstico, había empezado a quedar con Smitty, el amigo bajito del Manitas que conocieron en Londres, el artillero de la torreta esférica que arrasó con su imitación de Hitler. En realidad, la chica estaba más interesada en pilotar el nuevo Clubmobile que en él. Pero le producía cierta curiosidad el hecho de estar con un hombre al que podía coger en brazos y llevar de un lado a otro.

Ni ella ni Rose querían volver al comedor de oficiales de Londres. Lo que Dorothy deseaba era llegar a Francia, no servir desayunos en el Grosvenor. «Necesito que esta maravilla salga a la carretera», solía decir. En cuanto a Rose, a pesar de haberse encariñado con Rusty, en el fondo deseaba volver a su unidad en la Cruz Roja Británica.

Irene supo de inmediato que iba a ser ella la que iría a Londres. Pero se sentía contrariada por tener que dejar su bosque. Corría el rumor de que pronto tendrían que irse. Se preguntaba si volvería a ver Glatton o Conington. Pero el gran hotel de la capital tenía reservada una habitación para ella. Como premio de consolación no estaba mal. Tal vez, después de todo, era eso lo que necesitaba: lujo. Un toque de sofisticación. Camareros sirviéndole cócteles. Bañeras de porcelana y ropa de cama de primera calidad. Servicio de habitaciones. Empezó a animarse. A veces una tenía que sacrificarse por la causa.

En Londres, un taxi negro la recogió en la estación de Saint Pancras y la dejó en el hotel Grosvenor House. Irene no llevaba puesto el uniforme, solo pantalones y una blusa blanca, un pañuelo de seda y sus queridas tramposas ocultándole los ojos. Era un luminoso día de junio. Los árboles de la calle tenían un aspecto sedoso, como si estuviesen recubiertos de plumas verdes. Los soldados y los camiones militares abarrotaban las calles. Los aviones zumbaban en el cielo. La

urbe bullía de actividad.

El caballero que custodiaba la puerta, engalanado con su librea, le dijo:

—Un placer tenerla de vuelta, señorita.

Mientras franqueaba la entrada, a Irene le pareció oír en su imaginación una pieza musical, algo de Count Basie y su orquesta, quizá. Algo animado. Aparte de los uniformes, no había ni rastro de guerra en el vestíbulo. Mantuvo la mirada alejada de las puertas dobles del gran salón. Servir la cena no estaba en sus planes. Con el desayuno de mañana tendría de sobra.

Cerró los ojos en el ascensor y respiró el aire perfumado. El pasillo estaba enmoquetado, de los jarrones que adornaban las mesitas brotaban flores hermosas. Su habitación era todo lo que deseaba de la vida. El papel pintado de las paredes era de un tono blanco nacarado. Las cortinas, de un malva relajante. La cama extragrande contaba con numerosas almohadas. La bañera era muy confortable. Abrió el grifo de agua caliente. Era muy profunda, igual hasta se mantenía a flote.

Después de remojarse, envuelta en su albornoz níveo, Irene se desplomó en la cama y siguió leyendo su volumen robado de John Clare. Ya era tarde. Pidió el *Times* de Londres y una cena a base de bistec poco hecho y verduras, una taza de crema de tomate, una patata asada, una botella de vino tinto y una pequeña petaca de brandi. Y tarta de manzana con helado de vainilla francesa. «No pasa nada si cojo unos kilitos y me pongo un poco piripi», se dijo a sí misma. Posiblemente en voz alta.

En la radio, Churchill elogiaba el éxito de la invasión de Normandía.

Era 13 de junio. Los aliados llevaban una semana en tierra firme. Todo el mundo estaba en alerta. Londres al completo miraba al cielo en busca de posibles represalias.

La primera V1 sobrevoló el tejado del hotel mientras Irene estaba tumbada en la bañera, entre nubes de vapor, con su copa de vino apoyada en el borde, mirando por la ventanita de lo alto. El torpedo que cruzó el cielo era tan raro que ni siquiera sabía lo que era. La simple visión de aquello la inundó de terror. Parecía venir de otro planeta o del futuro. Podría haber sido un tiburón volador.

Lo había oído antes de verlo. Un sonido extraño, como el motor gripado de un coche viejo. Y un rugido después que se fue haciendo más fuerte. Entonces una bandada de palomas irrumpió en el tejado; la «bomba zumbadora» parecía ir tras ellas. Irene dio un grito y se puso a dar patadas, llenando el suelo de salpicaduras de agua. La

bomba tenía forma de tiburón gris, con una especie de estructura sobre la parte trasera; parecía una bazuca barrigona y soltaba bocanadas de humo negro y un cono alargado de llamas anaranjadas; habría jurado que llovían chispas de los conductos de ventilación. La cola de la nave exhibía una esvástica.

Irene se levantó desnuda de la bañera y las burbujas de jabón le bajaron por la espalda y las piernas. Siguió mirando por la ventana. Era profundamente consciente de la debilidad de su carne mientras aquel monstruo de hierro rugía en el cielo. Y entonces el motor fue perdiendo fuerza hasta quedarse en silencio. Una última bocanada de humo salió de la cola y el misil planeó unos cuantos metros más y cayó. A varias manzanas de distancia. En picado. No con rapidez, sino como podría caer una piedra o un tronco por un acantilado.

Desapareció tras las hileras de casas que se extendían más allá del hotel. Cuando tuvo lugar la explosión, la ventana se rompió y estalló un trueno, e Irene se metió de nuevo en el agua de la bañera, que salpicó por encima del borde y se derramó por el suelo. Una mujer gritó en otra habitación y las sirenas antiaéreas comenzaron a sonar.

—Estoy completamente sola —dijo su voz.

El humo incandescente velaba el trocito de cielo que se veía desde la ventana. Luego, una especie de llamarada grasienta surgió de entre la humareda. Irene no sabía qué hacer. ¿Iban a caer más bombas? ¿Tenían un objetivo? ¿El palacio real? ¿El hotel?

Golpes en la puerta de su habitación. Era el sargento Milburn.

—¡Bombas! ¡Vamos, Woodward! ¡Le han dado al club de soldados rasos! ¡Tenemos que darnos prisa! —El sargento enfiló el pasillo dando gritos a cada paso.

El hechizo se rompió: a Irene no le dio tiempo a pensar en nada. Salió corriendo del agua, se secó muy rápidamente y lanzó las toallas al suelo mientras buscaba el uniforme en el armario. Se puso los pantalones y buscó a tientas una blusa blanca. Primero pensó en ponerse sujetador; luego cogió la chaqueta, pero se olvidó de la gorra. Se calzó los zapatos con los pies desnudos y salió al pasillo, donde se encontró con el resto de los huéspedes, que corrían como locos hacia las escaleras. Fuera, en la calle, unos soldados británicos la metieron en su camión y se apresuraron a atravesar el caos.

—¡Grove Road! —le gritaron al conductor—. ¡Mile End! ¡En el centro!

Había camiones de bomberos junto al desastre. Un humo fétido se extendía en todas direcciones a medida que se acercaban al lugar de la explosión. La columna de oscuridad y fuego se hallaba a una manzana de ellos. Entonces, el vehículo se detuvo. Los soldados se apearon de

un salto. Irene los siguió, abriéndose paso entre la multitud. El estruendo de las sirenas era ensordecedor. La gente se guarecía en las bocas del metro por si caían más bombas. El mundo entero parecía indefenso ante la caída del metal. Ella se percató por primera vez de la fragilidad de su cuerpo, que le pareció relleno de gasa fina. Mientras corría hacia el fuego, el pelo mojado aún le formaba riachuelos en la espalda.

El olor de la destrucción era nauseabundo. Y, escondido en él, el hedor a carne quemada. Se oían cláxones lejanos mientras los bomberos acudían al lugar del desastre. Tras doblar una esquina, Irene se encontró con un montón de coches volcados, los neumáticos ardiendo. Los adoquines del callejón estaban cubiertos de cristales y había un carruaje en llamas y un caballo muerto con las entrañas desparramadas por el suelo. La sangre del animal caía por la alcantarilla.

Lo veía todo como en ráfagas. Era incapaz de recuperar el aliento. Lo que al principio le pareció un fardo de trapos rojos bajo el carruaje, resultó ser el repartidor hecho pedazos. Había partes de él debajo del vehículo y por toda la calle. Qué raro, pensó Irene, que pudiera estar en dos sitios a la vez. Estaba rodeada de humo, sentía que se ahogaba, no veía nada, y de pronto recordó el entrenamiento con las máscaras antigás, que parecía haber ocurrido hacía años. Pero ahora no tenía máscara.

—¿A quién puedo ayudar? —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

Un ruido la sobresaltó. Los bomberos pasaron junto a ella y desaparecieron entre el humo. Parte de un edificio se vino abajo. Irene se apartó y salió corriendo mientras los ladrillos se precipitaban a sus pies, expulsando una especie de polvo rojo y astillas que le rasgaban los tobillos. Oyó un chillido terrible y se frotó los ojos. Una pequeña sombra se deslindó de entre el humo gris, negro y marrón. Un gato quemado se arrastraba hacia ella pidiendo ayuda. Se tapó los oídos con las manos y siguió corriendo.

No tenía tiempo de ocuparse de él. Había un soldado herido delante de ella. Se estaba enjugando la frente con las manos, como si estuviese rezando, sudando sangre. Estaba de rodillas. Irene se agachó a su lado, se arrancó un jirón de las faldas de la blusa y le vendó la cabeza. Él tenía el uniforme destrozado, humeante. Su rostro era un mosaico de fragmentos de cristal clavados en un campo rojo. El pelo se le había chamuscado hasta convertirse en pequeñas plumas cenicientas, que también desprendían humo. Su aspecto resultaba aterradoramente fascinante.

—¿Qué hago? —preguntaba ella una y otra vez—. ¿Qué hago?

—Gracias, señorita —dijo el soldado. Pero el hombre estaba en otra parte. Se sentó en el bordillo.

—No se muera, grandullón.

—Estoy bien —murmuró—. Solo necesito… estirarme…

Aquello era demasiado. La superaba. Irene se levantó y se apartó un par de pasos. Las manos le temblaban con violencia.

El soldado tragó una bocanada de aire, cual pez varado en un muelle.

—La chica de las flores —dijo.

—¿Qué?

—La chica. Estaba hablando con ella. Iba andando por ahí. La más bonita que he visto jamás. Por ahí.

—¿Cómo?

—Por ahí. Con flores en los brazos. Dijo que vendía… flores. Saltó… por los aires. Ayúdela. —Cerró los ojos. Una burbuja roja se le formó en los labios y se expandió hasta reventar. Otra comenzó a inflarse y explotó también—. Se fue por allí. —Abrió los ojos, se apoyó en una farola, se metió las manos en los bolsillos y cruzó los tobillos —. Creo que estaba esperando el autobús —dijo y los ojos volvieron a cerrársele.

El soldado no dijo nada más; Irene no sabía si estaba muerto o inconsciente. El ruido a su alrededor era tan intenso —tantos soldados británicos y estadounidenses y policías y gente mirando y bomberos y voces y el crepitar del fuego— que le pareció estar sorda. Pese a todo, caminó hacia los restos humeantes.

—¿Hay alguna chica? —gritó. ¿Qué se suponía que tenía que decir? —. ¡Chica de las flores!

El olor a quemado le escocía los ojos y la hacía toser flema. Una tubería rota lanzaba géiseres festivos y refrescantes al aire. El agua la empapó, la cegó. La blusa se le pegaba a la piel. Se dio cuenta de que tenía sed y abrió la boca para beber un trago. Sabía a ceniza. Al alejarse del géiser, los pies se le hundieron entre objetos blandos que no quiso mirar.

Dejó atrás el bloque de almacenes derruido y siguió gritando:

—¡Chica de las flores! ¡Florista! Si me oye, ¡venga hacia la voz!

Y de repente una sombra se movió delante de ella.

Justo entonces oyó una voz masculina detrás. Era estadounidense. ¿La había llamado por su nombre? Por un momento tuvo la impresión de que su tío Will había ido a buscarla. Luego, la voz fue silenciada por el estruendo.

Irene no se consideraba a sí misma una mujer valiente, por mucho que estuviera entre los destrozos de un bombardeo. Simplemente

estaba allí. Y le daba miedo el espectro que se movía de forma extraña entre la humareda. Aun así, dio un paso adelante.

—Aquí —gritó—. Siga mi voz.

Se sentía embriagada, todo le resultaba confuso. Aquella sombra entre la humareda, por ejemplo. Tenía que ser un espectro. Algún fantasma de *Cuento de Navidad,* seguro. Después de todo, estaba nevando. Nieve gris. No, no nieve, ceniza. La estaba dejando medio ciega.

El fantasma avanzaba arrastrando los pies y el hombre que estaba detrás de Irene se acercó corriendo y entonces ambos empezaron a gritar. No, el fantasma no gritaba, se lamentaba. Cuando una ráfaga de viento disipó el humo, ella dejó de respirar y de moverse, e intentó no ver lo que estaba viendo: una mujer despedazada, con los ojos vacíos, los labios negros y la boca abierta, lanzando bucles de horror al aire. En una mano sostenía la otra, como si ella misma se estuviese llevando de excursión al museo; el resto del brazo estaba colgando, el muñón rozaba los ladrillos del suelo, dejando una larga estela roja. Las flores estaban pegadas a las piernas, fijadas con sangre.

—Ayúdeme —dijo la mujer y cayó boca abajo.

Tenía una oquedad en la parte posterior de la cabeza y murió al instante, como si su cuerpo solo hubiese precisado un momento de descanso para abandonar la fatigosa lucha.

Irene se arrodilló y tocó a la chica de las flores. Su quietud era horrible, de una densidad sólida. Tenía trozos de flores en el pelo. Pétalos dentro del cráneo. El brazo amputado yacía solo, abandonado. Ella supuso que tal vez alguien lo querría. Debía de haber algún servicio que recogiese miembros para reimplantarlos, pensó. Algún tipo de registro. Lo asió contra su pecho y se puso de pie. Los miembros eran demasiado importantes para tirarlos a la basura. En uno de los dedos llevaba un anillo fino dorado con una piedra verde. La mano desprendía calor. Era dúctil. Como si sintiese el mundo con independencia del cuerpo que había dejado atrás. Irene temió que se cerrase sobre sus propios dedos y los apretase.

Entonces oyó unas pisadas en el callejón, las botas del hombre que gritaba detrás de ella. Este la cogió y la rodeó entre los brazos. Dos. Brazos completos.

—Señorita Irene —dijo; ella intentó zafarse—. Soy yo.

Se giró y vio el rostro de su piloto.

—¿Hans?

—Sí, soy yo.

—¿Cómo?

—Tranquila, estoy aquí —dijo—. No pasa nada. Vamos a dejar eso

en el suelo. Aquí no le pasará nada. Vamos. Voy a ayudarla. —Cogió el miembro con cuidado y lo dejó sobre los adoquines—. No se preocupe por nada. —Le rodeó la cintura con un brazo y la llevó fuera del área de la explosión—. El Día D ya ha pasado. Esto son los últimos coletazos. Ya verá.

—Es usted —dijo ella.

—Soy yo, eso es. Déjeme ayudarla, señorita Irene. He vivido muchas cosas como esta. Vamos a salir de aquí, dejemos que los equipos de rescate se encarguen —dijo y la acompañó calle abajo.

Irene no recordaba cómo habían vuelto al vestíbulo del hotel. Él no dejó de rodearla con el brazo mientras caminaban. Fue bastante embarazoso. El personal se quedó en silencio cuando los vio entrar.

—Una botella de gintonic y limas —pidió Hans mientras la dirigía al ascensor—. ¿Qué planta? Irene, ¿qué planta?

—Quinta.

—Deme la llave. La llave. Gracias.

Cuando llegaron a dicha planta, la ayudó a entrar en la habitación y la condujo a la cama.

—Estoy bien —protestó Irene—. En serio, estoy bien.

—Claro que sí —respondió. Él no alzaba la voz, le hablaba como si fuese un caballo asustadizo.

Hans se sentó a los pies de la cama, le quitó los zapatos sucios y los tiró a un rincón. Tenía sangre en los tobillos desnudos. La piel, embadurnada de cenizas. Los pies le olían a cuero mojado y a humo. Trajo un paño húmedo del cuarto de baño y le limpió las piernas. Ella lo observaba desapasionadamente. Luego le cubrió las piernas con la mantita que había en el sofá, junto a la ventana.

—¿Había visto antes algo parecido? —preguntó Irene.

—Me temo que sí.

—¿Y no le afecta? —Hans miró al suelo y se encogió de hombros, cosa que la enojó. Ahora todo le producía enojo—. Maldita sea —exclamó—. ¡Diga algo!

Por fortuna, alguien llamó con suavidad a la puerta. Él fue a atenderla, cogió el carrito de los licores y lo metió en la habitación.

—Es que… —dijo Irene y empezó a temblar de forma incontrolada —. Lo siento mucho. No sé qué me pasa.

Hans no se acercó. Ella agradeció que no intentase abrazarla ni consolarla.

—Es normal —repuso él—. Se lo prometo. —Fue hasta la cama y la miró—. No se preocupe.

—Tengo que levantarme —dijo ella, estremeciéndose—. Necesito

lavarme esto.

—¿Confía en mí?

—Ni siquiera lo conozco.

—¿Pero confía en mí?

Irene no dejaba de temblar, como si padeciese alguna enfermedad grave.

—¿Debería?

—Ahora mismo, sí. —Le tendió la mano para ayudarla a incorporarse y la llevó al cuarto de baño, sosteniéndola mientras caminaba. La sentó en el váter y luego fue a la bañera, que estaba llena de agua hasta la mitad, y abrió el grifo.

—No creerá que… —empezó a decir ella.

—No voy a bañarme con usted —repuso él. Vertió en el agua el contenido de una jarra de lavanda para que hiciese espuma—. Nadie va a ver nada —prometió—. Tengo tres hermanas. —Introdujo la mano para comprobar la temperatura—. ¿Puede meterse sola?

—No estoy inválida.

—Si hace falta que la ayude, no tengo inconveniente.

—Ni lo sueñe.

Hans cerró la puerta, pero dejó una rendija abierta por si Irene necesitaba algo. Mezcló las bebidas, cogió los vasos helados y cubiertos de gotitas, los llevó hasta la puerta y se apoyó en la pared, sin mirar a través de la abertura. Bueno, al menos no más allá de los pies de ella, que sobresalían junto al grifo.

—¿Necesita que le enjabone la espalda?

—Ni remotamente.

Irene se había inclinado hacia delante y Hans solo veía su espalda brillante. Y sus omóplatos. Y su pelo oscuro. Estaba abrazándose a sí misma, los dedos de las manos sobre los hombros.

—Le he traído una copa.

—Déjela en la puerta —respondió.

—De acuerdo. —Hans se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—Gracias —dijo ella.

—Ya verá como se le pasa.

—Ah, ¿sí?

—Irene, no soy muy listo, así que no voy a darle ningún consejo. Pero me he visto en más de un aprieto. Y lo que me digo a mí mismo es: «Has salido de esta. Tienes un día más por delante. Así que has ganado». —Ella se hundió en las burbujas—. Tampoco quiero mentirle —prosiguió Hans—: Cuando más tranquilo estás es cuando te viene todo encima. Por eso intento mantenerme siempre ocupado. Pero ustedes, las chicas, tienen algo a su favor que nosotros no tenemos.

Siempre pueden volver a casa.

—No pienso tirar la toalla.

—Lo sé.

—Ha sido tan…

—Ya. —Se puso de pie—. ¿Estará bien si salgo un minuto? —La oyó girar el grifo y dejar correr el agua. Chirrió cuando lo cerró de nuevo. El agua se movió. Oyó como algunas gotas caían al suelo—. Vuelvo enseguida —prosiguió Hans—. Tengo que ir a buscar una cosa. —Cerró la puerta y salió a toda prisa de la habitación.

Cuando regresó, la oscuridad se había instalado por completo tras las ventanas. El silencio reinaba en la habitación, salvo por el suave chapoteo del agua contra los bordes de la bañera cada vez que Irene se movía. Se sentó con las piernas cruzadas frente a la puerta del baño. La rendija era lo bastante grande como para dejar pasar un haz de luz estrecho y un poco de vapor, el aroma del agua perfumada.

Había ido a su habitación a por la guitarra. Una Gibson J45 de gama alta con rosas incrustadas en el mástil. Empezó a tocar un acorde abierto y oyó que Irene se incorporaba en la bañera.

—¿Vaquero? —preguntó.

—Le he traído una serenata a la chica de la ciudad. —Comenzó a tocar suavemente un compás de tres cuartos—. Una canción de Huddie Ledbetter —continuó—. La acabo de reescribir. —Y empezó a cantar:

> *Irene, good night.*
> *Irene, good night.*
> *Good night, Irene, good night, Irene.*
> *I'll see you in my dreams.*[7]

La última línea fue casi un susurro.

No había oído nunca la canción de esa manera. La voz de Hans la calmó. Ella cerró los ojos.

—Otra vez —dijo Irene cuando terminó.

Y él volvió a cantarla.

Mientras repetía varios acordes para alargar la melodía, la oyó levantarse de la bañera. La puerta se abrió. Estaba de pie, envuelta en una toalla. El agua le goteaba del pelo y de las rodillas. Se quedó allí, mirándolo fijamente. Temblando, pero esta vez por la corriente, no a causa del terror.

Se acercó, apartó la guitarra y se aovilló en su regazo, de lado.

Hans acabó empapado al momento, pero no le importó. Sintió el pelo frío y resbaladizo de Irene bajo la barbilla.

—Tranquila, estoy aquí —dijo.

—Abráceme un momento.

Debieron de dormir así, recostados contra un lateral de la cama, entrelazados. Se despertaron juntos y se miraron largo rato en la penumbra.

De vuelta en Glatton, Irene les contó a Dorothy y a Rose todo lo que recordaba sobre el bombardeo, incluida la parte en la que Hans la rescató, pero se negó a darles más detalles y las chicas enloquecieron. Aquella serenata sería solo suya. Para siempre.

De todos modos, apenas había tiempo para contar nada. Ocurrían tantas cosas y con tanta rapidez que ni se dieron cuenta de que había pasado una semana, y luego otra más. Ni siquiera pudieron despedirse de la querida Rose, que al fin consiguió cumplir su deseo y reencontrarse con su unidad de la Cruz Roja Británica.

Pocas semanas después del regreso de Irene a Glatton, el Rapid City y su tripulación fueron enviados a Southampton, donde deberían tomar un barco con destino a la playa de Utah.

Mientras atravesaban las puertas de la base aérea a bordo del Rapid, los mecánicos y el personal de tierra formaron una guardia de honor y gritaron:

—¡Buena suerte, nenas!

—¡No nos llamen «nenas»! —replicaron las mujeres al unísono. Dorothy tocó la bocina de aire ante los vítores de los hombres.

A su llegada a Southampton, fletaron el Rapid City en un mastodóntico LST y ellas embarcaron en el buque abarrotado donde viajaban las tropas. Al acercarse a la costa francesa, los marineros dejaron caer redes de cuerda gruesa por uno de los costados de la embarcación. Las mujeres se pusieron sendos cascos militares, treparon por la barandilla y bajaron como pudieron por la red de carga. Irene no dejaba de chocarse con el casco por culpa de los vaivenes. Debajo, el buque LST —cuyo tamaño y lentitud lo convertían en un blanco fácil— descargaba los camiones y los Clubmobiles. Aunque la costa de Normandía ya no era zona de combate, sobre aquellas aguas seguían elevándose coronas de humo. Aviones que parecían cuervos surcaban el cielo. Enormes máquinas militares barrían la arena.

Irene estaba segura de que iban a morir todos. Rezaba con fervor: «Bendígame, padre, porque he pecado». Pero su mente reprimía esa parte de la oración y se negaba a ofrecer más datos, ni a Dios ni a Dorothy; solo repetía esas cinco palabras una y otra vez.

Los cazas tronaban por encima de ellas. Tal vez el Manitas

estuviese viéndolas desde arriba en ese momento. No había forma de saberlo. Pero Irene no iba a perder el tiempo preocupándose por eso ahora. Ni siquiera después de la noche en Londres iba a admitir su creciente interés por el piloto. Le quedaban tres metros para llegar a la cubierta del LST. Los camiones temblaban y crujían, las tazas y los platillos traqueteaban en el interior de los Clubmobiles.

—¡Salta! —gritó Dorothy.

Una vez en la cubierta, si dirigieron al Rapid City, se agarraron a los laterales de la cabina y se subieron a bordo. Los enormes motores diésel del buque se pusieron en marcha y emprendieron el camino hasta la orilla. Era como conducir sobre el agua. El Rapid City no paraba de dar sacudidas, los muelles chirriaban sin cesar. A Irene se le agitaban los labios al compás.

Sonó un silbato y todos los camiones de alrededor arrancaron el motor. Dorothy encendió también el del Rapid. El vehículo se estremeció. Entre las olas rompientes, la enorme plataforma delantera del buque descendió hasta crear una rampa; los hombres del muelle tocaban los silbatos, agitaban las manos y gritaban:

—¡Vamos, muevan el culo!

Dorothy consiguió meter la primera marcha y el camión dio una especie de patada de mula y llegaron a la rampa. Luego tuvieron que vadear un tramo de orilla hasta alcanzar tierra firme. El agua les llegó hasta el guardabarros. Por alguna razón, había naranjas podridas flotando. Ante ellas se extendía la devastada playa de Utah.

---

7 «Irene, buenas noches. / Irene, buenas noches. / Buenas noches, Irene, buenas noches, Irene. / Te veré en mis sueños.» El último verso es el único que difiere con respecto al tema original, el cual dice: *I guess you're in my dreams*, «Supongo que estás en mis sueños». *(N. del T.)*

SEGUNDA PARTE
Carisma con patas

14

Mi anterior vida había terminado.

Había pasado un mes desde el Día D y el mando había despejado al fin la playa de Utah y autorizado el desembarco de vehículos de auxilio. Tras llegar allí, la tripulación del Rapid City recibió la orden de dirigirse a la zona de tránsito, situada a ocho kilómetros, para pasar la noche. Era su primera experiencia conduciendo el camión a través de una zona literalmente de guerra. Los impacientes soldados les hacían señas para que avanzasen, gritando: «¡Vamos, vamos, vamos!», y se sentían harto expuestas mientras Dorothy hacía lo posible por atravesar el arenal y llegar a la pista de tierra que ascendía hasta los acantilados. De cuando en cuando les llegaba el eco de disparos procedentes de las colinas.

La cima estaba flanqueada por dos nidos de ametralladoras construidos con sacos terreros, uno a cada lado de la carretera. Los soldados, atentos a la presencia de posibles francotiradores, las saludaron con la mano y les lanzaron piropos, pero las mujeres estaban demasiado nerviosas para corresponder y confiaron en que sus dientes apretados pasaran por una sonrisa. El ruido, el caos, el constante tránsito de aviones…, todos sus sentidos estaban bajo asedio. No sabían si era el miedo o el calor lo que las hacía sudar.

Un sargento les hizo señas para que se detuviesen cerca de un puesto de mando rodeado de sacos terreros y camuflado mediante redes.

—Sigan a esos camiones de suministros —dijo, señalando los vehículos—. Las están esperando. ¡Y pónganse los putos cascos!

Por primera vez, Irene y Dorothy comprendieron lo que significaba estar bajo fuego. Ambas echaron mano de los cascos, que estaban bajo los asientos, y se los abrocharon debidamente. La carretera estaba en mal estado, había cráteres en los campos colindantes. Vieron camiones derribados, edificios en ruinas, árboles quemados y, a lo lejos, tierras de labranza aún humeantes. Dos cazas sobrevolaron la zona a toda velocidad; se dirigían a las colinas bajas del norte y, a su paso, dispararon ráfagas de ametralladora contra los árboles.

Ir detrás de aquellos camiones premiosos era una tortura para Dorothy, que no deseaba otra cosa que pisar el acelerador a fondo y

salir de allí cuanto antes. Iban a paso de tortuga, totalmente vulnerables a todo tipo de peligros.

—A esto es a lo que hemos venido, Dottie —dijo Irene en voz baja.

—Ya —convino la otra—. Ahora es cuando les demostramos de qué pasta estamos hechas. Podemos hacerlo.

Aquellos ocho kilómetros les parecieron ochenta.

Al amanecer del día siguiente, se unieron al Octavo Cuerpo del Ejército, emplazado en MontmartinsurMer, una pequeña población de Bretaña, península situada al suroeste de Normandía. El Rapid City formaba parte de un conjunto de ocho Clubmobiles —el Cheyenne, el Annapolis, el Albany, el Boise, el Atlanta, el Empire State y el Wolverine— asignados al grupo F. Los camiones iban y venían de las divisiones adscritas al Octavo Cuerpo (los batallones 5.º, 27.º y 29.º de los Rangers), así como del hospital de campaña y de las fuerzas de reemplazo en Bretaña.

Establecieron un horario de veinticuatro horas para garantizar el suministro; siempre había café y dónuts disponibles, y algún chascarrillo a mano, una sonrisa para todo aquel que la necesitase. Por agotadas que estuvieran, las chicas sabían que su trabajo consistía en estar allí siempre que un soldado echase de menos su hogar.

«Pase lo que pase, no queremos ser las cabronas que les quitemos la esperanza», dijo Dorothy una noche, reunidas en torno a una botella de ginebra robada.

No había tiempo para fijarse en los campos dorados por el sol, en las iglesias de piedra, en las callejuelas empedradas… Todo les daba igual. Incluso Irene dejó aparcado su cuaderno de bocetos. El agradecimiento que mostraban los chicos por la atención y el cuidado que recibían les resultaba enormemente conmovedor y gratificante. Las mujeres ya no tenían espacio en la mente para otra cosa que no fuese atenderlos.

A menudo dormían debajo de los camiones o dentro de ellos, y, en ocasiones, también encima. A veces pernoctaban en alguna casa abandonada o en un hotel, donde dormían en camas de verdad e incluso se permitían el lujo de darse un baño. Al margen del lugar donde estacionasen los Clubmobiles, los soldados siempre las ayudaban a llevar agua o a cavar una zanja para la letrina. A veces, los soldados las invitaban a dormir en sus búnkeres de sacos de arena. Las noches en que se reunían con un grupo de ellos en torno a una fogata improvisada, canturreando canciones y contando historias al abrigo de algún licor, eran especialmente bellas.

Así transcurrió el resto de julio y en agosto las trasladaron a la

ciudad de Morlaix, donde la Cruz Roja prestaba servicio a las tropas encargadas de liberar la ciudad portuaria de Brest, en el extremo occidental de la región de Bretaña. El cuartel general se ubicaba en un edificio viejo que el enemigo había abandonado. Las paredes estaban cubiertas de pintadas en alemán que nadie entendía. Una esvástica sinuosa ocupaba una de las rugosas paredes.

Irene y Dorothy recibieron la orden de estacionar el Rapid City en lo alto de una colina, junto a unos setos. Se sintieron como platos de arcilla en una competición de tiro al vuelo. A través del sistema de megafonía, ella ponía discos para los soldados. Los bombarderos sobrevolaban la zona día y noche, y los cazas alrededor como avispas.

Morlaix era una ciudad antigua de calles adoquinadas situada a orillas de una ría. Incluso ahora, la bahía estaba abarrotada de barcos de pesca viejos. Pero lo que más le gustaba a Irene era el alto viaducto que cruzaba todo el valle sobre el que se asentaba la localidad.

Las chicas llevaban uniforme y casco, igual que los hombres. Si se acordaban, se ponían también un delantal blanco hasta las rodillas y así evitaban mancharse de harina. Se les permitía una cantimplora de agua al día para hacer la colada. La usaban para lavar la ropa interior. Si les sobraba algo, la echaban en el casco y se aseaban.

—Partes íntimas, sobaquillos y listo —dijo Dorothy.

—Ya le cogeré el truco —dijo Irene—, pero aún me cuesta meter las rodillas en el casco.

Su amiga le dio una palmadita en la espalda. Seguían haciendo bromas. Por qué no.

El Cheyenne estaba aparcado al lado y Jill vio un arroyo cristalino al pie de la colina y les sugirió darse un baño allí.

Irene señaló hacia un grupo de soldados que estaban jugando al béisbol, cerca del arroyo.

—No me gustaría provocar una revuelta —dijo.

—Cariño, no estás de tan buen ver —repuso aquella.

—Para esos golfos —intervino Dorothy— hasta mi abuela estaría de buen ver.

Poco después, esta se enteró por casualidad de que las iban a llevar al hospital de evacuación 102. Parecía una acción muy noble: abandonar sus quehaceres habituales para animar a aquellos chicos heridos que estaban a punto de volver a Inglaterra o a casa. Pero lo que realmente las atraía de la misión era que las enfermeras, según habían oído, podían ducharse con agua caliente. Llevaban ocho días sin bañarse en condiciones y olían igual de mal que los hombres. Decidieron adelantarse al convoy con la esperanza de que hubiese suficiente agua caliente y darse una buena ducha.

—Si alguien pregunta, nos inventamos algo —dijo Dorothy—. Que nos estamos quedando sin algún ingrediente o algo, ¿vale?

En cuanto los camiones entraron al recinto del hospital, un tropel de soldados se abalanzó sobre ellas, chillando, excitados como monos. Las chicas pagaron doblemente el pecado de codiciar una ducha: primero, atendiendo a la desaforada cuadrilla, y, luego, enfrentándose a una peligrosa conducción nocturna durante la vuelta. Pero, entre medias, el jabón, el agua caliente y el champú fueron una gran recompensa; les pareció estar viviendo el mejor momento de su vida. Irene se quedó atónita al ver el agua sucia que caía en cascada de su cuerpo y se arremolinaba en el desagüe. Parecía chocolate caliente. Cuando salió de la ducha, empapada, Dorothy estaba al lado, desnuda.

—Anda —dijo ella.

—Eso digo yo, ¡anda!

—Supongo que ya no queda ningún secreto entre nosotras.

—Bueno, todavía tengo un par de ellos —dijo la otra.

Irene cogió una toalla.

—Yo también.

—No preguntaré si tú no preguntas.

—Trato hecho.

Se secaron enérgicamente hasta que su piel se tornó rosa y se cepillaron el pelo con peines enormes en un feliz silencio.

En septiembre recibieron la orden de proceder al despliegue del destacamento. El Tercer Ejército, liderado por Patton, estaba en camino para sacar el máximo partido a la liberación de París por De Gaulle. Desde allí, el general pretendía hostigar a los alemanes hasta Bélgica. Los Clubmobiles de Bretaña acompañarían al convoy; dejarían la retaguardia para estar a disposición de las tropas de primera línea. Eso era exactamente lo que el Cuerpo de Clubmobiles —o al menos Dorothy— deseaba: por fin estaban a punto de pasar a la acción.

Una vez que las mujeres llegaron al continente europeo —esa tierra antigua, ensangrentada—, todo se transformó. En primer lugar, desapareció todo vestigio de decoro y educación. No se ofendían con facilidad, y menos entre ellas. No se sentían incómodas. Se juzgaban a sí mismas y entre sí por su capacidad de mantener el aplomo en medio de aquel desbarajuste. Se preguntaban si les asignarían otra tercera chica, aunque ellas dos solas se habían convertido en una máquina perfecta de hacer dónuts y café. Era trabajo extra, claro, pero una persona menos con la que lidiar. No les gustaba la idea de tener que instruir a alguna pobre víctima en los usos y costumbres de su camión.

La guerra olía mal. Ellas olían mal. Los soldados olían mal. El

interior de los tanques olía rematadamente mal. Los civiles olían mal. Los muertos olían mal. La misteriosa carne de las raciones olía mal. El barro, las ruinas, los cráteres de los proyectiles, las trincheras, las letrinas y la basura quemada olían mal. Incluso el olor de los dónuts era desagradable. Pero era mejor que las aguas residuales que parecían inundar todos los campamentos.

«Avanzamos como una manada de tortugas», escribió Irene en su cuaderno. Aunque a veces eran liebres, corriendo por aquellas carreteras ruinosas, dejando a su paso una tormenta de polvo y barro. En los últimos dos meses habían visto tiroteos y refugiados, contiendas e iglesias devastadas, animales de granja masacrados. Mujeres con la cabeza rapada —colaboradoras— arrodilladas en la plaza del pueblo, siendo apaleadas bajo una lluvia de coles podridas. Habían visto restos de cuerpos humanos abandonados en la tierra; algunos, los que llevaban más tiempo, no eran más que un montón de harapos y cenizas esparcidos entre los escombros.

Habían aprendido que las sorpresas que depara la guerra llegan cuando menos las esperas. Lo mejor que podían hacer era mantener llenos los depósitos de agua, por mucho que salpicasen, y a pesar de que, a veces, el peso amenazaba con volcar el camión en las curvas cerradas. El agua era la clave, pero había otros imperativos: mantener la cocina abastecida y el vehículo lleno de combustible; no adentrarse nunca en los campos, debido al peligro de minas; y mantener el delantal limpio, ya que brindaba un soplo de esperanza a la jornada.

Aquel primer día, después de sobrevivir a la tortuosa carretera que conducía al interior desde la playa de Utah y de alcanzar la zona de tránsito, Patton en persona se acercó al Rapid City para tomar una taza de café y una rosquilla. Le guiñó un ojo a cada una y les dijo:

—Ustedes dos son más duras que todos estos hijos de puta.

Aquel día se coló en los sueños de Dorothy e Irene y a partir de entonces les parecía estar viviendo en una especie de mundo ilusorio. Ella anotó aquel momento en el cuaderno, pero era demasiado tímida para pedirle un autógrafo al general. Por lo demás, nunca veían a los peces gordos, solo a los soldados rasos.

—El general Sangre y Agallas —le dijo Irene a uno de los soldados después de la visita de Patton.

—Agallas a costa de nuestra sangre —replicó un joven. Resultó ser un reproche habitual entre los soldados, tal y como comprobarían más adelante.

Todas las cosas que les parecían de vital importancia antes de llegar allí les resultaban ahora ingenuas y tontas cuando no les embargaba la emoción. Para compensar, recopilaron una serie de mandamientos no

escritos:

Sigue adelante.
No le des importancia a nada.
No mires atrás.
No te disculpes.
No cedas.
No dejes que te vean llorar.
El Rapid City es lo primero.
No te rindas nunca.

Habían pasado varios días desde que salieron de Bretaña y se encontraban en algún punto más allá de Troyes, al sureste de París. Los hombres del Quinto Cuerpo, los héroes de la playa de Omaha que habían ayudado a De Gaulle a liberar París, estaban en marcha. Eran el Blitz estadounidense. Ávidos por vengarse de Alemania, se abrían paso por territorio francés, dejando un reguero de destrucción tras de sí. Los tanques germanos, cual furiosos uros, aguardaban al abrigo de bosques y setos, listos para atacar, mientras los francotiradores se ocultaban en campanarios, trincheras y tras muros de sacos terreros. El Ejército estadounidense en su totalidad, según parecía, estaba avanzando por tierra, dispuesto a plantarles cara.

—No sé adónde vamos —dijo Dorothy.

—Creía que tenías un mapa —repuso Irene.

Aquella mañana se levantaron a las 4:30 después de haber pasado la noche debajo del camión. Había llovido. Las noches buenas, el Ejército les requisaba una casa de campo o alguna posada. Pero el día anterior había sido demoledor, por lo que se limitaron a desenrollar los sacos de dormir bajo la gran bestia gris. Sabían que las balas no podrían atravesar su querido Jimmy tan fácilmente.

A las 5:30 ya estaban en marcha. Pero un jeep se había salido de la carretera y había caído en una zanja llena de fango, y, mientras los demás intentaban sacarlo, Dorothy los adelantó y siguió avanzando. No tenía tiempo para eso. Iba tan rápido que, antes de darse cuenta, ya se había alejado un buen trecho del resto del convoy.

La chica estaba pasándolas canutas al volante. Parecía tener vida propia, una criatura circular que se resistía a ser subyugada. Por lo general, era un vehículo obstinado, pero con esta carretera se había vuelto directamente ingobernable. Terco como una mula.

—¿Pero no te habían enseñado a conducirlo? —demandó Irene.

—Preguntó la señoritinga que nunca conduce. —A Dorothy le dolían la espalda y el trasero. Y la pierna izquierda de pisar ese embrague tan rebelde. Tenía el estómago revuelto. También le

molestaban los hombros y, de tantos traqueteos, le había entrado un dolor de cabeza horroroso, como si tuviese una estaca clavada en el cerebro. No necesitaba que le apretasen más las tuercas—. Estoy borracha de tanta carretera —espetó.

Irene se sujetó el estómago y se tapó la boca con una mano.

—Estamos cansadas, es eso —dijo.

—Cansadas. Correcto.

Las Hermanas del City, sobrenombre que le habían puesto algunos de los chicos, estaban parando tres veces al día para servir a los soldados. Todo el trabajo se resumía ahora en una interminable hilera de rostros junto a la ventana del camión, con la mirada clavada en ellas. Rostros idénticos, a menos que las Hermanas se concentrasen mucho. No había músculo que no les doliese. Y sentarse al final de un turno tampoco las aliviaba, porque sabían lo mucho que les costaría después a sus muslos fatigados ponerse en pie otra vez. Camiones pequeños iban y venían cargados con esa maldita mezcla para dónuts y granos de café y azúcar y grasa y sacos llenos de cartas que tenían que repartir y caramelos y chicles y revistas viejas y cigarrillos rancios y latas de leche y, cuando tenían suerte, discos nuevos para su Victrola. En cierto modo agradecían las tareas de reabastecimiento, porque podían poner un poco de orden y evitaban por un rato la tensión facial que suponía tener que sonreír continuamente.

En la mano derecha, ambas mujeres lucían un anillo de aluminio que fabricaban los soldados a partir de restos de aviones alemanes derribados. Pequeños gestos de amor. Se sentían como las novias de guerra de unos cuantos miles de pretendientes.

Una cosa que les encantaba era la obsesión de los chicos por el libro de contabilidad que llevaba cada camión. En el pesado tomo, bajo el encabezamiento de cada estado, figuraba una lista con el nombre, la ciudad natal y la división militar de cada uno de ellos. Incluso más que los dónuts, más que flirtear, estos hombres querían ver quién aparecía en esos volúmenes enormes. E introducían su propio nombre para que los siguientes soldados los encontraran; rompían a llorar mientras examinaban aquellas páginas. Era extrañamente hermoso. Pero aún más lo fue cuando un teniente que pensaba que estas chicas no debían estar sin protección le entregó a Dorothy una pistola automática del 45 y una funda, junto con una caja llena de balas gruesas. Ni siquiera le pidió un beso a cambio.

Cuanto más se adentraban en Francia, más evidente era que su trabajo escondía otra peculiaridad para la que nadie las había preparado. La mayoría de las noches se dedicaban a escuchar confesiones. Una vez que concluía el turno de noche, las mujeres se

sentaban en la escalerilla trasera del camión a fumarse un cigarro y tomarse un trago de lo que hubiese disponible. Los muchachos se reunían con ellas. Necesitaban hablar y las chicas aprendieron a permanecer en silencio, receptivas, a no juzgar jamás las pesadillas y vergüenzas que ellos les contaban de forma confidencial. Era el «gran desahogo». Juraron no compartir nunca esos secretos con nadie más —solo entre ellas, a media noche, susurrando— y la coraza de pesares ajenos se fue haciendo cada vez más densa.

Uno de los chicos había matado a un civil a pisotones y no sabía por qué. Otro, durante un enfrentamiento armado, se había escondido bajo la pared derrumbada de un granero, llorando, atravesado por el terror, sin disparar una sola bala, y estuvo a punto de pegarse un tiro porque no dejaban de temblarle las manos y no paraba de vomitar y no conseguía pegar ojo. Otro chico había besado a un compañero y ahora le tenía miedo. Otro había recibido una carta de su esposa, que vivía en San Francisco, en la que le informaba de que quería poner fin a su relación porque había encontrado a otro. La carta olía a Chanel Nº 5, un detalle que a Irene y Dorothy les pareció especialmente cruel.

Días atrás tuvieron que demorar su partida de Caen, su base más reciente, por la cantidad de correo que debían entregar a las tropas. Gritaban los nombres como si se tratase de una rifa. Los soldados, entusiasmados, se apresuraban a recoger la preciada misiva y todos temían el silencio que se producía a veces cuando nadie respondía al nombre anunciado. Fue una gran satisfacción para ellas hacer entrega de esas cartas, pero les había llevado tanto tiempo que la división se había marchado sin ellas y el Rapid City tuvo que alcanzarla después.

Mientras limpiaban y preparaban el camión en el que sería su último día en Caen, los ciudadanos de aquella ciudad normanda seguían saliendo de las enormes minas en las que se habían resguardado durante los bombardeos. Cientos de civiles parpadeaban bajo la inesperada luz del sol. Irene les entregó las rosquillas que habían sobrado. Dorothy y Phyl, del Cheyenne, les repartieron bombones y cigarrillos.

Esa mañana llevaban un buen rato conduciendo sin ver a nadie.

—Ojalá recibiera más cartas —dijo ella, aunque no mencionó a Dorothy que estaba pensando en el Manitas. Había metido de tapadillo un sobre para él en uno de los sacos; solo le decía que pensaba en su persona; que, cada vez que veía un caza surcando el cielo, se lo imaginaba dentro. No se puso mucho en evidencia, salvo en la firma: «Como siempre, buenas noches, Irene».

—Pues yo no recibo ni una sola carta —dijo Dorothy, que estaba

saliendo de una especie de trance—. ¿Dónde demonios estamos?

Aunque había aprendido a manejar el volante incluso cuando tenía la mente en otra parte, sabía que se trataba de una mala costumbre, casi como conducir borracha. Cada una estaba en su pequeño universo. Irene mirando al vacío, probablemente componiendo poemas. Uno de los problemas de los trances de Dorothy era que, al salir de ellos, no sabía por qué carretera iba y empezaba a mirar en todas direcciones, desconcertada, en busca del largo convoy del Cuerpo de Artillería del Ejército de Estados Unidos, el cual había sido su fiel compañero y ahora no lo veía por ningún sitio.

—Es posible que vayamos por el camino equivocado —admitió Dorothy.

El estado de la carretera empeoraba por momentos, cada vez había más baches. En los tramos más estrechos, las zarzas y ramas colindantes rozaban el camión como si quisieran abrirle los costados. En los campos, unos pájaros parduscos iban detrás de los cuervos, hostigándolos, revoloteando como hojas en una tormenta.

Irene hacía lo posible por no caerse del asiento.

—Bueno, así nos damos un paseo por el campo —dijo.

La rueda dio un tirón a la izquierda. La muy cabrona parecía provista de mente propia. Pero Dorothy rehusaba dar muestra alguna de enojo o debilidad. En lugar de eso, estiraba el cuello y buscaba entre los matorrales de la carretera. Cayó en la cuenta de que llevaba treinta kilómetros sin ver un solo soldado.

—Vaya mojón de día, un mojón bien gordo, de toro por lo menos —dijo.

—Pues ya sabes lo que dicen los británicos —repuso Irene—. Hay que coger el toro por el rabo y plantarle cara a la situación.

—¿Quién te ha enseñado eso? Pensaba que tú eras la chica distinguida.

El comentario solo sirvió para que ella se dedicase a contemplar en silencio los árboles que pasaban a estribor.

—Me siento muy glamurosa cuando nadie me dispara —anunció.

—No tengo ganas de cháchara en este momento —dijo Dorothy—. Estoy intentando conducir.

—Bruja.

La otra rechinó los dientes.

Irene adoptaba una pose aristocrática de puertas para fuera. Siempre era consciente de su apariencia, como si una cámara se acercase todo el rato a ella para tomarle un primer plano. Pero hoy estaba inusualmente desaliñada. Ambas llevaban uniforme, o gran parte de él. Las blusas blancas tenían múltiples lamparones y las axilas

amarillentas; los pantalones de lana azul estaban grises por las rodillas después de haber dormido bajo el camión las últimas noches. El suelo de la cabina estaba lleno de barro reseco. Sus botas, destrozadas.

Irene se encendió un cigarro y se enrolló un mechón de pelo con el dedo mientras mascaba chicle como una niña malcriada. De vez en cuando salía humo de su ruidosa boca. A veces formaba pompas llenas de humo que reventaba con la lengua cual proyectil de mortero.

Dorothy tosió de forma exagerada para expresar su disgusto. Últimamente todo la irritaba. Siempre iba al volante del Rapid City, una libertad cuyo placer inicial había empezado a disiparse, pero, si dejaba conducir a la imbécil presumida que tenía al lado, lo más probable es que acabasen en alguna zanja. Apenas podía concentrarse en otra cosa que no fuese el sonido de Irene mascando chicle, y ahora estaban en territorio desconocido, atravesando una carretera vieja más solas que la una.

—¿Dónde aprendiste a hacer el truco ese del humo? —le preguntó —. ¿En algún burdel?

Irene refunfuñó.

—Vete a la mierda —respondió al fin.

Dorothy desplegó el mapa de carreteras sobre el volante. Caía a ambos lados. Se puso a estudiarlo mientras conducía.

Ella era incapaz de verla ejecutar semejante maniobra. Iban a morir las dos, seguro.

El camión pasó por encima de un pequeño resalte. Las tazas traquetearon musicalmente en los estantes de atrás y los sacos del correo dieron un fuerte golpetazo. Irene se apoyó en el salpicadero.

«Hijo de perra», rezó Dorothy, con manos temblorosas.

A pesar de los incesantes traqueteos, ella asomó medio cuerpo por la ventanilla, con los ojos cerrados y el pelo castaño oscuro alborotado por el viento.

«Vaya dos», pensó Dorothy.

—Tesoro —dijo—, siempre vas hecha un pincel. Tanto si te disparan como si no. Pero, como no metas la cabeza dentro, vas a acabar decapitada, y eso no queda muy elegante que digamos.

A menudo, sus conversaciones eran así de erráticas. Podían abandonar un tema durante quince kilómetros y retomarlo de pronto como si no hubiesen dejado de hablar de él. En una ocasión, Irene dejó a Dorothy boquiabierta cuando dijo: «De todos modos» y reanudó una historia que había sido interrumpida dos días antes, alguna bobada sobre su apodo, la Caimana, que su amiga había oído veinte veces. Tonterías del estilo.

—Querida —dijo con ese deje tan neoyorquino que a su compañera

intrigaba y exasperaba a partes iguales—, no soy nada glamurosa. No sé si te has dado cuenta, pero llevo botas militares. —Se subió la pernera del pantalón para demostrarlo.

Dorothy redujo la marcha algo apesadumbrada. Los chicos del parque de vehículos la llamaban la Refea. La chica pensó que este sería el título de sus memorias si alguna vez las escribiese.

Tenían la vejiga a reventar, hecho que Irene expresó primero:

—Tengo que hacer pis. —Al no obtener respuesta, añadió—: En serio.

Pero Dorothy no se detuvo y ella la odió de repente.

Un olor a vacas muertas flotaba en el aire. Esperaban que fuesen eso y no otra cosa. También olía a humo rancio, a carbón. Y había flores amarillas y girasoles, que tanto gustaban a Irene, secos y agitándose al viento. Y unos pajarillos gruñones revoloteando en busca de semillas alrededor de las anchas cabezuelas de los girasoles.

Ella tenía razón en una cosa importante. Nadie les había disparado hoy. Ni siquiera se oía artillería a lo lejos, ese sonido de dioses borrachos dando tumbos por las colinas. Pese a todo, la carretera seguía estando llena de riesgos. A veces lo olvidaban y el aburrimiento las armaba de temeridad, pero todo era peligroso. Solo que nadie quería que le recordasen cada minuto de cada día que la muerte estaba al acecho por todas partes.

Al doblar una curva vieron un pobre hombre con el síndrome de Pierre Robin; iba arrastrando los pies, con un rifle sujeto a la altura del trasero, casi rozando el suelo. A duras penas sacaba notas de una armónica.

—Soldado estadounidense a babor —dijo Dorothy.

Redujo la marcha y el soldado giró sobre sí mismo y agarró el rifle. Cuando vio la cruz roja en la parte delantera, sonrió. Unos dientes largos y amarillos asomaron de entre la mugrienta barba de su rostro.

Dorothy frenó y bajó la ventanilla.

—Oiga, soldado, ¿por dónde se va a Hoboken?

—¡Diablos, pero qué ven mis ojos! —exclamó.

—Un camión lleno de chicas. ¿Tan difícil es de creer?

—Cielo santo.

—Lo sé. A todo el mundo le sorprende.

El hombre estiró el cuello como una jirafa y las Hermanas lo saludaron con las manos.

—Hola, guapo —coqueteó Irene.

—¡Diantres!

Dorothy chasqueó los dedos y ella sacó la caja de dónuts correosos que guardaban bajo el asiento y la pistola del 45 que les había dado el

teniente.

—¿Quiere uno? —preguntó la conductora.

—No me lo diga dos veces. —El soldado se subió al estribo. Solo Dios sabía el tufo que emanaba—. ¿Tiene cigarrillos, nena?

Dorothy le dio su paquete de Luckies con el único fin de que se fuera y le pidió que no volviese a llamarla así.

—¿Vamos por el camino correcto? —preguntó Irene.

—No si van a Hoboken —respondió.

La conductora subió el pulgar y volvió a poner el camión en marcha.

—¡No se vayan! —gritó él.

—Lo veré en mis sueños —gritó y pisó el acelerador a fondo. Condujeron en silencio durante un minuto, hasta que Dorothy, sin mirar a Irene, dijo con retintín—: ¿«Hola, guapo»?

—Estoy cumpliendo con mi deber, siguiendo las normas. Así que tranquila, señorita. —Se cruzó de brazos y se puso a observar el borde de la carretera, donde los carteles advertían de la presencia de francotiradores.

Las Hermanas se sentían seguras. ¿Quién iba a dispararles? El camión llevaba detrás, delante y en los laterales la insignia de la Cruz Roja. La parte de la cocina, situada atrás, confería al Rapid City el aspecto de una ambulancia algo hinchada. Con chimeneas. ¿Quién iba a disparar a una ambulancia? Era como si fuesen a bordo de una valla publicitaria que dijese: ALTO EL FUEGO.

Un pequeño grupo de civiles harapientos las saludó al acercarse. No era la primera vez que gente de la diezmada ruta salía a mirar. Muchos vestían ropas andrajosas y a menudo parecían sonámbulos. A veces agitaban banderitas y sus hijos corrían junto a los camiones. Dentro guardaban barritas Hershey y chicles Beeman, que arrojaban por las ventanillas.

Era un milagro que quedase alguien vivo. Pueblo tras pueblo, parecía como si un volcán hubiese entrado en erupción en la plaza mayor y la tierra se hubiese resquebrajado tras la explosión. Barrios enteros sembrados de ladrillos y escombros. En los campos se veían trozos de muros que se alzaban como lápidas gigantescas; algunos conservaban el hueco de las puertas. Tal vez tuviesen mil años. En todos los cráteres de las bombas se acumulaba agua marrón y fétida, y a menudo parecía que dentro había un perro o un cerdo muerto. De las farolas colgaban cadáveres cual ropa tendida abandonada a su suerte. El hedor se colaba por las ventanas cerradas. Cuervos por todas partes. A ellos no les desagradaba la guerra.

Un jeep que venía en dirección contraria les echó las luces y un tipo

con casco de rayas blancas se encaramó al lateral del copiloto, sujetándose al parabrisas y agitando el brazo libre.

—Supongo que vamos por buen camino —dijo Dorothy y llevó el camión hacia un lado.

El jeep siguió avanzando. Delante, una hilera de vehículos apareció en la curva en dirección contraria a ellas. Ambulancias. Ambas se bajaron para verlas. Tres ambulancias enormes de la Cruz Roja seguidas de una del Ejército. Las ambulancias pasaron veloces entre el fragor de las sirenas y los gritos del interior. Había varias enfermeras subidas en la parte de atrás de los vehículos.

—¡Corran! —gritó una de ellas. Tenía el rostro blanco y unas sombras negras alrededor de los ojos. El viento le apartaba el pelo y le daba forma de corona maldita. Mantenía la boca abierta de par en par. Como si hubiese descendido a toda prisa un terrible peñasco, huyendo de un trueno.

Cuando las ambulancias se alejaron, las sirenas bajaron de volumen y tono. Irene se había tapado los oídos con las manos.

Un jeep apareció después y se detuvo. En él viajaban un soldado y una enfermera con una gorra blanca sujeta de aquella manera mediante unas cuantas horquillas.

—¿Qué tal? —dijo el conductor.

Al principio, las Hermanas solo fueron capaces de saludarlo con la cabeza. Luego, ella confesó que se habían perdido.

—Sigan recto —indicó la enfermera—. Sabrán dónde está la guerra en cuanto lleguen.

—Supongo que tiene razón en eso —dijo Irene.

—¿Va mal la cosa? —preguntó Dorothy a la mujer.

Esta las miró fijamente.

—¿Acaso hay algo que vaya bien? —arguyó.

—Vienen unos prisioneros de guerra por la carretera —dijo el conductor—. Si tienen ganas de atropellar a alguien, ya saben.

Dorothy miró hacia la calzada y escupió.

—Malditos boches. Haré lo que pueda.

La enfermera las observaba como si nunca hubiese visto a un ser humano.

—Las Nenas de los Dónuts —dijo al fin.

—No me llame «nena» —replicó aquella.

—En fin —dijo el soldado—, tenemos que largarnos. Mantengan la cabeza agachada.

—Tengan cuidado —respondió Dorothy.

—*Au revoir.* —Arrancó el jeep y siguió a las ambulancias.

No habían recorrido ni dos kilómetros cuando la silueta de un

grupo de hombres, como una radiografía al contraluz, se perfiló en la carretera. La conductora frenó. Un policía militar se acercó a ellas y les hizo señas para que se echasen a un lado. Dorothy cumplió la orden y apagó el motor. El Rapid City se estremeció como un caballo.

—¿Esos son los prisioneros de guerra? —gritó por la ventana.

—Exacto, ahí están los muy cabrones —dijo.

Irene se asomó por la ventana. Los soldados formaban un semicírculo en torno a cuatro alemanes con los uniformes hechos jirones. Los estadounidenses les apuntaban con las armas. El prisionero más corpulento exhibía una sonrisa sarcástica.

—La mayoría no son más que niños —explicó el hombre—. Soldados de a pie como nosotros. —Meneó la cabeza—. Pero ese es miembro de las SS. El más grande. El diablo en persona.

—Le da igual que le disparen —señaló Dorothy—. ¿Podemos echar un vistazo a la raza superior?

—Adelante —dijo el policía militar y se marchó.

Se bajaron y observaron a esas criaturas extrañas. Al igual que hacían todos los hombres, los prisioneros se irguieron un poco en cuanto vieron a las mujeres. El más grande les sonrió y las miró de arriba abajo.

Dorothy olfateó el aire.

—Aquí huele a mierda de cerdo —dijo.

El tipo se sonrojó un poco, pero mantuvo la sonrisa intacta. Después, todos enmudecieron; solo el sonido de los grillos y de algunos cuervos lejanos rompía el silencio. También, el arrastrar de las botas de los prisioneros, que de vez en cuando pateaban las piedras sueltas del camino. De modo que aquellos eran los guerreros del Reich de los mil años. Las Hermanas, escoltadas por los soldados, caminaron detrás de los prisioneros andrajosos.

—No parecen tan duros —apuntó Dorothy.

—Menos el simio ese grandullón —dijo Irene.

Los alemanes estaban cubiertos de mugre. Los uniformes, hechos trizas. Solo el más alto se mantenía derecho y rubio; miraba con arrogancia a los nerviosos estadounidenses, que no dejaban de apuntarle con los rifles. Cuando él daba un paso adelante, ellos retrocedían.

—¿Miedo? —dijo y se rio—. *Heil Hitler*. —Sonrió con regodeo y ejecutó el saludo parsimoniosamente.

—Se lo está pasando en grande —susurró Irene.

Los otros tres prisioneros solo eran unos chiquillos, como había mencionado el policía. Todos establecieron contacto visual con las mujeres. Las moscas habían hallado acomodo en sus orificios nasales e

intentaban sorber de ellos, que agitaban las manos, intentando espantarlas, despacio, como en trance.

—*Bitte* —le dijo uno de ellos a Irene.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Dorothy.

—Por favor —respondió ella.

—*Bitte* —volvió a decir el chico, llevándose la mano a la boca.

—Debería pegarte un tiro ahora mismo —declaró un soldado.

El prisionero se llevó ambas manos a la boca.

—*Wasser* —dijo—. *Bitte.*

—Quiere beber algo —tradujo Irene.

—Pues como no se ponga a llorar… —repuso Dorothy y regresó al camión.

Ella se quedó inmóvil, sin saber muy bien qué hacer. Su compañera puso el ruidoso motor en marcha. Irene seguía sin moverse. El camión echó a andar, levantando gravilla del suelo, y tuvo que correr para agarrarse al tirador de la puerta y subirse al estribo. Dorothy sacó la mano por la ventanilla y le hizo la peineta al soldado suplicante.

Un minuto después, era como si aquel episodio no hubiese ocurrido jamás.

Tras tomar tres curvas y atravesar un campo calcinado, se toparon con una familia apostada a un lado de la carretera, con una cabra sujeta mediante una correa.

—Esos civiles nos están mirando —dijo Dorothy.

Irene cogió caramelos y paquetes de chicles, y los arrojó por la ventanilla de babor. La familia se quedó quieta; echaron un rápido vistazo a las ofrendas y dirigieron de nuevo la mirada hacia arriba. La cabra se soltó y se comió los paquetes de Beeman.

Un camión lleno de soldados se abrió paso entre una nube de humo de cigarrillos y los chicos comenzaron a lanzar silbidos y piropos cuando Irene convirtió un estiramiento reparador en una pose de modelo lánguida. Llevó las manos a la altura de la cara y se giró hacia el sol tamizado por las hojas. Los saludó con un gesto y jaleó a un chico travieso que iba colgado detrás.

—Ya basta —dijo Dorothy—. Se van a pensar que estás chiflada. —Ella se limitó a resoplar—. Todo el mundo quiere a Irene —suspiró, pero en el fondo sabía que también ella estaba un poco enamorada de su amiga.

Faltaban cuatro horas para el combate, pero las mujeres no lo sabían. Nadie les había dicho nada. Ningún ángel les había ofrecido presagio alguno. Se sentían aletargadas por su propio aburrimiento y por el cambio de estación. ¿Quién iba a imaginar otra cosa que no

fuese paz a principios de otoño?

Un militar solitario estaba de pie junto a la carretera.

—¡Eh, soldado! —gritó Irene—. ¿Qué se comenta por aquí?

—Nada —respondió—. Pero yo te cuento al oído todo lo que quieras.

Ella movió el dedo como una institutriz.

—Eres un niño muy malo —lo reprendió.

El otoño era su estación favorita. La propia palabra envolvía sus recuerdos en una luz triste, el sol del norte atravesando la vidriera del follaje. Hojas llameantes, tonalidades ocres reflejándose en los pequeños estanques de su infancia, espejismos de fuego fugaces, monedas gigantes esparcidas entre arces y robles, espadañas y juncos. Anhelaba tanto volver a casa…

Aquí, en la campiña francesa, los vehículos carbonizados poblaban el paisaje. Un avión esquelético, con el morro bajo tierra, sobresalía en mitad del campo, rodeado por un profundo anillo negro de hierba quemada. Unas vacas curiosas pacían entre el pasto amarillo que había sobrevivido a la quema. Lejos, hacia el este, delgadas columnas de humo se elevaban tras un soto de cicutas. Una iglesia en ruinas se erguía solitaria, aventando palomas desde lo que quedaba de campanario.

Irene salió de su ensoñación al oír que Dorothy se quejaba.

—Esa maldita hornilla de ahí atrás da calambre, de verdad. Antes de ayer no morí electrocutada de milagro.

Ambas levantaron la vista hacia un avión que surcaba el cielo. Sin saber si se trataba de un Stuka, la conductora redujo la marcha y detuvo el camión bajo el espeso ramaje de un roble.

Irene se encendió un pitillo. Cuando Dorothy chasqueó sus largos dedos y dejó el índice y el corazón extendidos, ella le entregó su cigarro y se encendió otro.

—Voy a dejarlo —dijo.

—Ya… —Expulsó un anillo de humo—. A lo mejor, el que acaba de pasar es tu novio —dijo.

Irene fingió indiferencia, aunque siempre miraba al cielo cuando oía un caza, por si era el Mustang de Hans, que es lo que estaba preguntándose ahora mismo.

—¿Por qué lo llaman el Manitas? —preguntó Dorothy.

—Verás, Jirafa —dijo Irene, para sorpresa de su amiga—: Maneja la palanca como nadie.

—¡Irene!

Seguían riendo mientras intentaban ver el avión que tenían encima. Se trataba de un Spitfire. No era Hans.

Dorothy apagó el motor, se estiró y dijo:

—¡Hora de tomarnos un descanso!

—Gran idea —convino ella—. Podemos hacer un pícnic. —Sacó una lata de melocotones de las raciones que almacenaban en la parte trasera del camión.

Dorothy ya se había quitado las botas y se había tumbado a la sombra del árbol con las manos bajo la cabeza, disfrutando de la luz del sol que se colaba entre las hojas y de unos momentos de quietud. Irene se sentó a su lado y abrió la lata. Sorbió un poco de almíbar, cogió una rodaja de melocotón y le pasó la lata a Dorothy, que se la terminó entera.

—Nunca hay suficiente —dijo. Después de un instante, añadió—: Piensas mucho en tu chico, ¿verdad? El Manitas.

—¿Tú no piensas en Smitty?

—¿Smitty?

—Os vi flirteando. Te hace tilín. Admítelo —se burló Irene.

Dorothy se incorporó y, mirándola fijamente, dijo:

—No, no pienso en Smitty. Ni tú ni yo hemos venido aquí a eso. Por lo que a mí respecta, está muerto en alguna parte.

Ella se quedó cavilando durante un momento de lucidez y dijo con tristeza:

—Por lo que a mí respecta, el Manitas está casado.

Dorothy resopló.

—Le pones demasiado azúcar a las rosquillas. Tenemos un deber que cumplir. Esto no son unas vacaciones románticas. No estamos en una película, Caimana.

Un camión pasó a toda velocidad por la carretera y los soldados que iban dentro las llamaron y silbaron al pasar, y ambas mujeres saludaron maquinalmente, sin mirar.

—Escucha, las dos estamos intentando empezar de cero —retomó Dorothy—. Casi no te ha dado tiempo a recuperarte de ese capullo venenoso que tanto daño te hizo. Tu madre no ha respondido a ni una sola de las cartas que le has enviado. Dios sabe qué más cosas te guardas para ti.

Irene se sonrojó y apartó la mirada. La sinceridad de su amiga escocía.

—He perdido a toda mi familia —continuó Dorothy—. He perdido la casa donde vivíamos. Mi hermano murió en esta guerra. Así que no, no pienso en Smitty. Pienso en mi deber, pienso en Donny. —Se giró hacia Irene, le cogió las manos y la miró directamente a los ojos—. Y pienso en ti. Somos todo lo que tenemos ahora. Tú y yo. Pienso en que superaremos todo esto juntas. ¿De qué sirve hacernos ilusiones por un

tipo que lo mismo acaba volando por los aires? ¿De qué me servirás entonces? Yo sería capaz de atravesar el fuego por ti. Necesito saber que tú harías lo mismo por mí.

Ella tiró de Dorothy e inclinó la cabeza sobre las manos entrelazadas de ambas. Esta sintió las lágrimas de su amiga cayéndole en los dedos.

—Irene, ahora eres mi familia —dijo con suavidad—. Necesito que entiendas lo que digo. Esta es nuestra historia.

Irene levantó la cabeza y rodeó a Dorothy con los brazos. Las dos se abrazaron y, aunque Irene quería hablar, no podía. No confiaba en las palabras. Pero confiaba en que Dorothy sabría desentrañar la verdad.

Dos camiones avanzaron a toda velocidad por la carretera, levantando guijarros y polvo, recordando a ambas mujeres que, a pesar de ese momento, necesitaban hacer de tripas corazón para afrontar la guerra que aún tenían por delante.

Irene se puso en pie y se sacudió los pantalones; luego le tendió la mano a su amiga para ayudarla a levantarse.

—Gracias, Caimana —dijo Dorothy con fingida seriedad.

Irene le hizo una reverencia.

—A sus órdenes, señora. —Se subieron al camión y Dorothy volvió a arrancar el motor—. Venga, a trabajar —dijo y se puso las gafas de sol.

Dorothy tuvo especial cuidado de meter con suavidad las marchas del Rapid City. Al alejarse, vieron varios carteles humorísticos, al estilo de los de la crema de afeitar BurmaShave, que los soldados habían colocado en los troncos de los árboles:

SILBANDO AL TRABAJAR

HITLER ES UN CAPULLO

MUSSOLINI SE HA PARTIDO EL PITO

¡YA NO LE FUNCIONA!

¡BURMASHAVE!

15

Primera hora de la tarde. Tres horas y media antes del combate.

Los muelles del asiento no dejaban de chirriar y era tal el traqueteo que Irene tenía que poner constantemente la mano en el techo para no golpearse la cabeza. «Ahora estás en el Ejército.» Soldados de infantería desaliñados avanzaban a trompicones por la carretera. Cada vez eran más. Sentían lástima de sí mismos. El destacamento entero. Pies fatigados. Espaldas doloridas. Cargas pesadas. Rifles pesados. La mitad de ellos tenía el vientre descompuesto. El casco les quedaba muy grande y no dejaban de golpearse la nariz con el borde. Andaban alicaídos, como caballos de arado al final de una dura jornada. No en vano, la gente los llamaba «los tragaleguas».

Más de uno sacó el pulgar al ver pasar el Rapid City mientras el resto se reía a carcajadas. Cuando vieron a Irene en vez de a un soldado, se detuvieron y empezaron a gritar sorprendidos, con los brazos extendidos.

Irene abrió la ventanilla y lanzó varios besos al aire.

—Vamos a parar —dijo—. Y tenemos un detalle con los chicos.

Dorothy se negó en redondo.

—Pero vamos a ver —arguyó Irene—. Aquí estamos para servir, ¿no? —Antes de que Dorothy pudiese detenerla, Irene se asomó de nuevo—. ¡Caballeros! —gritó—. ¿Les apetece una visita al Clubmobile? ¿Qué tal una taza de café y unos dónuts recién hechos? —Entrelazó los dedos bajo la barbilla y pestañeó con coquetería, disfrutando del alborozo de los soldados.

De inmediato, se acercaron a paso ligero entre el tintineo de los rifles. Las botas sonaban como pezuñas de vacas lecheras trotando hacia el establo. Los cascos bailaban sobre los cráneos. Formaron una guardia de honor con los fusiles al pecho.

«Ya se nos ha ido el resto del día», pensó Dorothy. Llevó el camión hacia un bosquecillo de pinos y robles, y echó el freno. Las ramas cubrían parcialmente el techo, lo suficiente para ocultarlos de los aviones alemanes y tener algo de frescor y sombra. La cocina se calentó enseguida, cosa que les vino bien para contrarrestar la humedad del día, pero no tardó en convertirse en una sauna. Tuvieron suerte de que les sobrasen rosquillas del día anterior. Dorothy no tenía

intención de ponerse a cocinar.

Fuera, los chicos ya estaban armando jaleo, salpicando barro.

—Tú lo has querido —le dijo a Irene—. Levanta las persianas. Pon algún disco.

Las dos mujeres saltaron del camión. Los soldados las cogieron como si fuesen parejas de baile, como si todo el mundo tuviera, por un momento, dieciséis años. Irene se abrió paso entre la multitud para dirigirse a la popa. Se llevó tres pellizcos en el trasero, a los que respondió con sonoros palmetazos, como si estuviese espantando moscas.

—¡Muy bien, panda de apestosos! —gritó Dorothy a los soldados—. Ayudadnos a poner la lona. Queréis un techo, ¿verdad? No querréis que la lluvia os agüe la fiesta… Y esas manos, quietecitas, si no queréis que mamá se enfade.

Los soldados se pusieron en marcha.

—¿Es usted un caballero? —preguntó a uno con la barba canosa.

El soldado se rascó la barbilla y se puso de nuevo el casco en la cabeza.

—Podría intentarlo —dijo.

—Maravilloso.

Irene subió con fuerza las dos persianas de estribor. Sacó el azúcar, abrió dos latas de leche evaporada y las colocó junto a los dispensadores de azúcar.

—Tengo un par de «vacas acorazadas» aquí —dijo—, para los delicados que toman el café cremoso. Y azúcar también.

—El café, con leche y azúcar —comentó un soldado—. ¡Lo otro es un postre!

Otros ya se habían acodado en el mostrador y pedían café, cartas, bombones, Chesterfields… Y cháchara. Irene se acordó de sus terribles primos varones. Todos esos tipos solitarios, con el rostro mugriento, ansiosos por hablar, pisándose unos a otros: «¿De dónde es, tesoro?», «¿Ha visto alguna minga ahí dentro?», «¿Está casada?», «¿Ha estado en alguna batalla?», «¿Ha visto algún boche?», «¿Tiene novio?», «¿Alguna noticia deportiva?», «Señorita, no tendrá ningún libro por ahí, ¿verdad?».

De hecho, tenían un par y varios ejemplares de la revista *Life*. Irene tuvo que arrodillarse para cogerlos y los chicos empezaron a agolparse en la puerta.

Y siguió la retahíla de preguntas: «¿Podemos ayudarla?», «¿Está soltera?», «¿Hay algo que podamos hacer?», «¿Por casualidad estuvo en Normandía?», «¿Eso es un tocadiscos?».

—No estoy casada, queridos —dijo—. Les asignaré tareas en un

minuto. Normandía…, probablemente. Y esto, en efecto, es un tocadiscos. Así que vamos a bailar.

Esta última declaración despertó un alboroto generalizado y codazos entre las filas.

Dorothy, entretanto, subió a la cocina, encendió los fogones y abrió los estantes con las sobras del día anterior. Llenó las urnas y les dio una patada a los sacos de café en grano. Luego comprobó que Irene seguía conservando su colección de discos de swing.

—A ver, gentuza, ¿quién se atreve a mover el esqueleto? —gritó.

Se burlaron de un tipo de atrás:

—¡Schmidt no sabe bailar!

—Sí que sé —replicó el susodicho, con la cara rojísima—. Miradme.

Irene conectó el Victrola a la red eléctrica. Quitó las tuercas de mariposa. Abrió la carcasa y colocó el brazo en el surco. El camión era como un pequeño B17. Todo estaba donde tenía que estar. Un cargamento de dónuts en las bandejas, todas dispuestas verticalmente, a la espera de ser repartidos.

—¿Les gusta la música? —preguntó.

—¡Claro que sí!

—¿Tiene canciones de vaqueros, nena?

—Me temo que no, so paleto —respondió Dorothy.

—Ponga alguna de amor, señorita.

—Uf —gruñó un soldado de infantería—, te vas a poner a llorar como una niña.

Dorothy superaba en edad a todos ellos. Colocó varios discos en el plato. *I'll Be with You in Apple Blossom Time, CowCow Boogie, It Had to Be You, G.I. Jive.*

—Schmidt —dijo Irene; bajó de un salto y le tendió la mano.

El soldado se alejó corriendo entre grandes oleadas de risas. Irene se encogió de hombros y se enjugó una lágrima imaginaria antes de pasar junto a otro que estaba sentado en la escalerilla del camión y subir de nuevo a bordo.

—Las Andrews Sisters —dijo este, suspirando de espaldas a ella.

—Exactamente, soldado.

Se había quitado el casco. Tenía la nuca roja y esmirriada. En las arrugas se le acumulaban restos de mugre. Tenía el pelo tieso y, detrás de las orejas, le corrían gotas de sudor y grasa. Los hombros caídos y los codos apoyados en las rodillas. Y una mancha de sangre reseca en la manga.

—¿Podría poner esa canción otra vez, señorita?

—Claro, soldado.

Irene situó la aguja en el principio del disco y los acordes metálicos

amortiguados por la sordina dieron paso a las lánguidas armonías de las Andrews Sisters.

—Estoy agotado —dijo aquel y bajó la cabeza.

La mano de Irene se levantó involuntariamente y esta se acercó a la espalda anónima. Pero se contuvo y la apartó; luego se puso en pie y se colocó detrás del mostrador. Fuera, Dorothy estaba dando órdenes a los briosos soldados que intentaban colocar los postes de aluminio que sostenían el toldo de lona verde.

A Irene le dolían los dedos. Heridas rojas y finas, como cortes de papel, le colonizaban los nudillos. Tanto su amiga como ella tenían las manos ásperas. Guardaban lociones hidratantes en el camión, pero no les servían de nada. Su esmalte de uñas estaba descascarillado. Se rociaban con agua de colonia, pero seguían oliendo a fritanga. A Irene le sobrevenía una inexplicable sensación de amor por todo el mundo cada vez que se miraba las manos.

Fue a los estantes de las rosquillas y las sacó todas. Estaban rancias, por supuesto, pero a nadie le importaba. Pronto la freidora se pondría en marcha y saldrían dónuts calentitos, grasientos y recién hechos. La cafetera ya empezaba a silbar. Prometía ser una tarde de litros y litros de café, y todo porque a Irene se le había metido entre ceja y ceja que tenían que parar. Los depósitos de agua podían quedarse vacíos si no se andaban con ojo.

Después de conseguir que los soldados pusieran el toldo a base de gruñidos y rezongos, Dorothy se apartó del grupo y tomó varias instantáneas del Rapid City con su vieja Kodak. La Caimana saludando desde la ventana: seis fotos. Sirviendo café en la taza de hojalata de un soldado: dos fotos. «Mejor que salga ella, yo no valgo para eso», pensó Dorothy. Pese a los intentos de su madre, nunca le había interesado la cocina. Prefería irse de pesca antes que pelar patatas o freír en suero de mantequilla un pollo que ella misma había tenido que matar.

Los soldados que pasaban por la carretera se detenían y aparcaban el camión de cualquier manera. Uno cisterna bombeó unos cuantos litros más en los depósitos del Rapid City y se alejó sin hacer ruido. Un extraño vehículo que parecía portar secciones de puentes levadizos pasó a toda prisa detrás del camión cisterna.

Irene no tenía ni idea de adónde se dirigía el convoy. Solo quería unirse a él con la esperanza de que fuese a alguna ciudad donde pudiera dormir en una cama de verdad, comer comida de verdad y sentarse en un retrete de verdad. Bañarse. Sí, un buen baño. Luego, encerrarse sola en su habitación y beberse una botella de algún licor fuerte. Abrir la ventana y dejar que todos los secretos que le habían confiado los soldados saliesen volando como mariposas tristes.

En la cocina, una segunda urna de café estaba calentándose. Incapaz de apartarse el pelo de la cara, Irene acabó atándose un pañuelo a la cabeza. De vez en cuando movía las caderas para estirar un poco la espalda. Los chicos alzaban sus portaviandas para pedir más dónuts. Ella servía café en las tazas y las iba repartiendo por las ventanillas. Dorothy se aseguraba de que la cola de soldados avanzase. Comenzó a sonar *In the Mood.* La siguió *Rockin' in Rhythm,* de Duke Ellington.

—Esa canción es muy vieja —dijo un soldado.

—Yo también —repuso Irene.

—¡Nadie lo diría!

—Pues la espalda me duele como si fuera una anciana.

—Venga, rey —dijo Dorothy—, que esto no es el zoo. Deja paso.

—¡Vaya chicas más guapas!

—Y tú qué pesado —contestó aquella—. Venga, ahuecando el ala.

—Pónganse a su izquierda, chicos —dijo Irene—. A mi derecha. No bloqueen la ventanilla.

—¡Día D de *dónuts,* claro! —gritó un botarate feliz.

Entonces se acercó un soldado delgado, moreno, sin casco, con un bigotillo negro y una barba diminuta. Los demás lo llamaban el Chicano o el Chingón o el Huesitos o Garshía.

—¡Aquí llega el Sueco! —se presentó a sí mismo un tipo fortachón y rubicundo que se abrió paso a empujones hasta la primera fila—. García —dijo al hombre de menor estatura—. Morenito, ¿verdad?

Al principio, Irene pensó que intentaba hacerse el gracioso, un soldado burlándose de otro.

El Sueco sacó un cigarro del bolsillo, lo encendió y la miró a través del humo.

—Ponme un puto café —dijo y chasqueó los dedos.

Las tropas de atrás parecían encontrar esto hilarante.

Sin mediar palabra, García lo derribó golpeándole en la corva con la culata del rifle. Seguidamente, lo rodeó y se colocó frente a la ventanilla, sonriendo a Irene. Miró al soldado caído por encima del hombro y dijo:

—Lo siento, amigo. Creo que le he dado más fuerte de la cuenta.

El Sueco se puso en pie; tenía la cara roja, la mandíbula tensa y los puños a la altura del pecho. Los demás soldados, oliéndose la pelea, les hicieron sitio.

García lo miró.

—¿«Morenito»? —dijo—. ¿Qué es eso? Creo que lo he oído en alguna parte. En boca de algún imbécil. Lo apuñalé, no fuera que me estuviese faltando al respeto. —Le dio la espalda al Sueco y miró a

Irene—. ¿Me pone dos dónuts, por favor, señorita? —Dejó el vaso de hojalata sobre el mostrador.

El Sueco parecía echar vapor por las orejas, como un toro loco de los dibujos animados de Tex Avery.

—Soy un soldado raso de primera clase, del parque de vehículos —le dijo García al Sueco sin apenas mover la cabeza—. Boxeador de peso ligero. He ganado doce combates, he perdido uno. ¿Y tú? ¿Qué eres tú?

Irene le sirvió un café a García y este se tomó tres dónuts. El otro había retrocedido unos centímetros tras la mención al boxeo.

—¿Cuál es tu problema? —dijo García al pasar. Lanzó un falso *jab* con la izquierda y el aludido se encogió.

El siguiente soldado pasó delante del hombretón humillado.

—Dos dónuts y café con leche y azúcar —le pidió a Irene—. Soy judío —le dijo al Sueco y se marchó.

Este puso cara de pánico cuando un soldado negro se le acercó. Ahora los demás estaban riéndose de él.

—Adivina lo que soy —dijo.

Dorothy se acercó al Sueco.

—Hazle caso a mamá —le previno—. Es hora de que saques tu culo gordo de aquí y dejes que los hombres que saben luchar disfruten de sus rosquillas mientras tú haces caquita en la letrina.

El Sueco se alejó abriéndose paso a codazos entre los soldados y Dorothy le guiñó un ojo a Irene. No recordaba haber estado nunca entre una multitud de varones en la que al menos uno de ellos no tuviese malas intenciones. Ese tipo de violencia casual parecía filtrarse a través de las bandas de hombres, y todas las mujeres con las que había tenido una relación cercana daban buena fe de ello. No iba a permitir que nadie se sobrepasara con Irene, así que mantenía los ojos bien abiertos.

Algunos soldados se quedaban apartados, fumando. Tenían esa mirada atormentada, como perdida, los ojos hundidos. Ambas la llamaban «la mirada de las mil yardas». Esos hombres nunca se reían. Jamás coqueteaban ni se acercaban al camión y, por supuesto, nunca tomaban café. Dorothy no les quitaba ojo. Se veía en los rostros que había más de un Sueco en aquella congregación.

Un jeep entró derrapando en el claro, levantando ramas y terrones de barro, y todos los soldados se apresuraron a echarse a un lado. Dorothy apuntó su cámara al conductor. Tenía galones de teniente. Cuando se quitó el casco, el pelo que había debajo tenía un rojo más intenso que las hojas de otoño.

—¡Pero qué ven mis ojos, si es Russell Penney! —gritó la chica. —Rusty se sonrojó de inmediato—. ¿Qué tal va la cosa, primo? —preguntó.

—Señora —dijo Russ mientras se bajaba del vehículo.

—¿Café, Russell?

—En un minuto, señorita Dorothy —repuso él. Miró a los soldados —. ¿Dónde están los conductores de esos camiones?

Algunos levantaron la mano.

—Son conscientes de que hay aviones alemanes, ¿verdad?

Avergonzados, los chicos agacharon la cabeza.

—Pongan remedio a esta situación de inmediato. Han bloqueado la carretera.

Los conductores corrieron hacia los camiones.

—Lo siento, teniente —respondió uno—. Estas nenas tan guapas nos han despistado.

—No me llame «nena» —protestó Dorothy por enésima vez.

—Pongan los camiones junto a esos árboles —gritó Rusty.

Los motores de los vehículos que estaban en la carretera volvieron a la vida. Aquella se apoyó en el guardabarros del Rapid. Sacó un cigarrillo y le tendió el paquete a él, que se acercó y lo cogió. Ella se lo encendió.

—Voy a dejarlo —dijo este.

—Y yo.

—Muy pronto.

—Pero hoy no.

—Ser soldado es una jodienda —señaló Rusty.

—No creo que sea peor que lo que hacemos nosotras. Cocineras a tiempo completo.

—No lo había pensado —comentó—. Pero, bueno, por lo menos ven mundo.

—Una mierda… —replicó Dorothy, como solía hacer su hermano: con la cabeza gacha, escarbando en la tierra con la puntera de la bota.

Se echaron el humo el uno a la otra.

—¿Cómo está la señorita Irene?

—Estupenda —dijo la chica, señalando con la barbilla hacia el Rapid City.

—Parece más liada que un gato enterrando mierda en un suelo de mármol.

—Muy gracioso —dijo Dorothy sin reírse—. Esa ha sido buena.

Siguieron fumando y filosofando. Detrás de ellos, las tazas repiqueteaban, los soldados flirteaban y los dónuts volaban.

—Vaya y regálele el oído —sentenció aquella.

Sin que los estadounidenses lo supieran, unos hombres de uniforme gris, tumbados boca abajo en mitad del bosque, vigilaban todos sus movimientos a través de unos prismáticos grandes. Se trataba de una patrulla de reconocimiento, la avanzadilla de una tropa situada varios kilómetros atrás. Los cascos estaban en el suelo, cerca de ellos. Una gorra negra de plato exhibía una calavera plateada en la visera. Todas las radios estaban silenciadas. Nadie hablaba. Se comunicaban mediante gestos con las manos. Los fusiles estaban envueltos en tela de camuflaje. Detrás de ellos, las tropas de la Wehrmacht se dirigían al oeste.

Russell se coló sin molestarse siquiera en pedir disculpas. Los soldados odiaban cuando un oficial se aprovechaba de su rango, pero no les quedó otra que dejarlo pasar. En el Ejército, los de abajo pagan los platos rotos. Se echaron atrás e hicieron muecas a sus espaldas.

—¡Teniente! —dijo Irene—, ¡me alegro mucho de verlo!

—Muy buenas, señorita.

—¿Cómo está, Russell?

—Tengo tanta hambre que mi estómago cree que me han degollado.

Irene le sirvió un plato con rosquillas y una taza de café solo humeante. Fue a poner más discos, sacó un delantal nuevo de su caja y se lo ató. Dorothy se acercó lentamente y le echó una mano sin poner demasiado empeño. En general, la cosa no había ido tan mal. Unos cien soldados. Un par de horas. Estaban batiendo récords de velocidad. Por fortuna, con las rosquillas del día anterior cubrieron la mitad de los pedidos.

Dorothy se puso a trastear con el cableado de la cocina mientras Irene arrastraba la urna del café hacia la puerta de atrás, donde unos soldados la ayudaron a sacarla. Dentro quedaban unos diez centímetros de café. Lo usaron para regar un árbol. Ella se sentó en los escalones traseros del camión e imaginó que caminaba por el campo con el Manitas, rumbo a los arces y al gran roble situado en la parte más alejada de la finca de los Woodward, en Mattituck. Mejor incluso: imaginó a Hans llevándola a las montañas de su Oregón natal. En la mente de Irene eran como el Himalaya cubierto de nieve.

Dorothy estaba comprobando los neumáticos cuando Rusty salió del bosque subiéndose la cremallera de los pantalones.

—Señoras —dijo—, ¿les gustan las infracciones menores?

—¿Como cuáles? —preguntó Dorothy.

—Como ayudarme a pasar por alto ciertas órdenes.

—Russell Penney —intervino Irene—, ¿de qué demonios está

hablando?

—Bueno, no es gran cosa. No se trata de ningún delito. Solo de evadir algunas órdenes. Pero, como ustedes son voluntarias, en teoría no pertenecen al Ejército, ¿cierto? Las órdenes que yo recibo no les afectan. ¿Me entienden?

—La verdad es que no —admitió Dorothy.

—Hay una ciudad a menos de cuarenta y cinco minutos —dijo—. Solo tienen que llevarlo hasta allí.

—¿Llevar el qué? —preguntó Irene, cada vez más exasperada.

Rusty miró en torno para asegurarse de que ninguno de los hombres lo oía.

—Ayer nos dijeron que dejáramos de robar cosas de casas y hoteles. —Las llevó a su jeep, donde, detrás de los asientos delanteros, había un par de cajas cubiertas de arpillera. Tras retirar la tela y abrir las tapas vieron unas botellas polvorientas—. Aguardiente de frutas —dijo —. Las tomé prestadas de la cocina de un hotelito que usaban los alemanes. Y un poco de ron también.

Las dos mujeres se inclinaron sobre las botellas como si estuviesen de compras.

—No es contrabando de oro, por el amor de Dios —dijo Rusty.

—Esto quita todas las penas —señaló Dorothy.

—Qué bien me vendría un buen trago —admitió Irene.

—Cualquier cosa menos café —terció la otra.

Él se metió las manos en los bolsillos y agachó la cabeza.

—Sé que beber es lo que más las divierte —dijo, como intentando convencerlas—. En el camión tienen sitio de sobra para guardar las cajas. Hasta una vaca cabría. Hay un montón de rincones donde esconderlas. Luego, por la noche, podríamos hacer una fiesta.

¿Por qué no les había dicho eso desde el principio? Al instante guardaron el licor en un armario vacío que había debajo del mostrador, detrás de los sacos de mezcla para dónuts y de un pequeño cartel que decía: HAY QUE MEDIR EL AGUA.

Russell se subió al jeep y enfiló la carretera.

El grueso del grupo de combate alemán se había cernido como una guadaña sobre los perímetros occidental y septentrional del pequeño pueblo francés. Estaban esperando a que se hiciese de noche para recuperarlo. Y esta vez iban a atacar de forma severa e inmisericorde.

16

Una hora para el combate.

Dorothy no tenía ganas de hablar. Irene tampoco decía nada. Querían emborracharse, bañarse, irse a la cama. No les importaba estar en silencio.

A un kilómetro y medio de la ciudad se toparon con varios vehículos alemanes volcados y quemados. Efigies carbonizadas de hombres con la sonrisa blanca y pose extrañamente despreocupada. Aunque la mayoría de los postes telefónicos seguían en pie, los cables habían sido cortados y estaban en el suelo, a lo largo de la carretera.

El camión, tras separar a su paso un pequeño rebaño de ovejas, hizo su entrada en el pueblo, enclavado en un suave valle y rodeado casi en su totalidad por un bosque oscuro y lejano. Ninguna de las dos tenía la menor idea de cómo se llamaba. San Nosequé. Los campanarios asomaban a través de las ruinas. Bajo el sol del atardecer, la plaza mayor revelaba un aire festivo, nada que ver con los horrores que acababan de presenciar. Las campanas de la iglesia estaban anunciando las seis en punto. Las casas, de un tono amarillo deslucido, tenían cubiertas de tejas rojas y había pequeñas estatuas sobre pedestales y pancartas de bienvenida colgando de las ventanas superiores. Algunas personas ondeaban banderas estadounidenses. Como contrapunto, los agujeros de bala que hilvanaban las paredes; las ventanas agrietadas, rotas; el campanario partido en dos por un cañonazo. El olor familiar a humo impregnaba la escena.

—Espero que tengamos suerte y encontremos algún restaurante abierto —dijo Irene—. Estaría bien que nos mimaran un poco.

Su compañera esquivó un cráter rodeado de montañas de ladrillos y tierra de color sangre vieja. Las fachadas de algunos edificios estaban desportilladas. Soldados estadounidenses descansaban a la sombra, acariciando a unos gatos infelices por detrás de las orejas. Las saludaban radiantes, como estrellas de cine. Dorothy conducía el Rapid entre muros y postes telefónicos. Los perros lanzaban ataques suicidas contra los neumáticos.

Los edificios parecían exhaustos y abatidos. El chasis carbonizado de un coche de Estado alemán yacía como el esqueleto de un dinosaurio en mitad de un charco de cenizas, junto a la calle principal.

Un jeep estadounidense con una ametralladora Browning del 30 montada sobre un trípode se hallaba a tres metros de él. Algunos ciudadanos caminaban arrastrando los pies, cabizbajos, como si les faltase energía para alzar la vista mientras sus vecinos más alegres lanzaban vivas y aplausos.

Dorothy detuvo el camión un momento y sacó el codo por la ventanilla, cerrando los ojos y levantando la cara hacia el sol que descendía.

—Cuando las mujeres gobiernen el mundo —dijo—, tendremos guerras más inteligentes.

Irene se inclinó hacia delante y observó a través del parabrisas cubierto de insectos. De una pequeña iglesia sobresalía un fresno solitario, cuyas hojas amarillas y rojas contrastaban con el cielo azul grisáceo. Los gorriones revoloteaban por los bordillos y los jardines. Más arriba, las golondrinas escindían el aire con su cola afilada.

En un cruce de cuatro vías, donde la calle principal intersecaba con tres carriles, un demacrado san Jorge clavaba su lanza torcida en un trágico dragón. La fuente sobre la que se alzaban ambas estatuas estaba seca.

—Esos pobres necesitan un dónut —dijo Irene.

Multitud de puertas azules y rojas rompían el amarillo de las paredes. Contraventanas negras abiertas a la luz menguante. Otro pueblo europeo preguntándose qué le había pasado al mundo. Impactos de balas del tamaño de una taza jalonaban las paredes. Pero en la plaza habían puesto mesas con manteles y, sobre ellas, platitos con pan blanco y salchichas, como si la guerra fuese un mito. Los lugareños degustaban vino, sorprendidos ante un cielo repentinamente libre de peligros. Saludaban con la cabeza al rugiente Rapid. Los camareros, malhumorados, apartaban las sillas para que el camión pasara.

—¡Ánimo! —gritó Dorothy—. Los estamos liberando.

Ellos ni levantaron la vista.

—Ya lo han visto todo —comentó Irene.

La otra pisó el duro embrague con el pie izquierdo y cambió de marcha. Pasaron junto al último y obstinado café del pueblo y se adentraron en la zona residencial. Fumaba sin tocar el cigarrillo. Algunas calles estaban bloqueadas por gente desarrapada que las saludaba. Los civiles que vieron el emblema de la Cruz Roja probablemente creyeron que eran enfermeras que venían a repartir medicamentos. Dorothy e Irene se detuvieron un momento para admirar las estatuas de cabezas de caballo que sobresalían de forma misteriosa de las fachadas de tres pisos. Era como si las tallas tuviesen

vida propia, los caballos parecía observarlas con curiosidad. Los soldados, pitillo en mano y sin dejar de limpiar los rifles, dijeron:

—Ey, nenas.

Dorothy hizo el signo de la victoria.

Las casas más viejas —esas pequeñas viviendas grises de campesinos hechas a base de piedras apiladas que habían permanecido intactas durante cientos de años— habían sido reducidas a montañitas de escombros. El olor a pan recién horneado competía con el hedor de la basura. El sol se afanaba en pintar las paredes con sus postreros óleos amarillos y anaranjados. Todo era insoportable.

—Un baño y una cama —dijo Irene.

—Dormir en condiciones toda la noche —añadió Dorothy.

—Una botella de ron.

—Dos.

La conductora ignoró el tumulto y siguió buscando algún rincón protegido donde aparcar. No hacía falta ser muy lista para saber que ningún pueblo de Europa era seguro. Bloomington era seguro. Indianápolis era seguro. Esta aldea… Escupió por la ventana. Era muy bonita, sí, pero bastaría un bombardero para destruir el Rapid City y todo lo que había a su alrededor.

Ya estaban en las afueras cuando encontró un pequeño granero cuya estructura se inclinaba levemente hacia un lado. Estaba vacío; varios rayos cobrizos seccionaban en oblicuo la oscuridad del interior. Partículas blancas de polvo y paja flotaban en los estrechos haces de luz. Más allá del granero había campos y una especie de pantano. Ningún maldito alemán iba a asomar la cabeza por allí. Al menos estarían a salvo por uno de los flancos. Dorothy llevó el camión hacia allí con la mano firme de un capitán de barco.

—Buena chica —dijo Irene.

El vehículo dio varias sacudidas cuando aquella apagó el motor, como si se resistiera a detenerse. Cuando al fin se quedó quieto, oyeron las notas débiles y desafinadas de una banda de música que tocaba en la plaza. Antes de abrir la puerta, ella buscó la pistola del 45 bajo el asiento y la enfundó. Las cabras olisquearon los enormes neumáticos del camión, se arrimaron a las piernas de las mujeres y les golpearon las rodillas mientras salían del granero y se adentraban en lo que quedaba de día. Las pequeñas bestias saltaron bien alto, aterrizaron en los estribos del camión y volvieron a lanzarse al vacío.

—Vamos —dijo Dorothy—, necesito comer algo.

Comenzaron a caminar de vuelta al pueblo.

—Solo los muertos han visto el final de la guerra[8] —dijo Irene.

Varios pasos después, Dorothy:

—¿Qué tontería es esa?

—George Santayana.

Dorothy se quedó cavilando un momento y luego dijo:

—Dios mío, Caimana. ¿Quién demonios es ese? Y qué macabro, ¿no?

Al doblar una esquina fueron abordadas por una familia harapienta. Una niña enjuta, toda ojos, toda mocos en la cara, con su pelo negro mugriento coronándole la cabeza. Un señor mayor y una mujer delgada la acompañaban. Al principio, Irene pensó que eran mendigos. La niña llevaba un vestido demasiado pequeño que la hacía parecer un triángulo rojo y holliniento con dos piernecitas costrosas. Un chal le cubría los hombros. Los adultos llevaban abrigo negro; el del padre estaba roto por el hombro. Alrededor de la cabeza tenía una venda rosada y un espantoso parche mohoso sobre el ojo. Tenía las manos envueltas en vendas sucias.

Dorothy le ofreció un cigarrillo. Lo sacó del paquete e Irene lo encendió. El hombre cerró el ojo bueno y retuvo el humo un momento.

—Grasias —dijo.

—De nada —respondió la primera.

—Yo era el alcalde —dijo, sorprendiendo a las mujeres no solo por su inglés, sino por la información revelada.

Se miraron la una a la otra.

—Ya, ya —prosiguió el hombre, quitándose la maltrecha chaqueta —. Antes. Ahora no soy tan *sophistiqué.*

—Buenas tardes, *monsieur* —dijo Irene—. Lo siento, pero tenemos un poco de prisa. ¿Podemos ayudarlo?

—Por favor —dijo el hombre.

—No tenemos dinero —aclaró Dorothy—. Lo sentimos.

—Ellos estropean mis manos, ¿ve?

—¿Quiénes? —preguntó Irene.

—Los alemanes. Ellos quitar mi ojo —dijo—. La señora se estremeció y apartó la cara—. Con cuchara —siguió diciendo el hombre.

La mujer le puso las manos sobre las orejas a la niña.

—Jesús —dijo ella.

—Por favor —insistió el hombre.

—¿Qué necesita? —preguntó.

—Ellos volver.

—No —repuso Dorothy.

—Qué va —coincidió Irene—. Hemos ganado. —Esbozó una sonrisa tranquilizadora.

La niña rompió a llorar y escondió la cara tras la falda de su madre.

—Ellos volver —repitió el hombre.

—No —aseguró Dorothy—. No van a volver. —Fue a darle una palmadita, pero él apartó el brazo.

—¡No! Volver. Acabar conmigo entonces. Con toda mi familia. —Puso las manos sobre su mujer y su hija.

Los últimos rayos de sol se posaron sobre sus rostros. Oyeron una trompeta en alguna parte. En los árboles, los cuervos dieron sla voz de alarma.

—Matar a toda mi familia. *Totenkopf,* ¿*sí*?

Desconocían esa palabra.

El hombre señaló a la mujer y la hija con la mano destrozada.

—Por favor, mirar a mi Lily. A mi Lina. —Ellas no querían—. Volver a por nosotros. Mirar. —Movió el brazo como queriendo abarcar la aldea entera—. Querer matar a todos.

—No se preocupe —dijo Irene, sabiendo lo ridículo que sonaba mientras lo decía.

—No tonterías —dijo el hombre—. Salvar a mi Lily.

La chica las miró y escudriñó ambos rostros con sus oscurísimos ojos.

—Señor —dijo Irene.

—Llevar a Lily. Llevar con vosotras, por favor. Salvar a nuestra niña. Bélgica. París. América.

La madre se cubrió la cara con las manos.

Ellas presentaron sus excusas. El reglamento jamás permitiría algo así. Carecían del entrenamiento y de los medios para salvar a Lily, por muy adorable que fuese. La familia tendría que confiar en los soldados aliados. El Ejército estadounidense no los abandonaría. George S. Patton era el hombre que los liberaría y protegería. Por la mañana habría café y dónuts. ¿Saben lo que son los dónuts?

Hicieron caso omiso de las nuevas súplicas del hombre, entregaron a Lily una chocolatina Hershey y se alejaron a todo correr en un vano intento por huir de su propia conciencia.

El infierno las esperaba a la vuelta de la esquina.

---

8 George Santayana, *Soliloquios en Inglaterra y soliloquios posteriores,* traducción de Daniel Moreno Moreno, Trotta, Madrid, 2009. *(N. del T.)*

17

Había caído ya la noche cuando, al doblar la esquina de la plaza mayor, un estruendo monstruoso las sorprendió. La gente corría en estampida, ciega, con la boca abierta.

De repente, todo eran erupciones. Fuego. Sin ningún tipo de preámbulo, la tierra empezó a saltar en mil pedazos. La aguja de una iglesia explotó. Unos tanques grises que escupían nubes negras arrasaron unos almacenes situados cien metros más allá; del cañón de uno de ellos salían bocanadas de fuego. Las llamas naranjas se expandían en todas direcciones, proyectando sombras de una oscuridad insondable; casi se oía cuando alcanzaban los edificios y las calles, creando visiones negras fantasmagóricas y espectros alargados que trepaban por las paredes.

Irene atravesó corriendo la plaza en llamas. Se aferraba a Dorothy con la mirada, como si la visión fuese una cuerda que tirase de ella. Esta corría más rápido que ella, que pensó que iba a desmayarse mucho antes de que su compañera se perdiera en la noche y la abandonara. No podía quedarse sola. Obligó a sus piernas a moverse con más fuerza. Apenas podía respirar, una piedra parecía atascarle la garganta.

Consiguió soltar un chillido primario.

—¡No hables! ¡Corre! —gritó Dorothy.

Solo se tenían la una a la otra. No había pensamientos, solo terror. Ojos desorbitados, presos del pánico, miradas animales en busca de alguna vía de escape.

Dorothy la miró y le indicó mediante gestos que no se detuviera. Irene corría más rápido de lo que ella misma pensaba que era capaz. Nada importaba aparte de esto: quería vivir. Nunca antes había deseado algo con tanta fuerza. Vivir. A cualquier precio. Se alegraría si los civiles que la rodeaban cayesen, porque eso significaría que podría vivir un minuto más.

—¡Correeee! —gritó Dorothy de nuevo.

Con qué ferocidad ardía el centro del pueblo. Con qué rapidez se había incendiado. Las chispas se elevaban en espiral hacia el cielo. Más detonaciones. Irene sentía un martilleo en el pecho debido a los incesantes disparos de rifles. Cada sonido era un asalto a los sentidos:

el estruendo de la conflagración, el inmenso crepitar de los edificios viejos, las tejas derrumbándose y estallando como pequeñas bombas, las ventanas haciéndose añicos, más disparos de fusiles en mitad del humo. El rugido de los motores amortiguaba los gritos de los civiles, a los que perseguían por avenidas y callejones. El golpeteo de las pesadas botas corriendo por las calles, voces de hombre gritando. Un sinfín de ruidos por todos lados, sin ningún origen concreto.

Sintieron otros cuerpos golpeándolas, manos y codos intentado abrirse paso. Se apartaron de la multitud en busca de cualquier resquicio oscuro por el que escapar. Las llamas fueron tras ellas al doblar la esquina, prendiendo fuego a los pequeños abedules y arces, ya de por sí iluminados por las tonalidades otoñales que tanto gustaban a Irene. Todos los perros habían huido al bosque, donde ladraban y aullaban entre las sombras. Tablones de madera quemada volaban por los aires, arrastrando humo como cohetes.

Ya no pensaban que les quedasen años de vida por delante. Con qué facilidad se había desmoronado esa ilusión: ahora solo se trataba de sobrevivir. Por la tarde habían estado bromeando con unos soldados desaliñados, compartiendo cigarrillos y charlando sobre los Dodgers. Ahora, los dragones habían vuelto a la vida y habían escapado del bosque y estaban arrasando cafés y tiendas a lo largo del bulevar principal. Los propios hombres estallaban en mil pedazos como casitas bombardeadas. A Irene le cayó en la cara un chorro de sangre caliente y empezó a gritar porque pensaba que un disparo la había alcanzado.

Un soldado gritó que corrieran y disparó contra los tanques alemanes.

Se encontraban fuera del mundo que creían conocer, en un lugar fragmentario. Un universo donde los ladrillos volaban. Donde los tejados se venían abajo de improviso, como las hojas cuando el viento cede. Donde el ruido era tan agresivo que no lo oían siquiera.

Un único pensamiento: escapar.

—¡Irene, cuerpo a tierra!

Esta se dejó caer de rodillas. Una tormenta de piedras y polvo sobrevoló su cabeza mientras Dorothy la agarraba de la blusa y tiraba de ella.

—¡Venga, venga, venga! —gritó su amiga.

Los disparos semejaban relámpagos entre los muros de los edificios viejos, aunque el sonido no se parecía en nada al de los truenos. Pero los motores… Los motores… Los motores de los tanques parecían monstruos que se acercaban cada vez más a ellas. Y las explosiones no dejaban de resonar: cada estampido recibía una respuesta inmediata, como si rebotase en los muros del pueblo.

Irene sentía también las vibraciones en sus propias carnes. Las entrañas se le mecían como gelatina dolorosa. Oía el fin del mundo a través de los huesos. Las mujeres se tropezaban por culpa de las botas y, por más que intentaban correr, les parecía avanzar cada vez más despacio, como un sueño que te golpea el corazón hasta que te despiertas con sensación de asfixia.

Dorothy se puso detrás de ella y empezó a darle empujones.

—¡Estoy corriendo lo más rápido que puedo! —gritó Irene.

—Pues corre más.

Los soldados las flanquearon, giraron sobre sí mismos y se arrodillaron para cubrirlas. Dorothy estaba gritando de nuevo, pero ella no la oía y temía volver la cabeza, porque la única forma de no tropezarse con aquellos adoquines era no perder de vista el suelo.

Entonces oyó lo que le gritaba:

—¡Mueve el culo!

Y siguieron corriendo. Las balas alemanas tronaban sobre ellas, fisuras sonoras en el aire, vacíos que se formaban y estallaban en el espacio atmosférico. ¡Crac! ¡Crac! Los disparos eran cada vez más bajos, a la altura de los oídos, como avispas zumbando en la oscuridad. ¡Bzzz! Los soldados caían a diestro y siniestro.

Confiando en el entrenamiento que habían recibido, corrían agachadas y en zigzag. Rompieron el protocolo cogiéndose de la mano. El humo era asfixiante. Doblaron otra esquina y estaba despejado. Aire limpio. Como si hubiesen aterrizado en un pueblo nuevo. Incluso el ruido había disminuido.

Redujeron la marcha para recuperar el aliento. Dorothy se agarraba el costado y caminaba inclinada. Irene quería agacharse y poner las manos sobre las rodillas.

—Madre mía —dijo esta—. Madre mía. —Siguió caminando medio ahogada, buscando aire.

Las callejuelas estrechas formaban una suerte de laberinto gris. Cualquier mínimo error podía ser fatal. Los gatos trepaban por las paredes como sombras. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! El sonido podía venir de cualquier parte. Las ratas salieron en tropel de las alcantarillas y las Hermanas del City echaron de nuevo a correr.

No tenían ni idea de en qué parte del pueblo se encontraban. Se limitaban a saltar cualquier obstáculo que hallasen en el camino. Una silla destrozada. Un montón de ladrillos que habían servido de chimenea hasta hacía nada. Un charco de agua negra. Los cristales de las ventanas de un albergue cayéndoles encima como lluvia afilada.

Voces masculinas gritaban detrás de ellas, primitivas, emitiendo obscenidades guturales y órdenes en un idioma desconocido.

—¡Corre, Dorothy! —gritó Irene, que había tomado la delantera.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —dijo la otra y, acto seguido, la agarró, la lanzó sobre un muro de mampostería semiderruido y se zambulló tras ella mientras las balas enemigas trazaban a sus espaldas una línea diagonal de restos de pólvora.

Los civiles chillaban como almas en pena al pasar corriendo junto al muro. Tras ellos, el sonido de las botas y las radios.

—¿Nos verán? —preguntó Irene, con la cara pegada a la tierra negra y amarga.

—Shhh.

—Dot…

—Calla ya.

Mantenían la cabeza agachada, sujeta entre las manos.

De todos los sonidos de aquella noche, los chillidos eran los peores. Irene no soportaba ese tono tan agudo. La retrotraía a la granja de los Woodward, a la matanza del cerdo, igual que los terribles chirridos del tren que la llevó a Londres. Se arrodilló y se llevó los dedos a los oídos. Tenía tierra en la boca. Apoyó con fuerza la frente sobre el suelo y empezó a gimotear.

Dorothy, que estaba tumbada al lado de ella, en el huerto, susurró:

—Todo va a salir bien, Caimana. Te lo prometo.

Se cogieron de la mano. El murete de mampostería era todo lo que se interponía entre ellas y los tanques Panzer, uno de los cuales estaba destruyendo una casa a apenas media manzana de donde estaban. El ruido era inmenso. El tanque giró sobre sus orugas, retrocedió un poco, atravesó el muro más alejado de la casa y dobló la esquina.

Habían pasado menos de veinte minutos desde que los tanques desgarraron el bosque e irrumpieron en el pueblo, pero parecían horas. Sobre el huerto llovían astillas y ladrillos que formaban cascadas de polvo. El hedor del mantillo y la tierra casi les resultó exótico. Notaban los tubérculos blandos bajo las manos y los fluidos de las hojas viejas del abono vegetal entre las rodillas. Al fondo se alzaba un cobertizo con forma de trapecio, medio roto, y, dentro, un ganso aterrorizado proclamaba sus avisos interminables.

—Dot —susurró Irene—, allí. —Señaló con la barbilla hacia la casa, al otro lado de la estrecha finca, donde se veía la puerta de la cocina medio arrancada y colgando.

—Vamos —dijo Dorothy.

—Recibido —respondió ella y emprendió la marcha a gatas.

—¡Irene! —susurró la otra—. ¡Baja el culo!

Irene llegó a la puerta y rodó sobre los hombros hasta entrar en la oscuridad de la cocina.

Dorothy fue tras ella a toda velocidad, se puso boca arriba y cerró la puerta de una patada; rebotó y volvió a abrirse.

—¡Cabrona! —dijo y la pateó de nuevo.

Fuera de las ventanas, el cielo arrojaba destellos rojos y amarillos. Se tumbaron boca arriba, con los brazos en cruz, totalmente agotadas. Jadeando, tratando de absorber aire. Dorothy tenía una rodilla en alto. Ella se puso las manos bajo la nuca y cruzó los tobillos. El pecho no dejaba de palpitarle. Parecían estar cómodas, por absurdo que resulte. El cuerpo de Irene actuaba por voluntad propia. Los escalofríos le recorrían el vientre, los brazos y las piernas, y los pies pataleaban solos.

—Santo Dios —exclamó Dorothy.

Una capa grasienta de sudor les ungía el rostro. Respiraron hasta que la sensación de aspereza se extinguió de las gargantas.

Su amiga giró la cabeza y escupió tierra.

—Casi me meo encima —confesó.

Estaban allí, en mitad de aquella noche insondable, aisladas, ciegas, a varias calles del corazón de la catástrofe. Tenían la sensación de haber corrido una decena de kilómetros. Los almacenes de la calle principal estaban en llamas y los edificios comenzaban ya su agónico derrumbe. La luz aceitosa y anaranjada salpicaba los callejones como en oleadas. Las casas circundantes se tambaleaban bajo aquel resplandor.

Los disparos cesaron momentáneamente. Dorothy estaba de rodillas, asomada al alféizar de la ventana, con cuidado de no cortarse con los restos de cristal que sobresalían del marco. Luego observó la habitación oscura en la que se hallaban. Al parecer, los que vivían allí habían tenido la ocurrencia de apagar las lámparas de la cocina antes de huir. La luz titilante de los incendios confería a aquel espacio un resplandor ocre sucio. Olía a coles.

Una mesita destartalada y tres sillas toscas se apiñaban en un rincón, al lado de varias estanterías desnudas. Irene se puso también de rodillas y distinguió en la oscuridad algunos platos sobre la mesa. La cena abandonada. Volvió a hundirse en el suelo. La estufa de hierro estaba a sus espaldas, fría y densa. Había una bomba junto a la pila y un cubo al lado, en el suelo. Agua de pozo. Por un momento se preguntó si no sería la casa del alcalde. El hombre de un solo ojo. ¿Y cómo se llamaba la niña, su hija? ¿Lily? ¿Lina?

—Oye, Irene —susurró Dorothy—, huele a pan. ¿Hay en esa mesa?

—Yo solo huelo a humo.

—Encima de la mesa.

Ella se arrastró, levantó la mano y buscó a tientas.

—Eh —dijo y cogió una barra de pan negro a la que le faltaba un gran mordisco en un extremo. Luego cogió un plato—. Queso —informó.

Era tierno y grasiento, con un toque agrio. Irene se lamió los dedos. Dorothy se acercó a ella de rodillas. Se acuclillaron como cavernícolas y despedazaron el pan a mordiscos.

Esta intentó decir algo, pero tenía la boca tan llena que era imposible entenderla.

Irene se estaba riendo cuando un trozo de cristal cayó por la ventana y se rompió en el suelo. Tras ellas, un chasquido metálico seguido del frufrú de una manga. Ambas respondieron de forma instintiva. Dorothy se tiró al suelo y se cubrió la cabeza. Ella echó mano de la cartuchera, pero estaba vacía. Un soldado alemán las estaba observando, asomado por el hueco donde antes había cristal, con el rifle apuntando vagamente hacia la habitación. Miró a Irene a los ojos. No llevaba casco. Sonrió mientras acercaba el dedo al gatillo.

—*Nein! Nein! Nein!* —gritó Dorothy—. *¡Nein,* so cabrón, *nein!*

Se dieron golpecitos en el parche del hombro.

—¡Cruz Roja! ¡Cruz Roja! —gritaron ambas, como si se tratara de un conjuro que tuviese el poder de salvarles la vida—. ¡Cruz Roja!

El soldado se limitó a mirarlas fijamente, cerró un ojo y apuntó hacia ellas con teatralidad.

—*Nein!* —dijo Irene—. *Nein! Nein!* ¡Cruz Roja! *Bitte.*

El hombre miró atrás, por encima del hombro, hacia el apocalipsis que consumía el pueblo, y luego se giró hacia ellas.

—*Bitte!* —repitió.

—*Français ?* —preguntó el soldado.

Irene negó con la cabeza.

—*Belge ?*

—Estadounidenses, maldita sea —dijo Dorothy.

El soldado sonrió con aire de superioridad.

—¿Judía? —dijo en su idioma.

—Presbiteriana, gilipollas.

Él la miró fijamente.

—Dottie —advirtió Irene.

—*Rotes Kreuz?* —preguntó el otro.

—*Ja! Ja!* —Ella, presa del terror, se volvió de súbito bilingüe. Volvió a señalarse el parche del hombro—. *Rotes Kreuz.* —Levantó las manos, como si estas pudiesen detener una bala.

El soldado bostezó.

—*Jawohl* —murmuró, con el dedo aún en el gatillo.

Irene pensó que nunca olvidaría su cara, lo cansado que parecía. Lo

mucho que le recordaba al padre de alguien, forzado a dejar su periódico y su taza de café después de un largo y duro día de trabajo. Pero no podía tener más de veinticinco años. Su sonrisa traslucía aburrimiento absoluto. Había visto antes esa apariencia, muchas veces. Todos los soldados que hacían cola para tomar un café tenían la misma expresión. Un rostro lleno de complacencia desdeñosa. Si lo hubieran visto caminando por la calle en Estados Unidos, ni se habrían fijado en él. Y ahora iba a matarlas.

Dorothy también abrió las manos para atrapar las balas venideras.

—Vamos, hombre —le imploró.

El soldado parpadeó lentamente, como si tuviera sueño.

Se dieron más golpecitos en el parche del hombro.

—¿Sí? —dijeron—. ¿De acuerdo?

Él ahogó un bostezo. Con mucho acento, dijo:

—Sí, pero darme igual.

Otro trozo de cristal se desprendió de la ventana y se hizo añicos con musicalidad al chocar contra el suelo.

El soldado miró hacia abajo, un poco sorprendido.

—Yo matar mujeres —observó a modo de disculpa y se encogió levemente de hombros. Otro parpadeo muy largo. Luego sonrió como si tal acto le produjese vergüenza—. No doler —dijo. Parecía estar quitándose con la lengua algún resto de comida de entre los dientes; el ancho agujero del cañón del rifle levitaba frente al rostro de Irene y Dorothy—. ¿Enfermeras? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No. *Nein.* No.

El soldado apartó una mano del arma y se frotó los ojos.

—¿Entonces? —dijo—. *Zen vott?*

—¡Dónuts! —gritaron—. ¡Café! ¡Hacemos café!

El alemán inclinó la cabeza.

—*Was ist das?* —inquirió, apuntando a una y luego a otra.

Dorothy hizo la pantomima de sorber café de una taza.

—¿No enfermeras?

—No.

Irene exprimió un poco más el alemán que había aprendido en el instituto, en Staten Island:

—*Kr…* —empezó a decir. Se llevó los nudillos a la frente—. *Krapfen!*

—Y café —añadió Dorothy.

Ella bebió de su propia taza imaginaria.

—*Yeah* —dijo aquella. «Debe de pensar que he dicho *Ja»,* supuso. Probablemente él creía que ella era alemana.

—*Ihr machen Kaffee?* —preguntó.

—*Oui !* —respondió Irene.

El soldado soltó una carcajada y dijo:

—*Scheisse.*

Su expresión sugería que ya no se sorprendía por nada, como si la ridiculez de la vida le recordase lo absurdo que era todo. Seguro que tenía una novia en Baviera que se parecía a Dorothy. Tal vez le leyese poemas de Novalis y Rilke en la plaza del pueblo mientras se tomaban un trozo de *Stollen* y una taza de *Kaffee.* Todo era absurdo, decía su rostro. No había palabras para describirlo.

—*Albern.* —Bajó el rifle. Hizo un gesto con la mano libre, como diciendo: «Abajo, abajo: no levantar»—. Yo venir por vosotras después.

Desapareció corriendo en la oscuridad.

18

Volvieron a respirar

El tiroteo sonaba ahora distante. En otro barrio. Los rifles y las ametralladoras emitían un sonido plano, artificial. No se oían botas corriendo por el callejón. Tampoco los terribles motores. Ambas se sentían mareadas.

—Estaba a punto de darle una bofetada —se jactó Dorothy.

—Ahora ya es tarde.

Empezaron a animarse mutuamente al más puro estilo norteamericano: ¡nadie iba a quebrar su espíritu de superación! En las inmediaciones de su escondite reinaba el silencio, salvo por el crepitar de las hogueras y el pobre ganso, que seguía revoloteando en el cobertizo.

—¿Ha terminado ya? —preguntó Irene.

—Yo que tú no saldría a averiguarlo.

—Siento haber perdido el arma, cariño.

—No me llames eso. La gente se va a pensar que estamos enamoradas.

Soltaron una risita; tenían los ojos brillantes de la adrenalina.

—En realidad, te odio —dijo Irene.

—Yo también a ti —respondió Dorothy. Sacó del bolsillo del pecho un paquete de cigarrillos aplastado, alisó uno y se lo llevó a los labios; luego cogió una cerilla, la encendió con el suelo entarimado y ahuecó la llama con la mano libre, por si hubiese algún francotirador vigilándolas desde fuera—. Voy a dejarlo —prometió.

—No era mi intención perder la pistola —dijo Irene.

—Vale —dijo Dorothy, haciendo flotar la palabra en una nube azul de humo.

—En serio, no era mi intención —insistió ella.

—Vale. —Le temblaban las manos, al igual que antes, cuando conducía.

—¡Lo sé, soy una inútil! —gritó Irene.

Su amiga se quedó mirándola.

Ella chasqueó los dedos.

—Dame uno.

Dorothy le tiró el paquete.

—Querida Dot —dijo Irene—, duerme un poco. Yo me quedo vigilando.

La otra ni siquiera hizo el intento de llevarle la contraria. Se puso de lado y apoyó la cabeza en el brazo de ella, a quien le pareció una postura terriblemente incómoda. Pero pronto el agotamiento se apoderó de su querida Dot y empezó a roncar.

Se metió debajo de la mesa, por si volvía el alemán. Se comió lo que quedaba de pan y queso.

—No te duermas, Irene —se susurró a sí misma.

Se mantuvo alerta. La noche se estaba tornando viscosa; discurría con lentitud, como masa derramándose de un cuenco. El aire era húmedo, empalagoso. A través de la ventana vio cómo se deslizaba la niebla. El tiempo se congeló. Las horas parecían días. El extenuado mundo se oxidaba a su alrededor. Se introdujo debajo de la mesa y se tumbó con la cabeza sobre las manos, cruzadas, como una niña, observando —y escuchando— cómo Dorothy dormía a sus anchas. Irene estaba inquieta. Se arrastró hasta la ventana y volvió a asomarse. Nada, salvo algunos destellos y humo en ambas direcciones. De vez en cuando se oía el estruendo de algún edificio derrumbándose. Una capa gris densa recubría el paisaje. El aire portaba el desagradable aroma de la batalla. A pólvora y a quemado. Olores biológicos nauseabundos. Carne. Y a través de las nubes y el humo le llegaba el sonido de palpitantes motores.

Apartó la cara de los cristales rotos, se arrastró hasta la puerta que conducía al resto de la casa y se asomó para ver qué había. Se sobresaltó al vislumbrar unas escaleras sombrías que conducían a una habitación superior. Ninguna de las dos se había percatado de la existencia de un segundo piso.

Le sobrevino una especie de duermevela, como si estuviese soñando allí mismo, de rodillas. La estancia del final de la escalera era luminosa: debía de ser primavera o verano. Entonces se dio cuenta de que aquella habitación era el único lugar donde refugiarse de la guerra. Había algún tipo de magia en ella, un hechizo. Nunca estaba oscura ni la acechaba ningún peligroso. Pero se imaginó subiendo a toda prisa a la habitación, donde al llegar vio que estaba repleta de esqueletos; todos miraban por la ventana con sus negras oquedades donde antes había ojos… Se despertó dando una patada; seguía al pie de la escalera.

La estancia que tenía delante, en la planta baja, había quedado parcialmente destruida por el fuego de las ametralladoras. Las finas cortinas blancas de las ventanas se habían quemado por el calor de las balas. Los jirones que quedaban se mecían bajo la luz ambiental. El

suelo estaba cubierto de cristales y fragmentos de pared. Había un escritorio pesado a un lado de la habitación, con la silla volcada, y estanterías en la pared del fondo.

Irene gateó hacia la biblioteca, con cuidado de no cortarse las rodillas ni las manos. Los libros estaban destrozados, esparcidos por el suelo, con las tapas abiertas como alas rotas. De las páginas perforadas brotaban flores de papel. Cogió algunos volúmenes. Goethe. Voltaire. Todos asesinados. Shakespeare había recibido un disparo en el corazón. No había orificio de salida. Abrió el pesado volumen y arrancó las páginas hasta llegar a la bala, alojada en mitad de *Romeo y Julieta*. La extrajo como si fuese un diente picado. Indefensa y fea, yacía en su palma, tan vulgar en la muerte como una babosa de jardín. Irene se la metió en el bolsillo del pantalón.

Volvió a la cocina, debajo de la mesa, y oyó de nuevo a Dorothy dormir. Los ojos se le fueron cerrando poco a poco. Se despertó de pronto. Su amiga estaba roncando más fuerte, no paraba de resoplar y patalear. Ella la tapó con una mantita.

Los ojos… se le estaban cerrando… ¡No!… Otra vez.

Estaba soñando. El ataque al pueblo aún no había ocurrido. Dorothy había aparcado el camión e iban juntas por aquella localidad francesa como si estuvieran en Jersey, paseando por Cape May una tarde de verano. La guerra, pese a las columnas de humo que aún se vislumbraban en las afueras y a la torre derrumbada de la iglesia, parecía lejana. Los soldados descabezaban una siesta a la sombra de los muros, bajo pequeños árboles con el tronco enjalbegado. Empezaron a repartir paquetes de chicles entre los soldados. Pero los muertos los rehusaban. «Los fantasmas no mastican», les explicó un espíritu. Las voces de las chicas eran aflautadas, como si fuesen rutilantes pájaros de tonos azules y dorados.

Entonces el sueño cambió de repente. Se encontraba en la antigua granja familiar de Mattituck. La playa de Goat's Neck no quedaba lejos. Greenport, al norte, con sus pequeños muelles de madera hundidos y los botes de remos sumergidos bajo el agua, meciéndose entre brillantes algas verdes, llenos de pececillos. Todos los veranos, Irene se bañaba en aquellas pozas de marea privadas. Siguió deambulando sola entre astilleros medio derruidos y almacenes a la intemperie; a sus pies, una alfombra de documentos desechados, incluidas nóminas viejas.

Miró por la puerta y, de entre las otoñales tonalidades de las hojas de los árboles, apareció Hans. Llevaba la guitarra y la gorra jovialmente terciada sobre la cabeza. Cuando levantó la mano para

saludarla, un B17 en llamas cayó del cielo.

Irene se despertó, se levantó de un salto y se golpeó la cabeza con la mesa. El ruido la aterrorizó. Dorothy seguía roncando en el suelo. Seguro que los alemanes lo habían oído e irían a por ellas. ¿Qué la había despertado del sueño?, se preguntó. Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza, escuchando más que mirando, porque, a menos que se asomase por la ventana, era imposible ver gran cosa en aquella oscuridad. Unas botas corrían más allá del muro que rodeaba el huerto. Metales que tintineaban. Hombres que gritaban, pero no en inglés.

Irene salió de debajo de la mesa, fue en busca de Dorothy y le tapó la boca con la mano. Esta se despertó y ella le dijo entre susurros:

—Shhh, Dottie, shhh.

Juntas se arrastraron hasta el refugio de la mesa. Se taparon mutuamente la boca con la mano. Un torrente de ruidos las alcanzó: motores, colisiones, insultos. Mujeres gritando. «Dios mío. Han apresado a las mujeres.»

Un avión multimotor pasó a poca altura, haciendo traquetear las figuritas de la estantería, junto a la estufa. Irene y Dorothy contuvieron la respiración; temían que cayese alguna bomba. A través de la ventana vieron unas balas trazadoras abrir líneas rojas en mitad del intenso gris y naranja de las nubes. El cielo se resquebrajaba, pero más allá no se distinguía ningún paraíso, solo el mismísimo infierno ardiendo hasta la eternidad.

—No volveré a quejarme de Indiana —dijo Dorothy.

Irene abrió los ojos de par en par, como despertándose de un mal sueño. Le sobrevino una carcajada.

—Chist, calla. Por Dios. —Su amiga la obligó a bajar la cabeza—. Cállate. Tranquila.

Mientras, fuera, más y más gritos.

19

En la cocina, las Hermanas se sujetaban el vientre, pues el miedo les atenazaba los intestinos. Eructaban porque las entrañas eran incapaces de procesar más violencia. Querían vomitar el pan y el queso amarillo. Cerraron los ojos, como si así se mantuvieran al margen de lo que ocurría fuera. Se taparon los oídos.

De repente, un redoble de disparos.

—Shhh —dijo Dorothy.

Desde el empedrado del otro lado del muro les llegó el lamento de una mujer. Ambas cerraron los puños hasta clavarse sus propias uñas. El quejido subía y bajaba de intensidad. Y de pronto estalló en un sollozo. Le salieron unas alas terribles y se convirtió en un grito. Entonces, un disparo más.

—No —dijo Irene.

Dorothy le giró la cara hacia la suya con una mano.

—Irene. No. Nosotras. ¿Entendido?

Con la cara aún apoyada en la mano de su amiga, ella asintió.

—Vale —accedió.

Pero, cuando oyeron los gritos de unos niños, Dorothy no pudo soportarlo más. Agachó la cabeza. Empezó a llorar en silencio.

Debajo de la mesa, Irene arrastró a su compañera hasta que quedaron hechas un ovillo contra la rugosa pared de piedra.

—¿Qué sentido tiene llorar, Dottie? —susurró mientras luchaba por contener sus propias lágrimas—. Llorar es de tontos.

—No quiero morir —dijo Dorothy, temblando.

Nunca había imaginado que vería a su valerosa amiga de esa manera. Con manos trémulas, le alisó el cabello y trató de consolarla igual que la tía Eva y la abuela Effie hacían con ella de niña.

—Irene está aquí, contigo —la tranquilizó—. Tú no te despegues de ella, ¿vale?

Más allá del muro, unas voces insultaban en alemán. Los ladrillos caían sobre los adoquines con un golpe sordo. Los motores gruñían con arresto. Los eslabones de acero de las ruedas de los tanques chirriaban al aplastar los ladrillos contra las piedras grasientas, reduciéndolos a polvo, rompiendo el yeso y la masilla de los escombros a un ritmo marcial: silencioso, percutivo, vasto.

A lo lejos, el llanto de un niño fue silenciado. Irene suplicó: «Dios mío, por favor, los niños no. Los niños no». Quería ofrecerse a sí misma, pero de pronto se dio cuenta de que era una cobarde. Si hubiesen estado en la iglesia episcopal de su pueblo, en Estados Unidos, se habría ofrecido sin dudarlo un segundo, pero allí no era capaz. No en ese momento. En vez de eso, se condenó para siempre rezando una oración abominable: «Bendícelos, Señor. Pero déjanos vivir. Mantén a los hombres ocupados. No dejes que me encuentren».

En la oscuridad, desde todas direcciones, como un terremoto, se reanudó la sinfonía de la batalla. Creían que se habían saciado ya, pero no. El ruido aumentó: del rugido caótico y grave a un estruendo agudo; del estruendo a los disparos; de los disparos a las explosiones. No tenían tiempo para escapar. No había ningún lugar al que ir aunque lo intentasen. Se acurrucaron como pudieron.

La puerta se abrió de golpe y un enorme cuerpo masculino entró rodando por el suelo, con sus botas y el casco y la canana y un M3. Se arrodilló y las vio y les apuntó con el arma:

—¡Diantres! —exclamó el hombre. Bajó el subfusil—. ¡Chicas!

—¡Cruz Roja! —gritó Dorothy.

—Vaya, nos alegramos de verlo —dijo Irene.

El hombre se frotó la cara con una mano.

—¿Están bien? —Tenía sombras profundas bajo los ojos.

Las chicas asintieron.

—Octavo Ejército —informó. Apuntó hacia el techo la extraña arma, de cuyo cañón salía humo. Miró por encima del hombro, en dirección a la puerta, hacia los fuegos, y recargó el subfusil—. Hasta treinta balas —presumió—. Ey, ustedes dos me han dado un susto de muerte. No les he disparado de milagro.

—Un alemán ya lo ha intentado antes que usted —dijo Irene.

Las miró fijamente durante un largo momento.

De nuevo, el sonido de botas corriendo por el callejón. Los tres se tiraron al suelo y se cubrieron la cabeza como niños mientras se mandaban callar unos a otros.

—Ya —dijo al fin el soldado—. A mí tampoco me quieren mucho los alemanes. —Se irguió sobre una rodilla—. Tengo que irme. ¿Tienen algún arma?

—Irene perdió la que teníamos.

—¡Diablos, Irene! —la reprendió el soldado.

—Lo siento muchísimo.

Él sacó su pistola del 45 de la funda y se la entregó con la culata por delante.

—Quédense con la mía —dijo—. No se preocupen, tengo el M3 —

añadió, blandiendo el tosco subfusil.

Ahora tenían una pistola del 45 que habría de sustituir a la del teniente. Irene la cogió con una mano y casi le dislocó el brazo.

—Una cosa, chicas —dijo—. No hagan preguntas. Solo disparen. Luego salgan corriendo como alma que lleva el diablo.

—Entendido —dijo ella.

—Guárdenme algún dónut. —Se dio media vuelta para marcharse, todavía con una rodilla en el suelo—. Y un consejo: deberían derretir las chocolatinas que tienen en el camión. Y usarlas como glaseado para los dónuts. Piénsenlo. —Se acercó a la maltratada puerta—. Voy a intentar distraerlos para que se alejen. Quédense aquí hasta que la costa esté despejada; luego, salgan pitando, ¿de acuerdo? —Señaló a un punto y añadió—: En esa dirección. —Se despidió con la mano y salió por la puerta.

Quisieron gritar que esperase, que volviera, pero ya se había ido.

Irene le dio a Dorothy la pesada pistola mientras se escabullían hacia la biblioteca y observaban desde la ventana cómo el soldado atravesaba en zigzag la pendiente de la finca hasta desaparecer por la puerta del cobertizo de madera. El indignado ganso blanco salió con las alas desplegadas. Saltó por los aires cuando se reanudaron los disparos y estalló de forma repentina, creando un espectáculo pirotécnico de plumas y sangre. A renglón seguido, el cobertizo fue desmantelado descarga tras descarga.

Irene y Dorothy se metieron debajo del pesado escritorio de roble. Parecía una especie de fuerte. Respiraron el reconfortante olor a tabaco de pipa.

—¿Crees que lo ha conseguido? —preguntó ella.

—Eso espero.

—Estoy segura de que sí.

—Sí, sabía lo que estaba haciendo.

La habitación estaba fría.

—Arriba hay otra planta —susurró Irene.

—Vamos.

Se arrastraron por el suelo y ascendieron las oscuras escaleras. El dormitorio que descubrieron olía a bolsitas de lavanda. Se tumbaron en la cama.

—Irene, no puedo.

—Sí puedes. Claro que puedes.

Tenían la pistola del 45 entre las dos. Era un icono lleno de poder religioso. Su amiga más querida. La amaban. Le rezaban. Tenían fe en su salvadora.

Las muñecas del suelo parecían mirarlas fijamente. Indefensas, más

que cualquier cosa que ella hubiese visto jamás. Peor que los libros heridos. Agarró una niña de porcelana con un vestido azul y se la metió dentro de la blusa. Por si acaso volvía a ver a la desharrapada hija del alcalde. Por la mañana. No recordaba su nombre, pero al menos podría darle una muñeca.

—Todo va a salir bien —susurró—. Dot, te lo prometo.

—Seguro. Ya falta poco para que acabe.

—Por supuesto que sí. Claro que sí. No te preocupes.

Desde el rincón más sombrío del pasillo les llegó un ruido metálico; luego, un trinquete. Se levantaron de la cama haciendo el menor ruido posible, se asomaron a la puerta y entrecerraron los ojos en la oscuridad. Dorothy apuntó con la pistola a las sombras. Luego otro sonido, como un resorte. Contuvieron la respiración para oír mejor. Apuntó hacia él, sujetando la pistola con ambas manos.

Un reloj de cuco cobró vida. Distinguieron al fin su silueta entre las sombras. Unas cadenas que colgaban de él empezaron a subir, levantando piñas de hierro. Entonces, las puertas de la esfera del reloj se abrieron de golpe y dos figuras salieron y se saludaron la una a la otra con una reverencia. Irene y Dorothy se quedaron boquiabiertas. Una tercera puerta se abrió y el cuco saltó hacia delante y dio comienzo su perturbador graznido. Era medianoche.

Bajó la pistola.

Se miraron y prorrumpieron en carcajadas. Se agarraron la una a la otra, temblando. Llorando de la risa. Estaban intentando recuperar el aliento cuando un tanque Panzer atravesó el muro exterior del huerto e impactó contra una esquina de la casa. Las paredes exteriores se vinieron abajo y sus gritos quedaron ahogados por el derrumbamiento del techo y de los suelos, que las hizo caer en la oscura biblioteca y, luego, en el negro sótano.

20

Cuando la habitación de arriba se derrumbó, las estanterías de la biblioteca de abajo se volcaron y arrojaron una bandada de libros al caos, como palomas aterrorizadas que seguían a las mujeres, las cuales gritaban contra su voluntad a medida que la planta baja se resquebrajaba y cedía hasta desplomarse en el sótano.

Irene y Dorothy se quedaron en el colchón, apresadas bajo el escritorio y las estanterías de libros. La cama se había dado media vuelta durante el derrumbe, con los muelles boca arriba. La mayor parte de los escombros habían caído sobre la parte posterior de las estanterías. A pesar de las grietas, se habían mantenido firmes. Todo aquel amasijo componía ahora un reducido búnker. Y alrededor, una pequeña avalancha. El polvo inundaba la oscuridad.

Las Hermanas estaban una encima de la otra, en un espacio estrecho sin aire, tosiendo, medio ahogadas.

—¿Estás bien? —preguntó Irene.

—Creo que sí.

El Panzer, que ahora estaba arriba, en la casa, aceleró el motor. No veían los humos, pero sí percibían la sensación de asfixia. Entonces metió otra marcha y las orugas emitieron un chirrido ensordecedor al apisonar los restos de valla y los adoquines de la calle.

No sabían si habían entrado soldados. Ni si alguna parte de la casa seguía en pie. Lo único que oían era el bramido del tanque. Ninguna de las dos podía respirar. Trataron de acercar el rostro al suelo frío del sótano y de absorber el poco aire que quedaba. Todo apestaba a gases de escape y a patatas podridas.

El pesado tanque sacudió los cimientos a su paso, derramando tierra y más yeso sobre la fosa. Dorothy estaba ahora boca abajo, e Irene, sobre su amiga.

—Quítate de encima —dijo esta.

—No puedo.

—Mujer, quítate ahora mismo.

Ella intentó moverse hacia delante. Tocó algo sólido en aquella oscuridad total, pero el paso estaba bloqueado.

—Lo siento.

—Como sigas refregándote así, vas a tener que comprarme flores.

Irene tanteó lo que tenía detrás con la punta de la bota. Había un vacío.

—Voy a moverme —dijo. Se deslizó como pudo por la espalda de Dorothy hasta poner las rodillas en el suelo, aunque no podía sentarse derecha. Puso la cabeza entre las botas de su compañera.

Entre gruñidos de esfuerzo, esta consiguió ponerse boca arriba. Le dio una patada en la cabeza.

—Lo siento.

—La menor de mis preocupaciones. —Irene cruzó los brazos y los apoyó sobre los tobillos de Dorothy.

—¿Te has roto algo, Caimana?

—Creo que sigo estando de una pieza. ¿Y tú?

—Seguro que tengo un ojo morado.

—Y yo un poco de sangre —dijo ella—. Me he arañado la cabeza con un clavo.

—¿Estás mareada?

—No.

—Entonces, lo más probable es que estés bien.

Los escombros de arriba no dejaban de moverse. Temían que todo se derrumbase todavía más de un momento a otro. Contuvieron el aliento, como si una simple exhalación pudiese desencadenar la catástrofe. Pequeños crujidos de madera rota, algún golpe que otro, pero ninguna avalancha.

—Cielos —dijo Dorothy.

Irene se puso a la izquierda de esta y se enroscó alrededor de sus piernas.

—Creo que lo peor ya ha pasado —comentó.

—No estés tan segura.

Al menos el aire empezaba a despejarse. Podían respirar mejor. Se sacaron polvo de yeso y granos de tierra de las fosas nasales.

Dorothy intentó hallar acomodo en el estrecho hueco del que disponía.

—Voto por que nos quedemos aquí tumbadas —dijo—. Podemos descansar un poco hasta que esos cabrones se vayan.

—Tampoco es que tengamos muchas más opciones —repuso Irene.

Estaban exhaustas. No sabían cuánto tiempo había pasado. ¿Y si estaban muertas y no lo sabían? ¿Y si nunca las encontraban? Sus cuerpos como los de Pompeya… Ella tenía la cabeza ocupada con este tipo de ideas. Dorothy, entretanto, pensaba en su vieja granja de Indiana.

El reloj de cuco volvió a sonar absurdamente.

—No me lo creo —dijo Dorothy.

Dormitaron un poco. Al cabo de un rato, Irene despertó a Dorothy sacudiéndole la pierna.

—¿Alemanes? —exclamó esta.

—Soy yo.

—Qué.

—Hay una cosa a la que no consigo acostumbrarme.

—¿El qué?

—La faja esta. Me está matando.

Dorothy se quedó tumbada un momento; luego dijo furiosa:

—¿Llevas faja? —recalcó.

Podían haber pasado diez minutos o una hora. Pero un nuevo sonido estaba tomando forma. Empezó como un zumbido en el suelo, un ligero cosquilleo en los oídos. Era diferente del de los tanques y los camiones. Y fue creciendo. ¿Un terremoto? De no haber estado a tres metros bajo tierra, habrían reconocido la armonía disonante de los motores surcando el cielo.

Cuando los bombarderos alemanes soltaron los explosivos, el mundo hizo tanto ruido que se quedaron sordas. Todo empezó como a rebotar. El fuego resplandecía entre las vigas y los ladrillos. La corteza terrestre pareció doblarse. Todo se elevó, incluso el sótano. Y el polvo. Si hubiese habido luz, habrían visto una espesa polvareda gris. Humo. Luego, agotada, la tierra volvió a su sitio y se desplomó. Un estruendo interminable parecía alejarse.

Cuando las tuberías subterráneas reventaron, un mar de aguas sucias tomó la calle en ruinas, alcanzó la finca y una catarata negra se precipitó sobre al pequeño cañón en el que estaban atrapadas las Hermanas, inundándolo todo hasta cubrirlas.

De pronto estaban ahogándose, el agua se había cerrado sobre ellas.

Dorothy dio una patada tan fuerte que casi noqueó a Irene con las botas. Tomó impulso y se chocó contra el escritorio y las estanterías y los restos de madera y ladrillos. Al notar que le entraba agua por la nariz, la invadió el pánico y comenzó a dar golpes contra la madera.

Irene oyó los gritos bajo el agua. Pero Irene era una criatura acuática. Se había criado en los estanques y playas de Staten Island, en las lagunas y pantanos de Mattituck, en el estrecho de Long Island y en las bahías. No iba a dejar que su amiga muriese. Se abrió paso hasta el techo y el suelo rotos y tanteó la superficie hasta dar con un espacio abierto. Introdujo la cara en un hueco triangular de madera situado por encima de la línea de flotación y tomó aire; luego dio media vuelta y volvió a por Dorothy.

Introdujo la mano bajo las estanterías, en aquella oscuridad donde

los libros flotaban a la deriva como peces, y le agarró los brazos. Su cuerpo estaba ya flácido. Irene apoyó los pies en el suelo y tiró con fuerza hasta que extrajo a su amiga del sótano cual muela de la encía. Llevó a Dorothy hasta el triángulo y le acercó el rostro a aquel milagroso trozo de aire. La agarró por detrás y le dio un violento abrazo que le provocó arcadas y vómitos y patadas involuntarias.

Entonces Irene se puso sigilosamente a su lado y tomó otra bocanada de aire.

—Tranquila, estoy aquí —dijo con la voz áspera, como si hubiese estado horas gritando—. Mueve las piernas —le pidió—. Empuja. —El agua que entraba en cascada caía sobre ellas—. Contra la madera. Empuja.

Empezaron a empujar con toda la fuerza que les quedaba. Sentían como si se les fuese a romper la espalda cuando, al fin, el peso que tenían encima cedió.

Dorothy alzó la mano hacia la oscuridad.

—Hay un hueco —dijo—. Hay un hueco.

—¡Vamos! —exclamó Irene.

Dorothy se abrió paso por el pequeño vacío. No había mucho espacio, pero cogió a Irene y la llevó hasta los escombros, rasgándole el uniforme mientras la arrastraba por los restos de ladrillos, los libros hinchados y la comida podrida. Ella rompió un plato con la rodilla. Las dos estaban temblando. Les costaba respirar, el aire se les atascaba en la garganta. La afluencia de agua estaba disminuyendo, las cataratas iban perdiendo ímpetu poco a poco. Dorothy dejó caer la mano sobre el hombro de Irene. Ambas estaban heladas, como cadáveres sepultados bajo tierra.

Habían vuelto a quedarse dormidas cuando irrumpió un ejército de ratas provenientes de las alcantarillas rotas; apenas las veían en la negrura, pero portaban el hedor de siglos a sus espaldas. Chillaban y arañaban con las patas todas las superficies, incluidos los cuerpos y los rostros de Dorothy e Irene.

Los roedores huían del humo y la destrucción de la planta de arriba, y habían caído en el agua sucia de abajo. Trepaban y saltaban por las paredes y la madera. Puro pánico animal. También trepaban por ellas. Se ensañaron, arañándoles la espalda, mordiéndoles el cuerpo y la cara.

Dorothy se quitó una rata del cuello y la arrojó contra la pared. Otras se arremolinaron sobre Irene. Le mordisqueaban las orejas, le hurgaban el pelo. Intentaron colarse por debajo de los pantalones y arañarle los muslos.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó su amiga—. ¡Sube!

Empujó con más fuerza que nunca hasta que la madera y los restos de suelo que había sobre ellas se movieron, dejando entrar una fina luz gris.

—¡Por aquí! —exclamó Dorothy.

—Quita de en medio —dijo Irene y trepó por el cuerpo de su amiga como si esta fuese un árbol y ella una de las ratas.

Fuera, la mañana se filtraba a través del humo, recurriendo al gorjeo de los pájaros y los cuervos para anunciar su llegada. Los perros iban saliendo de sus escondites y contribuían con sus ladridos. Un gallo solitario cantó sin que nadie lo oyese.

Desde su tumba en potencia, el amanecer impelió a Irene y a Dorothy hacia arriba. Las ratas se encaramaban a sus pies. En la superficie, la primera señal de su resurrección fue el puntapié que le propinó su amiga a un resto de tejado, que crujió y se abrió como una mandíbula; los clavos semejaban los dientes torcidos de una barracuda. Se oyó el repiqueteo de las tejas rojas. Dorothy extendió la pierna y empujó el borde del tejado hacia arriba. Soltó un rugido, el desafiante grito de una criatura del bosque. Una segunda pierna, oscura entre las sombras, se levantó para unirse a su compañera y empujó aún más fuerte.

Entonces Irene asomó el rostro. Totalmente blanco por el polvo; sus ojos eran pequeños oasis oscuros. Un riachuelo de sangre marrón oscuro le cruzaba la frente en forma de rayo hasta desembocar en la oreja izquierda. En las mejillas, las mordeduras de rata rezumaban gotas rojas.

La voz amortiguada de Dorothy pronunció algo desde dentro.

—Estoy en ello —dijo Irene. Se agarró al borde del escalón roto y se impulsó hacia arriba con la botaza; salió despedida y aterrizó en el suelo. Su blusa había desaparecido, solo conservaba la camiseta interior, que había desistido de ser blanca. El trozo del tejado se cerró de golpe tras ella. Se acercó a él y metió los dedos bajo el borde y trató de levantarlo. Cuando consiguió despegarlo un centímetro, gritó —: ¡Empuja!

El fragmento crujió y cayó hacia atrás a cámara lenta. Una forma oscura apareció. La sombra de Dorothy ascendió con una fuerza implacable, con la espalda encorvada y las largas piernas apoyadas en los escombros de abajo. Irene se acercó a ella, la agarró de la mano y tiró de su amiga hasta liberarla.

Se sacudieron el cuerpo con las manos, levantando grandes nubes de polvo. De sus piernas se desprendían costras de barro negro. Tenían

moretones y bigotes de sangre y cortes en los brazos. Irene escupió como un vaquero. Se quedaron mirando los restos de la casa; luego la una a la otra. Alrededor, humo. A un lado, un par de árboles caídos. Algunas sombras fantasmales que bosquejaban ruinas lejanas. Incendios forestales en miniatura. Se sentaron en el suelo.

—¡Diablos! —dijo Irene.

Se rieron a pesar de todo.

—¿Dónde ha ido a parar todo? —preguntó Dorothy.

21

El humo era azul. Les llegó el olor de hectáreas y hectáreas de fuego. Dorothy encontró un cigarrillo en el bolsillo de la blusa, lo miró y volvió a guardarlo. Se encontraban más allá del asombro, de la estupefacción, incluso del miedo. La brisa abrió las cortinas de humo que tenían delante. Aún quedaban en pie un par de chimeneas, pero era como si las casas a las que habían pertenecido fuesen ahora invisibles. Los perros vagaban extenuados, como chacales. Preocupantes jirones de ropa sobresalían de los escombros.

—Mmm —decían; eran más gruñidos que palabras, sonidos pretéritos, de una era anterior al lenguaje.

Se sentían envueltas en algodón. Eran grises, negras y marrones, carentes de brillo. Rotaban la cabeza y veían con los ojos, pero estaban desprovistas de juicio.

Lejos, aplastados por la distancia, los estallidos y las explosiones apenas movían el aire lo bastante para ser oídos. Ah, la batalla. Chicos corriendo por el bosque, escondiéndose detrás de los árboles y disparando a otros chicos. ¡Pum, pum! ¡Bang, bang! Un bando era el malo, recordó Irene, y el otro el bueno.

Dorothy utilizó la barbilla para señalar a la derecha y luego a la izquierda, dirigiéndole una pregunta.

Ella inclinó la cabeza hacia la izquierda. Hacia la plaza.

Se pusieron en pie y atravesaron el muro, ahora derrumbado, del huerto. Los grandes artistas del caos habían dejado su legado, auténticas obras maestras. Sobre un cómodo sillón iluminado por un haz de luz descansaba una olla de cobre abollada y llena de arroz. Frente al retablo, dos zapatos yacían de cualquier manera, como si un aldeano de mediana edad los hubiese pateado recientemente. Había un hueso. Tal vez perteneciese al aldeano o a una vaca. Mejor esquivarlo y dejarlo atrás.

Irene quería hablarle a Dottie de las pinturas de Yves Tanguy. Todas las horas que había pasado en la galería Pierre Matisse, en la calle Cincuenta y Siete Este, contemplando la profunda melancolía de aquellos lienzos, los austeros paisajes de niebla gris sobre los que se superponían montañas eternas de formas y objetos abandonados a su suerte. Por algún motivo, se quedó en silencio, a pesar de que quería

contarle a Dorothy todos sus recuerdos secretos.

El mundo que las rodeaba era ahora un páramo holliniento. Colinas de escombros, ladrillos, piedras de río, trozos de madera y guijarros. A lo lejos brotaban géiseres de aguas residuales. Incesantes bucles de humo se enroscaban en el cielo mugriento o se entreveraban laxamente en la niebla azul que abrazaba el suelo y las hacía sentir como si estuvieran levitando. Trozos de muros y vidrieras rotas de iglesia. Un Jesús sin brazos, sus pétreas manos amputadas frente a él. Las moscas ya se habían congregado y andaban por todas partes en busca de tiernas carnes medio sepultadas.

Las Hermanas, mudas, se dirigieron hacia lo que suponían que era la plaza. Los edificios se alzaban de entre el humo. Los alemanes parecían haber sido acorralados en las afueras del pueblo. Se oían ecos de disparos lejanos y el inconfundible estruendo de los tanques. Caminaban sobre ropas vacías. A cada poco se tropezaban con un brazo o una pierna que sobresalía de entre los escombros. Irene no pudo evitar quedarse embobada al ver unos pies muertos cuyas botas estaban ardiendo.

El silencio tenía una cualidad extrañamente meditativa. Agradecieron aquella quietud. Los fusiles que había en el suelo eran agradables, calmos. Solo el murmullo de los pájaros rompía el sosiego.

Cuatro manzanas después —medibles por las hondonadas en los escombros que marcaban las calles— ya estaban agotadas. Para desplazarse por este desierto tenían que trepar y deslizarse todo el rato. El humo y las aguas negras habían inundado por completo las calles. Les ardían los ojos. Si alguna perdiese ahora el equilibrio, se hundiría en el barro y se desintegraría.

Dorothy volvió a sacar el paquete de tabaco arrugado de la blusa mugrienta de la Cruz Roja. «A la mierda», pensó y le ofreció un cigarro a Irene, que lo rechazó. De todos modos, encendió dos y le pasó uno.

—Igual estamos soñando —dijo.

—Madre mía.

Miraron en derredor a través de las oscuras cavidades de sus ojos, con el rostro inexpresivo.

Irene levantó un hombro: al menos seguían aquí. Se quitó unas hebras de tabaco de la punta de la lengua.

Dorothy curvó el labio superior.

—No pueden matarnos —dijo.

Irene estaba mirando algo que había detrás.

—¿Qué es eso? —La otra se dio media vuelta—. Ahí. Justo ahí.

Podría haber sido un gran danés. O un burro pequeño. Algo se

estaba moviendo y derribando los tablones quemados de lo que tal vez fue un cobertizo. Luego se levantó. Un cuerpo masculino. Carbonizado en dos tercios. El hombro y el brazo izquierdo y la mitad de la cara eran blancos. El ojo derecho había desaparecido. Los dientes refulgían. El ojo izquierdo les lanzó una torva mirada.

Con la mano sin quemar, levantó una bayoneta.

—*Ihr seids!* —gritó—. *Ihr seids! Krapfen!* ¡Cruz Roja!

«Tenía que ser una broma.» ¡Era él!

Tiraron los cigarrillos y echaron a correr. El tipo fue tras ellas; solo se oía su respiración entrecortada. Irene miró atrás. Las terribles quemaduras lo ralentizaban, pero no cejaba en su empeño, blandiendo el cuchillo con la mano izquierda. Gruñía como un animal grande y pesado. Las botas de los tres trituraban los escombros mientras corrían.

—¡Quiero *Kaffee!* —gritaba—. ¡Quiero *Krapfen!*

«Dios mío.» Tropezaron, cayeron de rodillas, se rasgaron los pantalones. La sangre brotaba por los punzantes cortes. Se levantaron y reanudaron la huida. Pero no tenían donde esconderse. Cuando miraron atrás, su verdugo estaba más cerca. Era inconcebible. Pero ahí seguía, avanzando, las botas lo impulsaban de forma automática, como una máquina desbocada, cogiendo velocidad.

—*Krapfen.* Quiero *Krapfen.*

Iba a matarlas. Después de haber sobrevivido a todo, sería él quien acabaría con ellas. Era absurdo y desquiciante.

Algo más adelante vieron que había una pequeña hoguera. Insospechadamente, oyeron música, justo en medio de un callejón sin salida. El sonido procedía de un piano vertical que ardía feliz y contento. Sonaba blues.

Un hombre de pelo negro, con un bigotito y una perilla diminuta también negros, se levantó de detrás del piano. Llevaba una camiseta sin mangas. Las miró fijamente; luego al alemán, que estaba detrás de ellas.

—¡Al suelo! —gritó.

Ambas se tiraron y el pianista cogió un fusil M1 y descerrajó un tiro. Irene miró atrás justo para ver el disparo. Una bocanada, como de polvo mortal, estalló en el pecho del alemán. Se paró en seco, levantó un poco los brazos, soltó la bayoneta, se sentó en el suelo y murió.

—Lo siento, colega —gritó el pianista—. Espero que te guste el infierno. —Las miró—. Ejército de Estados Unidos —dijo.

Irene se puso de rodillas. El soldado la saludó con la cabeza a través del humo del piano, bajó el fusil y volvió a sentarse en el taburete. Las

dos se acercaron a él. Parecía que nadie sentía nada por nada. El soldado tocó una alegre melodía *honkytonk*. El calor era bastante agradable, como el de una chimenea alimentada de cedro y pino aromáticos.

—Mis melodías tienen tanto fervor que el piano ha salido ardiendo —dijo.

El instrumento desafinaba a medida que se iba quemando, las cuerdas se rompían con un sonoro crujido. Las chapas de identificación que llevaba el soldado al cuello tintineaban al ritmo de sus vaivenes. Parecía uno de esos lobos que salen en los dibujos animados.

—Hola —dijo Irene.

—¿Qué te pasa, calabaza? —respondió en español mexicano.

—Usted es García, ¿no? —preguntó ella—. El de ayer.

—¿Sí?

—Pensaba que lo había visto todo, amigo —dijo la otra.

Él tenía la mirada clavada en sus propias manos. Dorothy vio que llevaba una cruz azul pequeña tatuada entre el pulgar y el índice.

—Menuda noche, ¿eh? —comentó García.

—Ella es Irene —dijo Dorothy—. Yo soy Dorothy, aunque también me llaman la Jirafa. Y gracias por salvarnos.

—A mí me llaman el Chingón. Porque estoy todo el día chinga que te chinga.

—¿Cómo?

Parecía extrañamente aburrido. Tocó unos acordes breves de jazz, hasta que, al fin, el piano y todo su mecanismo interno se desplomaron, escupiendo una galaxia de chispas. García levantó las manos y lo dejó caer.

—Cuidado, locas —dijo.

Se alejaron del instrumento.

El Chingón tenía pequeñas quemaduras en el pantalón. Pateó el taburete contra el fuego y cogió el fusil.

—Larguémonos de aquí —afirmó y se puso el casco sin atárselo; las correas se balanceaban.

—¿Adónde? —preguntó Dorothy.

—Creía que tú lo sabrías

Irene se había quedado dormida de pie. Su amiga la asió del codo y la llevó detrás de García, que blandía el arma de un lado a otro por si algún *pendejo* los atacaba. Solo se encontraron con perros y gatos callejeros.

Finalmente, se despertó; su cuerpo apuntaba hacia la plaza principal. Era consciente de que se habían desviado. Desconocía cómo

lo había sabido Irene, pero estaba mirando hacia el lugar donde debería haber estado el campanario. Se dio cuenta de que, con tanto ajetreo, había perdido la muñeca de porcelana. La que pensaba regalarle a aquella niña silenciosa, la hija del alcalde. En lugar de eso, se sacó la bala alemana del bolsillo y se la ofreció al Chingón como recompensa.

—Firme —dijo García en español, dejando caer el proyectil en su bolsillo.

La negrura había tomado la plaza. Los árboles eran huesos. Quedaban en pie algunos edificios, entre parcelas vacías, donde antes se erigían otros. Una posada conservaba aún los toldos con rayas rojas y blancas sobre la puerta. Por lo demás, todo era guerra. Lo mismo de siempre. Árboles ardiendo más allá. El lejano poppoppop. Torres de humo inclinándose hacia el este.

—Tengo hermanas —dijo el Chingón.

—Sí —convino Dorothy—. Ahora nos tiene a nosotras.

Siguieron caminando. Parecían vagabundos, andrajosos y mugrientos.

García les dijo que no quedaba nada en pie, excepto una cosa.

Señaló con el dedo y se dieron la vuelta. Allí estaba el Rapid City, en mitad de un descampado negruzco y ceniciento.

—¡Me han robado el camión! —gritó Dorothy.

22

Al otro lado del Clubmobile, el pueblo seguía más o menos en pie. Poco a poco, a lo largo de la ladera que bajaba hasta los campos, iba apareciendo gente de entre los edificios, o sus restos, que flanqueaban la carretera por la que habían llegado las Hermanas del City.

El Chingón aún llevaba el rifle cruzado sobre el pecho, pero estaba más relajado.

—¿De dónde eres, García? —preguntó Irene.

—De Clifton, en Arizona.

—Fabuloso.

Dorothy se subió en la cabina del camión, pisó tres veces el acelerador y lo puso en marcha. Tras varias bocanadas de humo negro, se oyó un rugido fuerte que anunciaba que el hierro de Detroit estaba volviendo a la vida. La gente que andaba por las inmediaciones se apartó y se fue dispersando. García les dijo mediante señas: «No os preocupéis, todo despejado».

Irene apoyó la frente en el grueso capó del camión. Había un agujero de bala cerca de sus ojos. Parecía una cueva, un túnel. Se quedó mirando y las vibraciones del motor la hicieron descender a las profundidades de aquel túnel. Al otro lado estaba la granja de su familia, allá por los bosques de Mattituck, y vio una garza elevándose como una cometa de palos y papel.

Dorothy bajó de un salto, le dio una botella a García y fue comprobando uno a uno los neumáticos.

—Órale —dijo él, alabando el licor—. ¿Dónde has conseguido esto?

—De contrabando.

—¡Chingona!

—¿Por qué habrán intentado robarme el camión?

—Son nazis.

García tomó un trago de la botella, le dio un codazo a Irene, que seguía inclinada sobre el capó, y se la entregó. Ella bebió otro trago, tosió y se limpió la boca. Dorothy se acercó, hizo lo propio y le pasó la botella al otro, que volvió a darle un buen sorbo. Siguió de mano en mano hasta que quedó vacía.

García la sostuvo en alto, apuró las tres últimas gotas ambarinas y la tiró al suelo.

—Ah —exhaló, como un sibarita haciendo plegarias.

A Dorothy le estaba temblando otra vez la mano. Se la metió en el bolsillo.

—¿Estás bien? —preguntó Irene.

La otra dirigió la mirada a la cocina.

—¿Quieres hacer café?

Ella asintió y se dirigieron a la parte trasera del Clubmobile.

—¿Quieres un dónut? —le preguntó a García.

—Claro que sí.

Dorothy gritó:

—Chingón, tú eras del parque de vehículos, ¿verdad?

—Claro que *yes*.

Dorothy se dio cuenta de que García se había puesto de ron hasta las cejas.

—¿Puedes enseñarme a conducir un tanque? —preguntó.

García se sentó en los escalones traseros del camión.

—Claro. —Llevaba un crucifijo colgado junto a las chapas de identificación—. Cosas más raras he visto. —Los sonidos de la cocina le recordaban a su hogar—. Mis opciones eran ir a la cárcel o alistarme en el Ejército. Tendría que haber elegido la cárcel. ¿Y tú?

—Ya te lo he dicho. Quería conducir un tanque.

—No es tan complicado. Mieeerda. Ya sabes cómo usar una palanca de cambios.

Dorothy le tendió una botella de brandi de melocotón.

—Aun así —dijo esta.

—Te va a doler la cabeza como mezcles —advirtió Irene.

—Ya, pero, como me va a dejar KO, da igual.

Dorothy volvió a arrancar el Jimmy. El motor chirriaba un poco, pero el generador funcionaba. Todavía tenían agua en el depósito que estaba junto al tocadiscos. El soldado de primera García llenó las cafeteras. Irene echó el café molido Sanborn en los compartimentos metálicos. Las rosquillas que quedaban en los estantes estaban secas y cubiertas de polvo, pero a nadie le importaba.

Dorothy accionó el interruptor de la máquina de hacer dónuts, evitando el punto de la puerta que daba calambre a todo el mundo. Jamás habría creído que le cogería cariño a esa cocina estrecha. ¿Era eso lo que sentía? Quería llorar. No, no quería. Bueno, igual sí.

Irene puso el Victrola en su soporte y se arrodilló junto al mueble donde guardaban los vinilos. Los discos se habían fundido, formando algo parecido a una bandeja gruesa, sin que quedase ningún surco en la cara B. No importaba; pondría la parte de arriba, un tema de Edith Piaf llamado *L'Accordéoniste*. Dorothy pasó junto a ella y le tocó el

hombro; Irene hizo lo propio con la rodilla.

Fue a la cabina y encendió el altavoz. Este emitió un chirrido y los supervivientes volvieron a huir. Pero pronto les llegó la voz de Edith Piaf. Y el olor a café. Empezaron a sortear los ladrillos y los muros destruidos. Les alzó el pulgar y volvió al trabajo.

García se acercó entre tambaleos a un remolino de moscas que pululaban a varios metros del camión.

Irene temía el momento en que desapareciese el aturdimiento y le sobreviniera la avalancha de todo lo vivido en las últimas veinticuatro horas. No quería volver a pasar más noches como las que siguieron a la «bomba zumbadora». Era como si un ente se le sentase a horcajadas en el pecho y le robase el sueño a ávidos mordiscos. Agarró el mango de la máquina de los dónuts y lo movió con furia.

Salieron perfectos.

García se arrodilló junto a un poncho, bajo las moscas. Una mano inerte, con los dedos sobre un ladrillo, parecía estar tocando un acorde de do al piano. El miembro, helado pero flexible, sobresalía del puño de un uniforme del Ejército estadounidense.

García tomó la mano entre las suyas y se inclinó hacia el hombre.

—Hola, soldado —susurró. Tardó un buen rato en decir lo que tenía que decirle al fallecido.

Cuando terminó, se persignó al estilo mexicano, besándose el pulgar. Luego introdujo la mano bajo la tela y palpó el pudin frío del pecho hasta que dio con las chapas de identificación del soldado. Baxter. Se limpió en la manga del fallecido y le metió la extremidad debajo del poncho; luego se guardó en el bolsillo una de sus chapas y dejó la otra para que lo pudiesen identificar. Se levantó y vertió un chorreón de brandi en el suelo, junto al soldado.

—Respeto —dijo en español—. He hecho lo que he podido, hermano.

La fila de supervivientes no era ni jubilosa ni sombría. Pero sus ojos… Irene nunca habría imaginado semejante mirada de genuina gratitud ante un café solo aguado. Si estaban contentos por algo era por seguir en pie. La miraban fijamente, con una sonrisa de agradecimiento difusa, y ella les devolvía la mirada. Parecían disfrutar cuando se rozaban los dedos. Tal vez sus lágrimas se debiesen al humo. Los niños gritaban más que los mayores. Una y otra vez reanudaban sus brincos para intentar tocar a Irene. Ella buscaba entre los rostros con la esperanza de ver a la niña de la noche anterior. ¿Nina? ¿Lila? Tampoco veía a la madre. Ni al padre. Cien caras y ninguna le resultaba familiar.

—¿El alcalde? —preguntó—. ¿Han visto al alcalde?

La gente se quedaba mirando.

—El alcalde… de su pueblo. —No recordaba la palabra en francés. Se tapó un ojo con la mano—. *L'oeil.* Ciego.

Se encogieron de hombros y negaron con la cabeza. Cogieron unos cuantos dónuts.

Solo parecieron emocionarse cuando un grupo de combatientes de la Resistencia hizo su aparición en el pueblo. La apostura brillaba magníficamente por su ausencia: iban mojados y llenos de barro, un par de ellos sin camisa, varios con boina. Portaban los revólveres en cinturones de cuerda y colgados del hombro llevaban rifles de caza viejos y ametralladoras alemanas que habían robado. Fumaban sin tocar los cigarrillos. Abrazaban a las mujeres del pueblo con un brazo, besaban a otras tantas, daban palmaditas en la espalda a los ancianos. Se bebían el café de un tirón, con azúcar y nata, y se zampaban todas las rosquillas que les cabían en las manos. Los más canallas le guiñaban un ojo a Dorothy. Uno de ellos le dio a García una daga alemana, que se guardó en el cinturón.

Entre ellos había una mujer, oscura como un cielo de tormenta. Del hombro le colgaba una ametralladora que se balanceaba al andar. Llevaba una boina roja. Aquella bajó del camión y fue hacia ella. Le ofreció un cigarrillo a la reina guerrera. Se tomaron mutuamente la medida y asintieron una sola vez con la cabeza.

—Dorothy.

—Colette.

—Quiero ser tú —osó a decir la otra.

—No, no quieres —repuso aquella en su idioma.

—Ven a tomarte un café.

—Quiero brandi.

—También tengo.

La francesa sonrió. Le dio una palmada en el hombro.

—*Bon* —dijo.

Volvieron al Rapid con la botella de brandi.

Colette echó un vistazo al camión y luego a Dorothy, que tenía el uniforme lleno de manchas y medio chamuscado.

—Buen trabajo —dijo.

La aludida se sonrojó. Se sentaron en silencio durante un rato, pasándose el brandi de una a otra. Ella estaba buscando la manera de preguntarle algo que deseaba saber.

—¿Qué haces con ellos? —soltó al fin—. Necesito hacer algo. —Dorothy cogió un dónut—. Esto no es suficiente.

—¿Qué hago con quién?

—Con esos cerdos nazis.

Colette no dudó:

—Los llevo a callejones oscuros. Les digo que tenemos que hablar.

—¿Y luego?

—Los mato. —Besó a Dorothy en cada mejilla y se fue corriendo con sus hermanos de armas.

Llegaron jeeps estadounidenses.

En el que iba a la cabeza, un fotógrafo saltó del vehículo antes de que este se detuviese y comenzó a tomar instantáneas de los vencedores.

—¡Estrellas y barras! —gritó—. ¡La bandera de Estados Unidos!

Jeeps, camiones y tanques estadounidenses no tardaron en congregarse en las afueras del pueblo, inundando la carretera. Las tropas aparecían y se diseminaban por los campos. Las palomas se arracimaban en torno a ellas, formando nubes de pánico. Los soldados que caminaban por la carretera se apartaban a un lado cuando pasaban los vehículos. Sortearon los escombros y pronto rodearon el Clubmobile. Los civiles retrocedieron para contemplar el espectáculo.

Un oficial se acercó y García se cuadró.

—Hijo, ¿ha sido usted quien ha liberado este pueblo? —preguntó el oficial—. Si es así, le espera una medalla.

—No, señor —respondió. Le entregó la chapa de identificación de Baxter—. Fue él.

El oficial la estudió con aire sombrío. García se alejó. Una especie de coronel que iba de pie en el coche oficial descapotable calificó el asedio de gran victoria. Varios funcionarios pulcramente uniformados, con lustrosas condecoraciones y medallas prendidas en el pecho, estaban entregando banderitas estadounidenses a los andrajosos ciudadanos mientras atravesaban con parsimonia las calles. El fotógrafo, cámara en ristre, se disponía a tomar instantáneas.

—Diablos, no —soltó Dorothy—. Echa el cierre, Caimana.

Bajaron las persianas de golpe y corrieron el pestillo. Ninguna de las dos soportaba la idea de pasar ocho horas más en la cocina dando de comer a los soldados de a pie, a los oficiales y a los chicos de la retaguardia. Irene quitó la aguja del disco de Piaf; ya había sonado bastante. Un par de cazas estadounidenses cruzaron el cielo; ella, por si acaso, los saludó con la mano.

Rusty Penney apareció de repente y se apresuró a acercarse al Rapid City.

—¿Están bien?

—Claro —asintió Dorothy—. Todo bien. Y en orden.

—Le han disparado al camión —anunció Irene.

La otra lo miró de arriba abajo. Tenía el uniforme inmaculado.

—Ha peleado duro, ¿eh? —le dijo.

—Estábamos en la retaguardia —explicó Rusty; obviamente, no había captado la ironía—. Ayudando a coordinar.

—¿A coordinar qué?

—¿Cómo ha conseguido sobrevivir? —preguntó Irene.

García volvió con las mujeres; llevaba una botella de aguardiente de frutas en la mano. Le dio un buen trago, la vació y la arrojó a unas rocas. Esbozó una sonrisa de anguila.

—Estoy ciego como un piojo —confesó.

—¿Se lo ha bebido todo? —preguntó Rusty, incrédulo. Dorothy se acabó el cigarro. Tiró la colilla, sacó un chicle del bolsillo del pantalón, lo desenvolvió y se lo metió en la boca. Le metió otro a Irene. Esta mascaba con la boca abierta, como una adolescente. García abrió la suya y le dio otro a él.

—¿Lo conozco? —preguntó Rusty.

García hizo una pompa. Se limitó a devolverle la mirada.

—No entiendo esa actitud —dijo Rusty—. ¿Pasa algo?

Los tres pilluelos se encogieron de hombros casi al unísono. Dorothy explotó una pompa de chicle.

—¿Qué va a pasar, Russell? —dijo Irene. Sintió el sol de otoño en el rostro. Pensó que la reconfortaría, pero le resultó tremendamente desagradable. Brillaba demasiado—. Él —dijo, inclinando la cabeza hacia García— nos salvó en el último momento.

—Y toca genial el piano —añadió Dorothy.

—Pero luchamos contra los alemanes las dos solitas —dijo Irene.

—Toda la noche. —Explotó otra pompita.

Un oficial con un cigarro insertado en una larga boquilla se acercó al Clubmobile y dijo:

—¿Puede ponerme una taza de café, nena?

—Sin problema —respondió Dorothy.

—Estaré por allí. Café solo.

—Ahora mismo, señor. —Lo vieron alejarse—. Venga, hora de ponerse en marcha —dijo—. García, vente con nosotras, te llevamos.

García se rio. Estaba borrachísimo, como si el mundo bajo sus pies fuese una superficie inestable y oscilante.

—Adiós, guapo —añadió, apuntando a Rusty con una pistola imaginaria.

—Señorita Dorothy, nuestro campamento está justo al final de la carretera, a unos diez kilómetros. —Señaló con el brazo—. Por ahí. —Dijo el nombre del pueblo, pero no lo entendieron. Se estaba

convirtiendo en la tónica habitual eso de no saber dónde estaban—. No tiene pérdida. Cuando vean los cañones y los tanques, ahí.

—¿Tenemos habitaciones? —preguntó.

—Sí. En L'Hotel Singe Bleu.

Se dirigieron hacia el Rapid.

Sin venir a cuento, Dorothy anunció:

—Irene lleva faja.

Dicho eso, volvieron al camión. Irene se subió en el asiento delantero. Su compañera abrió la puerta del conductor, pero se detuvo un momento.

García reconoció esa mirada. Se acercó a Dorothy y le puso la mano sobre el hombro.

—Estoy… tan… cansada… —atinó a decir Dorothy.

Él podría dormir la mona más tarde, lo sabía, pero ella necesitaba derrumbarse ahora. El soldado agitó la cabeza con fuerza para intentar recomponerse.

—Yo conduzco —dijo—. Os llevaré hasta el siguiente puesto de control.

Dorothy dejó que García la llevase al otro lado del camión y la acomodase junto a Irene. Apoyó la cabeza en la ventanilla mientras el Clubmobile se incorporaba a la carretera.

TERCERA PARTE
La carretera del otoño

23

Las Hermanas necesitaban dormir por lo menos durante un año, pero les daban miedo los sueños que pudiesen tener. El Ejército había optado juiciosamente por enviarlas a un precioso hotelito ubicado en territorio ocupado —y seguro— con el fin de que se reagruparan y se tomasen un respiro. Tendrían un par de días para descansar, pero luego sus órdenes eran establecer un puesto de dónuts en el salón del hotel. El mismo servicio excelente, pero para muchos más soldados. Podrían usar el Rapid City como cocina adicional.

Le Singe Bleu —el Mono Azul— era un coqueto alojamiento de tres plantas situado en una rotonda con una fuente de piedra en el centro de la que no salía agua. Dos leones también de piedra custodiaban las puertas del hotel. Uno de ellos había perdido el hocico en un tiroteo. El edificio tenía media docena de agujeros de bala en la pared que daba a la carretera. Lo habían construido en el siglo XIX, es decir, era prácticamente nuevo para los estándares franceses.

Contaba con seis habitaciones por planta, tres a cada lado de un pasillo estrecho cuyos suelos crujían como los de un barco pirata. Las habitaciones eran pequeñas y algunas paredes estaban cubiertas de telas estampadas. La habitación de Irene era de color azul oscuro con flores de lis blancas cada trece centímetros, separadas por cintas verticales naranja pálido. Cada una tenía su propia cama con cinco almohadas y una colcha gruesa, además de un cuarto de baño privado con bañera y un bidé aterrador. Dorothy afirmó al principio que no iba a sentarse en aquello, aunque luego confesó que lo había montado «como si fuera un poni».

Irene se sintió muy superior a ella. ¿Es que la gente no leía libros? Aquel hotel era *très chic*. Estando allí imaginaba que era la heroína de una novela y que hacía cosas europeas que su amiga, tan poco refinada, jamás podría concebir siquiera. Llenó las páginas de su diario con todos los detalles, obviando el horror de los últimos días. Decidió que no permitiría que esa experiencia se le grabase en la cabeza. Tenía que haber alguna forma de hacerla desaparecer. En su lugar, escribió acerca del placer que suponía tener al fin servicio de lavandería. De la asombrosa dicha que era contar con perchas acolchadas y perfumadas en el armario, y del lujo de llevar prendas de

vestir y ropa interior limpias. De los momentos perfectos en su nuevo nidito. De las botellas de vino.

Sus habitaciones daban a la fuente seca y al corto camino flanqueado por un bosquecillo de álamos que conducía al pueblo. Desde sus ventanas oteaban su querido Rapid acechando a los leones. Al poco de llegar, Irene había visto un camión cisterna de camuflaje acercarse a su vehículo. Dos soldados, con su mono de trabajo, se bajaron, desenroscaron el tapón del depósito del Clubmobile y desenrollaron el tubo de combustible del camión. Lo conectaron al Rapid, pulsaron un interruptor y bombearon litros y litros de gasolina que salían a sonoros borbotones. Al cabo de unos minutos, invirtieron el orden de sus acciones: sacaron el tubo, cerraron los tapones, se montaron en el camión y se fueron. Varios oficiales del Ejército y un capellán ocupaban las habitaciones de debajo de las suyas. Sus jeeps estaban aparcados cerca del Rapid. Irene se preguntó si los chicos también tendrían bidé.

Dorothy llamó a su puerta la primera mañana. Cuando ella abrió, se sobresaltó al ver que le entregaba la pesada automática del calibre 45.

—Tendríamos que haber matado nosotras al alemán —dijo su amiga—. Y no esperar a que el Chingón nos salvara el pellejo.

La mano de Irene cayó por el peso de la pistola.

—Yo no sé cómo funciona esto, en serio.

—Pues eso se acaba hoy.

—Pero…

—Vamos.

Mientras bajaban las escaleras, ella, que se sentía indefensa ante ese arrebato tan dorothiano, dijo:

—Las demás chicas de nuestro grupo no le disparan a nadie.

—Nosotras no somos ellas.

El conserje alzó las cejas cuando Irene pasó por delante de él empuñando la pistola.

—No pongas el dedo en el gatillo a menos que tengas intención de dispararle a alguien —le dijo la sargento de instrucción Dorothy.

Ella se consoló repitiéndose: «Esto va a durar poco». Lo que tenía pensado para esa mañana era no hacer nada, aparte de comer cruasanes y darse un baño. Paladear un expreso, si acaso.

Cruzaron la rotonda y atravesaron el seto de árboles que había al otro lado de la carretera. Dorothy avisó a los soldados que estaban en la carretera principal de que iban a hacer prácticas de tiro. Por lo que pudiera pasar. Llevó a Irene en dirección al sol y le señaló un roble que se erguía solitario. Se dirigió hacia allí, clavó un pañuelo en el

tronco y volvió balanceando los brazos. Cuando chasqueó los dedos y extendió la mano, ella subió la pistola.

—¡No! —gritó Dorothy—. No me apuntes con eso. Dámela por la culata.

Irene, irritada, le dio la vuelta y se la entregó como le había indicado. La amiga inspeccionó el arma con teatralidad, deslizando aquello y haciendo clic con lo otro.

—¿Lo pillas? —le preguntó.

—Claro.

—¿Lista para disparar? ¿Todo claro?

—Dejémoslo en translúcido —contestó Irene. Soltó una risita, bastante satisfecha de su ocurrencia.

Dorothy se colocó de lado mirando hacia el roble, levantó la pistola y disparó. En el pañuelo apareció un agujero negro. Le entregó el monstruo humeante.

Ella alzó la pistola, entrecerró los ojos y apretó el gatillo. El retroceso hizo que el arma saliese despedida hacia atrás y le diese de lleno en la frente. Se cayó al suelo.

—Has fallado —comentó Dorothy. Agarró a Irene por la muñeca y la ayudó a levantarse—. A ver, ¿qué es lo has hecho mal?

—¿Nacer?

—Has intentado apuntar. Cuando llegue el momento, no tendrás tiempo. Es algo intuitivo. Y ahora sabes que la pistola te empuja hacia atrás cuando disparas. Así que debes tener eso en cuenta. —Colocó a Irene de lado—. Así, si te disparan, es más difícil que te den.

Dorothy se situó detrás de ella y la ayudó a empuñar la pistola rodeándole las manos con las suyas. Juntas levantaron el arma.

—Mantén los ojos abiertos —dijo su compañera.

—Sí, señora.

—No apuntes. Señala. Tú solo señala. Como si señalaras una casa, un tren o un pájaro.

—Entendido.

—Y piensa en él.

—¿En quién?

—En el capullo ese de Nueva York.

—Yo jamás…

—Descerrájale un tiro. Y no aprietes de golpe el gatillo. Apriétalo despacio. Venga, métele un balazo en el culo.

Irene hizo lo que le ordenaba. Le dio al árbol.

—Mucho mejor —dijo Dorothy.

Ella le entregó el arma con la culata por delante.

—¿Te apetece que nos tomemos un cruasán?

Volvieron al Mono Azul.

Pero su compañera arruinó el desayuno cuando empezó a revisar el comunicado diario que detallaba las divisiones que estaban en combate y los pueblos que habían caído. Ni siquiera le puso mermelada al cruasán.

Irene, aunque solo fuese durante unos minutos, se negó a saber nada de todo aquello.

Un camino empedrado salía de la carretera principal, bordeaba el hotel, doblaba la curva y se adentraba en el pueblo. Era ancho y esa era la razón por la que los mandamases habían elegido aquel lugar, porque cabían los camiones y los tanques y las semiorugas, las cuales parecían haberse convertido en una especie de mascota. García y las tropas llamaban al vehículo el Matacerdos. Detrás del pueblo se extendían campos donde podían montar las tiendas de campaña y una pista de aterrizaje que los alemanes habían tenido la amabilidad de dejar intacta antes al huir.

Ya entrada la mañana, Dorothy enfiló la carretera y fue en busca de García. Disponía de varias horas muertas —todo un lujo— en las que nadie necesitaría nada de ella y le apetecía ver al soldado y preguntarle qué tal le iba. Llevaba la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta. Desde el asedio había notado que le temblaba un poco. Tal vez él fuese la persona indicada a la que preguntarle. No la tomaría por una blandengue.

Dejó atrás las tiendas de campaña que ocupaban la plaza y un centro de operaciones de radio parapetado de sacos terreros cerca del cementerio. Dos talleres, un granero y un campo de fútbol albergaban ahora el parque de vehículos y la brigada de reparaciones: tanques, jeeps, soldados heridos, remolques averiados, un coche de Estado descapotable y un par de vehículos alemanes, incluido un extraño artilugio a medio camino entre una motocicleta y un tanque que García ya había requisado para él. El Chingón tenía una Indian de 1936 en su casa, en Arizona, según contaba a la gente. Con su sidecar y todo. Pero en su tierra natal nadie había visto nada parecido. Estaría bien volver a casa con ese bicharraco y darse unos paseos por el desierto. Y levantar polvaredas de arena como un loco.

García aparcó el cacharro frente a la escuela abandonada donde se alojaba. El edificio tenía un agujero en el tejado. No le importaba que las palomas se refugiasen también en él. Ambos se pasaron la tarde fumando y pegando la hebra, como niños de décimo curso haciendo novillos. Dorothy notó que había dejado de temblarle la mano. Tal vez, pensó, eso era todo lo que necesitaba. A García le sorprendió que

a ella, al igual que a su madre, le gustase hacer ganchillo. No se sintió en absoluto ridículo al confesarle que a él también le gustaría aprender. Y ella no se burló de él.

—Puedo enseñarte, no te preocupes.

—Genial —dijo él—. Cuando nos casemos, podemos hacer ropa de bebé juntos.

—Te haré unos calzoncillos especiales. Fresquitos para el desierto.

Brindaron por sus buenos propósitos.

—No me vas a poner los cuernos, ¿verdad? —le preguntó García.

—Probablemente. Sí. Lo siento.

—Ah. Bueno. Yo también.

Y volvieron a brindar.

—Vaya dos estamos hechos —comentó Dorothy.

—Nunca pensé que engañaría a la muerte de esa manera —dijo Irene —. No me lo quito de la cabeza.

—Estás hecha de hierro —contestó la otra a través de una nube de humo de cigarrillo.

Estaban tumbadas en la cama de Irene.

—Tú también —replicó esta.

Dorothy se quedó pensando.

—Imagino que sí.

—Se supone que tenemos que estar siempre contentas, lo sé. Pero hoy estoy que me arrastro por los suelos.

—Por algo te llaman la Caimana.

Irene se echó a reír.

Dorothy empezó a sermonearla:

—Mira a Bob Hope. Borracho todas las noches después de esos espectáculos de la USO, deseando ser algo más que el bufón de los soldados. Ese hombre nunca para. Se guarda todas las mierdas dentro.

—Pero es un héroe. Siempre está animando a los chicos.

—¿Qué crees que estoy diciendo, Caimana?

Dorothy apoyó los pies en el suelo y le dio a Irene una palmada en el hombro antes de bajar por las escaleras y salir a ese sol perfecto y respirar el espléndido aroma de los árboles y de las plantas y escuchar a los cuervos y a los gorriones y a las gallinas y a los a estúpidos patos de los estanques mientras recorría aquel delicioso camino empedrado para ver a sus chicos inadaptados.

Se lo pasaba genial en el parque de vehículos. Le recordaba a los días en la granja con su hermano. O cuando disparaba a las latas con su padre. Montada junto a él en el tractor mientras araban la tierra para sembrar maíz. Le gustaban los olores de aquel sitio. Cuando cogía

una llave inglesa para montar un motor o asegurar algún conducto, sentía como si estuviese luchando de verdad en la guerra. Incluso cuando jugaba al póquer apostando balas o cacahuetes salados. Nada que ver con freír un puñetero dónut.

Nadie sabía lo tímida que era en realidad, cómo se le sonrojaban las mejillas y se le descomponía el cuerpo cuando se quedaba en una esquina intentando parecer otra persona, o cuando servía cien tazas de café fingiendo ser la solícita camarera de algún bar de South Bend. Se sentía una impostora. Pero aquellos zoquetes la entendían de verdad. Eran unos simples currantes llamados a las armas.

Estar con Irene día y noche le recordaba sus peores pesadillas de niña. Hiciera lo que hiciese, Dorothy era la gigante, la tipa dura que sabía conducir un camión. Incluso el hecho de que le gustara conducir aquella bestia la avergonzaba un poco. Aunque jamás lo admitiera, en el fondo quería tener la clase de su amiga, una pizca al menos. A pesar de que esta le habría dicho que la gente con verdadera clase nunca usaría dicho término. Irene. Ay, Irene. A veces, el simple hecho de pensar en esa chica menuda hacía que le entrara la risa, aunque no sabía qué era lo que le hacía tanta gracia.

Ahora se sentía inquieta. Después de un fin de semana, ya estaba aburrida del hotel. Todo tan recargado, ese olor a perfume. No podía respirar. De la fachada colgaba un bonito cartel con un mono azul. Y estaba especializado en cocina «provenzal», fuese lo que fuese aquello. Huevos de codorniz y caracoles.

En la parte de atrás había montones de basura nazi abandonada que le gustaba patear. Banderas con esvásticas. Las robaba y las cortaba por la noche para hacer parches con las partes rojas. Pensaba confeccionarse un vestido de noche de seda con esas banderas, la única manera que tenía de permitírselo. Tal vez de novia. Odiaba admitirlo, pero le hacía ilusión la idea de celebrar una boda, más que el hecho de tener marido. Encontró una bayoneta y también se la llevó. Cajas de munición, cinturones y abrigos. Esos hijos de perra nazis tenían buen gusto vistiendo, Dorothy tenía que reconocerlo. Algunas cosas aún tenían sangre reseca. Lugers y rifles. Debieron de salir corriendo como conejos.

En los últimos tiempos apretaba los dientes por la noche y se despertaba con dolor de cabeza y de mandíbula. Añoraba Estados Unidos. No sentía nostalgia exactamente, no era esa la palabra. Pero tampoco le habría disgustado una cerveza de raíz y un perrito caliente, un poco de algodón de azúcar y bailar country sin que nadie se fijase en su torpeza. Solo sentía algo parecido cuando estaba en el parque de vehículos.

En la iglesia del pueblo repartían comida de verdad: estofado, huevos revueltos, hamburguesas, judías. Refrescos de cola RC. Incluso esa socorrida tostada a base de dudosa carne en salsa, que antes odiaba y ahora se zampaba en un santiamén, y hasta repetía. Comparada con la comida del hotel, todo aquello era un alivio.

En cuanto al parque de vehículos, menudeaban las palabrotas, los cigarrillos y las bromas. No tuvo que dar explicaciones ni pasar una sola prueba en cuanto cambió el aceite de un jeep ante la atónita mirada de los chicos. El taller era su lugar de ocio. Muchos soldados pasaban por allí y se fumaban un cigarro o se tomaban una cerveza de matute, incluso esos tipos tristones que andaban siempre con la mirada perdida. Dorothy intercambiaba bromas con todos ellos. Era libre.

Se metía con los chicos todo el día: «García, eres tan tonto que podrías perder una discusión con una tuerca». Siguiente víctima: «Si el cerebro fuera gasolina, el tuyo no daría ni para rodear un dónut por dentro en una moto enana». Pero la tercera tarde, dejó a un lado las burlas y lo admitió:

—No sé, chicos, me pica el gusanillo de…

—A mí también —la interrumpió uno de los mecánicos—. ¿Quieres que te rasque un poco? Luego me rascas tú a mí.

Todos se rieron. La Jirafa era única.

—No, no me interesa tu pilila asquerosa y diminuta, so capullo. —Todos se echaron a reír de nuevo y se dieron puñetazos en los hombros—. ¿Qué tiene tanta gracia? —les soltó.

Dejaron de bromear y la miraron.

Dorothy estaba de pie con los brazos caídos, pegados al cuerpo. Miraba el suelo grasiento y meneaba la cabeza con lentitud.

—Es que… quiero…, necesito, no sé, hacer alguna gamberrada.

—¿Cómo qué? —preguntó el Chingón.

Ella tomó aire como si estuviese observando lo que se siente al respirar.

—Estoy… muy… enfadada. Por lo de mi hermano. Todo esto. Esos boches… Quiero… —La voz se le entrecortó. Los muchachos la observaron con inquietud y se miraron—. Quiero hacerles daño —dijo al fin—. Eso es lo que quiero de verdad.

Esa revelación pareció incomodar profundamente a los hombres: no tenían sabiduría, ni humor, ni coqueteos con los que responder.

—Oye, Jirafa —dijo por fin García—, si vas en serio, cuenta con nosotros.

El Rapid City solo llevaba fuera de servicio tres días y las chicas ya se

habían distanciado. Irene dormía hasta tarde todos los días. Dorothy estaba furiosa con ella. Cuando estaba despierta, se paseaba hojeando ejemplares viejos de la edición parisina de *Vogue,* con horquillas en el pelo, crema hidratante francesa en la cara y la puerta cerrada. Tomaba café todo el día y se pasaba al vino blanco por la noche. El peor Clubmobile de la guerra.

Irene se dio cuenta de que su querida Dot ya no tenía interés ni en ella ni en el Rapid City. Ahora se refería al vehículo como «ese autobús viejo». Ella se sintió ofendida en nombre del camión. Era como si su amiga se hubiera convertido en soldado. Llevaba la 45 en la cintura, como Billy el Niño. Se dejaba las botas sin atar. Dejó claro que no pensaba limpiar el Clubmobile. La escoba, la fregona, la esponja…, ni tocarlos. Llegaba a altas horas de la noche, apestando a gasolina, cigarrillos y alcohol.

Irene ya no podía permitirse ceder ni un ápice de sí misma a ese malestar. Se cepilló el pelo hasta que brilló a la luz como seda pura. Se pintó los labios, se arregló las uñas, se roció con N.º 5 para oler como un ser humano. Se puso una blusa campesina preciosa que había comprado en Londres. Le hacía sentirse como una joven de una novela de Thomas Hardy, esperando a que su pastor asomara por las lejanas colinas.

Tenía clara una cosa: no quería volver al frente. Le escribió cartas al Manitas, a su madre y a la tía Eva. A ellas nunca les confesó sus miedos, pero sabía que Hans comprendería sus sentimientos. Le expresaba su terror solo a él, sin saber si la censura postal suprimiría ese tipo de cosas, aunque, si así fuese, confiaba ingenuamente en que él captaría el mensaje.

Sin rastro de Dorothy, Irene habilitó el vestíbulo del hotel como puesto de dónuts. El personal colocó un par de mesas y algunas sillas; había una zona para servir y un amplio espacio para que la gente estuviese a sus anchas. Pero, para que el Rapid City funcionase como cocina, necesitaba una limpieza a fondo y decidió emprender la tarea ella sola.

Barrió a conciencia. Recogió la basura, la harina y el azúcar derramados, el barro reseco de las botas, los trozos de rosquillas pisoteadas, además de las hojas que habían entrado por el viento, montañas de papel encerado, periódicos y servilletas, y llenó dos barriles con todo ello. El jardinero del hotel los llevó a la parte de atrás y lo quemó todo.

Fregó las encimeras y la freidora. Lavó a mano los platos y las tazas. Vació las cafeteras mugrientas situadas a cada lado de las ventanillas de servicio (¿quién iba a decir que al café viejo le saldrían coágulos de moho que flotaban como islas en los posos?).

Limpió las urnas hasta dejarlas relucientes. Organizó los discos por orden alfabético. Incluso sopló el polvo acumulado en la aguja del tocadiscos.

Quitó el tapón de drenaje de la hornilla, volcó el aceite vegetal rancio en un cubo de cuarenta litros y vertió nuevo en el estómago de la máquina. Se horrorizó cuando, en el fondo, vio trozos fritos de una masa oscura entre moscas crujientes. Se recordó a sí misma que no volvería a comer dónuts. Luego barrió las colillas y los envoltorios de caramelos de la cabina, amén de quince kilos de polvo. Nunca había sido tan hacendosa.

—En Nueva York teníamos criada —le dijo al camión.

No dejaba de murmurar maldiciones y de quejarse como si se dirigiera al mismísimo Dios, igual que una adolescente a la que castigan con deberes. No era justo. ¿Por qué tenía que hacerlo todo ella? ¿Es que era la única que tenía sentido de la responsabilidad? Jehová no le ofreció ninguna respuesta alentadora.

Irene sintió que la cara le ardía por la vergüenza cuando recordó a su torturador, en aquel apartamento de la calle Veintiocho Este. La noche en que todo estalló. Estaba llorando después de otro incidente. Él se estaba tomando un whisky con hielo. Aparentemente tranquilo, como un lagarto al sol. Era su manera de hacerla perder los nervios. Conocía al dedillo sus debilidades. La escena se repetía una y otra vez en su cabeza: el tintineo de los hielos, sus sorbos, el whisky bajando por su garganta… Sonidos que había aprendido a detestar. Su voz aburrida: «Maldita sea, Irene, ¿por qué tienes que ser tan exquisita?».

Lanzó una esponja desde la parte delantera del Rapid.

—Mírame, aquí estoy. ¿Te sigo pareciendo exquisita?

No se había dado cuenta, pero Dorothy estaba al lado, cerca, escuchando en la oscuridad.

Irene estaba agotada. Bayeta en mano, se subió al guardabarros y limpió la capa de inmundicia y bichos muertos del parabrisas. El suave tono naranja de las lámparas de la calle iluminaba la escena.

Su compañera dio un paso adelante y surgió de entre la penumbra; sus botas desatadas crujieron al pisar la grava. Se apoyó en el guardabarros, frente a ella.

—¿Estás limpiando el camión? —le preguntó. Irene no respondió—. ¿Me estabas insultando? —quiso saber Dorothy. Ella siguió ignorándola—. ¿Estás enfadada conmigo, Caimana?

La miró.

—No te estaba insultando —replicó y retomó su tarea.

—Seguro que te he sacado de quicio un millón de veces.

—Cierto.

Dorothy suspiró. Fue un gemido a medias. Ella seguía sin hacerle caso.

—Ay, Irene —le dijo su amiga a su espalda al cabo de unos momentos—. No seas cruel.

—¿Cruel? Mira, de verdad.

—Hemos tenido un par de días duros. Solo eso. —Se frotó los ojos con el pulgar y el índice. Ella seguía callada—. Oye —insistió—, ¿no me dices nada?

—He estado aquí todo el tiempo, querida. Cumpliendo con mi deber. —Señaló el Rapid con un gesto grandilocuente—. Día tras día.

—Escondiéndote —replicó la otra.

Irene le dio la espalda, dolida.

—¿Te gusta el parque de vehículos? —contestó. El silencio que siguió a continuación le dejó claro que el golpe bajo había surtido efecto—. ¿Y tú? ¿Estás bien tú, Dorothy? —dijo al cabo.

—Tengo que hacer algo.

—¿Qué quieres decir?

—Algo que tiene que ver con… todo esto.

—¿Con qué, Dottie?

—Con todo esto. Estoy muy… —dijo Dorothy en voz baja—. Estoy muy…, ya sabes. ¿Tú no?

—No sé a qué te refieres —respondió Irene sin dejar de darle la espalda.

—Estoy muy… enfadada.

Ella se volvió; estaba a punto de decirle algo, pero Dorothy ya se había alejado en silencio, absorbida por la oscuridad del hotel.

A las siete de la mañana del día siguiente, la capitana del grupo F, Martha Levin, de la Cruz Roja Americana, junto con un conductor del Octavo Ejército de Estados Unidos, apareció en el hotel. Su jeep se detuvo en mitad de una lluvia de grava. La mujer envió al conductor al vestíbulo y este pidió al recepcionista que despertase a las damas. Una vez arriba, el hombre les hizo saber a las chicas que debían presentarse ante su capitana.

La pareja, en una lánguida estampida, bajó a trompicones al vestíbulo, donde hallaron a Levin caminando arriba y abajo, con las manos a la espalda, ofreciendo su mejor imitación de un Eisenhower impaciente. El conductor les hizo el saludo militar, pero ellas no sabían si debían devolvérselo o no.

—Las insurrectas de Martha —refunfuñó la capitana Levin.

Formaban, siendo piadosos, un dúo pintoresco. Irene llevaba la

indumentaria correcta, aunque a medio abrochar, e iba descalza. Al menos se había pintado las uñas de los pies. Dorothy, visiblemente resacosa, todavía llevaba puesto el mono sucio de la noche anterior, con manchas de aceite en las rodillas. Se había atado un trapo en el anárquico pelo.

—¿Dónde está la tercera? —inquirió la capitana Levin.

—No hay tercera, capitana —anunció la segunda.

El conductor anotó algo en un cuaderno.

—Pues bien. ¿Cómo estamos hoy, señoritas?

—Preparadas, capitana —contestó Dorothy.

Irene sonrió encantadora.

—No lo parecen —comentó la mujer.

—Ha sido una semana difícil —confesó ella.

—Eso he oído. —Martha cogió algo del jeep—. Esto las ayudará —dijo y sacó una carta—. Directa del cuartel general. Los altos mandos están al tanto de sus heroicas acciones en los últimos combates. —Ambas se dieron un codazo—. Las menciones serán incluidas en su expediente y se enviarán al cuartel general de la Cruz Roja en Estados Unidos. Buen trabajo. Han dejado alto el listón de la organización. —Les estrechó la mano—. Señoritas, presten atención. Se han ganado un D y R. —La capitana Levin notó la expresión de desconcierto de Irene —. Es un término militar —le explicó—. Descanso y recuperación. El grupo B está en camino y varias integrantes, junto con las compañeras del Cheyenne, las sustituirán durante la próxima semana.

—Una semana —dijo ella suspirando.

—Capitana, ¿sabe adónde vamos? —preguntó Dorothy.

—Sí, lo sé. Atención: una semana en la Costa Azul. Cannes. En la playa. Sepan que habrá licor. Lo que pase después no es de mi incumbencia.

—Joder —exclamó aquella.

—En fin. Un avión vendrá a buscarlas mañana por la mañana. En la pista de aterrizaje. A las seis cero cero. Sean puntuales.

Las chicas ejecutaron por primera vez el saludo militar y subieron corriendo las escaleras.

24

A la mañana siguiente, mientras las Hermanas se dirigían al avión, sintieron la guerra desprendiéndose de ellas como si fuese pintura vieja y la brisa llevándose parte de esos restos descascarillados. Era como si la contienda también se tomase unas vacaciones. Irene había oído a los soldados hablar de aquello: de que la guerra te comía vivo, mataba a todos los que te rodeaban, te destrozaba los nervios y te hacía sufrir, y luego… se detenía. Se alejaba como la marea. Amanecía. Y las cosas mágicas parecían invadirte. Pero solo funcionaba si no pensabas en lo que podía estar ocurriendo a veinte kilómetros de distancia.

Se lo habían contado mientras hacían la cola del Rapid City. Llegaría una mañana perfecta. Aparecería una casa sin gente, llena de vino y comida. Un amigo al que no veías desde Normandía y al que dabas por muerto irrumpiría de pronto en el campamento con su patrulla. Una chica local y un rincón apartado donde yacer con ella te romperían el corazón de la mejor manera posible. Los chicos tenían un millón de ejemplos.

¿Aquello era lo que llamaban *gracia?* ¿Era esa la palabra que estaba buscando? Temía ese término. Temía que no significase más que una calma temporal, un respiro. Una pausa para tomar aire y prepararse para un nuevo ataque. Una última y pequeña bendición divina antes de que te volaran los sesos. Irene estaba convencida de que una bala llevaba ya su nombre.

A menudo, el grito de «¡Quiero *Kaffee!*» la despertaba en mitad de la noche y sentía el agua sucia cayendo sobre ella en la oscuridad. Veía a la niña a la que habían negado socorrer, de pie, junto a la cama. Se despertaba de golpe, envenenada por la culpa, avergonzada por no recordar su nombre. Una vez que las pesadillas la sacaban del sueño, sus preocupaciones no la dejaban dormirse de nuevo. Cuando cerraba los ojos, le parecía ver destellos de focos atravesando las cortinas. Pero, cuando se incorporaba en mitad de la noche, con los ojos abiertos de par en par, solo había oscuridad y grillos.

Tal vez, lo más horrible era saber que, seguramente, la guerra aún no había hecho todo lo que podía hacer con ella. Se dio cuenta de que, cuando se alistó como voluntaria, no tenía ni idea de lo que le podía

pasar. Recordó al soldado cojo de aquel tren que tomó en Nueva York hacía cosa de cien años. Deseaba poder decirle que por fin empezaba a entender lo que le había dicho.

«Es hora de arreglar las cosas —se dijo Irene—. Empezando por Dot.»

—¿Estás bien, Dottie? —le preguntó.

—Supongo que estas vacaciones cambian las cosas —comentó esta mientras se acercaban al avión.

—Mal no nos van a venir.

—Tendrás que llevar tú las riendas. No estoy acostumbrada a estos sitios elegantes.

—Seré tu general.

—Tampoco nos pasemos.

El viaje en avión a Cannes fue una pesadilla. Iban sentadas en unos bancos, con la espalda apoyada en la pared del C47. Dorothy no paraba de reírse de la cara de horror de Irene (la fotografió rezando como una loca), hasta que recordó que lo cierto era que las podían derribar. Entonces rezó su propia oración presbiteriana preñada de sentido práctico:

—Querido Señor: haz lo que diga la general Irene.

El rugido de los motores les impedía hablar, el fuselaje gemía y crujía mientras surcaban el cielo. Se imaginó al Manitas en las nubes con ella, protegiéndola. El día anterior le había mandado una carta en el último minuto, después de que la capitana Levin les contase lo del D y R, para decirle dónde iba. Era ridículo. Sabía que no la recibiría a tiempo. Y, si lo hacía, no podría dejarlo todo y plantarse de pronto en la playa. Pero para eso estaban los deseos.

Cuando por fin aterrizaron y bajaron del avión, Irene contuvo la respiración como una colegiala, con la esperanza de que él estuviese esperándola, aunque sabía que eso era imposible. Trató de ocultar su rostro sonrojado a Dorothy; se sentía como una tonta; por supuesto, él no estaba allí. No le había contado a Dot nada sobre este pequeño melodrama romántico, aunque, por supuesto, su amiga se lo olía.

Las dos arrastraron las maletas por el aeródromo francés, donde un taxi las estaba esperando. Parecía que hacía una década que no veían uno. Mucho más elegante que un jeep. Con los bolsillos llenos de francos de la capitana Levin, se sentían como bancos andantes. «Ahí tienen, por si se quieren dar algún capricho», les había dicho; luego les guiñó un ojo.

—Necesitas una boina —le dijo Irene a Dorothy.

—Quiero una boina.

—¡Te conseguiré una!

—Roja. Como la de Colette.

—¿La de quién?

—La partisana.

—¿Qué partisana?

Dorothy no se podía creer que Irene no recordara a los partisanos. Al parecer, Colette no le había causado ninguna impresión y ella no quería explicarle que esa mujer le había cambiado la vida.

—Nada, una cosa que vi en una película —mintió—. Te voy a buscar una boina negra.

—*Très chic !* —gorjeó Irene.

Como parte de la operación Dragoon, los aliados habían desembarcado el pasado agosto en la costa de Cannes para luego atravesar en tromba la región sureña región de Provenza, diezmando a las sorprendidas fuerzas alemanas, que se vieron obligadas a retroceder hasta los montes Vosgos, varios cientos de kilómetros al norte.

Durante el trayecto, el taxista no dejaba de decir: «¡Me encanta América!». Para terror de las chicas, a cada tanto apartaba las manos del volante y las agitaba; el taxi parecía conducirse solo mientras el hombre gritaba: *«America number one!»*.

Irene y Dorothy contemplaron los frutos de lo que había conseguido su Ejército. En las calles, los niños paraban a los soldados y les entregaban flores y caramelos.

—Jamás olvidaremos esta victoria —dijo el taxista.

Las Hermanas saludaban a todo el mundo.

—Qué día tan feliz —dijo ella entusiasmada.

—Este y todos —matizó el conductor.

—Parece que estamos en un desfile —comentó Dorothy.

—¡La Costa Azul! —gritó—. ¡Antibes!

Las llevó por las colinas para que contemplaran la locura de aquel mar contra las almenas y las torres y la intensidad de los colores. El verde y el azul.

—¡Son cactus! —exclamó Irene al darse cuenta de que nunca los había visto del tamaño de un árbol. De hecho, no recordaba haber visto ninguno, solo en museos. Estos se parecían a los de Arizona, los que salían en las películas del Oeste. «García se sentiría aquí como en casa», pensó.

—*Oui,* obviamente —respondió el conductor con desdén—. Famosos. —Ella abrió su cuaderno y escribió «cactus famosos» junto a un apresurado boceto—. *Voilà* —anunció el taxista cuando doblaron una curva y contemplaron todo lo que había debajo.

Quedaron deslumbradas por el sol, la cúpula de porcelana del cielo, la elegante inclinación de la costa. Era asombroso, un viaje a otro planeta. Las colinas de terciopelo verde. Las paredes blancas, las gaviotas blancas, las velas blancas. Paredes azules, paredes de piedra, paredes de cristal, banderas, ladrillos rojos, roca amarilla, el océano resplandeciente y, a lo lejos, la seguridad gris de los buques de guerra. Parecían islas a lo largo de kilómetros y kilómetros de costa.

Irene y Dorothy, sin pensarlo, se cogieron la una a la otra las manos. El taxista aparcó. La segunda se bajó de un salto.

—¡Palmeras! —gritó y estalló en aplausos.

Irene nunca la había visto tan entusiasmada. Salió del taxi y se alarmó cuando su amiga empezó a dar saltos arriba y abajo.

El conductor se unió a ellas; se apoyó en el coche y cruzó los tobillos.

—Normalmente *c'est blanc* —les dijo—. Los muelles. Todo blanco por barco. Yate. Navegar. Pescar. Pero pronto otra vez.

Se montaron de nuevo en el taxi e Irene le dio unos golpecitos en el hombro al conductor.

—*Monsieur, bérets, s'il vous plaît ?*

—¡Ah! ¡Conozco sombrerería perfecta! —le contestó.

Por la emoción de las dependientas ante la aparición del conductor, ella dedujo que la tienda pertenecía a su hermana o a su madre. Encontraron exactamente lo que buscaban y las mujeres se lo entregaron a Irene y Dorothy en paquetes envueltos de forma exquisita.

Tras la rápida parada para ir de compras, volvieron a subir al taxi e iniciaron el serpenteante descenso hacia el hotel.

—Jamás pensé que vería lugares como este —comentó Dorothy—. Después de la guerra, lo único que quiero hacer es viajar.

—Buen plan —dijo el conductor—. ¿Adónde gustaría ir?

—¡A África! —respondió Dorothy—. De safari. Leones. Elefantes.

—¿Para disparar?

—Fotos. Nada de armas.

Él asintió con seriedad.

—*D'accord.* Rifles… —Soltó un bufido—. *Stupide.*

Dorothy se puso las gafas de sol, que le confirieron cierto parecido a la Hepburn.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Irene.

—He tenido ciertos sueños.

—Yo también.

—No me gustan.

—A mí tampoco.

—En Cannes solo sueños buenos —apuntó el taxista. De repente, se escandalizó al ver un burro tirando de un carro y tocó el claxon horrorizado, como si una escena tan poco sofisticada pudiese echar por tierra el estado hipnótico que estaba creando para sus nuevas *amies américaines*—. Quédense con nosotros —les pidió—. Aquí está el mundo entero, *voilà*.

El taxista las dejó en la calle vacía, frente al hotel Carlton, con sus famosas cúpulas, en teoría diseñadas para celebrar los pechos de una conocida cortesana.

—¡Tienen piscina! —exclamó Dorothy emocionada.

Irene nunca había presenciado aquella versión adolescente de su querida Jirafa.

Después de registrarse y firmar en el libro de cuentas, cogieron sus compras y dejaron que el botones les subiese las maletas a las habitaciones, ubicadas en el segundo piso. Una vez en la suya, ella puso especial esmero en colocarse la boina en el ángulo adecuado. Perfectamente terciada hacia la izquierda, casi ocultándole la ceja. Se sentía como una estrella moderna del cine francés.

Cuando salió de su habitación, encontró a Dorothy en el pasillo con la boina roja puesta. Irene tuvo que reprimir una carcajada: su querida Dot la llevaba como si fuese un gorro de punto, calada hasta las orejas, que sobresalían como las de un mono. Se apresuraron a bajar las escaleras, olisquearon el bistró y espiaron los cuerpos dorados que pululaban alrededor de la piscina aguamarina.

Impacientes, se adentraron en las primeras horas de la tarde y pasearon del bracete por las calles. Llevaban pantalón holgado y blusa blanca, y compraron pañuelos finos de tonos pasteles. Las mujeres vestían faldas plisadas blancas que se agitaban alrededor de las piernas al caminar. Botones negros, cinturones negros. Zapatos planos cómodos y elegantes. Irene y Dorothy se asomaban a los escaparates y olían el pan. Invirtieron el veinte por ciento de su asignación militar en frascos de perfume diminutos. Ella compró también sales de baño de lavanda.

—Estoy hecha polvo —se quejó su amiga.

—No me extraña. Hemos andado varios kilómetros. —Señaló un bistró blanco y azul con guirnaldas de geranios pintadas a los lados y mesas blancas de hierro forjado en la acera, bajo una sombrilla de rayas naranjas—. Vamos —le dijo.

Agotadas, se desplomaron en una mesa. Bistró Antibes.

—Los zapatos me echan humo —dijo Dorothy.

Pidieron té y café con nata espumosa.

Édouard, el flemático camarero, espolvoreó canela y nuez moscada sobre sendas bebidas y dejó un platito con terrones de azúcar y pinzas de plata.

—*Américaines* buenos —comentó—. Nosotros gustar.

Le miraron el trasero mientras se alejaba.

—Buen culo —apuntó Dorothy.

—¡Chist!

Debía de ser bailarín de ballet o profesor de tango, pensó aquella.

—Podría partir nueces con esas nalgas.

—¡Chist!

Édouard les trajo luego una jarra de cristal llena de agua con una rosa amarilla solitaria asomando por el borde. Las chicas también disfrutaron de su delantera. Tras colocar la flor sobre la mesa, aleteó las pestañas, frunció los labios con seducción y levantó fugazmente las cejas.

—Ahora, ¿comida? —les preguntó.

—Nos gustaría probar la fuente de *jambon et fromage* —pidió Irene, aniquilando en el proceso todos los sonidos del idioma galo—. Ah, y vino tinto. *Un vin rouge ?*

El camarero apenas asintió con la cabeza.

—¡Y pan! —añadió—. Ah, sí. Por supuesto. Francia y el pan… Amor en el paladar. Una baguette recién hecha. —Édouard se besó la punta de los dedos. A los turistas les encantaba eso, lo sabía, aunque nunca lo hacía para los alemanes—. Perfecto —dijo Irene.

—*Oui.*

Cuando se marchó, Dorothy dijo:

—Creo que le gustas.

—Les gusto a todos.

—Ya me he dado cuenta.

—Va detrás de ti, cariño.

—Eso sería la reoca.

Édouard trajo la baguette envuelta en una servilleta de tela roja encima de una cesta de paja alargada.

—Perfecto con *fromage* —declaró con gran solemnidad—. Ahora servir el vino.

Volvió a por la botella y las copas.

—Me gustan los hombres que van narrando cada cosa que hacen —dijo Irene mientras arrancaba el cuscurro del pan.

—Esto no tiene sentido, ¿verdad? —comentó Dorothy—. Hace una semana estaban intentando matarnos. Ahora esto. Es…, no sé…

—Surrealista —sugirió ella.

—¿Qué es eso?

—Lo que acabas de describir. Como un cuadro de relojes derritiéndose. —La otra frunció el ceño mientras pensaba en ello—. La extrañeza de los sueños. Pero hecha realidad —añadió Irene.

—¿En serio he dicho yo eso?

Cuando Édouard regresó, volvieron a poner a prueba su tosco francés con él.

Abrió la botella y les sirvió el vino; luego retiró los platos, limpió la mesa y encendió una vela.

—Anochecer muy pronto —explicó con un encogimiento de hombros diferente y en cierto modo más sabio que el que había desplegado antes.

Se fue y reapareció arrastrando un carrito con una campana de queso encima, utensilio del que ninguna de las dos había oído hablar jamás. Una cúpula de cristal cubría diversos tipos, dispuestos en estantes también de cristal.

—Gratis para ustedes. Los chicos enviar para ustedes. *Américains. Libération. Merci, baby.* —Luego arrugó un poco el ceño y señaló algo que parecía bullir en uno de los pequeños estantes de cristal—. Este no. *Américains* no comen este.

—¿Qué es? —preguntó Irene.

—Eh, ¿cómo se dice…?, gusanos diminutos en el *fromage.*

—¡Puaj! —exclamaron.

Cuando el camarero se fue, Dorothy le ofreció cincuenta francos por comérselo. Ella declinó con firmeza. No sabían que los quesos tuviesen tantos sabores. El tierno y pálido que estaba envuelto en hojas de castaño las volvió locas. No tardaron en beberse una segunda botella de vino y la maravillosa vista se fue inclinando ligeramente a medida que oscurecía. Cuando alzaron la mirada, Édouard estaba junto a ellas.

—Estamos un poco achispadas —confesó Irene.

—Buena manera de estar, ¿no? —Les ofreció cigarrillos Gauloises y se los encendió; luego se sentó a la mesa y se recostó con estilo. Le guiñó un ojo a Dorothy. Debajo de la mesa, le rozó los pies con los suyos.

Esta estaba encantada de haberle robado un hombre a su amiga.

Tras varios minutos de meditación en silencio sobre la puesta de sol, el camarero se irguió como un gato callejero y, sin ninguna prisa, entró en el bistró y regresó con *le dessert.* Crepe Suzette para Dorothy, *clafouti* para Irene. Y dos copitas de coñac.

—¿Podría llamar a una ambulancia para que nos lleve al hotel? —atinó a decir al primera.

—¡Sí, sí! —gritó él mientras dejaba la cuenta sobre la mesa. Entró y

volvió con una dalia y un caramelo de menta para cada una.

Después de pagar, uno de los cocineros apareció por la esquina a bordo de un maltrecho Fiat. Era un coche de personal que habían requisado a los alemanes, les dijo a las chicas cuando se subieron al vehículo. No tenía frenos, explicó, pero para eso estaban los neumáticos atados al morro. Las llevó todo el rato en primera sin apartar ni un segundo la mano del freno de emergencia. Lentamente, llegaron al hotel, cuatro manzanas más arriba.

—Los franceses estos me están poniendo de buen humor —le dijo Dorothy a Irene mientras salían.

Una vez dentro del Carlton, subieron en un ascensor jaula hasta sus habitaciones.

25

Volvieron al café por la mañana, con el bañador puesto bajo el pantalón y el jersey. Desayunaron *pain et beurre* con *confiture et café*.

Édouard dejó caer varios francos sobre la mesa y movió el índice con un gesto negativo sin ni siquiera mirar los billetes.

—Anoche pagar demasiado —las regañó.

—Es una propina —le explicó Irene.

—¿Qué es eso? —dijo y se fue.

Tomaron mermelada de fresa y de naranja. La mantequilla era una magnífica bolita dorada servida en un cuenco blanco y azul. La brisa de la mañana olía a Mediterráneo. A sal, a comida, a viento africano. En su mente, ahora eran muy francesas.

Édouard reapareció.

—Mucho calor —dijo suspirando. Tenía los ojos rojos y olía un poco a licor—. Édouard siempre estar aquí —proclamó con tristeza.

—Queremos ir a la playa —dijo Irene.

Él la señaló con los labios.

—Sencillo, ¿no? —murmuró filosóficamente.

Usaron la propina de la noche anterior para pagar el desayuno y se lanzaron a la arena como colonas, haciendo un alto en el camino para asaltar un quiosco atendido por unos *jeunes hommes* de apariencia gitana y vestidos con rayas horizontales. Alquilaron dos tumbonas plegables de lona y una sombrilla de un intenso color amarillo. El hotel les había prestado toallas azules. Édouard les había proporcionado un cubo con botellines fríos de *bière de garde* junto con un abridor.

—Esto es la vida para mí —afirmó Irene.

—Sí. Por fin vivo como tú.

—Venga ya.

—Dime que es mentira.

La aludida se ahuecó el pelo con ambas manos y dejó que la brisa se lo ordenase.

—Por la libertad —dijo mientras rebuscaba en el cubo.

Chocaron las botellas. Empezaron a eructar mientras se tomaban la cerveza; parecían estar disfrutando de lo lindo. A lo largo de la playa, sobre toallas, yacían los cuerpos blanquísimos de los oficiales

estadounidenses, los cuales, probablemente, estaban preguntándose cómo librarse de volver al frente. Irene y Dorothy, ocupadas como estaban en contemplar a los hombres, no se percataron de que el Manitas y su amigo Smitty habían cruzado la calle y estaban llegando a la playa.

Los chicos llevaban bañador negro y un sombrero de paja ridículo, aunque al menos habían caído en la cuenta de quitarse los calcetines antes de ponerse las sandalias. No dejaban de girar la cabeza en todas direcciones, a la búsqueda.

Irene advirtió en su radar aquella presencia masculina y se volvió para admirar el abdomen del más alto. Entonces se dio cuenta de quién era.

—¡Qué! —exclamó.

—¿Qué? —preguntó Dorothy.

—No. No puede ser.

La otra echó un vistazo.

—Surrealista —dijo con una sonrisa burlona.

Smitty y su metro setenta trotaron hacia ellas y, a renglón seguido, se sentaron en el regazo de Dorothy.

—Hola, mamacita —gruñó.

Dorothy ni se inmutó. Lo rodeó con los brazos y lo estrechó contra su pecho.

—¿Por qué has tardado tanto? Anda, tómate una cerveza.

Su amiga no daba crédito a lo que veían sus ojos.

El Manitas se acercó a ella.

—Señorita Irene —la saludó.

Hans le tendió la mano. Ella la cogió. Volvió a mirar a Dorothy, sonrojada, riéndose un poco, pero esta no le hacía caso. Él la ayudó a levantarse de la silla e Irene cayó contra su pecho.

—Me alegro de verla —susurró.

—¿Pero cómo…?

—Ya se lo dije, estoy en todas partes. —Se miraron fijamente—. Venga conmigo.

Empezaron a caminar por la orilla; la risa de ella se entremezclaba con los gritos de las gaviotas y el rumor de las olas suaves.

Una vez más, Dorothy se quedó hipnotizada observando a Irene y su Gary Cooper alejarse rumbo a su particular romance de película. El entusiasmo de Smitty la hizo volver en sí. Parecía haberle crecido un segundo par de manos, con las que intentaba acercarse a los labios de ella. La tumbona no dejaba de chirriar.

Dorothy no se oponía a sus travesuras, pero estaba más interesada

en Irene y su paseo por la playa. Se apartó de Smitty y se inclinó a estribor para observar a la atractiva pareja alejarse. Eran como un cuadro de museo. Finas y largas sombras azules, espuma blanca a sus pies. Parecían estar riéndose. Su amiga apoyaba la cabeza en el brazo de su piloto mientras este la envolvía en un medio abrazo.

Smitty se lanzó a por el cuello de Dorothy. Ella se echó a reír y lo apartó un poco, a pesar de corresponder a sus muestras de afecto. Cuando se incorporó a tomar aire unos minutos más tarde, le puso la mano izquierda sobre el pecho a Smitty y volvió a apartarlo para ver qué pasaba con los otros amantes. Más abajo, en la playa, Hans tenía a Irene en brazos y la inclinó hacia atrás. Ella extendió teatralmente la pierna libre, apuntando al cielo con los dedos de los pies.

—Tiene que ser una broma —murmuró Dorothy.

Hans le acunó la cabeza con la mano y le besó el cuello. Ella sabía que Irene lo estaba viviendo como en una pantalla de cine, canción de amor de fondo incluida. Estaba segura de ello.

Smitty le quitó el tapón a otra cerveza y gruñó. Dorothy se volvió hacia él. No quería herir sus sentimientos, pero al poco se levantó y buscó de nuevo a Irene y Hans entre el azul y verde del mar.

Y allí estaban, ya lejos de ella. Bailando. El Manitas le dio una vuelta y luego tiró de ella para acercársela contra el pecho. Los pies de su amiga abandonaron la arena y los amantes giraron, fundidos en un abrazo.

—¿Alguna vez has bailado sin música? —le preguntó Dorothy a Smitty.

—Nunca he bailado —le confesó antes de apurar su cerveza.

—Tal vez te enseñe —dijo ella mientras le daba la espalda a los amantes—. Vámonos de aquí.

—¿Me ayudas? —le pidió él, tendiéndole la mano.

Dorothy lo levantó con brusquedad y lo llevó lejos de la playa.

Más tarde, las dos parejas se encontraron en el bar del hotel. Una ronda rápida de bebidas. Esta descubrió los daiquiris. Cuando las parejas se separaron, Irene la apartó a Dorothy un momento y le pasó un puñado de profilácticos, suministro del Ejército.

—¡Golfa! —susurró Dorothy.

Irene le guiñó un ojo y le dio un golpecito en la cabeza.

—Seamos listas —replicó.

Irene se desperezó con languidez.

Estaba desnuda sobre una gran cama blanca, en una habitación blanca; el cálido viento marino levantaba las cortinas blancas, cuyas sombras dibujaban figuras de ángeles en las paredes blancas; una

esquina de la sábana le cubría el muslo derecho mientras el viento le erizaba perversamente el vello púbico. Se sentía despreocupada, el pudor la había abandonado. Era delicioso. El regusto amargo del champán seguía inundándole la boca.

Su amante, también desnudo, estaba tumbado a su lado, roncando bajito, con una pierna sobre la suya; el débil resplandor cobrizo que entraba por la ventana revelaba cada parte de su cuerpo. Un charco de luz le llegaba desde la ingle hasta el pecho; su vientre plano seguía brillando por el sudor y la claridad inundaba la cuenca que daba paso a las costillas. Tenía los brazos totalmente abiertos, como si fuesen alas. Los aromas de ambos cuerpos se mezclaban con el olor de las olas. El Mediterráneo dejaba ver una delgada franja turquesa en el hueco de las cortinas, por donde se colaron el canto de unas gaviotas y la bocina de un barco. Él sabía a salado.

Irene no pudo evitar reírse. Era como si estos momentos en la Costa Azul hubiesen sido vaticinados. Como si una de sus novelas favoritas le hubiese permitido vivir en ella durante unas páginas. La oscura mano del destino. ¿A qué otra cosa podía atribuir si no aquel giro de los acontecimientos?

Se acercó a Hans y lo estrechó entre los brazos. Él se movió, incluso jadeó un poco, y ella sintió que se despertaba. Notó cómo el corazón le latía en el pecho, el pulso en su mano. Su propio corazón le palpitaba en la garganta.

Él abrió los ojos, se miró a sí mismo y luego a ella. Le acarició el pecho. Le recorrió el cuerpo con la mirada. Ella apretó los muslos, intentando ocultarse.

—No lo hagas —le pidió—. Eres muy guapa.

Irene se recostó y él se acercó para saborearla de nuevo.

—¿Puedes otra vez? —le preguntó ella—. ¿Tan pronto?

—Bueno, vale. Si no hay más remedio…

Entre risas, se giraron hasta quedar cara a cara.

Después, él vertió un poco de vino blanco sobre el estómago de ella y se lo tomó a besos.

—Me encanta tu lengua —dijo Irene. Él hizo ruiditos contra su piel y sorbió unas gotas de su ombligo. La olió—. ¿Qué harás después de la guerra, Hans?

El Manitas se dio la vuelta, puso las manos detrás de la cabeza y cruzó los tobillos. «Mi Tom Sawyer —pensó Irene—. Mi Wild Bill.»

—Me gustaría seguir volando. He oído que Continental está contratando a pilotos. Pagan bien. Aunque yo sería capaz de pagar por que me dejaran seguir volando. —La miró y sonrió—. Es mejor cuando

nadie te dispara. —Ella jugueteó distraídamente con el vello que le rodeaba el ombligo—. ¿Y tú? —le preguntó Hans.

Irene se encogió de hombros. Los pechos le temblaron un poco y no le importó. Era embriagador sentirse tan libre.

—Ah, pues no sé. Volver a Nueva York y estar a la última moda, supongo. —Ambos rieron—. La verdad es que no lo sé —admitió.

—La clave es salir de esta guerra de una pieza. Todo lo que venga después es pan comido —dijo Hans.

—¿Es una promesa?

—¿Crees que te mentiría?

Ella se recostó y se quedó mirando el techo. El ventilador giraba perezosamente. Por supuesto, le hizo pensar en el avión de él.

—Ni siquiera te conozco —dijo Irene al cabo de un momento—. De verdad: ¿me mentirías?

—Espero que no.

—No me debes nada, Hans.

Él volvió a sonreír.

—Te debo esto ahora mismo, este pacto. Porque, ¿sabes qué?, es todo lo que tenemos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella.

—Podríamos morir mañana.

—Necesito el mañana.

—Un día, esta guerra habrá terminado. Espero que entonces volvamos a celebrarlo. Tal vez podamos conseguir ese mañana del que hablas. —Hans seguía sonriendo.

—A ti no te preocupa nada, ¿no?

—¡Irene! ¿Para qué estropear un momento perfecto como este? —dijo mientras se desperezaba.

Ella lo miró largo rato.

—Eres tan libre…

—Tú también, cariño. Pero tienes algunas obligaciones. Por ejemplo, decidir si te apetece tomar un baño de burbujas. Y, en caso afirmativo, si quieres que yo te acompañe. Llevo pensando en eso desde Londres.

—Eres malo.

—Claro que lo soy. Y listo. Deja de pensar un poco y relájate. Ya tendremos tiempo de preocuparnos cuando salgamos de aquí. Bueno, es mi opinión, no te estoy diciendo lo que tienes que hacer.

Ella se acercó y apoyó la cabeza en su pecho. Escuchó el motor de su cuerpo en marcha.

—Me gustaría que te metieras en el baño de burbujas conmigo.

Hans le sonrió al techo.

—Este es el mejor día de mi vida —afirmó.

Se sumergieron en las burbujas, uno frente al otro. Irene tenía colocados los pies sobre el pecho de él, que le cogió el derecho y se lo masajeó. Hans tenía espuma en el pelo. Saboreó los dedos de ella.

—Un día te subirás a mi avión de línea y cruzaremos el charco rumbo a París —dijo—. Podría pasar, ¿no crees? Podríamos vernos al desembarcar. Tal vez esté lloviendo. Yo te ofrecería un hueco bajo mi paraguas y atravesaríamos juntos el aeropuerto en busca de un taxi y luego daríamos vueltas toda la noche contemplando las luces de las calles. ¿Qué te parece?

—Ven aquí —le respondió ella.

Hans provocó una inundación en el suelo cuando se le acercó.

Irene le sostuvo la cabeza contra su pecho y rezó por que el tiempo se detuviese o se ralentizara al menos. Una tarde más larga. Una noche más larga. Una islita pequeña de lo que fuera que estuviese pasando entre los dos. Solo ese pequeño acto de misericordia.

—¿Estamos enamorados? —preguntó.

—No parece que quede fuera del ámbito de lo posible.

Ninguno de los dos quería dormirse.

26

Fue una especie de trance. «Trance romántico en Francia», escribió en su diario. Luego lo tachó, avergonzada. Pero solo trazó una línea fina, porque sabía que querría volver a leerlo cuando fuese anciana.

Tardes de champán en la piscina con trajes de baño nuevos. Irene reparó en la esbelta figura de Dorothy y recordó la vez en que se la encontró saliendo de las duchas. Era increíble lo que ganaba sin esos monos que solía ponerse. El Manitas era pálido y musculoso. Smitty era peludo como un chimpancé.

Los chicos se presentaron por sorpresa una mañana con el Fiat, el coche nazi sin frenos del jefe de cocina. Lo habían tomado prestado o alquilado, no quisieron decirlo. Hans, siendo piloto, tomó el mando; Smitty y Dorothy se metieron en la parte trasera, e Irene delante. Con mucho cuidado, pusieron rumbo a Niza.

A ella le sorprendió el aspecto de su amiga: llevaba un vestido azul celeste precioso que le llegaba justo por debajo de las rodillas, con pliegues que se agitaban como el agua alrededor de las piernas. Lo tenía ceñido a la cintura mediante un cinturón negro. Llevaba el pelo suelto y unas gafas de sol francesas. Irene se sentía insulsa y gris al lado de aquella valquiria. El Manitas no parecía pensar nada por el estilo, aunque en un momento dado le susurró: «Vaya piernas tiene Dot»; ella le dio un palmetazo.

Visitaron los casinos. Tomaron cócteles, como el sidecar y el 1789. Smitty tuvo un repentino antojo de petisúes y, a una velocidad de once kilómetros por hora, atravesaron los pueblos —había que evitar la catástrofe— hasta que encontraron una panadería. De algún modo, consiguieron regresar con vida a bordo de ese milagro sin frenos, a pesar de estrellarse contra un par de postes de luz y de tener un encontronazo con un camión que iba aún más lento.

Aquella noche, Irene durmió recostada sobre el pecho de Hans y, cuando se despertó, vio que le había babeado encima. Lo limpió rápidamente con la esperanza de que no se hubiese dado cuenta.

Al día siguiente, el cuarteto se separó por parejas. Irene y Hans fueron a pasear por un bullicioso complejo de pintorescos muelles alejados de

los bulevares llenos de soldados. Vieron pescadores sacando bacalaos y tiburones de los barcos y metiéndolos en carretas llenas de hielo. Atún rojo, pez espada. Nada de alta costura, aunque vieron a gente en apariencia adinerada regateando el precio de los mariscos.

Los barcos ofrecían un aspecto tan destartalado como los tripulantes, que descansaban tranquilamente en los atracaderos, con las redes colgadas de las botavaras cual chaquetas echadas al hombro. Las escasas banderas de las embarcaciones brillaban al sol; los cascos se inclinaban a la izquierda por la marea mientras los mástiles se balanceaban sobre ellos como un metrónomo. A lo lejos, el océano estallaba en una plétora de reflejos iridiscentes.

Aquella imagen le recordó a Irene un póster de Raoul Dufy.

—Cuando vengas a Nueva York, me gustaría llevarte a los museos —le dijo a Hans.

—Me encantaría. He oído que tienen un buen zoo. Quiero ver un rinoceronte.

Irene pensó: «Tiene once años».

Él la llevó a un carro lleno de hielo en cuyo interior anidaban unas ostras gordas y preciosas. Arrastraron unos taburetes altos de tres patas hasta la barra de servicio y pidieron una docena.

—Pescadas esta mañana —presumió el carretero—. Muy frescas, ¿verdad?

—¡Maestro! —exclamó el Manitas.

El ostrero siguió fumando y echando el humo por la comisura de los labios mientras preparaba las ostras sin quitarle ojo a Irene. Colocó la docena en bandejas de hielo junto con varios cítricos y salsas y tenedores de marfil de dos puntas; luego esbozó una sonrisa benévola mientras la pareja sorbía los mariscos. Se sentían embriagados, como si el sabor del mar fuese coñac.

Mientras comían, ella miró a Hans.

—¿Alguna vez tienes miedo ahí arriba?

—¿De qué?

—De morir.

Él se tomó otra ostra y luego se limpió los labios.

—No pensamos en eso. Si no, no podrías volar en combate. Pensarías cada vez más en ello y te quedarías paralizado. Lo he visto. Tipos que le cogen miedo a subirse en el avión. Y vas a pensar que estoy loco, pero el aparato lo sabe.

Irene se limpió los labios.

—No creo que estés loco.

—¿Tu camión piensa?

—Uy, sí. Esto es lo que piensa: «Voy a obligar a Irene a hacer más dónuts».

El ostrero se unió a ellos en sus risas, aunque hablaba poco inglés y era probable que no le importara demasiado.

El Manitas pidió otra docena de ostras. Ella se negó, gritando que no podía más, aunque los tres sabían perfectamente que sí. El ostrero no necesitaba hablar inglés para entender las charadas románticas de las parejas. Esta mujer podía comer mucho más, pero quería impresionar a su hombre mostrando una imagen de delicadeza y mesura. El maestro ostrero les sonrió de forma benigna y les ofreció dos copitas de coñac junto con las ostras.

La sal, las algas y el humo impregnaban el aire. Las gaviotas y los pelícanos, posados sobre los postes de los muelles, semejaban filósofos.

—¿Hueles España? —preguntó el Manitas, haciendo de poeta para su dama—. ¿Y África?

Irene no pudo evitar embelesarse un poquitín.

Fueron a todos los muelles cogidos del brazo.

—¡Irene! Si decido desertar, ¿te vendrías conmigo? Nos podemos esconder en algún castillo en ruinas en mitad de un campo de lavandas de la Provenza. Según dicen, es casi tan bonito como Oregón. Tú me lees poemas y yo te canto canciones de Lead Belly. Viviremos a base de ostras y uvas. Y yo trabajaré en el correo aéreo y volaré por toda Francia repartiendo cartas de amor.

—¿Eso es una propuesta de algo?

Hans sonrió, le cogió la mano y le besó las yemas de los dedos.

—Mi preciada perla… —dijo, metiéndose la mano de Irene bajo el brazo.

Siguieron paseando. En el muelle más alejado, donde apenas había nadie, solo viejos lobos de mar con sus botas de goma, se toparon con una pila de cajas de madera. Cuando ella se agachó para ver lo que había en una de ellas, apareció un tentáculo que se deslizó en dirección a su cara. Retrocedió de un salto. El pulpo estiró el apéndice todo lo que pudo. Temblaba en el aire.

—Has hecho un amigo —bromeó Hans.

Irene extendió un dedo y las ventosas del pulpo se pegaron a él.

—Quiere vivir. —En cuanto lo dijo, la invadió un estado de inquietud—. ¿No podemos salvarlo?

El pulpo sujetaba suavemente el dedo prisionero. El Manitas no perdió ni un instante: sacó la cartera y regateó con el pescador correspondiente. Luego, triunfante y arruinado, regresó junto a ella y cogió la caja. Los pescadores los señalaban entre risas. Era lo más estúpido que habían visto nunca, pero había sido por amor y, por

tanto, un gesto heroico.

—¿Qué has hecho? —preguntó Irene.

—Comprarlo.

—¿Me has comprado el pulpo?

—La caja entera. —Los tentáculos le inspeccionaron el cuello de la camisa—. Vamos, cariño.

Caminaron hasta un embarcadero de piedra cubierto de percebes. El Manitas dio un gruñido. Cargar con diez kilos de pulpos inquietos era una forma interesante de hacer ejercicio. Dejó la caja sobre las rocas, sacó una navaja del bolsillo trasero y empezó a abrirla. Irene se llevó las manos a la cara porque no sabía cómo responder. ¿Saldrían disparados los pulpos como confeti?

—Ahí va —advirtió Hans. Abrió la tapa y se apartó. Dentro empezó a surgir un remolino aceitoso de cuerpos y tentáculos—. ¡Libertad para los pulpos! —bramó.

El pulpo y sus compañeros salieron en tropel y se dejaron caer sobre las piedras. Sabían adónde iban. Se deslizaron como agua espesa entre las rocas y bajo las algas mientras el Manitas e Irene los observaban y espantaban a las gaviotas curiosas.

Siguieron caminando y ella enganchó el brazo al de él.

—Eso ha sido extraño y galante a la par.

—Gracias —dijo él—. Pero… ahora voy a tener que pedirte prestado para el taxi.

Esa noche, en su habitación, Irene le pidió que cantase su canción otra vez. Él no se sentía cómodo sin la guitarra, pero lo hizo de todos modos. Su voz sonaba como la de un niño, ligeramente temblorosa. La hizo llorar.

Antes de dormir, él susurró:

—Ya sé qué nombre le voy a poner a mi avión: Buenas noches, Irene.

Ella se quedó dormida un momento después y al día siguiente se preguntó si no lo habría soñado. ¿De verdad le había dicho a Hans «Qué mentira tan bonita, cariño» mientras se quedaba dormida?

Todos debían volar al amanecer. El Manitas y Smitty llegaron en el coche sin frenos y se detuvieron frente al hotel. Los hombres llevaban su chaqueta de cuero y su gorra, preparados para volver al frente después de un breve descanso. Irene y Dorothy se habían puesto la boina para intentar darle un poco de color al momento. El trayecto hasta el aeródromo fue tranquilo; ella iba con la cabeza apoyada en el hombro del Manitas mientras este conducía, mientras que Smitty y

Dorothy iban cogidos de la mano en la parte trasera. El C47 ya las estaba esperando. Cuando bajaron del coche, su amiga cogió a su pareja del brazo y lo llevó a un aparte.

Irene y el Manitas se abrazaron largo rato. Cuando se separaron, Hans empezó a hablar, pero ella le cogió la cara con las manos y la acunó entre las palmas.

—No me digas adiós. Nunca me digas adiós.

Él la miró fijamente, como si intentara verter todo su ser en las profundidades de sus ojos color avellana.

—Nunca podré decirte adiós. ¿Es que no lo sabes? —contestó Hans. Luego se quitó la gorra y se acercó a ella para besarla.

Cuando el beso terminó, Irene tenía los ojos empañados. Metió la mano en el bolsillo y sacó algo pequeño encerrado en el puño. Con una sonrisa pícara, lo metió en el bolsillo de la chaqueta del Manitas antes de dirigirse al avión.

Cuando por fin rompieron el contacto visual para que Irene subiera al avión, Hans se llevó la mano al bolsillo. Sintió la seda que ella le había dejado allí y supo de inmediato lo que era. Sonrió y se sonrojó un poco.

Smitty volvió con él tras acompañar a Dorothy al avión.

—Manitas, ¿todo bien?

Este frotó la ropa interior de seda que llevaba escondida en el bolsillo y volvió a sonreír.

—Sí, todo va a salir bien.

Las Hermanas permanecieron en silencio durante el viaje. De vez en cuando se reían y se daban codazos. Se miraron y dijeron «¿Qué?» en varias ocasiones.

—No he conocido a nadie como él en mi vida —comentó Irene.

—Seguro que él dice lo mismo de ti.

—¿Tú crees?

—Seguro.

—Le he visto las pelotitas moverse de un lado a otro —le confió ella—. ¿Sabías que hacen eso?

—Lo que me faltaba por oír —resopló Dorothy.

—¿Las de Smitty lo hacen también?

—Querida —dijo su amiga con su acento más altivo—, una señorita no va contando por ahí sus escarceos.

—Para.

Dorothy cedió.

—Pobre Smitty. Se puso a llorar. Le dije que dejara de comportarse como un niño.

—¿Sabías que iba a venir?

—Chica, si lo invité yo. —Irene la miró boquiabierta—. Nos hemos estado carteando —añadió, como si fuese una obviedad.

—No tenía ni idea —protestó ella.

—Cariño, a ver si entiendes de una vez que todo el mundo tiene secretos.

A través de la ventanilla trasera observaron en silencio la costa volverse cada vez más pequeña.

—Tengo miedo —confesó Irene—. ¿Y si lo pierdo? ¿Y si todo termina aquí?

—Si lo pierdes, pasa al siguiente; ese es mi lema. ¿Es que no has tenido bastante? Sigue adelante, Irene. Tú sigue adelante. No mires atrás.

Cuando regresaron al hotel Mono Azul, después de otro viaje aparentemente interminable en otro voluminoso C47, vieron una mujer de aspecto remilgado y con el uniforme impecable sentada en el Rapid City.

—Soy Holly —se presentó—. Supongo que soy vuestra nueva compañera. Me acaban de trasladar al grupo F. —Luego se inclinó hacia delante y susurró—: Rusty y yo nos vamos a casar. —Tenía el mismo acento sureño que él.

27

La inminente boda causó un gran revuelo en el Mono Azul. Los enamorados tenían mucha prisa. Nadie sabía si seguirían vivos al día siguiente. En cualquier momento podía pasar algo malo. Eso mismo había intentado decirle el Manitas, reflexionó Irene.

Cuando Rusty apareció en el Mono Azul, ella y Dorothy lo acorralaron contra el costado del Rapid City.

—A ver, no nos malinterprete —dijo ella—. Estamos muy contentas de tener por fin una tercera chica, pero, qué diablos, Russell, ¿se va a casar?

—¿Y quién es esa? —añadió Dorothy.

Russell levantó las manos a la defensiva para bloquear el ataque frontal y miró tímidamente a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviese presenciándolo.

—¡A ver, a ver! Estoy enamorado de Holly desde que tenía quince años —les explicó—. No saben el trabajo que me costó convencerla para que viniese al Rapid City.

De repente, Irene y Dorothy se dieron cuenta de que habían estado asumiendo solas todo ese trabajo durante tanto tiempo para que Russell pudiese tener a su chica cerca de él. Y también que eso era probablemente un arreglo temporal.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Irene—. ¿Por qué iba a traer a la chica que ama a nuestro camión? Sabe adónde vamos. ¿De verdad va a enviar a su futura esposa al frente con nosotras? Usted ni siquiera ha estado en el frente.

Rusty se encogió un poco.

—Mire, usted no es la única mujer que quiere servir en esta guerra —replicó—. Holly quería formar parte de todo esto y necesito que esté segura, por eso está aquí con ustedes. —El plan, aunque ella aún no lo sabía, era enviarla de vuelta a casa después de la boda. Volvería siendo la esposa de un oficial y él sabía que estaría bien, pasara lo que pasase. La desesperación en el rostro de él derritió a las dos mujeres. Sacó un paquete de tabaco y le ofreció un cigarrillo a cada una—. Tengo la sensación de que se me acaba el tiempo —dijo en voz baja—. ¿No pueden ayudarme? ¿No sigo siendo su Rusty Penney?

Fue una súplica lastimera que las desarmó a las dos. Irene se dio

cuenta de que aquel muchacho pelirrojo, flacucho y desmañado, con orejas de soplillo y pecas, representaba a todos y cada uno de los soldados a los que Dorothy y ella habían jurado servir y apoyar. En el fondo, todos eran niños asustados y solitarios perdidos en un mundo que no habían creado, esforzándose por ser hombres, a menudo destrozados por horrores que nunca habían imaginado. A veces su única ayuda era una sonrisa amable, una taza de café o un dónut.

—Ay, Rusty —dijo Irene y se le acercó para darle un fuerte abrazo —, por supuesto que lo ayudaremos.

Dorothy se resistió durante un momento, pero luego se unió al abrazo grupal y lo besó en lo alto de la cabeza.

—Pero aún nos debe una tercera chica, maldita sea —le susurró esta al oído.

Holly y Rusty querían casarse allí mismo, en el hotel, antes de que los destinasen a otro sitio. Patton y Eisenhower eran famosos por no permanecer quietos mucho tiempo. El frente occidental los llamaba: estaban hostigando a Adolf para meterlo de vuelta en su agujero y no quedaba tiempo para romanticismos. Les esperaba una lucha descarnada. Así que hablaron con el capellán, quien accedió a casarlos. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, los pilotos del cielo estaban en el campo de batalla para ofrecer consuelo y apoyo espiritual.

Irene trabajó codo a codo con las tripulaciones de otros dos Clubmobiles, incluido el Cheyenne, para delimitar la rotonda y crear una elegante área de recepción alrededor. A las chicas las volvía locas la idea de una tarta nupcial con forma de rosquilla y pasaron horas planeando esa maravilla de la ingeniería. El cocinero del hotel tenía en mente un glaseado de crema de mantequilla.

A Dorothy, aunque en el fondo soñaba con ponerse algún día un vestido de novia, no le interesaban —como era de esperar— esos fregados. Dejó a sus compañeras en el hotel y fue en busca de algo que hiciese de aquella boda un acontecimiento legendario.

Las bendiciones del Octavo Cuerpo, mientras tanto, llegaron en forma de carta:

A QUIEN PUEDA INTERESAR:

No hay objeciones militares al matrimonio de Russell Penney y Holly White.

C. C. B. WARDEN

Coronel, D. G. A.
Ayudante General

Irene estaba en el vestíbulo del hotel con su escuadrón nupcial. Había bocetos y notas esparcidos por la estancia.

El conserje, que lo encontraba todo muy divertido, les proporcionó jarras de café. Una de las consecuencias de la guerra era que este ya no soportaba aburrirse. Sí, la ocupación había sido una ópera de estupidez supina, villanos vociferantes y burlones entre bastidores, ultrajes y cantos de cisne, sirenas y explosiones y escasez y cajas de vino de estraperlo. Ejecuciones y guerrilleros disparando y enterrando a oficiales nazis. Luego, esos estadounidenses locos habían invadido la tierra y, a base de explosiones y máquinas estruendosas, habían extendido su bufonesco *pathos* de *Pagliacci* y su alboroto, poniendo fin a la reciente fatalidad wagneriana. Pero, aunque el conserje anhelaba la paz de un alto el fuego, resultaba que, a menos que ocurriese algo a cada momento, le embargaba la sensación de estar hundiéndose. La diversión tenía un límite y tanto aburrimiento lo estaba matando. Todo el mundo se había vuelto loco, pensó.

Fue él quien oyó primero el motor. Un gruñido procedente del pueblo. El traqueteo rítmico de las cadenas resonaba en el aire. Echó a correr hacia la recepción y se escondió tras el mostrador.

Irene levantó la vista de sus notas. Sabía que no era raro que hubiese tanques por la carretera, pero el terror que le suscitaban tras la última batalla se le había metido en los huesos, en el estómago, no atendía a razones. Cuando vio al conserje agacharse tras el mostrador, saltó de su asiento con un grito.

Las otras mujeres se callaron.

—¿Qué pasa? —gritó Holly.

—¡Tanques! —susurró Irene.

La máquina se detuvo fuera, retumbando. Ella estaba a dos pasos de la ventana cuando el vehículo cambió de marcha, dio una ruidosa sacudida y siguió avanzando. Las ruedas chirriaban al pasar sobre los adoquines. Luego salió de la carretera y se dirigió al hotel. Los objetos de los mostradores empezaron a vibrar y a bailar.

Irene se asomó a la ventana y se quedó mirando. Era un Sherman, se dijo, su protector, no un Panzer. Las otras mujeres se agolparon detrás de ella.

—¡Es estadounidense! —gritó.

El conserje se irguió y trató de recuperar su apariencia despreocupada.

—¿Qué pasa? —quiso saber Holly.

—¡No lo sé! —dijo Irene.

El tanque pasó por detrás del Rapid y recorrió el lateral del hotel hasta perderse de vista. Oyeron como arrancaba ramas de los árboles. El suelo temblaba a su paso. Se apartaron de la ventana delantera y salieron en estampida hacia las traseras.

El conserje se unió a ellas.

—*Mon Dieu* —exclamó.

No dejaban de darse codazos para ver mejor la escena. De repente, el tanque reapareció. Giró a la derecha, recorrió el lateral del hotel y siguió por la parte trasera del edificio. Las gallinas huyeron presas del pánico. El único pavo que los alemanes no se habían comido montó en cólera, hinchó el pecho, arrastró las puntas de las alas por el suelo y retó al tanque. Este hizo caso omiso del ave, pasó de largo, giró a la derecha al llegar al otro extremo y se dirigió de nuevo a la entrada del hotel.

Acompañadas por el conserje, las mujeres trotaron hasta el porche, se escondieron unas detrás de otras y vieron la gran máquina doblando la esquina y dirigirse hacia ellas. Se detuvo frente a los escalones. El motor se apagó de pronto y el silencio fue como un puñetazo en las tripas. De repente, la torreta giró hacia ellos. El cañón bajó hasta apuntarles a la cara. Holly huyó corriendo al interior del hotel. El conserje se agachó detrás de Irene.

La escotilla se abrió de golpe. Dos manos asomaron por el borde de la abertura y Dorothy salió lentamente. Incapaz de contener la sonrisa que le inundaba el rostro, gritó:

—¿Alguno de ustedes ha pedido un taxi?

El día de la boda estaba nublado, pero a nadie le importó. Holly, con el fin de soslayar la crisis diplomática que habría supuesto elegir a una de sus dos nuevas compañeras, le pidió a una chica del grupo B que fuese su dama de honor. Irene y Dorothy fueron las chicas de las flores. Rusty llevaba su uniforme de gala, y la novia, su traje de la Cruz Roja, incluida la elegante gorrita, que, en realidad, detestaba.

García llevó el Matacerdos hasta la carretera, bloqueándola para que ningún vehículo inoportuno se entrometiera. Sus ametralladoras gemelas del calibre 50 oscilaban de derecha a izquierda. Un pequeño contingente de músicos (principalmente, cornetas y tubas) había conseguido tocar versiones marciales de los éxitos románticos del momento. Sin desafinar apenas. De algún lugar, nadie sabía cuál, había aparecido un pelotón de australianos con uniforme y sombreros típicos de su país. Acto seguido, invitaron a cerveza a todo el mundo.

Cuatro tanques, dos a cada lado, presidían la entrada del hotel. Las

torretas estaban orientadas las unas hacia las otras, con los cañones elevados y cruzados en la parte superior, formando un arco ceremonial que las Hermanas habían decorado con banderines. Los novios caminaron juntos bajo ellos.

Todas las voluntarias de los Clubmobiles rompieron a llorar sin poder evitarlo. Rusty también.

El capellán no tuvo que recorrer una gran distancia para llegar a la ceremonia. Bajó de su habitación sin más, un tanto achispado de jerez, un licor en el que jamás habría reparado en su barrio de origen, al sur de Boston. Tenía la cara roja y sonreía ampliamente a los presentes. Cuando declaró marido y mujer a Russell y Holly, las ovaciones y los disparos espantaron a las palomas de las cornisas.

Esa noche llegaron las órdenes. Justo lo que sospechaban: destino Bélgica, a primera hora de la mañana. Junto con las órdenes, una carta del Manitas, ya abierta y leída por los censores. Irene se echó a reír al ver su obra:

XXXXXXXXX
XXXXXX, XXXXX

Querida Perla:

Estoy en XXXXXXXXXXXXXXXXXXX. Pero, no te preocupes, espero verte XXXXXXXXXXXX. XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX. ¿A que sería divertido?

Tuyo,

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

28

Aquella primera mañana, Holly iba entre Irene y Dorothy en el asiento delantero del Rapid City. Estaba algo incómoda, pero sus compañeras de camión parecían sentirse como en casa.

—Irene, tu problema es que le das demasiada importancia a lo que piensan los hombres.

—Por supuesto que sí.

—Pues cambia eso ya.

Holly llevaba escuchando a Irene y Dorothy discutiendo durante lo que le habían parecido horas. Tenía la sensación de estar en medio de una controversia que se remontaba meses atrás. De la emoción de la boda había pasado al sopor de aquel interminable convoy con destino a Bastoña.

Lo que más irritaba a las tres era no haber parado en París. Irene anhelaba especialmente un idilio parisino. Pero el convoy había pasado de largo y seguido su imparable marcha.

Todavía faltaba un poco para el invierno, pero las colinas y las montañas ya estaban nevadas, y Dorothy tenía que conducir con precaución, cambiando de marcha dos veces en las curvas, siguiendo siempre al Cheyenne y a un cinemóvil.

Todas las comidas las hacían al aire libre: apoyaban los portaviandas en el guardabarros y almorzaban con los chicos de la Compañía 35 de Servicios Especiales. Irene envió una carta a casa.

Querida Madre:

Siempre estamos viajando de un destino a otro. Hace frío y llueve mucho.

Solemos comer al aire libre; seguro que a usted le encantaría. Llueve tan fuerte que tenemos que comer muy deprisa antes de que se empapen las raciones que nos dan.

No puedo evitar acordarme de nuestras elegantes comidas de Acción de Gracias en Richmond Village. Comprendo que debe de estar demasiado ocupada para responder, pero quería que supiera que la llevo en mi corazón.

Siempre suya,

A medida que recorrían aquella carretera del otoño, vieron como las lluvias torrenciales habían convertido los campos en pantanos. Era la misión más deprimente que habían realizado. Un día, Holly quedó atrapada en el barro negro, enterrada hasta las rodillas. Dorothy tuvo que vadearlo y sacarla a rastras. Las botas de la otra desaparecieron en el fango y nunca volvieron a encontrarlas. Un intendente del convoy llevaba unas de hombre pequeñas en la parte trasera de su camión, pero la chica tuvo que ponerse tres calcetines en cada pie para poder andar con ellas.

Una semana después aparcaron junto a un pantano negro pestilente y gélido que hacía poco había sido un campo arado. A cien metros de ellas se encontraba el Cheyenne, arrastrando su pequeño remolque de suministros, cuyas ruedas no tardaron en hundirse como un bote en alta mar. Los hombres formaron dos filas serpenteantes en cada extremo del pantano, dejaron caer tablones y palés sobre el barro, y, cabizbajos, se quedaron a la espera de que llegase el café.

Como había demasiado barro para vadear el campo y comunicarse entre sí, las dos tripulaciones hablaban mediante los transceptores portátiles SCR536 que habían robado a los ingenieros.

—No me digas que no somos heroínas —le dijo Irene por radio a Phyllis.

—Di «Cambio», cambio.

—¿Qué?

—Di «Cambio» cuando estés en la radio y hayas terminado de hablar, Irene. Así sabremos que has terminado de hablar. Cambio.

—Me siento tonta.

—«Me siento tonta, cambio» —la corrigió Phyllis.

—Bueno, todas pensamos que eres tonta. Pero no te sientas mal, Phyl. Te perdonamos. Cambio.

Las Hermanas se estuvieron riendo de esa tontería durante una hora.

Irene escribía al Manitas siempre que podía. Sabía que estaba volando en misiones secretas, mortíferas. Él quería escribirle, se decía ella, pero no podía. No obstante, imaginaba la sonrisa en su cara cuando recibía una de sus cartas. Cada vez que llegaba un saco de correo, introducía alguna para él. Sentía que escribir esas misivas la mantenía con los pies en la tierra.

Había tomado la costumbre de guardarse la carta más reciente que recibía de él en el sostén, junto al corazón. Nunca eran muy largas, lo

justo para hacerle saber que pensaba en ella.

Querida Perla:

Ni siquiera sé dónde estarás cuando te llegue esta carta. Pero tú tampoco sabes dónde estoy. Creo que estamos en todas partes. Te busco por doquier. Sé que miras hacia arriba cada vez que pasa un XXXXXXXXXXXX.

Esta es una gran guerra y creo que se va a poner muy complicada antes de que acabe. Aunque no sepamos nada el uno del otro durante cierto tiempo, nos encontraremos cuando todo termine.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX y yo haré lo mismo.

Buenas noches, Irene,

M.

El tiempo era un concepto escurridizo para la tripulación del Rapid City. Cientos y cientos de kilómetros que se sucedían sin tregua. Una semana seguía a la siguiente y a la siguiente, y, cuando quisieron darse cuenta, estaban en noviembre. Pero todo parecía un único día interminable de pocas horas de sueño, almuerzos apresurados, servicios interminables y monótonos. Les dolían los pies y la espalda; tenían las manos y los hombros entumecidos. Al final de cada servicio, se ponían a farfullar como borrachas; apenas les daba tiempo a coger el sueño cuando ya tenían que ponerse en pie de nuevo y reanudar la marcha.

Irene se cepilló los dientes en la cabina del camión, se enjuagó la boca con el agua de la cantimplora y escupió por la ventanilla.

—Parece que ya no eres tan elegante, ¿eh, Caimana? —apuntó Dorothy.

Holly dijo que prefería estar en la parte de atrás, en un nido de sacos de dormir y otras cuantas bolsas. Supuestamente era para tener más espacio, pero ambas sabían que se estaba echando una siesta.

Cuando se detuvieron frente a un hospital de campaña, Holly e Irene se encargaron de la cocina, como de costumbre, mientras Dorothy se ocupaba de atender a las tropas. Ella pensaba que la nueva era una tercera chica excelente. Esa mañana, sin embargo, no dejaba de gemir y de llevarse las manos a la tripa.

Irene le preguntó si se encontraba bien.

—Estoy en mis días…

Ella se volvió y le dijo:

—¡Yo también!

—Tengo calambres —añadió Holly.

De repente, la cara de Dorothy apareció en la ventana trasera de la cabina.

—Os he oído. ¡Yo estoy igual!

—Pues vaya… —dijo la tercera.

La otra entró corriendo al camión, bajaron las persianas y empezaron a reírse como locas sin hacer caso de los soldados de fuera. Cuando consiguieron recomponerse un poco, les sirvieron con su mejor sonrisa y volvieron a la carretera.

Cada vez hacía más frío. Los arroyos que discurrían a ambos lados de la carretera tenían los bordes congelados; nevaba casi todos los días. Tenían que quitar el hielo del parabrisas del Rapid todas las mañanas y a veces también durante el día. Una barba de carámbanos se empeñaba en crecer bajo el enorme parachoques delantero y las puertas de la cocina se congelaban a cada poco. Tenían que abrirlas a patadas. Irene se sentía agradecida de tener varios pares de calcetines que ponerse y todas optaron por llevar calzoncillos largos bajo el uniforme. Intentaron realizar el servicio con guantes, pero era casi imposible. Por una vez agradecieron el calor que hacía dentro de su pequeña cocina.

Las tropas acusaban el frío. No se detenían. Avanzaban sin cesar. Con las temperaturas cada vez más bajas y la lluvia tornándose en aguanieve y el agotamiento y las infecciones estomacales y los dedos de los pies negros, cientos de caras se convirtieron en una sola. Cada santo vestido de caqui miraba a las mujeres con ojos que parecían milenarios.

Una mañana encontraron un agujero de bala en el costado del Rapid. Todo el mundo se enfureció. Parecía una clara violación de la Convención de Ginebra.

Dorothy empezó a hablar con monosílabos y varias noches después comenzó a desaparecer tras la puesta de sol. Se rumoreaba que se adentraba en los campos con un pequeño grupo de rangers. Misiones secretas, decían. A esos individuos los llamaban los Fantasmas Grises. Nadie sabía con seguridad si existían o no, ni si Dorothy estaba realmente con ellos. Otros afirmaban que la chica solo salía a jugar al póquer y a beber con los soldados. Ambas cosas podían ser ciertas. Ni Holly ni Irene querían saberlo. No se atrevían a preguntarle a Dottie. Les daba miedo. Se limitaron a seguir como si nada con sus chascarrillos habituales con la esperanza de estar lanzando una cuerda salvavidas que su amiga podría asir en caso de verse envuelta en algún problema.

Los días livianos de Cannes parecían pertenecer a una vida anterior.

Cuando, un día, Dorothy cayó rendida de cansancio y fue incapaz de conducir, el Chingón tuvo que hacerse cargo del Clubmobile. Ella se quedó tumbada en la parte trasera, sobre bolsas y sacos viejos, durmiendo el sueño de los anestesiados entre ronquidos húmedos.

García era más paciente que Dorothy. Volvió a explicarle a Irene cómo funcionaban las marchas. Parecía que habían pasado diez años desde que la enseñaron a conducir el camión. La señora Penney no tenía ningún interés en ese tipo de cosas. Solo pensaba en su futuro doméstico: una cabaña en las colinas de Tennessee con vistas a los lagos. Calculaba cuántos bebés podrían permitirse tener y cuándo.

—Tu principal problema es llegar a los pedales —le dijo el Chingón a Irene y se echó a reír con sus típicas carcajadas entrecortadas.

Se suponía que Bastoña iba a ser un respiro. Un área de servicio civilizada conocida como «zona de fuego mínimo». Numerosas tropas se concentraban a lo largo de la línea Sigfrido, que recorría el frente occidental del territorio alemán, bien soterrada bajo el vasto bosque de las Ardenas, bien bordeándolo. La ciudad estaba ubicada cerca de la línea, aunque generalmente se creía que era un destino para soldados inexpertos o para que las tropas más veteranas y curtidas en la batalla se tomasen un descanso. La retaguardia estaba unos pocos kilómetros más lejos, al oeste. Todos estaban convencidos de que los alemanes se estaban retirando y todos necesitaban café, rosquillas, un poco de cháchara y un disco de Sinatra, quizá.

Cuando las mujeres tuviesen un día libre, podrían volver a Bruselas y disfrutar de su vida cultural y de ocio. O a Luxemburgo. Incluso podrían ir de compras a una parte liberada de las garras nazis. Se encontraban en la provincia más meridional de Bélgica y la autopista conducía tanto al cuartel general como al resto de la frontera entre dicho país y Alemania. Las numerosas carreteras que confluían en la zona la convertían en un objetivo importante para el Ejército alemán. Además del Rapid City, habían acudido viejos Clubmobiles amigos, como el Cheyenne, el Miami, el New Haven, el Albany, el Boise y el Atlanta. Sin embargo, las tripulaciones apenas se veían, ya que su radio de acción se extendía desde el cuartel general hasta el propio Luxemburgo, pasando por varios campamentos y pueblos. Llegaban hasta Bruselas, al oeste, y alcanzaban puestos de avanzada en ciudades como CharlevilleMézières, al otro lado de la frontera, en el norte de Francia, y Wiltz, Clervaux y Ettelbruck, en Luxemburgo. Desde la División 106, en Sankt Vith, hasta el Octavo Cuerpo, en el centro de descanso de Arlon.

Martha Levin, la leal capitana del grupo F, intentaba estar en todas partes a la vez. Su jeep era ahora conocido como el Omnipotente Martha. Tenía la capota puesta desde que el tiempo había cambiado, aunque las endebles puertas de lona apenas frenaban la nieve. Viajar en él era una empresa ardua. Pero ella tenía un deber que cumplir.

Inspeccionó los autobuses y echó un vistazo a las camionetas de suministros. Al igual que las chicas, la capitana llevaba calzoncillos largos, una chaqueta de cuero forrada de vellón y un gorro de punto con orejeras, pero, aun así, no dejaba de temblar. Se acurrucó junto a la ventana de la cocina del Rapid, con las de servicio medio bajadas para que el aire caliente de la cocina llegase a los soldados ateridos. Todos tenían la frente sudorosa y los dedos de los pies congelados.

La capitana Levin estaba con uno llamado Manuel, que dijo que se dirigía a la línea Maginot, al oeste. Se trataba de la famosa barrera de bloques, muros, trampas para tanques y torres de hormigón armado que supuestamente iba a mantener a raya a los alemanes. Tenía una longitud de casi quinientos kilómetros, de los cuales unos ciento veinte atravesaban y bordeaban el bosque de las Ardenas.

—Hoy tenemos raciones limitadas —le dijo la capitana Levin a Manuel—. Una sonrisa por cliente.

Él se echó a reír.

—Vale —respondió con un marcado acento.

La capitana Levin golpeó el costado de la cocina y gritó:

—¡Buen trabajo, Rapid City! Sigan así, señoritas.

Se alejó en busca del Cheyenne y el Miami. Era diciembre y nevaba con algo más de fuerza. La lona que cubría la zona de servicio empezó a descolgarse. Dorothy tenía que sacudirla de vez en cuando con el palo de una escoba para quitarle la nieve. A veces no se daba cuenta y esta caía encima de los pobres soldados de la cola. Se apartaban de un salto, los vahos cargados de maldiciones.

Uno de los chicos se agachó bajo la lona y se sacudió la nieve de la cabeza. Se detuvo en seco al ver a Irene.

—Pero bueno, menudo regalo para la vista.

El entusiasmo del soldado la hizo reír.

—Vaya, no pierde el tiempo, ¿eh?

—No cuando veo una mujer tan guapa como usted —respondió con una sonrisa.

Irene cogió un lápiz y le devolvió el flirteo.

—Como siga así, voy a tener que denunciarlo.

Los otros soldados se rieron.

—Me llamo Jerry. Jerry Bregstein. Denúncieme. Así, cuando me den la medalla de honor, se acordará de mí.

—Ay, Jerry —dijo ella mientras le daba un dónut extra—, jamás lo olvidaré. Siempre será mi héroe.

Era el tipo de frivolidades que cada vez resultaban más infrecuentes. Casi oían la helada abriéndose paso desde el oscuro norte, arrastrándose hacia el oeste desde Rusia. Era una especie de rugido que se escondía en el corazón del bosque. La tierra negra comprimiéndose, el agua astillándose en hielo.

—¡No se preocupen, chicos! —gritó Irene—. Nosotras les daremos calorcito. Pueden contar con eso. —Sostuvo las tazas humeantes un segundo más para que sus manos entrasen en calor.

29

Los chicos querían estar en el Clubmobile todo el día, todos los días. Vivían bajo una amenaza constante: el Ejército alemán estaba ahí fuera, al este. Toda la nación alemana. La línea Sigfrido. Los bosques oscuros. Cualquier monstruo podría estar allí, al acecho. Los árboles estaban plantados en líneas rectas, como un maizal gigante, por lo que los bosques eran trampas mortales. No había forma de esconderse. Los proyectiles podían atravesar limpiamente las hileras.

Muchos estaban realizando tareas de lo más deprimentes en aquellos bosques. Construyendo terraplenes con sacos terreros congelados que parecían ladrillos gordos deformes y emitían un ruido estruendoso al chocar unos con otros. Talando árboles para crear pasillos en la línea de fuego. Cavando letrinas y tratando de quemar bloques de heces congeladas. Para ello tenían que recurrir a rastrillos. Cuando Irene oyó a un soldado hablar del «rastrillamojones», se tapó la boca con la mano para reírse.

Estaban ampliando un semicírculo de trincheras a golpe de pico y palabrotas. Las palas chirriaban al impactar con las rocas congeladas del suelo. Construían con buen juicio armazones de madera para forrar las zanjas y pegaban ponchos a la madera para evitar que entrase la lluvia, el granizo o la nieve. Era tal el frío que a veces la madera se agrietaba. Los soldados se enrollaban los pies con arpillera para que no se les congelasen. Algunos incluso envolvían las botas con periódicos viejos y luego los momificaban en capas de arpillera. Nadie podía correr muy rápido con aquello puesto, pero era mejor que perder dedos —o el pie entero— por congelación. Los soldados ayudaron a Irene a vendárselos. Temía que tuviese los apéndices azules en aquellas tumbas.

Los chicos llevaban guantes de punto. Y calcetines sobre ellos. Los que tenían bufanda se cubrían con ella la cabeza entera salvo los ojos. Pronto les asomaron carámbanos de la barba y lágrimas heladas de las pestañas. Los que no conseguían entrar en calor se apañaron mantas cuando volvieron a la ciudad; luego las cortaron en tiras anchas para cubrirse las mejillas, la nariz y las orejas, evitando así que la escarcha les quemase la piel. También usaron trozos de manta para forrar los cascos por dentro y, cuando arreciaba la cellisca, los soldados

semejaban vikingos, brujos extraños, quizá. Aquellos temporales eran como agujas. De los cascos brotaban pequeños carámbanos formados por su propio aliento. El suelo crujía a cada paso, los árboles estaban recubiertos de cristal. El tintineo de las ramas en la oscuridad era el más espeluznante de los sonidos.

Los chicos se sentían abandonados, pero no estaban solos. De vez en cuando, oían a los soldados alemanes gritar desde la gris lejanía:

—¿Tenéis frío?

—No, tu madre nos calienta —respondían.

A veces, un proyectil atravesaba el frente como una avispa de hielo. Les habían advertido que no picaran el anzuelo. Que no gritaran insultos al vacío. Que no respondiesen a los disparos, para evitar así revelar su posición exacta. Que no desperdiciasen la munición. Pero al diablo con ello: de vez en cuando un par de escuadras disparaban con todo lo que tenían. «¡Freídlos a tiros!» Después de esas erupciones, el bosque se quedaba aún más silencioso. Más inquietante. Porque los disparos los ensordecían. Las ramitas partidas repiqueteaban al desprenderse. Pero el cañón de las armas estaba calentito.

Todo el mundo estaba un poco aturdido. Especialmente las tripulantes de los Clubmobiles. Todos se quedaron perplejos cuando Jill, del Cheyenne, hizo autostop hasta París, a más de trescientos kilómetros, para ver a un dentista debido a un terrible dolor de muelas. Dorothy estaba furiosa porque la había superado en audacia.

Aunque los combates eran esporádicos, casi furtivos, los hombres seguían cayendo. Una bala sibilante podía impactar antes de que se oyera el disparo del fusil. Un proyectil de bajo calibre podía llevarse por delante el brazo de un soldado.

El terreno se había endurecido demasiado como para poder enterrar a los muertos. La sangre formaba pistas de patinaje carmesí en miniatura. Los capellanes y los enfermeros llevaban los cuerpos agarrotados a pequeñas arboledas y espacios abiertos junto a la carretera, donde depositaban a sus hermanos y los apilaban, de un modo ordenado, como si fuesen leña, envueltos en ponchos, todos los pies mirando en la misma dirección. Un último acto de ternura.

Construyeron estructuras triangulares con troncos para proteger el sueño de sus hermanos. Cuando pasaban junto a estos mausoleos, apartaban la mirada, avergonzados de haber dejado a sus camaradas allí apilados, a merced de los elementos. Se respiraba algo extraño en ese lugar, como de una época remota. Algo que consignaba estos sacrificios. Que los atesoraba. Que no era en absoluto… estadounidense. Los soldados no creían en fantasmas. O no lo

admitían. Pero, a las tres de la mañana, todos ellos habrían asegurado que alguna clase de espíritu maligno los acechaba.

Las tres Hermanas del City se alojaban en el Auberge Bastogne, donde compartían una habitación sin mobiliario. Los militares habían ocupado el hotel junto con varios edificios del centro del pueblo. Cerca de la puerta principal se veían arcos de piedra antiguos y un pequeño parque. Por las calles circulaban a menudo vehículos militares y soldados. El vestíbulo, totalmente desmantelado, servía de almacén para los sacos de mezcla para rosquillas, de azúcar y las latas de leche. Las de café molido formaban una pirámide detrás de los sacos terreros que cubrían las ventanas delanteras. Pero el hotel tenía agua corriente y las calderas seguían funcionando. Un retrete con cisterna y un baño era todo lo que necesitaban.

«Nuestro reino», le gustaba llamarlo a Irene.

Las tres mujeres acamparon en el segundo piso. Sus habitaciones y las del vestíbulo tenían chimeneas y los soldados eran generosos con la leña, los tablones y los muebles desvencijados. Los fuegos eran reconfortantes, alegres. Algunos, los más listos y ambiciosos, se construyeron cabañitas detrás de las trincheras. No veían razón para sufrir. Las levantaron e hicieron lechos de roca donde introducían la yesca y encendían pequeñas fogatas para mantener los pies calientes. Además, las cabañas eran divertidas. La gente siempre se reía cuando veía una. Aquellos soldados llevaban troncos aserrados al hotel y se quedaban a tomar café. Era unos guasones de mucho cuidado.

Por la noche, Holly lloraba a veces por Rusty; estaba muy preocupada por él.

—Está en el cuartel general —se burlaba Dorothy—, tomándose un café caliente con brandi.

Tanto ella como esta sentían pavor cada vez que la madera del viejo suelo crujía u oscilaba. La otra, a pesar de su preocupación por Rusty, parecía inquebrantable. Era demasiado práctica, no concebía que el edificio pudiese venirse abajo por las buenas. Pero Holly no había vivido lo que ellas habían vivido. No había pasado la noche atrapada en el sótano inundado de una casa derrumbada. Irene temía no perder jamás el miedo a que el suelo se hundiese. Era una de sus pesadillas recurrentes, un pequeño destello de pánico capaz de arrancarla del sueño un minuto después de haberlo conciliado.

Tanto ella como Dorothy se temían lo peor cada vez que oían un crujido o cuando un proyectil caía en las inmediaciones del pueblo. El suelo temblaba y el polvo se desprendía del techo, y ya estaban fuera antes de darse cuenta de que habían echado a correr. Pero, tarde o

temprano, la cálida voz amarilla de la chimenea las impulsaba a regresar.

No había nada mejor que el fuego. Aunque a veces se volviese loco, perdiera el control y arrasara casas y pueblos y bosques. Era más antiguo que las personas y no le debía explicaciones a nadie, o eso creía Irene. Dorothy y Holly le habrían dicho por su propio bien que era demasiado filosófica. Pero el fuego era el mejor amigo de todo el mundo: todos estaban de acuerdo en eso después de una comida caliente, una taza humeante y un trago de alcohol. El fuego ancestral. Lleno de color en aquel lugar blanco y gris, crepitando en ese silencio brumoso; de rostros y formas cambiantes, de fantasmas y aromas. La infancia estaba en él. El hogar estaba en él. El fuego conectaba a todo el mundo a través del tiempo. Sus abuelas habían visto las mismas formas, sentido el mismo calor. El más antiguo de los antepasados había visto la misma llama que ellas tenían ahora delante, en Bastoña. Irene pensaba que todo era el mismo fuego. Viajaba de alguna manera con la gente y este fuego en concreto la había acompañado desde Staten Island. Era la antítesis de aquel invierno permanente.

El vestíbulo tenía una gran chimenea de piedra y los soldados, al entrar, no dudaban en tostarse un rato frente a sus llamas. Si algo había en Bastoña en aquellos días imposibles era leña. Todos ellos les agradecían los dónuts y el café obsequiándolas con algunos troncos. El camión estaba aparcado fuera del hotel, con la cocina y la hornilla en marcha, mientras en el vestíbulo Irene se aseguraba de tener siempre una bandeja de rosquillas y la cafetera llena. Era un servicio doble: el Rapid y el puesto de dónuts. Fuera, servicio de barra, y dentro, un salón. Salía regularmente para cambiar los discos del Victrola. Holly estaba atendiendo a los soldados en el camión, junto a la ventana helada, imaginándose a sí misma en el asador que regentaba su padre en Nashville. Se pasaba el día suspirando por su nuevo marido. Dorothy, mientras tanto, se ocupaba de mantener el motor en marcha, de que no faltasen suministros y de animar a los soldados. Ahora eran el equipo ideal.

Los soldados habrían dado lo que fuera por una chimenea y un suelo de madera seca. El pozo de tirador más amplio no daba ni para estirarse del todo. Tenían que salir para ello. Dormían sentados, acurrucados alrededor de las armas. A menudo los despertaban con una patada para que acudiesen a su puesto de guardia, mientras que el compañero se quedaba sumido en un trance de dolores de espalda y culo. Varios soldados perdieron los lóbulos de las orejas por el frío.

Los pozos más grandes tenían pequeñas hogueras. En los más

estrechos solo cabían latas de Sterno, las cuales desprendían un extraño olor a alcohol. No daban mucho calor, pero era agradable tener al menos algo de luz. Servían para descongelar los dedos, calentar una taza de té, un poco de ron. También para cocinar rodajas de la misteriosa carne que venía en las raciones. Los pequeños placeres de la vida, dadas las circunstancias.

En el flanco oriental de los pozos de tirador construían muros de defensa a base de piedras, tierra congelada, sacos terreros y troncos, por si acaso algún francotirador avistaba algún relumbre al encender una fogata o un cigarrillo. Sabían que el enemigo invisible vería los delgados penachos de humo flotando entre las hileras vacías de árboles desnudos. Pero la inclemencia de aquel frío convirtió en aburrido aquel peligro. Sabían que la situación de los boches no era mejor que la de ellos. Si estallaba la paz, ambos bandos seguirían matándose. O compartirían una botella de whisky e intercambiarían fotos de novias, preguntándose qué demonios había pasado.

A pesar de la amenaza del bosque oscuro, a Irene le encantaba corretear por él. Al fin y al cabo, seguía siendo aquella niña de las arboledas umbrías. En cierto modo, ni siquiera aquella noche en el infierno con Dorothy, en aquel pueblo francés cuyo nombre no recordaba, le había mostrado aún las cosas malas que podían acabar con ella. En Staten Island, después de todo, había saltado a medianoche desde la ventana de un segundo piso para escapar de una inoportuna llamada a la puerta de su dormitorio. El silencio de aquellos robles la había protegido. Tanto allí como en Bastoña, siempre había estado segura de la misericordia de los árboles. Cuanto más dura se hacía la guerra, más amigos descubría en el mundo: pájaros, hogueras, agua, árboles. Eran mejores que todos, exceptuando al Manitas y a Dorothy, la primera amiga del alma que había tenido.

No imaginaba que los francotiradores alemanes estuviesen observándola desde los muros de matorrales que se extendían más allá del perímetro. Pese a que ella no era su objetivo —estaban a la espera de que algún infeliz soldado estadounidense se entretuviese un minuto más de la cuenta en campo abierto—, Irene se hizo famosa entre ellos.

La seguían con sus prismáticos y visores. Los fascinaba. La llamaban la Dama Ciervo o la Chica Ciervo. Un tipo de Warnemünde quiso dispararle, pero sus compañeros le apartaron el rifle de un empellón, lo increparon y le prohibieron vigilarla más. Era demasiado divertida para matarla. Era la novia de todos ellos. Como una de esas estrofas de Goethe que sus profesores les hacían leer de pequeños. Corriendo de árbol en árbol con sus grandes ojos llenos de curiosidad.

La Chica Ciervo. Además, observarla era lo más parecido al sexo que habían tenido en meses.

Irene también estaba en el bosque para cumplir con su deber: llevaba correo y caramelos y rosquillas a los hombres que estaban destinados allí. No tardó en reclutar a Holly, que había formado parte del equipo femenino de campo a través del instituto. Se cargaban pesados sacos a la espalda y corrían de árbol en árbol, del puesto avanzado a la trinchera y luego al puesto de radio rodeado de sacos terreros. Estaban atentas a cualquier sonido; un fiiiumm agudo les indicaría que un francotirador había intentado alcanzarlas sin éxito; un pop fuerte les diría que un proyectil acababa de romper la barrera del sonido e iba directo a ellas.

Llevaban un mapa de alto secreto con la ubicación de cada pozo de tirador y de los puestos de observación atrincherados. En el mapa figuraban también los nombres de los tipos que estaban en cada uno de los pozos. Los alemanes invisibles, de haberlo sabido, habrían considerado la posibilidad de disparar a Irene, aunque solo fuese por las raciones extra y el licor que tal lista les habría procurado.

Clasificaba el correo tal y como estipulaba el mapa estratégico. Ataba los paquetes con un cordel y los introducía en sacos, indicando encima el puesto de avanzada más cercano. Ella y Holly se repartían el correo, con cuidado de etiquetar los bizcochos de frutas o los paquetes de galletas rancias que enviaban las madres y las esposas. Su compañera los llevaba bajo el brazo como si fuesen un balón de fútbol.

No era raro que las invitaran a entrar en esos agujeros malolientes y les ofreciesen un trozo de bizcocho o algunas galletas. Comer lo primero de la punta de una bayoneta acabó convirtiéndose en un manjar para ellas. Llevaban dos cantimploras de café caliente cada una, pero se quedaban vacías mucho antes de llegar al último pozo.

Las dos Hermanas regresaban al calor y al refugio completamente agotadas, con las piernas temblorosas y la garganta dolorida de tanto respirar el aire helado. Pero animadas. Llenas de un amor que no podían definir. A menudo aparecían en el hotel abrazadas. Por alguna razón, aquello irritaba a Dorothy. «Sois como marineros borrachos», solía decirles cuando entraban por la puerta.

Las mujeres posaban para las fotos. Decenas de ellas. Parecía como si cada soldado tuviese una cámara Brownie en el petate. Imaginaban aquellas instantáneas en cientos de hogares de cientos de ciudades, álbumes de fotos guardados en alguna taquilla o cajón durante décadas. Imaginaban que, mucho después, cuando los soldados fuesen ya ancianos, quizá incluso después de morir, alguien se preguntaría

por esas mujeres que empuñaban fusiles o metralletas o dónuts y se reían con su abuelo delante de un camión enorme y oscuro.

30

Cuando faltaba poco más de una semana para Navidad, Dorothy le sugirió a Irene que se encargara del puesto de dónuts de Bastoña, dentro del albergue, mientras ella y Holly se acercaban hasta Vielsalm. Querían tener algún detalle navideño con los chicos. Galletas y chocolates. Salchichas frescas. También necesitaban comprar regalos para la Diablilla del Cheyenne, que cumplía años, así como algunos ingredientes especiales para una comida navideña en el hotel y adornos para el árbol que los soldados habían cortado para ellas. Y Holly quería también un regalo de Navidad para Rusty. Estarían de vuelta en unos días como mucho.

A Irene le pareció bien quedarse. Fuera había un remolque bien aprovisionado y, aunque no tenía hornilla, sobraban un montón de rosquillas de días anteriores y litros de café como para poner a flote un buque de guerra. Agradecería pasar algo de tiempo a solas.

La noche antes de que Dorothy y Holly se fuesen, el momento más hilarante de la guerra atravesó el hotel como una ola. Ninguna de ellas estaba segura de qué lo había provocado. Alguna broma. Algún comentario atroz. Pero, de repente, las Hermanas estaban en el suelo, las tres, llorando de la risa. Se cayeron de espaldas dando patadas al aire. Arrastrándose unas hacia otras, incapaces de respirar, suplicando: «¡Por favor, para ya!» con jadeos entrecortados y dolorosos porque creían que iban a morirse todas de la risa.

El día que partieron, Irene almorzó con los oficiales del Octavo Cuerpo, en el cuartel general de retaguardia de Bastoña. Menudo alivio: sopa de guisantes, jamón, boniatos, verduras y ensalada. ¿De dónde habían sacado la ensalada? Pudin de ron. Cerveza. El pan con mantequilla le pareció el mejor de los inventos.

Al día siguiente, después de que el Cheyenne abandonase el pueblo para prestar algún tipo de servicio en carretera, Irene organizó sin ayuda de nadie una merienda especial en el vestíbulo. Recurrió a las viejas habilidades de la tía Eva y sacrificó varias latas de leche evaporada y bolsas de azúcar y un poco de mezcla de huevo en polvo de las raciones de los soldados; luego encontró una botella de vainilla en el camión. A fuego lento, removiendo incansablemente, consiguió inventarse unas natillas. O un flan que parecía natillas. Derritió y

caramelizó más azúcar en una sartén y lo roció sobre el postre amarillo pálido.

Los chicos metieron aquella masa cremosa en su taza de hojalata y la dejaron en la nieve hasta que se cuajó. Estaban encantados. Fueron a por sus barritas de chocolate y le echaron trozos encima. Lo regaron con ron y whisky. Migas de rosquillas rancias. Deambulaban por el hotel sintiéndose gordos. En el vestíbulo, en el viejo comedor, todos estaban contentos y un poco achispados, tratando de compensar el alcohol con café.

—Señorita Irene, es usted la mejor amiga que un chico podría tener —insistió un soldado raso embargado por la emoción.

Eso fue el 18 de diciembre. Al día siguiente, cuando los alemanes rompieron por sorpresa la línea del frente, Bastoña quedó sitiada y comenzó la batalla de las Ardenas. Irene estaba sola, abandonada involuntariamente por sus Hermanas.

Todo el mundo en Bastoña había quedado atrapado. Ella sabía que a su alrededor se había desatado el caos. En su pequeño rincón del mundo, solo eran destellos: frío, gente corriendo, explosiones, gritos y sangre, y una interminable sucesión de disparos que iban y venían. El cielo estaba cargado de nubes bajas y los aviones de socorro no podían llegar hasta ellos. El apoyo aéreo tampoco podía bombardear ni ametrallar a los alemanes. No tenía claro si los proyectiles alcanzarían el vehículo aparcado frente al hotel, así que Irene sacó lo que pudo de la camioneta de suministros y lo llevó al vestíbulo. Por supuesto, las bombas también podían alcanzar el hotel, pero no tenía otro sitio adonde ir. Rezó lo que sabía y arrastró sus pertenencias hasta el sótano, consciente de que era su mejor opción, sobre todo porque ese edificio, a diferencia de la casita en la que Dorothy y ella estuvieron a punto de morir sepultadas, era de piedra maciza. El sótano sería su fuerte. Mantuvo el fuego encendido. Con tanto edificio derribado a su alrededor, el suministro de leña era inagotable.

Rezó por que sus amigas estuvieran a salvo allá donde se encontrasen. Rezó por el Rapid. Rezó por la salvaje Dot y por la dulce Holly. Rezó por el Manitas, como hacía siempre. Rezó por Patton y por Estados Unidos y por los soldados del bosque y por las enfermeras y por el personal de las instalaciones médicas de emergencia. «Y, Señor, si no está demasiado ocupado, por favor, perdóneme la vida una vez más. Lo sé, lo sé, hasta ahora ha sido más que generoso. Pero… solo una vez más, ¿vale?»

El rugido de un proyectil cercano fue subiendo de tono a medida que caía e Irene se refugió en un rincón de los pesados muros de

piedra y esperó a que temblase la tierra.

Sin sus Hermanas estaba perdida. Una náufraga en tierra firme. No sabía bien qué estaba ocurriendo de verdad y qué no. Sí sabía que el sueño de la noche anterior, en el que su tía y su madre ponían un ladrillo caliente bajo las mantas de su cama, era solo eso: un sueño. Aun así, le parecía un recuerdo real, como si ambas mujeres acabaran de salir esa mañana después de una agradable noche con ella. No. Eso era una tontería.

Pero… ¿y lo del profesor belga del bombín y el abrigo largo? ¿De verdad habían estado juntos allí fuera, en la cellisca? Con los cohetes y los proyectiles cayendo por toda la ciudad. Y el restallido húmedo de los cañones a lo lejos, como fuegos artificiales estropeados. Con las manos en los bolsillos, ella con su pesada chaqueta militar, él con sus ropas de erudito y su elegante sombrero. El profesor le había ofrecido un cigarrillo y ella lo había aceptado, le apetecía un poco de interacción humana. Él se lo encendió con una cerilla de madera: la acercó demasiado al extremo del cigarro y el sabor a azufre penetró en la boca de Irene a través del tabaco. ¿No fue así? Y podrían haber muerto fácilmente, allí, en la calle, pues no veían apenas nada miraran donde mirasen. Por lo que sabían, los alemanes estaban por todas partes. ¿Oyeron entonces un silbido y un ladrillo cayó sobre los adoquines y se hizo añicos delante de ellos? ¿De dónde venía el ladrillo y quién lo había tirado?

Tenía la sensación de estar borracha. Ya fuese por el agotamiento, por el hambre o por una sobredosis de miedo.

El profesor le había hablado en inglés, pero ella no oía lo que le decía. No paraba de repetir: «¿Perdón?», disculpándose mientras el tipo seguía hablando. Irene se acercó a él. Parecía estar diciendo que todo era posible, que cualquier cosa podía pasar en un mundo tan confuso, donde el caos era la norma, y la normalidad, la aberración.

¿Y fue entonces cuando apareció un oso de entre la niebla? ¿Había salido de su guarida invernal en las Ardenas debido a los bombardeos? ¿Había osos en Bélgica? Ah, sí, recordó que el profesor le había dicho que en Alemania había. Recordó que el oso no les prestó atención. Pasó trotando con la cabeza gacha, silencioso entre la boira, con el humo enroscándosele al pelaje. Iba dejando una vaharada fétida a su paso y siguió por la carretera hasta que finalmente desapareció en la niebla. Estaba segura de que el profesor había dicho: «Verá, *madame,* ahora todo es posible. Nada es bueno, nada es malo. Todo es caos». De que él se había dado un golpecito en la cabeza antes de alejarse diciendo: «Todo está aquí. Nada es real».

¿Cuántos días duraba ya el asedio? ¿Cinco? Eso creía.

El 23 de diciembre, un día antes, el cielo se había despejado y los aviones estadounidenses pudieron al fin sobrevolar la zona y dejar caer suministros. La Compañía Fox del Regimiento de Infantería de Planeadores 327 apareció con apoyo y refuerzos. Las dotaciones de todos los Clubmobiles del grupo F, el Cheyenne, el Atlanta, el Miami, el New Haven, el Boise, el Albany y el Rapid City, estaban sobre el terreno o lejos de Bastoña. Irene era la única encargada del «buque» que decidió bautizar como «el sótano».

¿La estaba llamando un soldado desde el otro lado de la calle? ¿Lo había oído a través de la ventana rota de su refugio? ¿Había visto el resplandor de su chimenea?

—¡Nena!

¿La estaba llamando a ella?

—¡Eh, nena!, ¿estás ahí?

Tenía que ser real.

—¿Soldado? —respondió ella.

—Necesito ayuda.

—Venga aquí.

—No puedo —contestó él.

—Venga, corra. Cruce ya.

—Me he cagado encima.

—¿Cómo?

—Soy un cobarde. Estaba muy asustado. Eh…

—No es un cobarde. Todo el mundo tiene miedo. —¿De verdad estaba Irene saliendo a la calle?—. Venga aquí —le insistió—. Ahí fuera hace mucho frío, soldado.

—Me he cagado encima. No puedo.

—Vamos, venga ya. Todo el mundo tiene pequeños accidentes de vez en cuando. Incluso las mujeres. —Se recompuso—. ¡Especialmente las mujeres! ¡No sabe la de veces que he metido yo la pata, querido!

—No.

—Mire, voy a llenar un cubo de agua caliente. Y usted, mientras, vaya al comedor. Está vacío. Nadie lo va a ver. Venga, estamos solos. Le lavaré los pantalones y los secaremos en la chimenea y nadie se dará cuenta.

Era lo último que quería hacer, por supuesto, pero, mientras el soldado se escondía en los maltratados aseos públicos del vestíbulo, Irene contuvo la respiración y le lavó los pantalones. Le arrojó uno de los monos de Dot y puso la prenda sobre la repisa de la chimenea para que se secara.

Se dio cuenta de que era Nochebuena.

Su jornada no había terminado. Un grupo de soldados salió corriendo del bosque portando un pinito. Otros dos aparecieron con un acebo pequeño en los brazos.

—¡Le hemos traído la Navidad! —gritaron—. ¡No podemos pasarla en un pozo de tirador!

Mamá Irene los acogió y los llevó al sótano. Colocaron el árbol en un rincón y lo decoraron con jirones de papel de aluminio, condecoraciones militares, casquillos de bala e hilos de colores. Allí estaba ella, dispuesta a celebrar la Navidad con diecinueve chicos y el soldado cagado con el mono de Dot. Dispusieron en círculo los sacos de dormir y los portaviandas. Ellos bajaron agua y leña al sótano y encendieron un fuego en la chimenea. Entonces se produjo un pequeño milagro navideño: el capitán Dick Withers y su suboficial favorito, el sargento Taylor, fueron corriendo como locos de refugio en refugio, bajo el fuego enemigo, transportando comida caliente en camionetas para que sus chicos tuviesen su cena de Navidad.

—Es usted una leyenda, capitán —le dijo Irene cuando llegaron al hotel.

—Tonterías, la leyenda es usted —replicó él.

—Deme un beso antes de morir —le pidió el sargento.

Fue la única vez que besó a un soldado. Los dos militares se fueron tan rápido como habían venido.

El chico que se había cagado, mucho más alegre ahora que dos horas antes, gritó:

—¿Quién era el enmascarado ese?

Los demás soldados lo bautizaron como Kemosabe, el nombre por el que se lo conocería durante toda la guerra.

Era el primer hombre que besaba a Irene desde que se había despedido del Manitas. No pudo evitar recordar el sabor salado de Hans.

Cada vez que estallaba un proyectil de artillería, el hotel lloraba polvo sobre ellos. Los soldados estaban melancólicos. Los que habían recibido regalos de Navidad los compartieron con sus camaradas. Desenvolvieron con cuidado los paquetes y utilizaron el papel para decorar todavía más el árbol. Se pasaron un pañuelo perfumado, de mano en mano y de nariz en nariz. Galletas, caramelos y bizcochos de frutas empapados en ron circulaban por el sótano. La habitación estaba a oscuras; la única luz procedía de las llamas anaranjadas de la chimenea.

Un tipo sacó una guitarra.

—¿Dónde ha estado escondiendo eso? —bromeó Irene.

Él rasgueó algunas baladas y tres canciones navideñas. El desafinado coro que lo acompañó fue la cosa más enternecedora que ella había oído nunca. Todos aquellos jóvenes, padres e hijos y nietos, jugadores de béisbol y granjeros, estudiantes fracasados y un profesor de instituto, asesinos a sangre fría y tipos blandengues, bobalicones y casos difíciles, presidiarios y universitarios refinados, todos ellos formaron un coro de monaguillos avergonzados de cantar delante del resto, pero incapaces de permanecer en silencio. Todos los presentes habían escapado de la muerte o de algún peligro, habían visto a amigos caer en la nieve, y, ante la incertidumbre de si seguirían vivos para ver las fiestas del año siguiente, se animaron a cantar juntos, ya lo hicieran mal o bien. Irene se apartó a un oscuro rincón y rompió a llorar, por ellos y por sí misma.

Finalmente, los chicos se callaron. Sus aflicciones impregnaban la habitación. Se sentaron encorvados con el fuego a sus espaldas, los brazos alrededor de las rodillas o de los hombros de un compañero, las cabezas gachas. Los resuellos ocasionales en la oscuridad sugerían que algunos de ellos también estaban llorando.

Ella se acercó al grupo. Comenzó a pasear despacio entre ellos. Pasando las manos por encima de las cabezas, despeinándolas como una brisa nocturna. Olían como caballos de tiro después de una dura jornada, aunque empapados de colonia. Solo distinguía las siluetas y los perfiles. Luego se situó frente a ellos. Todos estaban callados. Irene se aclaró la garganta. Levantó un poco la cabeza. En el rincón más oscuro del sótano sintió la presencia de su madre y de la abuela Effie, aquellas Navidades en Mattituck.

Entrelazó los dedos sobre el vientre, cerró los ojos y empezó a cantar:

—Noche de paz, noche de amor…

Solo su voz. Y el crepitar de la madera.

Cuando terminó, los chicos imploraron:

—Otra vez, por favor.

Por la mañana, Irene, con la ayuda de un par de soldados, hizo tortitas de Navidad con la mezcla de las rosquillas. Y sirope con el azúcar sobrante del pudin de la noche anterior. No importaba que fuesen pequeñas y deformes, con restos de ceniza de la chimenea en la que habían calentado la masa. Ella se aseguró de que todos tuviesen su ración. Y, cuando se pusieron los cascos y cogieron las armas para regresar al frente, Irene abrazó a cada uno de los hombres en el umbral de la puerta.

Estaba amaneciendo. Habían pasado tres días.

Los estadounidenses habían roto por fin el cerco alemán de Bastoña y el Rapid City llegó rugiendo al pueblo para rescatarlo. Había más historias de las que nadie podía contar. Cosas increíbles. Vehículos destrozados y rescates y ejecuciones en la carretera mientras Dorothy y Holly trataban de volver a toda costa. Irene tiró sus cosas en la parte trasera del camión y se metió dentro. Los aliados estaban derrotando a los alemanes por toda la línea Sigfrido. Se cometían atrocidades por todas las Ardenas. Pero ella volvía a estar con sus Hermanas. Rumbo al este, siguiendo a Patton y sus guerreros hacia el corazón del imperio de Hitler.

31

Un martes lejano, sin testigos, sin registros, un espejo solitario se desprende del sol. Abajo, los bosques siguen ardiendo. Los restos de grandes máquinas, como trozos de madera carbonizados, levantan zarcillos de humo sobre los campos blancos. Los árboles asesinados yacen sobre la nieve como flechas rotas lanzadas por accidente. Todo da vueltas.

El espejo se mueve en espiral al caer, formando una corona de destellos plateados. No hay nubes que lo oculten, solo la cúpula celeste de cerámica al este de Bastoña. El cielo es casi púrpura cerca del sol y se desvanece en azul metálico hasta llegar a la blancura de la tierra helada. El viento brama alrededor del espejo que cae. Este responde a aquel: grita, con los doce cilindros de su motor al límite. Un salvaje Mustang con un motor RollsRoyce surca el cielo pilotado por el Manitas.

Debajo, cuatro aviones de la Luftwaffe vuelan en formación: Messerschmitt Bf 109 grises que se dirigen al oeste, hacia los aliados, en un largo trayecto desde Múnich, un difuso rectángulo con espacio aéreo entre ellos. El Manitas aprieta los dientes, a la vez emocionado y aterrorizado por su locura. Planea derribar a los cuatro. Es el truco más viejo de la guerra aérea. El resplandor del sol oculta al atacante, sus objetivos no son conscientes de lo que se les viene encima. Un relámpago que hiende el cielo despejado.

Como todos los pilotos de caza, se ve a sí mismo desde fuera de la cabina como el protagonista de una película de acción: un hombre que sabe lo que hace, un agente de la furia, un artista, un guerrero de corazón frío, un espíritu admirable realizando algo ridículamente imposible. La mano de la clarividencia. Detrás de la máscara, enseña los dientes, como si su voluntad bastase para mantener el avión en el cielo, evitando que se haga pedazos.

Acelera, aumentando la gravedad y sobrepasando su velocidad anterior; los dientes le rechinan; su sonrisa, feroz. El espejo se lanza al hueco entre los cuatro aviones enemigos. Dentro de la cabina, las rodillas del Manitas chocan con las estrechas paredes, los oídos le chasquean y pitan, los bordes de la visión se le oscurecen y chisporrotean mientras desciende en espiral. No tiene tiempo de

secarse el sudor que le escuece los ojos ni de preocuparse por la adrenalina y la presión que le oprimen la vejiga. Se arranca la máscara y vuelve a agarrar la palanca de control. Gruñe y todos los dientes le brillan al sol, que parece girar a su alrededor. Él es el centro del sistema solar. El astro rey aparece y desaparece unas cuantas veces. Una luz como la de un proyector le ilumina la cara, hipnotizándolo.

—Irene —dice. Esa es toda su oración. Siempre está hablando con ella, incluso cuando no se da cuenta de que lo está haciendo.

Se lame el sudor de los labios. Le parece que lleva una hora cayendo, pero solo han pasado treinta y siete segundos. Las insignias blancas nazis de los aviones alemanes lo enfurecen. Su P51 se sacude y se estremece enfadado, igual que él, al ver esos pájaros dirigiéndose a matar a sus compañeros.

—Por encima de mi cadáver, Fritz.

Entonces se calma, se relaja, está en un lugar que nadie más conoce: ahora todo va a cámara lenta y es maravilloso y terrible y suyo. Es dueño de todo el cielo y de los últimos momentos de esas vidas ajenas, y desliza los dedos hacia los botones rojos, y la palanca, que no deja de vibrar y oscilar, apretada con fuerza hacia abajo y hacia un lado para que el caza gire, le hace daño en las manos. Abajo, las carreteras giran como si fuesen hélices que impulsan la tierra hacia él.

Sigue siendo invisible por el sol, pero los destellos de luz que se reflejan en sus alas lo deslumbran. Entrecierra los ojos. La palanca está clavada en un picado casi vertical y los alerones lo propulsan como una bengala. Las balas, cuando las dispare, caerán en espiral y se esparcirán.

—Vamos a cargarnos a un par de ellos —le informa a Irene, cuya ropa interior guarda en su chaqueta—. Nos dejaremos caer entre esos cabrones.

Se precipita a tres mil metros de altura. El frío le quema las fosas nasales. Huele el tufo rancio de la cabina, del motor, de sí mismo. Aún le lloran los ojos, parpadea varias veces y los entorna para ver mejor sus objetivos. La chaqueta de cuero le procura algo de calor. Se sitúa encima de ellos.

Apunta al hueco entre los aviones alemanes, aprieta el gatillo y las ametralladoras gemelas disparan ráfagas trazadoras del calibre 50 desde cada ala. Los proyectiles le arrancan la de estribor a uno de los cazas y cose a balazos el fuselaje de su compañero.

Los pilotos alemanes no tienen ni idea de lo que acaba de pasar, y él ya se ha ido.

Sin su ala, el primer Messerschmitt pierde el control y se precipita envuelto en llamas con una columna deshilachada de humo negro tras de sí.

El Manitas no tiene tiempo de verlo. Su avión está mucho más abajo, como un tiburón en el mar, y ya está trazando una curva ascendente, una versión vertical de su ataque inicial. Su cuerpo emite un gruñido involuntario cuando las fuerzas de la gravedad lo golpean.

Sobre él, el avión herido se tambalea en el cielo, escupe penachos grises mientras se aleja en picado tratando de huir. Los otros dos avanzan a toda velocidad. El Manitas pasa a través de ellos y continúa su ascenso, un éxtasis de poder. Ahora es una carrera con intenciones asesinas.

Vira con brusquedad para situarse detrás de los dos alemanes que quedan, pero estos se elevan en línea recta, como si tuvieran la intención de volver a entrar en el sol abierto que los expulsó. Ve un paracaídas: el avión al que disparó a través del fuselaje cae casi a cámara lenta mientras su piloto parece caminar por el cielo.

La rabia que siente le dice que dispare a ese hombre, pero no tiene tiempo que perder. Nadie en esa pelea de perros se hace ilusiones: todo es instinto y entrenamiento. Se mueven como máquinas. Pero nunca pierden su propio sentido del estilo. Sus propios movimientos de baile. Hablan el mismo lenguaje aéreo.

Persigue a los dos pájaros restantes en línea recta. No pueden ascender a la altura que precisan, se desmayarán si no tienen cuidado. Sabe que sus flujos sanguíneos no son diferentes a los suyos.

—Venga —dice—, échate una siestecita, Wolfgang.

Han alcanzado la máxima altura posible y ahora vuelan boca abajo. El Manitas los persigue. Continúa detrás de ellos: no pueden dispararle. Aprieta los gatillos y destroza la parte trasera del avión que tiene más cerca. La cola se convierte en metralla y el aparato desaparece de su vista como por arte de magia.

Grita de alegría y golpea el aire con el puño. Pero sabe que no puede despistarse ni un segundo. De hecho, cuando lo busca, el último Messerschmitt ha desaparecido. Suelta una palabrota. De repente, tiene ganas de mear. Mira en todas las direcciones, pero no encuentra el caza alemán.

En un abrir y cerrar de ojos, se cruzan y el otro ya está virando para colocarse detrás de él. Incluso a esa velocidad, alcanza a ver por un instante al piloto de la Luftwaffe, que lo mira y, a renglón seguido, desaparece.

«Qué maniobra tan elegante», piensa el Manitas, y sabe que ha fallado.

Se lanza en picado de nuevo, pero el alemán efectúa un rizo en descenso y se le pega a la cola. Él hace derrapar el Mustang en el aire balanceando el avión de un extremo a otro de las alas, como una balsa descendiendo una violenta sucesión de rápidos. Las ráfagas pasan a su lado. Todo a su alrededor es ruido de motor y viento; quizá él también esté gritando. Hay tanto ruido que no oye nada, ni siquiera las armas que tiene detrás.

Y, justo en ese momento, el Manitas ve la salida, imagina el movimiento sorpresa que dejará pasmado al alemán: entrada en pérdida y caída en picado, como un submarino; dejar que lo sobrevuele antes de que tenga tiempo de responder para luego elevarse detrás de él y alcanzarlo. Pero, justo mientras lo imagina, ocurre lo peor. Parece que un gigante patea la cola del avión y el extremo del ala izquierda desaparece.

Se queda perplejo por la salpicadura de sangre que mancha el interior de la cabina. La marquesina transparente que lo rodea se tiñe de rojo. No sabe dónde le han dado. Debe de estar herido. Pero no lo siente. No tiene tiempo de mirarse, la palanca de vuelo demanda toda su atención. Sabe que está malherido porque sigue intentando mantener estúpidamente el vuelo cuando debería saltar en paracaídas.

—Vamos —se dice a sí mismo—, ya sabes lo que tienes que hacer.

Pero se siente confundido por las violentas sacudidas del avión. Es un rompecabezas que no puede resolver.

Está un poco mareado. Ahora está temblando. Sí, la cosa pinta mal. O bastante mal.

—Vamos, Irene —dice, ahora aturdido—, no dejes que me duerma.

Tiene las gafas manchadas de rojo. Vaya, está descendiendo, qué raro.

Tira de la palanca y la carlinga sale despedida, y nota como si le arrancaran el aire de los pulmones. Cada vez está más cerca del suelo. Dando volteretas. Las trazadoras enemigas chisporrotean a su alrededor. Por más que lo intenta, no consigue quitarse el cinturón de seguridad. Está atrapado en el asiento, pero siente como si lo estuviesen lanzando al cielo.

De pronto, la agonía lo abrasa por dentro. Las piernas no le funcionan. Sería agradable tumbarse en ese campo, piensa. A través de las gafas manchadas ve como el suelo se acerca a él. Utiliza la poca fuerza que le queda en los brazos para salir del asiento.

—Dios, ten piedad —dice Hans.

Cae para siempre.

CUARTA PARTE
Así es como olvidamos

32

Irene metió una carta para el Manitas en el saco del correo y abrió una de un admirador que venía en un endeble sobre de correo aéreo internacional:

Estimada Srta. Irene:

Puede que no se acuerde de mí, pero yo sí de usted. Volaba en la escuadrilla del mayor Ellis. Seguro que se acuerda de él. ¿Sabía que murió en combate? Qué gran hombre.

Me retiraron del servicio después de haber completado el número de misiones asignadas. Tampoco está tan mal. Se vive bien en Albany. Mis padres y yo. He retomado mi antigua vida como profesor en un colegio y entrenador de béisbol los fines de semana. Es por lo que todos luchamos, ¿verdad?

Pero le juro una cosa: mientras estaba allí arriba, solo pensaba en volver a tomar dónuts y café (y whisky). Y en volver a ver sus ojos. Me preguntaba si todavía está colada por ese piloto de caza. Porque debemos de ser unos dos mil soldados en la cola esperando por si acaso. Bueno, me tengo que ir… Acaba de sonar la campana. Esto es solo una pequeña carta de un admirador que quiere darle las gracias. Un día esta guerra terminará y sé que tendrá una hermosa vida.

Billy G.

Con los camiones vacíos, las tripulaciones de los Clubmobiles tuvieron que reagruparse y reabastecerse antes de unirse a la ofensiva en Alemania, y se retiraron unos noventa kilómetros al oeste para pasar la noche en el hermoso pueblo de Fumay, a orillas del río Mosa. Presidido por una antigua iglesia de piedra con una alta aguja, y enclavado entre aquellas colinas desnudas, había conseguido escapar de los bombardeos. La civilización, intacta. Pero las enviaron abajo, a la derecha del templo, a una casa tan sucia que ni siquiera quisieron desenrollar los sacos. No había comida, ni agua ni retrete. Holly bromeó diciendo que podría hacer un guiso con una de las ratas. Volvieron a dormir en el Rapid.

Por la mañana tenían mejor aspecto, aunque áspero y desaliñado.

El perfume ayudaba. Los pañuelos en la cabeza ocultaban los diversos pecados que la noche había cometido con los cabellos. Se lavaron los dientes con el agua de la cantimplora y la escupieron como un puñado de marineros. Parecían tres madres osas con su grueso abrigo.

—¡A pesar de todo, es un día especial! —anunció Dorothy mientras daban saltitos por otra carretera embarrada.

—Otro día en la tierra —convino Irene.

—¿A quién no le gusta un paseo en coche? —añadió Holly. Pese al frío, hizo lo que pudo por contribuir a la celebración, fantaseando con su viaje de luna de miel por la Ruta 66, con Rusty al volante.

«Menos mal que me gusta viajar en coche —pensó Irene—, porque, al parecer, no hacemos otra cosa salvo recorrer esta estúpida frontera de arriba abajo. Francia, Bélgica, Francia, Bélgica…» Como habían perdido las comunicaciones con el Octavo Cuerpo y nadie estaba seguro de dónde estaban exactamente, asignaron el Rapid City a una nueva división blindada que habían enviado a la zona. A pesar del ataque de Stukas alemanes por la noche, se levantaron antes del alba para encender la hornilla, esperar a que se derritiese la grasa congelada, preparar la masa de las rosquillas, el café, abrir las ventanillas de servicio, montar un puesto a toda prisa y dar la bienvenida a los exhaustos soldados. Todo esto sin apenas haber dormido ni comido y tras haber recorrido kilómetros de carreteras llenas de barro y vehículos militares.

—Holly, tú acuérdate de sonreír todo el rato y ya está —dijo Irene.

—Cuánta razón tienes —respondió la chica.

Dorothy no dijo nada.

A principios de enero, el grupo F al completo se dirigió en convoy a Charleville-Mézières, en Francia, donde el Rapid City se reunió finalmente con el Octavo Cuerpo. Esa noche, el atardecer cayó como si fuese niebla y luego un diluvio de oscuridad. Aquella las condujo a través de los vehículos de combate hasta una posición de artillería atrincherada, en el extremo oriental del campo, donde estaban acampando. No habían podido celebrar la Nochevieja y Dorothy llevaba en la mano, sujeta por el cuello, una botella de champán que había conseguido en el mercado negro. Mientras que Holly e Irene se asustaban y se encogían con el retumbar de cada disparo, la otra caminaba como si fuese el general Custer. Estaba dotada de un encanto sobrenatural, de un aura invencible.

Los artilleros parecían espectros en la penumbra, iluminados por pequeñas fogatas y linternas. Los cañones eran ensordecedores. Era un Dragón Negro, un obús M1 de 240 mm. Los que no llevaban orejeras se volvían de espaldas y usaban los dedos. Incluso desde el otro lado

del campo, el rugido les estremecía los huesos. El destello del fuego iluminaba brevemente la hilera de hombres encorvados, formando frisos fugaces.

Cuando llegaron a la posición de disparo, Dorothy descorchó la botella y se llevó el desbordante champán a los labios. Los chicos volvieron a tirar de la cuerda del cañón (¡BUM!) y fueron a cogerla. Aquella gritó y la movió hacia Irene, que se encogió de hombros, la cogió y bebió un trago. El suelo rebotó cuando los grandes proyectiles salieron rugiendo hacia las líneas enemigas; el ruido les propinó un fuerte puñetazo en las tripas. Ella le entregó la botella a Holly, que propuso un brindis que nadie oyó.

Al otro lado de las grandes praderas, las bolas de fuego hacían estallar los árboles en mil pedazos.

—¿Qué le parece? —gritó un artillero.

—¡Pobres árboles! —gritó Irene.

—Ahora los alemanes van a luchar como cabrones. ¡Estamos invadiendo su madre patria! ¡Culo a cubierto!

—Recibido, ¡procedo! —respondió ella a gritos.

Los soldados introdujeron otro proyectil en el cañón humeante y le entregaron el cordel de disparo a Dorothy.

—Esto ya me gusta más —dijo ella.

—Cuando dé la señal, tire de eso —le indicó un artillero.

—Lista.

Él levantó la mano y cerró el puño. Irene y Holly se taparon los oídos. Luego bajó la mano de golpe y la otra tiró del cordel y disparó el proyectil hacia el cielo. Oyeron su silbido estruendoso mientras trazaba una curva en dirección al área enemiga y empezaron a vitorear cuando vieron que varias cosas estallaban. Los artilleros cogieron la botella y dieron un trago. Les salía espuma por la boca como si fuesen animales rabiosos y se la fueron pasando hasta que quedó vacía, momento en que uno de ellos la lanzó en dirección a su bombardeo.

El jefe de artillería señaló a Irene.

—Te toca, Caimana —dijo Dorothy.

Ella se sentía mareada.

—Se te sube a la cabeza —repuso—. Lo siento en la cabeza. «Todo me da vueltas», pensó mientras colocaba una mano sobre el cañón. La apartó de inmediato. Era como tocar un hierro candente—. ¡Auuu! —exclamó, sacudiendo la mano y soplando en la palma. Los artilleros soltaron una carcajada mientras ella sonreía con cara de borracha—. ¡Qué divertido! —gritó, deseando besar a los soldados.

—Ya lo creo —respondió uno de ellos—. Chicas y bombas.

El equipo de artillería aumentó la elevación del cañón y lo giró hacia el norte.

Un soldado que llevaba un teléfono de campaña lo encendió y habló por el auricular; luego asintió como si la persona al otro lado lo viera.

—Recibido —dijo. Le entregó el cordón a Irene y repitió los gestos.

Ella se sentía cohibida, preocupada por si fallaba de algún modo. Pero el Dragón Negro estaba hecho para escupir fuego. No fue difícil tirar. El estampido le sacudió las costillas.

—¡Otra vez! —gritó.

—¡Buen cañonazo! —dijo el soldado que le había pasado el cordel y le dio una palmadita en la espalda. Ella bebió un trago de otra botella —. Listo —añadió él.

—¡Otra vez! —gritó y volvió a tirar del cordel.

—¡Fuegos artificiales! —vociferó Holly.

Irene provocó una lluvia de destrucción en aquel lejano horizonte. Le pareció ver pequeños edificios entre los fogonazos. Sus esfuerzos fueron recibidos con vítores y gritos de júbilo. Uno de los artilleros le dio un puñetazo en el brazo.

—Señora, ¡se ha cargado a veinte de ellos por lo menos!

—¿Qué? —respondió ella.

—Claro que sí —intervino Dorothy—. Se ha ventilado a un montón de boches.

Irene contempló las llamas. El humo se elevaba hacia el cielo iluminado. Por algún motivo no había reparado en eso antes. Nunca había tenido intención de matar a nadie. Se tambaleó mientras trataba de controlar la sonrisa de turbación que se le dibujaba en el rostro.

—¿Qué he hecho? —musitó.

Estaba rodeada de sombras trémulas. Se echó atrás. Holly se acercó para tomar el relevo. Todo el mundo se reía. Los soldados que estaban detrás disparaban al cielo. Aclamando el nuevo año, su año de triunfo. Todos lo sentían.

Irene se tapó los oídos y corrió hacia el camión.

33

Era asombroso que estuviesen a mitad de enero sin saber cómo habían llegado hasta allí. Estaban demasiado cansadas y ansiosas y sucias para llevar la cuenta de los días. Tremendamente hartas del frío. Hartísimas de congelaciones y de pies envueltos en papel de periódico, de hielo en las cafeteras. Incluso el Rapid City parecía desprovisto de ánimo. Se centraron en las tropas. Eso era lo que importaba, se dijeron.

Irene trató de ocultar su desesperación cuando el Rapid City regresó a Bastoña y vio que su alojamiento original en el viejo hotel estaba pulverizado. Aquel lugar sagrado, en cuyo sótano había acogido a todos aquellos soldados asustados, había desaparecido para siempre. Reducido a cenizas. Tuvo la sensación de que era la única persona viva que recordaría aquella noche.

Dorothy detuvo el Rapid un momento para asimilar lo que estaban viendo. Tanto ella como Irene bajaron del vehículo y se adentraron entre los escombros esparcidos; aquello era todo lo que quedaba de su trocito de Bastoña. Volvieron al vehículo y encontraron el camino hasta los viejos barracones belgas, también bombardeados. Las calles estaban destruidas y llenas de barro helado; era imposible conducir por ellas, así que montaron un puesto de dónuts en el cuartel general del Octavo Cuerpo para quien pudiese llegar hasta allí.

Desde que las tropas iniciaron la dura ofensiva en tierras alemanas, liberando y conquistando, celebrando y matando al mismo tiempo, las chicas se sentían solas en el camión. Cada curva de la carretera podía esconder un tiroteo, un bombardeo, un ametrallamiento, una emboscada de francotiradores, un ataque de zapadores con minas de contacto o una concentración de tanques.

Cada tronco de árbol caído —y había cientos de ellos— podía esconder un nido de ametralladoras. O quizá el camino las llevase a otro campo lleno de soldados exhaustos, de cascos y fusiles desparramados por el suelo, y de horas por delante cocinando sonrisas dulces y preparando tazas de alegría caliente. Tal vez acabasen al anochecer y entonces, por fin, podrían caer rendidas.

Los caballeros del infierno de la 101.ª División Aerotransportada estaban allí. Tanquistas. Camioneros. Policías militares. Conductores

del convoy Red Ball Express. Pero ninguno de ellos había oído hablar del Manitas en mucho tiempo. También había ambulancias. Los restos de los vehículos alemanes salpicaban las colinas como ruinas de templos antiguos. Grupos de lúgubres prisioneros alemanes se cruzaban con ellos varias veces al día, caminando en dirección contraria, con la mirada en el suelo, algunos cojeando.

Todo era una batalla encarnizada seguida de un acelerón seguido de inquietas horas de aburrimiento esperando en un atasco. Se esperaba lo inesperado. Irene seguía nerviosa después de la noche infernal en aquel pueblo francés sin nombre y después del asedio de Bastoña. Buscó a García, pero todo el grupo había desaparecido en la marea que avanzaba hacia el este.

Estaba tan agotada que hacía días que no se preocupaba por su aspecto. Pero, a medida que la fatiga de la batalla se apoderaba de todo el mundo, las tropas intentaban toquetearlas cada vez más. Las Hermanas ya habían invertido demasiado tiempo esquivando insinuaciones sexuales y maniobras románticas, demasiada energía sonriendo al oír comentarios indecorosos porque les correspondía mostrarse complacientes y comprensivas. Irene escribió en su diario: «Cuanto más sucias y feas y demacradas estamos, más se encienden ellos, más pesados se ponen. Incluso los que parecen sinceros en su cortejo, con sus ojos llorosos como cachorros, son demasiado para nosotras. No queda ningún hombro amable en el que apoyar la cabeza».

Ya se conocía todos los trucos: los brazos pegados a las costillas para bloquear posibles manoseos; un movimiento de nalgas rápido cuando notaba un roce desconocido; una sonrisa perenne, el paso rápido y un repertorio de respuestas ingeniosas. Algunas noches, sus aliados masculinos de confianza montaban su tienda de campaña junto al camión y hacían guardia extraoficial, por si las moscas.

—Os juro que, como otro capullo me vuelva a tocar el culo, le monto un Pearl Harbor —les dijo Dorothy mientras conducía. Acosada tanto por los alemanes como por sus propios soldados, se había refugiado en el amor a su camión. En el amor a sus Hermanas.

Esta le pasó a Irene el último boletín del *Insider* que había guardado detrás del parasol. Fecha: sábado a medianoche. Tenían tanto material de lectura en el camión que jamás se quedarían sin papel higiénico. El favorito del Clubmobile, por supuesto, era *Las Rosquillas* y *La Rosquilla Júnior*. Noticias y cotilleos de la Cruz Roja Americana. Escrito por chicas como ellas. *Mujeres de Ultramar* era una especie de *Ladies' Home Journal* para mujeres en combate.

Dorothy le dijo a Irene que se fijase en el aviso que aparecía encima

del titular del *Insider:* TODOS LOS ALEMANES SON CULPABLES DE TERRORISMO, AGRESIÓN Y GUERRA POR TOLERAR A LOS NAZIS DURANTE 14 AÑOS. NO SE DEBE CONFRATERNIZAR CON ELLOS.

—Sin piedad —afirmó.

Los sacos del correo todavía conseguían encontrarlas. Una curiosa nota mecanografiada decía:

Qerida Jirafa:

Mestoy acordando de aquel canpamento en las afueras de Brest donde menseñó a bailar. No queria que nadie lo supiera, jaja, pero no voy a olvidar algo asín, cariño. ¡Nos vemos en Indana! Escrivame cuando pueda.

Henry B. Niles, sargento

En los pueblos y las aldeas se encontraron con muchos alemanes sensatos que no esperaban nada, pero que estaban preparados para cualquier cosa, fuera lo que fuese ese nuevo asalto. Eran los que saludaban y sonreían. Los ciudadanos que de verdad lo celebraban vitoreaban a los estadounidenses y agitaban pequeñas banderas, pero Irene y Dorothy no se inmutaban. Sus soldados y ellas mismas eran su única preocupación. Concentrarse en eso era extrañamente liberador. Les impedía pensar en volver a casa.

A veces se echaban unas risas cuando se encontraban con el Cheyenne o cualquier otro Clubmobile en aquel tramo de carretera y les hacían señas para que las chicas se parasen a charlar un rato. O cuando un profesor teutón les dijo: «Alemania empezó la guerra para conquistar un país donde no llueva todo el tiempo». Quitando eso, todo lo demás era trabajo y más trabajo. Parecían condenadas a servir café y dónuts las veinticuatro horas del día hasta Moscú.

Un día, sin embargo, algo inesperado rompió la monotonía.

Holly rara vez recibía correspondencia, aparte de alguna que otra carta que le enviaba Rusty desde el cuartel general en el que estuviese, pero, aquella mañana, cuando el cartero dejó una pila de sobres en la cocina, vio que tenía una misiva oficial en papel grueso con una insignia en la esquina superior izquierda. Primero se sonrojó; luego, al leerla, empalideció. La cerró de golpe y volvió a cogerla. Irene y Dorothy la miraban de reojo.

—No doy crédito —soltó Holly.

Ella le quitó la carta de las manos. Era del cuartel general de la

Cruz Roja. Al parecer, al haberse casado con un oficial del Ejército en activo, su contrato quedaba rescindido y ya no recibiría su asignación semanal, puesto que ahora se consideraba que estaba bajo el sustento económico de su marido. También la felicitaba por su servicio y le agradecía de antemano que continuase de forma gratuita en el Cuerpo de Clubmobiles. Atentamente, Fulanita de Tal, Washington D. C.; c. c.: Menganito de Cual, etc.

—Qué chingada —dijo Caimana, recurriendo al escaso español que sabía.

Dorothy cogió la carta y entornó los ojos.

—Para cagarse, mearse y no tener con que limpiarse.

A ninguna de las dos le hizo gracia.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Irene.

—A la mierda, me voy a casa.

Y eso hizo. Y así, sin más, Holly se marchó.

—¿Otra vez? —se quejó ella.

—Tercera chica número tres. A tomar por saco.

El Rapid City parecía un pueblo fantasma.

—Deberíamos haber sido más amables —dijo Irene.

—Tonterías. Hemos sido muy amables con ella. No habría cambiado nada. Esto es culpa de la Cruz Roja.

—Era buena chica.

—Tenía sus cosas.

Se dirigían a Weimar, donde iban a establecer un puesto de dónuts. Las carreteras eran exquisitas. Los tanques iban por la *Autobahn*. Irene siempre había querido visitar Weimar y las casas de sus celebridades, Goethe entre ellas. Merecería la pena el viaje solo por eso. Dorothy estaba fascinada de lo lisita que era la autopista. Se rumoreaba que el Tío Sam estaba ganando la guerra.

Mientras tanto, todo el mundo andaba con el vientre suelto de nuevo. Con eso ya tenían bastante. No necesitaban más combates. Las batallas, las escaramuzas, los puentes volados y los asaltos a los ríos en lanchas de goma se fundían en un recuerdo extrañamente explosivo. Era un nudo que quizá nunca podrían desenredar.

—Todos los días son idénticos —se quejó Irene.

Dorothy se limitó a gruñir.

Los fogonazos, las detonaciones, los géiseres de rocas y tierra, los horizontes de vehículos atronadores, las sospechas —y a veces la constatación— de ejecuciones sumarias. El estado de genuino terror al atravesar los bosques: laberintos de muerte y caos aguardando en cada esquina. El simple hecho de dormir era un calvario, en refugios bajo el

camión, con el Matacerdos al lado, montando guardia. A los soldados de aquella bestia se les ordenaba a veces que fuesen «más discretos», lo que implicaba cavar una trinchera en la que meter el vehículo. Los chicos decían que iban a «construir un fuerte», y cosas mucho más pintorescas, mientras se empleaban a fondo con las palas y berreaban operísticas maldiciones. Las chicas, que estaban a su lado, se sentían agradecidas de que el Rapid no tuviese que meterse en ninguna fosa.

Cuando llegaba el capellán católico, Irene le pedía que rociase el camión con agua bendita. Los chicos se congregaban alrededor, se quitaban el casco e inclinaban la cabeza. Entonces llegaba de nuevo la hora de las rosquillas. Había que tener agallas para preparar café y dónuts bajo el fuego continuado y las ráfagas de mortero y los proyectiles que volaban y caían a su alrededor. Los soldados también tenían que ser valientes para hacer la cola. Algunos ni siquiera se agachaban, a menos que oyesen el silbido de un proyectil cerca: en ese caso todos tenían la sensatez de tirarse al suelo boca abajo. También Irene y Dorothy, dentro del camión. Pero, en general, todos habían desarrollado la habilidad de despreocuparse al respecto. La heroicidad del agotamiento.

Al poco tiempo, ya no podían recordar el apellido de Holly, ni siquiera sus facciones, aunque jamás olvidarían su acento sureño.

Una mañana de febrero, el frío les dio un breve respiro, otro de esos días especiales que tanto gustaban a Dorothy. Se sentía como la capitana de un barco navegando por aguas tranquilas, las nubes escarchadas bajo un sol de mantequilla, sin nadie disparando, rodeada de vehículos de guerra fabulosos. Un pequeño acto de piedad.

—Irene, ¿por qué no conduces unos kilómetros? Te vendría bien practicar.

—¿Es una obligación?

—Lo es.

Dorothy sonrió y se detuvo. Dejó el motor al ralentí, bajó de un salto, estiró la espalda, se sacudió las piernas y se puso bien el mono para que no se le clavasen las costuras en el culo. Odiaba lo sudado que estaba. Volvían a temblarle las manos. Las escondió.

Ella se bajó con cuidado del alto asiento y fue hasta el lado de la otra.

—Pobrecito, vaya mala vida le estamos dando —comentó Irene, acariciando el morro del Rapid.

—Voy a ver si me lo venden cuando ganemos la guerra —dijo Dorothy—. Podría abrir una tienda ambulante de dónuts. Y recorrer el país de punta a punta. Trabajar de vez en cuando de cualquier cosa y

ahorrar para gasolina y comida. Me pasaría la vida así.

—Pero si no te gusta el café ni servir dónuts.

—Pensaba contratarte para hacer eso.

—Me adoras.

—Te tolero, Irene. Te tolero. —Dorothy se acercó a ella y le abrió la puerta—. Va como la seda. Hitler te ha construido una autopista estupenda.

—Qué amable por su parte.

—Despacito y buena letra. Mete la marcha y deja que vaya solo.

—Odio el embrague.

—Y él a ti. Estáis en paz.

Irene subió al camión como si fuese la pared vertical de un acantilado; Dorothy rodeó el vehículo y se sentó fácilmente de un salto. Los muelles chirriaron y se inquietaron mientras se acomodaba en el asiento.

—¿Llevas perfume? —le preguntó ella.

—Puede ser.

Irene pisó el recalcitrante pedal del embrague todo lo fuerte que pudo; luego trasteó con la palanca de cambios hasta que consiguió meter, eso esperaba, la primera marcha. El camión gruñó y protestó.

—Eh, Caimana, despacio. Verás qué fácil es.

—Verás qué fácil te descerrajo un tiro entre ceja y ceja, bonita.

«Vaya, si parece George Raft en una película de gánsteres», pensó Dorothy.

—No te choques con nada, ¿vale? —le dijo.

—Nah, no te preocupes —se jactó Irene hablando por la comisura de los labios.

—Intenta que no se mueva como una mula cuando metas segunda.

—¿Qué eres, mi madre?

Dorothy vio que esta tenía los nudillos blancos de estrangular el volante. Sabía que había aprendido a disimular sus miedos. «Hazte la dura y lo serás cuando te haga falta», solía decirle su padre.

Irene tiró de la cadena de la bocina para entrar en el convoy.

—¡Así se hace! —exclamó la otra entusiasmada—. Písale con ganas.

—Lo tengo controlado. Y deja de meterme prisa, por favor.

Dorothy se limitó a resoplar y a mirar por la ventanilla al estilo Irene. Se sentó sobre las manos para evitar que le temblasen. Empezó a dar golpecitos con el pie sin ritmo alguno.

—Carajo, no se está tan mal en este lado. Lo mismo me pongo a escribir un poemita, como tú.

La aludida se rio de sí misma.

Irene no sabía si había pasado una hora, diez minutos o un día

entero, pero le dolían los antebrazos de agarrar al volante con tanta fuerza. Preocupada por no chocar con los pesados vehículos de alrededor, también le dolía la mandíbula de apretar tanto los dientes. El embrague le estaba matando la pierna izquierda. Metió la marcha equivocada.

—Lo siento —murmuró.

Ya estaban en Alemania. El enemigo había volado los puentes. A menudo se veían atrapadas en atascos de tráfico mientras el Cuerpo de Ingenieros tendía los pontones. Los vehículos gigantes que transportaban los tramos de puente hacían temblar la tierra. El Matacerdos y el resto de los tanques apuntaban las armas a lo lejos, en previsión de represalias alemanas. Los soldados usaban el Rapid como una especie de fuerte sobre ruedas, apoyándose en él, asomándose por el guardabarros, escondiéndose. Irene repartía dónuts desde la ventanilla.

—Mátelos a todos —le dijo Dorothy a un soldado que estaba debajo de ella.

—Dios reconocerá a los suyos —respondió él.

Los puentes que quedaban en pie debían examinarse antes de cruzarlos. No era raro encontrar explosivos adheridos a ellos. Se corrió la voz de que había montañas ingentes de cadáveres. La raza superior había dejado las trincheras repletas de civiles muertos.

—¿Cómo es posible que en un lugar tan hermoso se les haya ocurrido algo tan horrible? —se preguntó Irene en voz alta mientras esperaban a que se construyera otro puente de pontones.

Nadie tenía una respuesta para eso. Por supuesto, no la había. Ella no esperaba ninguna.

Irene y Dorothy eran igual que un matrimonio de años, con sus arrebatos manidos y sus preguntas retóricas. Un espacio donde podían ser ellas mismas y sentirse seguras. Lo mismo ocurría con los chicos de las patrullas, que hablaban por los codos. Los soldados de las trincheras podían estar horas fanfarroneando y despotricando de todo.

Palabras huecas, ese era el ingrediente secreto de la guerra, pensó Irene. Se masajeó los muslos, contenta de estar paradas. Flexionó las manos. Le dolía todo.

—Tengo un calambre en la pierna —le dijo a Dorothy.

—Baja, me encargo yo.

—¿Seguro?

—Sí, es mejor que lleve yo el camión por el puente —dijo aquella.

—Bueno, si insistes…

Irene se quedó pasmada cuando su compañera respondió «Indubitablemente», tanto por el uso del vocablo como por el acento

académico tan marcado.

Ninguna de las dos estaba preparada para la belleza de aquella tierra. Tenían en la cabeza imágenes de la monstruosidad y la destrucción nazis. Noticiarios en blanco y negro de hordas marchando al paso de la oca bajo la luz de las antorchas. Entre los valles boscosos y los picos escarpados descansaban los restos de ciudades asediadas, totalmente destrozadas, inhabitables, aunque llenas de civiles furtivos. Irene y Dorothy ya conocían la devastación de Dresde. Lo que los bombarderos estadounidenses habían hecho allí. Nada de eso estaba mal, creían. O querían creer. Pero esos bosques y campos, esos pueblos con iglesias blancas cuyas agujas se alzaban sobre árboles casi negros, fueron para ellas una sorpresa absoluta.

Por el camino les habían hecho llegar las habituales cartas y un paquete de calcetines. Un bizcocho de frutas fosilizado para Irene, desde Mattituck. Lo ablandaron en café, aunque Dorothy hubiese preferido roerlo antes que tomar café. Había recibido una nota en papel azul de Smitty: la había enviado a Bastoña antes de que comenzase el asedio y el Ejército se la había reenviado.

En el fondo del saco había un sobre grueso, manchado y algo roto, para Irene. Del Manitas. Cuando lo abrió, observó que la carta no tenía fecha ni estaba muy censurada.

Querida Irene:

A veces me sorprendo a mí mismo hablando contigo, pero, por supuesto, no estás aquí. No sé dónde estás. Y es imposible que tú sepas dónde estoy yo. Eso no me gusta. Ahora quiero saber dónde estás todo el tiempo. Ha sido todo muy inesperado, ¿verdad? Hay infinidad de bases aéreas y podría haber ido a cualquiera de ellas. Para serte sincero, solo volé a XXXXXXX para ir a tu concurso de talentos. Pero, en cuanto te volví a ver, supe que no había ido a XXXXXXX por eso. Me bajé del avión y allí estabas tú. Y he estado pensando en ti desde entonces. Espero no abrumarte contándote todo esto. También quiero decirte que me gustaría buscarte cuando acabe esta locura y llevarte a casa.

No te estoy proponiendo nada, pero me encantaría llevarte a la orilla del lago Wallowa. No te imaginas lo bonitas que son las montañas, los álamos temblones, el olor de las flores y hierbas silvestres, el humo de las chimeneas de las cabañas y de los ranchos. No sé si pescas, pero, cariño, tienes que probar una trucha arcoíris frita en grasa de tocino, cocinada sobre una hoguera de álamo. Podríamos cruzar la morrena a caballo, en un par de appaloosas, y subir luego a la montaña. No te

preocupes, soy el XXXXXX, ¡no dejaré que te atrape un oso! ¿Qué te parece?

Nos vemos en el XXXXXXXXXXXX de Londres cuando acabemos con Hitler. Seré el chico del sombrero de vaquero.

Por cierto, creo que he terminado tu canción. Estoy impaciente por cantártela, mi preciada perla. Por favor, cuídate. Necesito volver a verte.

Siempre tuyo,

Hans

Como de costumbre, Irene dobló la carta todo lo que pudo y se la metió en el sujetador. Puso la mano sobre el pecho, sabiendo que la leería una y otra vez, incluso después de haberla memorizado.

34

El ranger llevaba en la mano un pequeño chasqueador de metal. Era un juguete para niños, con forma de grillo y pintado para que lo pareciese. Se podían comprar tres por un penique en el Woolworth. Los rastreadores nocturnos y los paracaidistas lo habían usado el Día D para hacerse señales en la oscuridad, una forma de mantener las radios apagadas y de eliminar el sonido de las voces.

Según su reloj, eran las 23:45, hora civil. La escasa luz de la luna quedaba oculta tras unas nubes de aspecto grasiento. Allí fuera, el ranger llevaba la voz cantante, era su propio general. Se movía con sigilo. Portaba el rifle de francotirador envuelto en tela de camuflaje y colgado a la espalda, con el cañón hacia abajo y a la derecha.

Hincó una rodilla entre los oscuros vehículos que estaban allí aparcados para pasar la noche. Los centinelas no lo vieron pasar. Oyó ronquidos y murmullos. Había tiendas de campaña y siluetas humanas oscuras bajo los camiones. Chasqueó el grillo tres veces, hizo una pausa y tres chasquidos más.

Dorothy salió a rastras de debajo del Rapid City con el uniforme y las botas, lista para la acción. Se acercó al ranger y este le tiznó las mejillas, la frente y la barbilla con un corcho quemado. Luego le entregó un gorro de esquí negro que ella se caló hasta cubrirse el pelo. Él señaló con la cabeza hacia el bosque, se puso en pie y ella lo siguió.

Cuando llegaron al borde, García estaba al acecho junto con los demás Fantasmas Grises. Tapaba un cigarro encendido con la mano ahuecada; el humo se elevaba como la niebla.

Dorothy le dio una calada. No había visto al Chingón desde antes de Bastoña.

—Pensaba que habías muerto —le dijo.

—He estado por ahí. ¿Qué tal andas, Jirafa?

—Aturdida por la guerra.

—Ahora hablas como Irene.

Dorothy había acompañado a los Fantasmas Grises anteriormente, incluso había visto una de sus operaciones de combate. Aunque, hasta que el ranger no diese su aprobación, solo era una observadora. Lo cual era un honor ya de por sí. Pero esa noche, por primera vez, se convertiría en miembro de pleno derecho.

—Eres la primera chica que hace este trabajo —le informó García —. Estoy orgulloso de ti.

Los demás chicos del equipo la saludaron con la cabeza. El ranger le entregó un arma larga con visor. Al igual que los otros rifles, estaba cubierto. Todo lo metálico, cualquier cosa que pudiera tintinear o sonar de algún modo, también estaba envuelto con alguna cinta o trapo. Las hebillas de cinturón, las chapas de identificación. Incluso las esferas de los relojes estaban cubiertas.

—En fila de a uno —ordenó el ranger—. Al noroeste. Diez kilómetros. García, cabeza de fila. Jirafa, en medio conmigo. Brewer, retaguardia. Sargento Brown, vigile a nuestra invitada.

—Señor —dijo el sargento.

El ranger giró el dedo en el aire y señaló hacia delante. García rompió su cigarrillo y dejó que la brisa se llevase el tabaco. Avanzaban en fila india, como una serpiente larga y oscura.

—Estamos pero no estamos —dijo el Chingón.

—Y yo —añadió Dorothy.

—Sobre todo tú.

—Agente secreta —dijo Brown, caminando detrás de ella.

—¿Has oído algo? —respondió ella—. ¿Alguien ha dicho algo? No he oído nada.

—Porque aquí no hay nadie —replicó Brewer desde la retaguardia.

—Déjense de cháchara —susurró el ranger.

Cerraron la boca y comenzaron a caminar con cuidado y en silencio, como una brisa sutil que acaricia la hierba.

Dorothy se sentía viva. Siempre olía a dónuts, a fritanga y a sudor, pero todos los miembros del equipo se habían lavado a conciencia para que ningún olor los delatara, y cualquier resto de tufillo a cocina que le pudiera quedar se fue desprendiendo a medida que caminaba. Respiraba con dificultad mientras subían crestas y descendían depresiones neblinosas y zigzagueaban entre árboles negros habitados por aves nocturnas chismosas. Hacía lo posible por respirar en silencio. Sin jadeos. Sin tomar bocanadas de aire.

El pesado rifle que llevaba en las manos era como una gran espada. O una lanza. Podía matar cualquier cosa que osara amenazarla. Podía invocar el trueno. Deseaba llevarlo consigo a todas partes. Ella no era panadera, ni cocinera ni chófer. Estaba allí para vengarse de los nazis, se recordó a sí misma. La sangre con sangre se paga. Para salvar Estados Unidos, sin que hubiese en ello ni una pizca de ironía. Para vengarse del enemigo por la noche que había pasado en el inframundo.

El ranger era maestro de escuela en Urbana, en Illinois. Había

recibido la formación en Fort Chaffee, en Arkansas, y se llevó garrapatas y niguas pegadas a los tobillos como recuerdo. Brewer era un agente de reconocimiento de larga distancia de origen lakota de la reserva de Pine Ridge, en Dakota del Sur. Tenía un grupo circular de cicatrices en la parte superior del brazo izquierdo debido a los sacrificios de carne y dos excrecencias gemelas en el pecho tras haber quedado colgado de estacas durante la danza del sol. Brown era operador de radio en su vida militar real, con raíces apalaches. Su padre había participado en la Primera Guerra Mundial y, antes de eso, su bisabuelo había luchado por la Unión en la guerra de Secesión en una brigada de negros. García era hijo de un guerrillero revolucionario que había acompañado a Pancho Villa hasta Nuevo México. Todos llevaban dando tumbos de una ciudad a otra desde el desembarco en Normandía, hacía ya una eternidad.

«Menuda pandilla —pensó Dorothy—. Esto es América.»

García chasqueó el grillo dos veces.

Se dejaron caer, rodaron por el suelo y contuvieron la respiración. El ranger le dio una palmadita en el brazo a Dorothy y señaló detrás de ella, que se adentró rodando entre los arbustos; el sonido podría haber sido el de un conejo yendo a su madriguera. Todo el equipo se había vuelto invisible. Oyeron risas masculinas. Luego, el crepitar sereno de una pequeña fogata. Sonidos vocálicos no estadounidenses procedentes de dos individuos.

Brewer le dio un golpecito en la bota a Dorothy para hacerle saber que se acercaba por detrás. Se arrastraba como una araña, sobre los dedos de manos y pies, manteniendo el cuerpo separado del suelo.

—Boches —susurró al pasar junto a ella.

Sin que esta lo viera, él y el Chingón desenvainaron sus cuchillos KaBars, que llevaban en los muslos, y se dirigieron a la fogata. Todo terminó rápidamente. Un grito ahogado de alarma y varios gruñidos horribles y sonidos de asfixia. Después, el cuchicheo de los últimos rescoldos, cuyo olor daba un toque hogareño al bosque.

Tres chasquidos de grillo y siguieron adelante.

Dorothy se sorprendió de que la visión de los soldados muertos no la impactase. Pero, claro, no eran los primeros muertos que veía en esas pequeñas vacaciones. No obstante, no se entretuvo mucho contemplándolos. Enseguida clavó la mirada en la silueta del ranger.

Cuando se tropezó, Brown la agarró del brazo y la mantuvo en pie.

—Paso a paso —le susurró.

Un momento después se hallaban en el peñasco que presidía el enclave alemán de comunicaciones y mando, una extensión de

refugios de sacos terreros cubiertos de lonas, además de cinco tiendas y dos vehículos. La luna había desalojado las nubes y, aunque no estaba llena, proyectaba una luz fantasmal, entre gris y púrpura. Los ojos de todos ellos se habían acostumbrado tanto a la oscuridad que todo lo que veían abajo los deslumbraba. Dorothy tenía el cuerpo tenso, los músculos contraídos y la piel de gallina. Se tumbaron boca abajo, con las armas en ristre y apuntando al complejo.

—El objetivo es alto, como usted —susurró Brewer.

—Recibido —dijo Dorothy.

—Debe de estar en la tienda principal. Esa grande y cuadrada del medio. El centro de radio.

—Recibido.

—Tómese su tiempo y no falle.

—Hecho.

—Brewer se centrará en el mismo objetivo que usted —informó el ranger—. No se preocupe. García y yo nos encargaremos de las demás tiendas. —Chasqueó los dedos.

Brown tiró de la anilla de una granada y la lanzó. Cuando cayó entre las tiendas, se desató el caos. De pronto parecía un hormiguero.

Dorothy había sido informada con anterioridad acerca de su objetivo, un coronel alemán que presuntamente había supervisado el desollamiento de dos pilotos estadounidenses. Al parecer, era uno de los millones de oscuros secretos del Tercer Reich: linchar a los pilotos de su nación. El coronel los había dejado colgados boca abajo en los árboles para que las patrullas de su país los descubriesen. Estaba usando ese refugio para informar de ataques aéreos y comunicar las coordenadas de artillería.

«Mantén la calma —pensó Dorothy—. Mantén la calma.»

Los alemanes disparaban en todas direcciones, no sabían de dónde procedía el ataque. Ella se sentía segura. No podían verla allí arriba, sobre el risco. Tenía la culata del rifle apoyada en el hombro. El dedo en el gatillo. Ese maravilloso olor a aceite para armas. Paseó el visor por los soldados que se apresuraban de un lado a otro y puso a varios en el punto de mira. Era como cazar un pavo salvaje, se dijo a sí misma. Aun así, le temblaba la mano.

Tranquilízate. Venga. Tranquila.

Ahí estaba su objetivo. Sí, era alto. No iba en ropa interior, como algunos de los otros. Ni descamisado. Llevaba el uniforme completo, gorra negra incluida. Estaba escudriñando el bosque.

Entonces, los cinco abrieron fuego contras las tropas y los vehículos. El oficial los miró y levantó su pistola.

—Adiós —dijo Dorothy.

Esta y Brewer dispararon casi al mismo tiempo. Ella nunca llegaría a saber cuál de los dos le dio. El coronel se dobló en dos como una camisa y se desplomó en el suelo.

Había llegado el momento de largarse. Brown lanzó tres granadas de fragmentación más al pandemónium antes de que todos se desvaneciesen en la oscuridad.

Irene salió rodando de su lecho bajo el Rapid City. Era una cueva acogedora. Esa noche no temía a los Stukas y necesitaba un poco de aire fresco. El aroma combinado de rosquillas, aceite y barro era a veces demasiado intenso. Le gustaba pasarse por los campamentos de los soldados y animarlos un poco. O que la animasen a ella con sus risas y algún que otro trago de sus petacas. Se preguntó qué hoguera estaría visitando Dorothy. Todas parecían más solitarias en la oscuridad, en territorio enemigo.

Divisó una fogata al otro lado de la gran pradera y se dirigió hacia las risas. Tal vez tuviesen algo de beber para ella. Cuando se acercó lo bastante, le llegó el olor a humo y vio a varios hombres encorvados y otros tantos tumbados sobre la hierba. Y allí estaba Dorothy, con rayas negras en la cara. De pie, sobresaliendo del resto, con una botella en la mano, gesticulando exageradamente mientras los chicos reían. Las llamas le habían tornado la piel roja y naranja. Su sombra era oscura y alargada y temblaba en el suelo, detrás de ella. Su pelo absorbía la luz y parecía estar ardiendo.

Algo en la escena asustó a Irene. Retrocedió y volvió al camión. Entró en la seguridad de la cocina y cerró la puerta sin hacer ruido.

35

Era marzo y todos los días parecían exactamente iguales, a menos que les adjudicasen un alojamiento con agua caliente y tuviesen algo de tiempo para darse un baño. Al Rapid City le asignaban una división diferente cada pocos días; tuvieron que recorrer un sinfín de pueblecitos germanos montando puestos de dónuts antes de aterrizar en Idstein, cerca de Fráncfort, justo antes del Domingo de Pascua.

Retaron a los soldados de los barracones a recibir el día con sus mejores sombreros propios de la ocasión. Todo el mundo puso al servicio de la causa tamices de cocina, cubos de basura de mimbre y todos los trozos de cinta que encontraron. Irene y Dorothy se pusieron las boinas francesas adornadas con flores de primavera que habían recogido en el pueblo. La segunda encontró una pluma de paloma y se la enganchó detrás de la oreja.

Cuando vieron lo apuestos y elegantes que estaban los soldados con sus *chapeaus* primaverales, ellas decidieron que había que hacer un servicio de dónuts muy especial. Como llevaban boina, pensaron que debían impostar un acento francés, aunque ninguna de las dos lo hablase.

—*Messieurs !* —gritó Irene—. ¡Tenemos *logs beignets et le café* para ustedes!

—*Oui, oui !* —añadió Dorothy, sosteniendo en alto una lata de leche —. ¡Y *le mumu* también!

Ella se volvió hacia esta.

—*Ooh là là, très bien !*

Un soldado con un sombrero hecho con un buzón colocado del revés y unas varillas para remover cócteles apoyó los codos sobre el mostrador y dijo:

—*Mademoiselles !* Pónganme un *café au lait,* sivuplé.

La hilaridad continuó durante algún tiempo, incluido un cancán improvisado con los soldados. Irene se alegró de ver a Dorothy salir de su humor extraño y oscuro, aunque solo fuese por un día.

Desde la noche con los Fantasmas Grises, esta había estado luchando consigo misma en silencio. ¿Qué era lo que había hecho? Derramar

sangre por sangre, vengarse por todo lo que había visto en la guerra. Hacerle daño al Ejército alemán. Pero ¿era esa la forma correcta de proceder? ¿O solo había conseguido hacerse daño a sí misma? Pensaba que se sentiría liberada. Que notaría alivio. Orgullosa por haber contribuido a ganar una pequeña parte de la guerra. Pero no sentía nada de eso. Se había encerrado en sí misma. Su estómago, su corazón, se habían replegado de algún modo. Creía que su compañera, con sus poemas y sus lágrimas fáciles, era la sensible. Qué equivocada estaba. ¿Había pecado? Sigue conduciendo, se decía a sí misma. Trata de ver el mundo que tienes delante. Sigue conduciendo, respira hondo. Necesitaba confesárselo a Irene.

Tras dejar atrás los primeros días de abril, los bosques se volvieron de un verde intenso y luminoso, llenos de brotes nuevos que parecían las primeras hojas del mundo. Los árboles de la carretera creaban túneles y un tapiz de sombras en el suelo; los claros eran farolas que proyectaban su luz brillante sobre el camión. Cuando se ponía el sol, las colinas a contraluz se tiznaban de negro, los árboles de las cimas semejaban llamitas de velas y acudían las inquietantes nubes del este. Las estelas de los bombarderos estadounidenses formaban equis resplandecientes sobre el horizonte. Los nombres de los pueblos les resultaban extraños: Edersleben, Voigtstedt, Eisenach, Bad Berka. En el mapa de Dorothy encontraron otros que sonaban mitológicos, como Turingia. Se imaginaban cascos con cuernos y hachas de combate enormes.

Siempre había querido viajar. Se dio cuenta de que debía prestar más atención, estar más presente. Pero su mente andaba ocupada intentando desterrar aquellos extraños pensamientos.

«Finge que…», pensó.

—Todo va bien —dijo.

—Sí, Dottie. Por supuesto. Todo va bien.

En un pueblecito de nombre impronunciable, Schwangenschwanwanshyster o algo así, vieron a hombres ataviados con *Lederhosen*. Un pequeño desfile formado por tambores, tubas y caballos tirando de un carro lleno de mujeres vestidas de Heidi había salido sin motivo aparente del pueblo y estaba marchando hacia los campos. Montañas púrpuras se extendían a lo lejos. Todo el mundo las saludaba. Ellas les correspondían. Las Hermanas insistieron en tomárselo con ironía, aunque ninguno de los participantes del desfile pareciese irónico en modo alguno.

—Necesito unos pantalones cortos de cuero —anunció Dorothy.

Al acercarse a Weimar, la carretera comenzó a ascender, adentrándose en las colinas. Un hermoso valle asomó a su izquierda. Una línea de ferrocarril ensombrecía la carretera a la

derecha, atravesaba el bosque y seguía por el monte Ettersberg hasta perderse de vista. Se unieron a los vehículos que bajaban hacia la ciudad. Un ramal ferroviario también descendía en esa dirección. Había ropa y basura esparcidas entre los raíles, algo poco habitual en Alemania, según habían observado, incluso en todas estas batallas campales. Llegaron a una intersección con un par de carteles indicadores: uno señalaba hacia Weimar y el otro hacia un lugar llamado Buchenwald. Había agujeros de bala en la madera.

La fila de liberadores avanzaba muy lentamente. Había motos Harley militares con sidecar y camiones verdes llenos de soldados exhaustos con uniforme verde. Los enormes camiones diésel de abajo parecían de juguete. Un coche de policía alemán subió con las sirenas puestas y pasó de largo. Dobló la esquina al llegar a los carteles indicadores y continuó cuesta arriba.

—Interesante —observó Dorothy—. No sabía que todavía hubiera policías.

La línea se detuvo. Oyeron como se apagaban los motores y ella hizo lo propio con el del Jimmy. Cuando Irene bajó para estirar las piernas, se unió a ella. Los soldados se fumaron un cigarrillo mirando a lo lejos. El conductor de un camión salió del vehículo y se alejó sin más. Dorothy lo maldijo en voz baja.

—Eso no le va a servir de nada, amigo.

Uno de los motociclistas se detuvo y se subió las gafas a la cabeza.

—Probé sus dónuts en Francia. Gracias.

—No hay de qué —contestó Irene.

—¿Qué se sabe de la ciudad? —preguntó Dorothy.

—Estarán bien —respondió—. Unos cincuenta mil habitantes. Ahora están bajo el mando del coronel Costello, después de que el *Bürgermeister* firmara un tratado de rendición. Al parecer, tienen sentimientos encontrados hacia nosotros. Una patrulla encontró un montón de nazis escondidos en las afueras. Se montó una buena.

—Vaya.

—Nuestros muchachos no estaban de humor para eso. Llamaron a los tanques y a la aviación, y arrasaron unas siete manzanas. Lo verán cuando lleguen. Hay oficiales alemanes escondidos por toda la ciudad, así que ándense con ojo. Ese profesor con el traje arrugado podría ser un agente de la Gestapo. —El soldado se bajó las gafas y arrancó la bestia—. Nos vemos. —Se alejó con un rugido, dio media vuelta y se lanzó cuesta abajo.

Dorothy se llevó las manos a las lumbares y se estiró, sintiendo el sol en la cara. «Nunca podré volver a casa», pensó.

Los cuervos volaban montaña arriba. Irene se puso la mano a modo

de visera para observarlos. Sabía muy bien que los cuervos eran unos simpáticos rufianes (les había dado de comer en Mattituck muchas veces), pero allí, contra las nubes púrpuras, ofrecían un aspecto muy ominoso. Había algo inquietante en aquellas grandes colinas. Toda la escena era operística, llena de dramatismo.

—Pero es hermoso —dijo en voz alta.

—¿El qué? —le preguntó Dorothy.

—Ah, supongo que estoy hablando sola otra vez.

Su amiga se apoyó en el guardabarros con las manos en los bolsillos.

—Tienes razón, Caimana. Este lugar es como una especie de cuadro.

—Me cuidas muy bien, Dottie.

—¿En serio?

Irene se alejó de la carretera y empezó a pasear por el hueco de las vías del tren. Un saltamontes se escabulló entre la maleza amarilla y la grava áspera. Había hormigas por todas partes, igual que en Mattituck. Vio una taza de metal abollada, un abrigo de lana sucio hecho jirones, un zapato roto a lo lejos. El abrigo apestaba, incluso ahí al aire libre. Cuando los motores de toda la línea volvieron a la vida, se dirigió de nuevo al Rapid.

—Allá vamos —dijo alegremente.

—Chica, ¿estás bien? —preguntó Dorothy.

—Hay algo en el aire que no sabría definir.

—Seguro que soy yo. Me vendría bien un baño.

—Creo que Alemania me hace perder los estribos. Incluso cuando estoy alegre o encantada pienso: «Hijos de perra».

Su compañera asintió y redujo la marcha.

—A ti también te vendría bien un baño.

—Miras esta tierra tan hermosa y te preguntas de dónde habrá salido tanto mal. —Dorothy pensó: «No se calla»—. ¿Qué clase de dios oscuro se esconde tras esas montañas y esos bosques?

—Esta mañana regurgité parte del desayuno —replicó la otra—. ¿Qué clase de dios maligno tengo en las tripas?

Irene se cruzó de brazos.

—Está bien. Olvida todo lo que he dicho.

—Lo intento, pero no dejas de hablar de ello.

Un pájaro dorado del tamaño de un avión de papel pasó flotando.

Un cartel anunciaba: AUSFAHRT. Qué palabras más raras tienen estos alemanes, pensó Dorothy. Irene se sumió en su silencio gélido.

De repente, allí estaba: Weimar. Una cervecería en blanco y negro.

Colores y hoteles y estatuas.

—¡Bueno, bueno! —dijo la conductora, entusiasmada. Era lo más parecido a una disculpa. No se atrevía a admitir que no había sido ella misma en los últimos días.

En los bloques derruidos de las afueras se veían perros y gente agachada escarbando entre los escombros. Los edificios de alrededor exhibían en las fachadas cicatrices de quemaduras e impactos de bala del tamaño de un plato.

—Lo mismo de siempre —comentó Dorothy.

Ambas se asombraron al ver a Phyl, la del Cheyenne, caminando por la calle con su traje de la Cruz Roja.

—¡Ey, señorita! —gritó Irene por la ventana.

La compañera las saludó con los brazos.

—¡Nos alojamos en el Elephant! ¡Tenemos órdenes de montar un puesto de dónuts en la ciudad! ¡Nos vemos luego en el hotel!

—¡Quiero *Schnitzel!* —gritó Dorothy.

—Estás en el lugar indicado.

Se despidieron y siguieron conduciendo.

—Phyl es muy buena chica, ¿verdad? —comentó aquella, tentando a la suerte con Irene.

—Sí.

Ella no dijo nada más, pero, en fin, algo era algo. «Al menos seguimos bailando», pensó Dorothy.

—Qué calladitas estamos hoy —murmuró.

—Igual Phyllis tiene ganas de cháchara.

«Turingia», anotó Irene en su cuaderno. Todo allí sonaba wagneriano. «Weimar. Goethe, Bach, Martín Lutero, Bauhaus. ¿Por qué hay tantos genios aquí? Y en este hotel viejo y precioso, el Haus Elephant, se alojó Hitler. Justo en la suite de debajo de la nuestra. Donde salió al balcón a pregonar sus maldades. Estoy respirando el mismo aire que él respiró. Sin embargo, no muy lejos de nosotros, la estatua de Bach se alza en la entrada de un callejón empedrado. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser?» Se puso a dibujar el boceto de una fuente. Dos gatos.

Las Hermanas se alegraron de separarse un rato. Dorothy se alejó a pie en busca del puesto de dónuts, al que había empezado a llamar «prisión de dónuts». Llevaba la pistola del 45 en la cadera.

Irene, por supuesto, se dio un baño caliente y echó todas las sales que pudo en el agua, que se volvió azul. El personal del hotel recogió su ropa sucia y la introdujo en un cubo con ruedas. Se puso su última y mejor blusa limpia de la Cruz Roja, sus últimos pantalones de vestir

y la gorra. Les habían advertido que las gorras se parecían a las que llevaban los oficiales alemanes y que los francotiradores podrían confundirse en la oscuridad, pero ese día era luminoso. Se sentía invencible.

Cuando bajó, vio que en la recepción le esperaba una tarjeta del Club de Oficiales del Octavo Cuerpo. Llevaba el sello de OFICIAL.

WEIMAR, ALEMANIA
NOMBRE: IRENE WOODWARD
RANGO: CRA

Al parecer, ella era la encarnación de la Cruz Roja. Se la guardó en el bolsillo trasero y salió a la calle. Se puso las gafas de sol que compró en la Costa Azul y se dejó llevar por un arrebato de romanticismo. La ciudad parecía darle la bienvenida: sus arcos eran abrazos abiertos. El siglo XVII la aguardaba en cada esquina. Pero había soldados estadounidenses vigilando las calles con sus carabinas M1 a mano. La policía militar circulaba en jeeps con metralletas y radios. Casi siempre estaba a la vista de alguien.

Empezó a deambular por callejuelas, acariciando los muros de piedra pintados de amarillo. Tocó a Bach en su pedestal y, cuando se topó con Lutero, no pudo refrenar el impulso de darle un pellizquito travieso.

El Albergo Giancarlo tenía un café encantador con mesas en la acera y camareros italianos frenéticos que no paraban de gritar. Irene estaba maravillada y recelosa a la vez, no dejaban de ser cabrones del Eje. Pero blandían paños de cocina blancos como si fuesen el capote de un torero, silbaban por la *Strasse* llamando a amigos y colegas de otros edificios. Unos camiones alemanes rechonchos que estaban de reparto les dejaron unas ruedas enormes de quesos malolientes y jugosos troncos de salchichas.

Ella se sentó a una mesa y los camareros consiguieron de algún modo ser atentos con ella e ignorarla por completo. Resultaba extrañamente fascinante ver a esos divos protagonizar su propia obra. Le trajeron queso y fruta, tacitas de un café mortífero, una copa de vino tinto y una fuente de *Schnitzel* del tamaño de Nueva Jersey.

—Uy, no sé si podré —reparó Irene, y luego se lo comió todo.

Cuando de postre le sirvieron *cannoli,* también se los comió.

Establecieron el puesto de dónuts de la Cruz Roja en la Theaterplatz, en el local de una antigua panadería y cafetería abandonada. Los Clubmobiles estaban aparcados a la vuelta de la esquina, donde se

utilizarían como cocinas móviles en caso de ser necesario. Desde las ventanas del puesto se veían los edificios modernistas que a la sazón fueron la sede de la Bauhaus. De repente, el servicio era como el de todos los días que habían pasado en carretera, solo que dentro de un lugar limpio y luminoso que disponía de mesas con manteles. Sus amigas de otros camiones también estaban allí. Todas se sentían aliviadas de contar con un grupo de mujeres en las que apoyarse. Las conversaciones no cesaban y las risas eran ensordecedoras. Los hombres soltaban retahílas de bravatas, aspavientos, bramidos y coqueteos. Los Clubmobiles preparaban cantidades ingentes de café americano (los chicos no querían esas tazas diminutas de ese extraño y lodoso café europeo) y montones de dónuts del Tío Sam.

—A ver, callaos ya, chicos —exigió Dorothy—. ¿A quién sirvo?

—Teniente Blume.

—Hola, guapo.

—Señora.

—¡George Vincent Warren!

—¿Seguro que no es príncipe, con un nombre así?

—¡Es rey! —gritó Blume.

—Ay, vaya —soltó Warren.

Todo el mundo se reía. Durante un minuto, todos olvidaron que la guerra seguía al otro lado de la puerta.

La plaza estaba abarrotada de estadounidenses. La comunidad de Weimar parecía desconcertada ante ese hecho. Los lugareños no sabían qué hacer con aquellos invasores. El Reich de los mil años se desmoronaba y los verdaderos creyentes, que debían de saber que todo estaba perdido, pero que en el fondo esperaban y creían que llegaría la salvación, optaron por actuar como si los estadounidenses fueran invisibles. Siguieron con sus quehaceres y negocios como si aún fuese 1939.

Al segundo día, el ánimo entre ellos cambió. Los soldados se habían vuelto hoscos y poco habladores, parecían asustados. Corrían rumores de que algo pasaba en la montaña…, algo terrible. Supuestamente, nadie había visto lo que era. Los hombres de la OSS se negaban a hablar de ello. La gente afirmaba que habían encontrado al exvicecanciller nazi Franz von Papen escondido en una casa y que lo estaban interrogando. El general McBride, que había liderado la batalla de las Ardenas, en teoría estaba en las oficinas de la OSS con Patton. «La sensación es parecida a la calma que precede a una tormenta», anotó Irene en su cuaderno.

Los soldados murmuraban sobre Buchenwald, el «hayedo», situado ocho o nueve kilómetros carretera arriba. A ella le pareció un nombre precioso. Había leído que Goethe solía ir a esos bosques. Allí se

sentaba a escribir, como el poeta melancólico que era, bajo la sombra de un árbol con el que, según parece, había trabado amistad.

Al día siguiente, se respiraba un ambiente luctuoso en el puesto de dónuts de la plaza. Se corrió la voz de que el presidente Roosevelt había fallecido el día anterior. Algunas mujeres lloraban y los soldados que hacían cola en la puerta parecían compungidos.

De repente, la policía militar irrumpió en la Theaterplatz y acordonó un extremo. Unos soldados con el uniforme recién planchado aparecieron allí con sus relucientes rifles cruzados sobre el pecho.

—Creo que me estoy volviendo loca —dijo Dorothy—. ¿Qué pasa ahora?

Irene, que estaba fisgoneando por la ventana, no la oyó.

Un coche de Estado flanqueado por motocicletas salió de una calle lateral, tocando su estridente claxon, y se dirigió a toda velocidad hacia su puerta. Los alemanes de la plaza se quedaron helados: la última vez que unos vehículos tan ostentosos habían pasado por su ciudad, Hitler o Göring iban en el asiento trasero. Ese coche tenía la capota bajada y banderas acopladas en el guardabarros delantero. Detrás se veían dos cascos, uno de ellos plateado.

Las Hermanas se agolpaban en las ventanas. Dorothy cruzó los brazos sobre el estómago y miró al suelo. Se preguntó si Adolf había estado allí alguna vez. Su sucia sombra parecía merodear por todos los rincones como un demonio.

El coche de Estado se detuvo frente a la puerta del puesto de dónuts. Aparecieron guardias armados y el conductor bajó de un salto. Todo estaba en calma. Este último abrió la puerta trasera del coche y el mismísimo general Patton se levantó y observó a la multitud. Se volvió hacia el otro oficial.

—¿General? —lo oyeron decir.

Las chicas reconocieron al hombre al que se había dirigido: era McBride.

—No, George —respondió—. Me vendría bien un poco de sol. Vaya usted delante.

Patton asintió y bajó del coche.

—Lleva pistolas de esas con puño de marfil —susurró Irene. Luego añadió—: ¡Espera, Dot! ¡Viene hacia aquí! —gritó.

Se apartaron de las ventanas y Dorothy se enderezó y puso su cara de aguerrida luchadora.

—Demasiado tarde para adecentar esto un poco —dijo—. En alerta, chicos.

—¡Fiiirmeees! —gritó el jefe de policía militar a través de la puerta.

Los que ya estaban en posición se pusieron todavía más tiesos. Patton se llevó la fusta a la frente a modo de saludo, sin más florituras. El viejo Sangre y Agallas se detuvo en el umbral, miró rápidamente a derecha e izquierda, y entró. Las mujeres se quedaron inmóviles. Los hombres se pusieron en formación. A un soldado se le cayó el arma. Luego, silencio absoluto.

—Descansen —ordenó Patton.

Se quitó el casco y observó a todo el mundo con atención. Pareció reconocer a Irene y Dorothy e intentó sonreírles, pero su rostro compuso un mohín extraño.

Las chicas desearon con fervor que la visita del general no se debiese a ningún infortunio; seguro que el mismo pensamiento flotaba en la cabeza de todos los soldados.

—Hola, señoritas. Me alegro de volver a verlas.

—General —respondieron al unísono.

Hubo un momento incómodo e Irene soltó:

—Señor, siento lo del Roosevelt, señor.

Patton la miró con estoicismo.

—Sí, una pérdida terrible para todos nosotros —contestó. Se volvió hacia los hombres que tenía detrás—. Pero venceremos, ¿verdad?

—¡Señor, sí, señor! —respondieron los soldados al unísono y se mantuvieron rígidos como estatuas.

—Muchachos, ¿les importaría dejarnos un rato a solas? —dijo Patton.

No era una petición. Los hombres salieron en estampida por la puerta, saludando a cámara rápida mientras huían. Aquel fulminó con la mirada a todos y cada uno de los soldados. Pareció relajarse un poco cuando se fueron. Dejó el casco y la fusta sobre el mostrador.

—He oído que aquí sirven café —dijo. Tanto Jill como Phyllis corrieron hacia la cafetera—. Solo, por favor —añadió.

—¿Un dónut, señor? —le ofreció Dorothy.

Él negó con la cabeza.

—¿Les han contado estos buenos muchachos algún tipo de rumor o habladuría? —preguntó.

—No, señor —respondió Irene.

Patton dejó la taza en la mesa.

—Mentirosilla. —Se quedó mirando por la ventana; parecía una estatua griega. Cuando se volvió hacia ellas, dijo—: Necesito que me ayuden con una cosa. Algo que les será difícil de creer.

—¿Señor? —inquirió Dorothy.

—Pensaba que ya lo había visto todo —dijo y tomó un pequeño

sorbo—. Necesito encomendarles una tarea muy complicada.

—Lo que usted ordene, señor —respondió aquella. Se obligó a no hacer el saludo militar.

Patton asintió casi imperceptiblemente con la cabeza.

—Ayer descubrimos algo. Algo malo. Arriba, en el bosque de Buchenwald. Es un… —hizo una pausa— campo de prisioneros, supongo. Pero, eh, digamos que es un tanto… peculiar. —Irene y Dorothy se miraron—. He pedido que el Cheyenne y el Rapid City vengan con nosotros a primera hora de la mañana. No creo que mis hombres puedan asimilar lo que hemos encontrado. Ellos han visto a qué se están enfrentando. Necesito que los ayuden a recordar por qué están luchando. No puedo obligarlas, pero se lo ordeno.

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono la tripulantes del Clubmobile.

Patton recogió su casco.

—Partirán a las seis cero cero. Duerman un poco. —Se detuvo ante la puerta y se dio media vuelta—. Nada de dónuts. No es lugar para eso. Pero todos necesitaremos café. Les pido disculpas por adelantado, sé que ya están bastante ocupadas. Ah, y uniforme completo.

Tras decir aquello, salió y se montó en la parte de atrás del coche, con McBride. Las saludó alzando una mano antes de marcharse.

36

Aún no había amanecido. Las chicas estaban fuera de la habitación de Irene, animándose mutuamente.

—¿Crees que será muy horrible? —preguntó Dorothy.

—Tengo miedo —admitió ella.

Cogieron las chaquetas y esta tomó prestada la cámara de su compañera; acto seguido, bajaron las escaleras y salieron por las puertas traseras del Haus Elephant, donde ya había un soldado en el asiento del conductor del Rapid City con el motor en marcha, algo que a Dorothy no le gustó ni un pelo. Se sentaron a su lado, Irene en medio. En la penumbra vieron el Cheyenne detrás del hotel, con el motor al ralentí. Por una vez, aquella permaneció callada. El soldado puso el camión en marcha y salieron.

—El viejo Sangre y Agallas me ha pedido que les haga de guía —explicó el conductor. No las miró ni una sola vez mientras atravesaban la ciudad.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer ahí arriba? —preguntó Irene.

—Hermana, no tengo ni puñetera idea.

Ambas intercambiaron una mirada. El conductor aceleró a fondo cuando llegaron a las afueras y giró bruscamente a la izquierda al alcanzar los carteles indicadores.

—Han de saber que todavía hay alemanes en el bosque —les informó—. Deben ir con cuidado. Esos cobardes huyeron cuando se enteraron de que veníamos. Están escondidos por toda la montaña. Tenemos guardias por todo el campamento, pero ándense con ojo. —Apretó la mandíbula. Gotas de sudor salpicaban su pelo hirsuto, pese a que el aire era fresco.

A Dorothy le pareció ver en el rostro anguloso del soldado a todos los capullos de Indiana que había conocido. No se atrevió a preguntarle en qué posición jugaba en el equipo de fútbol. Porque seguro que jugaba. Se dio cuenta de que estaba asustada; sus pensamientos eran un balbuceo inconexo. Se acercó a Irene y la cogió de la mano.

Faltaban unos ocho kilómetros y medio para llegar al campamento. Weimar asomaba a su izquierda, muy por debajo, entre abedules y pinos. Una ambulancia y dos camiones llenos de soldados iban delante de ellos. Los pájaros alborotaban en los árboles mientras avanzaba el resplandor púrpura que precedía al alba. En el silencioso interior del camión, Irene se mantenía agarrada al brazo de Dorothy como si fuese un flotador salvavidas. Esta estaba totalmente rígida.

Cuando llegaron a la cima de la larga colina, giraron a la derecha y accedieron a un amplio claro del hermoso bosque. Los soldados estadounidenses las saludaron con la cabeza. Había nidos de ametralladoras apuntando a la espesura; jeeps y camiones se apiñaban en el claro, y otros vehículos se alineaban a lo largo de la vía de servicio que había a la izquierda, cerca de varias hileras de edificios de dos plantas pintados en tonos pastel. Rosas en flor por todas partes.

El soldado aparcó el Clubmobile.

—Los cuarteles de las SS —les explicó mientras bajaban—. Zurullos con clase. Disculpen mi lenguaje.

Entre los árboles se veían unas casas de campo preciosas. El soldado señaló con la cabeza la más elegante, una con tallas de madera en la fachada.

—Esa es la del comandante. —Hizo un gesto con el brazo hacia la derecha—. Allí hay parques infantiles para sus hijos. —Escupió en el suelo, como para demostrar el asco que le producía la idea—. ¿Les gustan los osos? ¿Les gusta acariciar ciervos? También tienen un zoo. —La brisa se agitó e Irene retrocedió ante el extraño olor—. Sí —dijo el soldado y siguió caminando—. Ese olor es del zoológico. Se puede soportar. Pero, cuando cambia el viento, llega un olor distinto, muy raro. Proviene del campamento. Algunos soldados dicen que les recuerda a los perros. Pero no es nada que yo haya olido antes, se lo aseguro. —Irene y Dorothy lo seguían de cerca—. Luego te acostumbras. Pero al principio es muy fuerte.

Pasaron junto al coche de Patton, que estaba vacío. Había soldados sentados en los estribos de los camiones y apoyados en los guardabarros; la mayoría estaba fumando, pero nadie hablaba.

—Anda, las Nenas de los Dónuts —dijo un joven y luego se adelantó y abrazó a Dorothy.

Esta se quedó inmóvil y se dejó abrazar, pero después le puso la mano en la espalda y le dio una palmadita. El soldado volvió a su guardabarros y se quedó mirando su rifle.

—El campamento está por allí —dijo el conductor, señalando con el brazo—. Voy a llevar el camión allí, ustedes sigan por ese camino.

Atravesaron los cuarteles de las SS; ambas tenían cada vez más reservas. Sentían una especie de presión en el bosque, como si una

barrera invisible les prohibiese la entrada. Llegaron a un ramal ferroviario junto a una tosca estación de cemento. El suelo estaba lleno de casquillos de bala. Había una locomotora abandonada sobre las vías; sus vagones vacíos apestaban a heces. Unas plataformas escalonadas conducían hacia los senderos que descendían al interior del campamento. Irene llevaba la cámara de Dorothy, pero aún no había tomado ninguna fotografía. Iban del brazo y sabían que estaban a punto de asomarse a un precipicio negro y sombrío.

El Cheyenne había llegado y varios soldados estaban indicando a su tripulación la vía de servicio que llevaría a las chicas hasta las puertas de acceso de vehículos, no muy lejos de la entrada principal, que empezaba a asomar en el horizonte a medida que Dorothy e Irene caminaban. Era un edificio ancho y feo conectado a una segunda estructura que parecía albergar oficinas. El crujido de las botas resonaba con fuerza.

Un túnel cuadrado atravesaba el centro del edificio y de cada lado salía un ala blanca de una sola planta. Las alambradas y sus puntales de hormigón se extendían en ambas direcciones. Las torres de vigilancia se erigían negras contra el cielo. En el extremo derecho, una chimenea muerta se alzaba sobre otro desabrido edificio cuadrado y achatado, y, justo detrás, una especie de almacén o bloque de oficinas. El campamento estaba repleto de casetas. En un inmenso patio de armas, un mar de figuras humanas —soldados y prisioneros liberados — se paseaban arrastrando los pies. Había ambulancias aparcadas de cualquier manera. Una excavadora del Ejército estadounidense se paseaba detrás de una gran estructura situada a la derecha.

Irene se detuvo. Dorothy la agarró e intentó tirar de ella, pero se resistía. Comprendió instintivamente que pasar por allí sería cruzar una frontera invisible hacia un lugar del que tal vez no habría retorno.

Su amiga le pasó el brazo por los hombros.

—¿Estás bien, Caimana?

—No, no lo estoy.

Cerca de allí, un soldado se acercó a un triste racimo de árboles bajo los cuales se congregaban tres fantasmas. Estaba repartiendo cigarrillos a dos de los fantasmas. El tercero era un niño. Llevaban un pijama de rayas sucio y andrajoso. Uno tenía los pies descalzos. Estaban esqueléticos. El chiquillo llevaba una gorra. Tenían el rostro gris y las cuencas de los ojos negras. Volvieron la cabeza hacia las Hermanas y las miraron fijamente. El niño se quitó la gorra a modo de saludo. A los hombres se les iluminó el rostro.

—No puedo, Dottie. De verdad, no puedo.

—Sí puedes, Irene. Ya verás. «Si no hay elección, no hay

problema», como solía decir mi padre.

Se dirigieron hacia la entrada. Para acceder el campamento tenían que atravesar el edificio principal. Las alas bajas que se extendían a ambos lados tenían ventanas enrejadas y contraventanas, que se mantenían abiertas mediante ganchos. Las puertas de acceso a cada ala estaban situadas en los flancos interiores del arco cuadrado. Sus pesadas puertas metálicas estaban abiertas.

El aire se volvió más cargado a medida que se acercaban a la entrada. Soldadas a los barrotes de hierro, figuraban las palabras:

JEDEM DAS SEINE

Un centinela armado que estaba apoyado contra el muro se acercó para abrirles la puerta. Irene le preguntó si sabía qué significaba eso.

—Un preso me dijo que significa «Tienes lo que te mereces» —respondió

Ambas franquearon la entrada. Los reclusos se arremolinaron a su alrededor, contemplándolas. Parecían palillos envueltos en harapos. La mayoría estaban como aturdidos. Pero otros sonreían, incluso las saludaron inclinando la gorra, los que la tenían. Manchas marrones recorrían la espalda de algunos de sus harapos a rayas.

Un espectro se les acercó y les dio las gracias en inglés.

No era un espectro, se corrigió Irene; era un hombre. Se sintió avergonzada. Por el simple hecho de estar allí. Bien alimentada. Limpia. Sabía que no le estaba permitido llorar, retroceder ni dudar. Estrechó con firmeza todas las manos que le tendieron. Se dio cuenta de que seguía sujetando la cámara de Dorothy y la miró fijamente.

—Sí —dijo un hombre—. Hacer. Hacer foto. —Les hizo una señal a algunos de sus camaradas para que se acercasen—. Foto.

Aunque reticente, Irene les obedeció y tomó una instantánea.

—¿Hay señoras también? —preguntó.

—Señoras —repitió el hombre que había solicitado las fotos. Los hombres murmuraron entre sí—. Ah, mujeres. No mujeres.

Posaron con expresión lúgubre y ella volvió a apretar el botón.

A Dorothy le ofendió que Irene tomase fotos. Era incapaz de expresarlo. Sin embargo, la ira ardía en su interior. No, no solo ira: rabia. A la mierda. Y, sin más preámbulos, se fue de allí sola.

Era una mañana luminosa y radiante, heredera de un nuevo sol. Pero todo lo que había dentro de las vallas era gris. Todo el color había desaparecido de aquella vasta plaza de cenizas y horcas. Había hombres demacrados por todas partes, apoyados sobre las vallas, sin

que el alambre de espino pareciera importarles. Otros estaban sentados en los escalones de madera del bloque de celdas, con sus brazos huesudos apoyados en las rodillas, las manos mustias, inmóviles. Otros yacían en el suelo, o caminaban sin rumbo, o hablaban con soldados, capellanes y enfermeras. Los médicos se acercaban a cada cuerpo tumbado que veían.

Otro prisionero se acercó a Irene y señaló a su alrededor.

—Miles —dijo. Se tocó el pecho—. Miles nosotros. Pero más antes. —Se echó a llorar—. Todos muertos.

—Sí, señor —respondió ella aturdida—. Gracias, señor.

No tenía ni idea de por qué le estaba dando las gracias. ¿Y dónde estaba Dot? La necesitaba.

El hombre asintió muy despacio y se alejó cabizbajo, apoyando cada pie en el suelo con sumo cuidado.

Lo que más impresionó a Irene, lo que habría de provocarle terribles pesadillas, fue aquella excavadora militar verde, con su chimenea expulsando nubes negras mientras su pala gigante empujaba troncos de abedul blanco hacia un hoyo enorme.

—¿Por qué van a enterrar toda esa madera? —se preguntó en voz alta. —Levantó la cámara y luego la bajó. Aquello no eran troncos de árbol. En absoluto—. Dios mío —susurró.

Los cuerpos caían en una fosa grande.

Los médicos y los soldados la saludaban al verla, asentían con la cabeza o le daban palmaditas en la espalda. Todos menos ella parecían tener algo muy importante, muy humano, que hacer. Ella era tan inútil…

—¿Adónde voy? —le preguntó a una enfermera—. ¿Por dónde empiezo?

—¿Qué sabe hacer?

Cuando Irene negó con la cabeza, incapaz de dar una respuesta, la enfermera siguió su camino. No tenía tiempo para ella.

Un preso, un abogado de Cracovia, según le dijo, se le acercó en el patio de armas. Olía mal. Se odió a sí misma por darse cuenta. Había traído dos paquetes de tabaco por si a los a soldados les apetecía fumarse algún cigarro.

—¿Un cigarrillo? —le preguntó al hombre y le tendió un paquete.

—Sí, gracias.

Irene se lo encendió.

—¿Qué ha pasado aquí?

—¿Aquí? Aquí estamos de pie. Nos hacen estar de pie durante horas. Toda la noche, todo el día. Sobre todo cuando nieva. Los hombres mueren. Mueren niños. Los perros matan a los hombres. —Hizo una pausa y dio una calada filosófica al cigarro—. Los guardias

se ríen. —Dio otra chupada larga y expulsó el humo lejos de Irene—. Perdón. De día, de noche, a cualquier hora. Nos obligan a estar de pie. Si te duermes, te pegan. Si te caes, disparan. Nos cuelgan de esos palos. Nos dan palizas. Patadas. Se ríen mucho.

—¿Cuántos? —se oyó decir a sí misma.

—Centenares. —Soltó aire entre los labios—. Cientos de miles. Estamos todos muertos. No se puede contar la arena de la orilla. —Se llevó un dedo a la oreja y señaló con las cejas el muro de bosque que los rodeaba—. Escuche. Pájaros. Hermoso, ¿no? Los escuchamos mientras ellos matan.

Irene agachó la cabeza y las lágrimas cayeron al suelo. Apartó la mirada y se enjugó los ojos para que el hombre no la viese llorar. Estaba acostumbrada a escuchar las terribles historias de los soldados y sabía cómo consolarlos. No podía dejar que fuese ella la consolada.

El hombre siguió fumándose el cigarro y mirándola sin mostrar ninguna reacción.

—Pero aquí no hay pájaros. —Miró las vallas, ahora desplomadas e inútiles, los absurdos alambres de púas—. Los pájaros lo saben, no se acercan. —Señaló el resto del campamento—. Obedecer. No obedecer. De cualquier modo moriremos, querida. —El abogado le dio un empujoncito amistoso—. Ve. Mire —la animó—. Allí dentro. Tal vez rezar. Yo no rezo. Ya no. —Levantó el cigarrillo, sonrió y asintió para darle las gracias antes de hacerle un gesto para que se fuese.

Irene pasó por delante de los barracones asolados por enfermedades infecciosas. Había muertos apilados fuera, medio cubiertos con lonas de muselina. Pensó que quizá el tifus le estaba invadiendo los pulmones. Tras unos segundos de indecisión, finalmente levantó la cámara, dispuesta para tomar una foto. Le ardía la cara. Miró en torno por si alguien la observaba o la increpaba. A nadie parecía importarle lo que hacía.

Intentó no mirar a la derecha ni a la izquierda mientras avanzaba a trompicones por el campamento, con la esperanza de encontrar a Dorothy. Había cadáveres por todas partes. Se siguió moviendo sin más. Una turista en la gehena.

Un intérprete del Octavo Ejército llamado Freedman, creyendo que estaba perdida, le preguntó si sabía dónde registrarse.

—¿Registrarme para qué?

—¿No es enfermera?

—Hago dónuts.

—¿En serio? —dijo él—. Mmm. Bueno, vale. —Señaló más allá del cercado—. Por allí está el zoológico. —Estaba a solo unos metros de las vallas—. Los presos nos contaron que los muy hijos de perra daban

de comer a los animales delante de ellos. Y, mientras, ellos muriéndose de hambre.

Irene sacó fotos del zoo porque no sabía qué otra cosa hacer. Luego guardó la cámara y se volvió hacia el soldado.

—¿Ha visto a una mujer alta, vestida como yo? —preguntó.

—No, pero puede que esté ahí dentro —contestó, señalando el edificio contiguo al zoo—. Hay una puerta al otro lado.

Había vagones llenos de cadáveres a ambos laterales de la puerta del gran edificio. A Irene le sobrevino una sensación de pánico. ¿Para qué iba a entrar? Pero entró. Tras atravesar un portal entre mundos, accedió a una gran sala con un sumidero en el suelo. Había seis hornos grandes con las puertas abiertas. Todos llenos de restos humanos, huesos y cenizas. Junto a ellos, vagones altos vacíos.

«Mierda, Dot. Mierda, me has dejado sola. Maldita sea esta cámara. Que Dios maldiga a los que idearon esto, a quienes lo hicieron.»

No aguantaba más. No podía respirar y salió dando tumbos hacia la luz. Pero fuera no había aire fresco que respirar. Solo fantasmas.

Vio un hueco en el alambre de espinos; Irene solo quería estar fuera de la valla. Se coló por él y se sentó apoyada contra la pared del recinto vacío de los osos. De repente, oyó un lamento. Un sollozo procedente del otro lado. Dio la vuelta al foso y se quedó perpleja cuando vio al Chingón. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Y por qué lloraba? Estaba hecho un ovillo, con la cara pegada a la pared, llorando como si se le fuese a salir el corazón.

—García —lo llamó mientras corría hacia él—, ¿qué ocurre?

Este se volvió y enterró la cara en el hombro de ella.

—I… I… Irene.

—Tranquilo, García, no pasa nada.

—Lo he matado. ¡Yo lo he matado! —dijo, sollozando contra su pecho.

Ella le peinó el pelo con los dedos.

—¿A quién? ¿A quién has matado? —El Chingón la abrazó con fuerza, desconsolado—. Dímelo —dijo con voz queda.

—A Valentin. He matado a Valentin.

Irene se sentó en el suelo, a su lado, y le atrajo la cabeza hacia su regazo.

—Cuéntamelo. Te escucho.

Los soldados entraron en un barracón y se encontraron las cajas de madera dura sobre las que dormían los prisioneros, sin mantas ni colchones, unas encima de otras, algunas aún ocupadas por muertos. A García le llamó la atención un nuevo olor: el olor a enfermedad. Y no sabía qué era el crujido que notaba bajo los pies hasta que se dio

cuenta de que eran piojos huyendo de los cuerpos fríos.

Un preso se había acercado a él. Levantó su brazo escuálido y habló en un frágil susurro. El soldado se acercó a la litera, abrió su cantimplora y le ofreció un sorbo.

«Cuidado, Chingón —le advirtió uno de sus compañeros—. No querrás ahogar al pobre hombre.»

Él cogió al preso en brazos y lo sacó de allí. Tenía la sensación de que pesaba tan poco como una ramita y de que estaba igual de seco. Lo tumbó al sol y fue entonces cuando Valentin pronunció su nombre. Con la mano, como una garra de pájaro, aferró la de García y lloró lágrimas polvorientas al ver de nuevo la luz del sol. El soldado quería consolarlo. Hacer algo, cualquier cosa. Sus compañeros le decían: «Está muerto, García». Pero él se acordó de su propio abuelo, que murió de cáncer en el rancho del desierto, a las afueras de Gila Bend. Y fue entonces cuando cometió el pecado.

¿A quién se le ocurre? ¿Cómo pudo ser tan estúpido? Las enfermeras les habían dicho a los soldados que no diesen comida a los internos. «Su cuerpo no podría procesarla», les habían advertido. Pero García quería ayudar. Quería mostrarle a aquel hombre algún tipo de amor. Sacó una tableta de chocolate del bolsillo, la desenvolvió, partió un trozo y lo deslizó entre los labios resquebrajados de Valentin. El hombre se puso azul y comenzó a ahogarse hasta que el delgado hilo que lo unía a la vida se rompió.

García no podía dejar de sollozar.

Irene se sentó con él un rato, acariciándole la espalda y la cabeza hasta que se durmió, gimoteando como un niño pequeño. A aquel asesino a sangre fría. A su salvador. «¿Pachuco y qué?», como diría él en mexicano. Allí estaban los dos solos, intentando salvar lo que aún quedaba de vida en ellos.

Cuando él dejó al fin de llorar, ella le prometió no contárselo a nadie. Volvió a abrazarlo, le besó la coronilla y se marchó en busca del Rapid City.

Dorothy había abandonado a Irene porque no podía seguir contemplando a los muertos. Era obsceno. Necesitaba encontrar un lugar tranquilo donde esconderse un momento y recomponerse. Finalmente halló el camino hacia un edificio enorme situado detrás del crematorio. El depósito de ropa y efectos personales.

Dentro se encontró con pilas de maletas. Una habitación repleta de gafas. Juguetes, muletas, férulas, prótesis de madera…, todo aquello era demasiado. Pero lo que acabó con ella fue algo que no podía explicar. Una pesadumbre con la que soñaría el resto de su vida. La

gran habitación llena de zapatos. No, llena no: a rebosar. Una pirámide de zapatos. Dentro de ellos aún se distinguían las huellas de los pies, las manchas de sudor y la decoloración del cuero. Agachó la cabeza en aquel espacio sombrío, allí donde nadie la vería, y las lágrimas la golpearon con la fuerza de un puñetazo.

Luego se recuperó y dijo:

—Ya está.

Cuando regresó al lugar donde estaban aparcados el Rapid City y el Cheyenne, Jill, Phyl y Helen ya estaban preparando café. Dorothy estaba llenando las cafeteras eléctricas cuando apareció Irene y las dos trabajaron en mudo tándem. Los exhaustos soldados, agradecidos por el olor a café, se acercaron a los camiones.

Fue su primer servicio silencioso de la guerra. Sin bromas, coqueteos ni chácharas. Sin apenas contacto visual. Los hombres pusieron en silencio las tazas de hojalata sobre el mostrador para que les vertiesen el café. Irene tuvo que preguntarles si querían leche o azúcar. Ellos asentían o negaban con la cabeza, cogían la taza y se alejaban para tomárselo solos.

Dorothy sacó una jarrita de debajo del mostrador.

—Para el general —dijo.

Ella cogió una taza grande y las dos se dirigieron al pequeño patio vallado, donde un Patton colérico despotricaba junto a un par de mesas largas llenas de objetos horripilantes de las oficinas del comandante. Estaba azotando el aire con su fusta. Tenía el casco encima de la mesa y su cabellera cana parecía arder al sol. Los insultos enturbiaban la estancia. «Hijos de puta», «Malditos boches» y «Desgraciados» salieron volando de su boca.

Se giró y vio a las Hermanas de los dónuts allí de pie.

—¿Tengo razón? —gritó.

—Joder, y tanto, señor —respondió Dorothy.

—Afirmativo, señor —añadió Irene.

Patton asintió con la cabeza y se volvió para golpear el tablero de la mesa con la fusta. Llamó a su personal, les encomendó varias tareas y los dispersó. Luego chasqueó los dedos hacia las Hermanas y les ordenó con el índice que se acercasen.

—Observen esta lámpara —dijo—. ¿Ven de qué está hecha? —Se puso a su lado—. Voy a machacar a esos hijos de puta y a hundirlos en el barro, lo juro por Dios. —Se alejó y se dejó caer en una silla al otro extremo de la mesa.

Dorothy e Irene acercaron la jarra y le sirvieron una taza de café. Patton sonrió complacido, la cogió y les dio las gracias.

—He de admitir que he cometido un error y quiero pedirles

disculpas. Pensé que traerlas aquí podría servir de consuelo para mis chicos, que claramente lo necesitan más que nunca. —Señaló hacia el campamento—. Pero he sido un ingenuo. Un insensato; no debería haberlas puesto en esta situación imposible. Así que las eximo de ese deber. Hay movimiento en Múnich y mucho trabajo que hacer. Quiero que sus camiones se unan a los chicos mañana por la mañana.

—Sí, señor —respondieron.

Se levantó y les estrechó la mano. Mientras se alejaban, Irene volvió a mirar a Patton, que estaba con la taza de café en la mano contemplando la mesa de las atrocidades.

Ninguna de las dos pudo cenar nada aquella noche. Cuando el sueño las venció, se hundieron en un océano de rostros pálidos y manos suplicantes.

A las cinco de la mañana, Dorothy entró en el cuarto de baño de su habitación y, con un cuchillo que había escondido durante la cena, se cortó el pelo. Irene no dijo nada cuando vio lo que había hecho su amiga. Estaban en el Rapid City, detrás del convoy que partía a las 6:30. Los camiones y los jeeps se incorporaron a la larga carretera que salía de Weimar y, cuando llegaron al cruce, giraron y enfilaron hacia el sur, en dirección a Múnich.

37

Llevaban un par de horas en silencio. Cosa que no era inusual, pero a Irene se le antojaba diferente ese día. Miraba de reojo a Dorothy, que conducía con una concentración sombría.

Finalmente, tuvo que decir algo:

—Bueno, entonces, ¿vamos a hablar de tu pelo?

La aludida se pasó los dedos por su nuevo corte, levantando mechones trasquilados por toda la cabeza.

—¿Qué pasa con mi pelo? ¿No te gusta? —dijo Dorothy con voz plana. Aquel tono no le hizo gracia a Irene.

—Es que no lo entiendo, Dottie. Eso es todo.

Aquella apretó la mandíbula.

—Era mejor que darme cabezazos contra la pared, ¿no te parece, Caimana? —replicó la chica—. Tenía que hacer algo. Tengo que hacer algo. No servimos para nada y estoy harta. La gente se moría literalmente a nuestros pies y no podíamos hacer nada, salvo servirles un puñetero café.

Irene se quedó sorprendida.

—Dottie, hicimos lo que pudimos. Estamos aquí para ofrecerles apoyo y consuelo a los chicos, un lugar donde recuperar el aliento. ¿Qué más podemos hacer?

Dorothy resopló con brusquedad.

—Ah, vaya, un puerto en la tormenta —contestó—. Eso no es suficiente para mí, Caimana. Nunca lo ha sido. Y lo sabes. Sabes exactamente lo que estoy haciendo y finges que no y dejas que yo lo haga por las dos.

Irene se sintió como si la hubiesen abofeteado. Apartó la mirada de su compañera y se concentró en el paisaje que le mostraba la ventana.

—Eso no es justo, Dot —dijo al cabo de un momento—. Pero, si crees que soy tan horrible, para y me bajo ahora mismo del camión, no te preocupes.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre? —se burló Dorothy—. Deja de comportarte como una princesita. Mira a tu alrededor. Estamos en el frente. Formamos parte de esto.

De repente, redujo la marcha e Irene levantó la vista para ver a un policía militar que salía a la carretera y hacía señas al Clubmobile. Le

hizo un gesto a la conductora para que abriese la ventanilla y señaló un camino embarrado entre los árboles.

—¡Cruz Roja! —les dijo—. Tenemos un hospital de campaña allí abajo y necesitamos que vayan. Están desbordados y hace falta mucha ayuda.

En lugar de explicar que no eran enfermeras, sino expertas en café y dónuts, Dorothy sacó el camión de la carretera principal y se desvió hacia el hospital de campaña.

—Mira por dónde, parece que hoy no vamos a hacer café. A ver qué tal nos va.

Cuando se acercaron al hospital, los camilleros y las enfermeras les hicieron señas para que entrasen. Aparcó el Rapid en el barro y se bajó de un salto. Irene estaba justo detrás de ella. Entraron corriendo en la tienda y enseguida les pusieron batas quirúrgicas y mascarillas.

—No somos enfermeras —intentó explicar a una de ellas.

—Me da igual lo que sean —contestó la agotada mujer—. Necesitamos ayuda, seguro que puede echar una mano. Hagan lo que les digamos.

Los heridos estaban hacinados por todas partes. Era una cadena de montaje quirúrgica; algunos hombres lloraban o gritaban, mientras que otros no se despertaban jamás. No había tiempo para pensar ni sentir. Las Hermanas les agarraban las manos a los soldados y ayudaban a sujetarles las piernas, apartando siempre la vista de las incisiones y las heridas. Irene estuvo con un muchacho que había recibido un número imposible de disparos de una ametralladora alemana. Dorothy le sostuvo la mano no herida a un soldado mientras los cirujanos le extraían trozos de metralla del otro brazo. Cuando la cosa se aclaró un poco, fueron al Rapid a por todos los chicles, cigarrillos y caramelos que tenían, y los distribuyeron entre los soldados heridos.

Las Hermanas regresaron al Rapid con una botella de burdeos que las agradecidas enfermeras les habían entregado. Ninguna de las dos estaba preparada para volver al camión y se sentaron en el escalón de atrás, con la espalda apoyada en las puertas de la cocina. Irene descorchó la botella y tomó un buen trago.

Dorothy extendió la mano derecha hacia ella. El temblor era inconfundible.

—Sigue temblando —dijo.

Irene le cogió la mano a su amiga y trató de aquietarla con la suya.

—Lo sé, Dottie. Lo sé —repuso.

El Rapid City no tardó en alcanzar el convoy. La agradable luz del

atardecer no las había abandonado aún. A pesar de las batallas, los pájaros seguían volando sobre ellas; anidaban en los árboles que quedaban a lo largo de los ríos. Increíble e irracionalmente, las flores brotaban por todas partes. Era como si un mundo anterior, ya olvidado, medrase de entre los despojos de las fatalidades presentes.

Cuando Irene le comentó a Dorothy que llevaban casi un año dando vueltas en el Clubmobile, esta se limitó a menear la cabeza.

—Da la sensación de que llevamos toda la vida en este camión, ¿verdad, Caimana? Ni siquiera recuerdo cómo eran las cosas antes.

El Rapid City estaba lleno de pintadas, insignias de las numerosas divisiones a las que habían servido las Hermanas, dibujos, nombres. Aquel cacharro viejo había sido muy querido. Sus numerosos arañazos y abolladuras eran un signo de nobleza a ojos de todo el mundo. Sus heridas de bala, una en el capó y otra en el costado, se habían convertido ya en leyenda. Los soldados lo llamaban «el único vehículo con un corazón púrpura».

Y, aunque la carga de trabajo era casi imposible de sostener entre dos mujeres —la Cruz Roja tenía sus razones para querer asignar tres, lección que habían aprendido por las malas—, hicieron todo lo posible para aplazar el proceso de sustitución. Se habían quejado del trabajo extra, sí, pero tenían su propio sistema para desenvolverse dentro de los confines de la cocina («detrás de ti, a tu izquierda, a tu derecha») y no creían que nadie más pudiera entrar en aquel baile.

Los aliados estaban concentrados en la ofensiva final contra Alemania. Hitler había desaparecido y corrían rumores de que se escondía en las montañas cercanas a Múnich. Para la agotada tripulación del Rapid City, eso suponía servir, servir y servir, y poco tiempo para pensar. Era evidente que la guerra estaba alcanzando su clímax y todo el mundo se mostraba un poco nervioso.

Irene había decidido no preocuparse por el Manitas y su prolongado silencio. El correo era aún más esporádico de lo habitual; ella misma no había tenido tiempo de escribir ninguna carta últimamente, por lo que no era difícil suponer que un piloto de caza tendría aún menos oportunidades para ello. En lugar de preocuparse, se consolaba con la promesa que habían hecho de volver a verse en Londres después de la guerra. Imaginaba el reencuentro, su rostro surgiendo de entre la multitud, o paseando juntos por París, o visitando aquel lago de Oregón.

La que sí le preocupaba era Dorothy. Su compañera se mostraba, en apariencia, tan segura como siempre, derrochando encanto e ingenio con los chicos y cumpliendo diligentemente con sus funciones. Pero Irene sabía que, por primera vez desde antes de ir Cannes, su

compañera estaba teniendo pesadillas. Se había despertado sobresaltada varias noches al oír sus gritos o gemidos y la veía pataleando. Hasta ese momento, su amiga siempre había dormido de forma plácida; lo único que hacía era roncar.

A Dorothy le aterraban aquellas pesadillas. Y no había noche que no tuviese ninguna. Máquinas de destrucción enormes, fuego. Pies corriendo detrás de ella. Cuerpos blancos desnudos por el suelo oscuro. Se sentía impotente. Tenía miedo de volverse loca, pero había decidido no contárselo a nadie. Ni siquiera a Irene.

Iban por la autopista; aún les quedaba un buen trecho para llegar a Füssen cuando se pararon a realizar un servicio nocturno. El convoy había tardado casi una semana en recorrer esos doscientos cuarenta kilómetros. Los combates eran encarnizados y nadie quería cometer errores.

Estaban en ese momento en que el crepúsculo muda en noche. La línea de luz que aún coronaba el lejano horizonte estaba adquiriendo un tono purpúreo. Por allí ya habían pasado decenas de soldados. El camión de reabastecimiento había dejado provisiones. El cisterna había recargado los depósitos de agua. Incluso el camión viejo y mugriento de combustible le había bombeado más vida al Rapid. Habían dejado de hacer rosquillas porque todo olía y sabía a gasolina cada vez que aquella manguera se conectaba al depósito.

Irene estaba limpiando y Dorothy se encontraba en el mostrador de atrás, junto al fregadero, con las caderas apoyadas en los armarios. Los soldados de fuera decían lo mismo de siempre. Esta era una experta en conversaciones triviales: «¿Yo? Soy de Indiana, ¿y tú? Siempre he querido ir allí. Dicen que las chicas son guapas y que la cerveza está fría. Gracias, no me siento guapa de esta guisa. Bueno, a mí me encanta el fútbol, pero Irene es más de béisbol. ¿Que me has visto dónde? Ah, claro, ya me acuerdo. No, no estoy casada, pero llámame cuando todo esto termine. Claro, ahora mismo me hago una foto contigo». Parecían *boy scouts,* llenos de mugre y quejándose todo el rato, los rostros iluminados por la luz anaranjada de la cocina. El camión podría haber sido un parque de atracciones, un circo ambulante adornado con luces de Navidad viejas. Irene les ponía música en el Victrola. Lo único que les faltaba era un partido de béisbol y perritos calientes.

Fue entonces cuando apareció el Sueco en aquel momento de distensión. Todos lo conocían por ese nombre. Nadie lo había llamado de otro modo. La mayoría de los soldados lo evitaban. Era una especie de gánster, decían a sus espaldas. Pasaba de matute alcohol y

cigarrillos robados. Se rumoreaba que había descubierto una forma de sacar oro de contrabando de Europa. Era un matón sin piedad. Algunos hombres, pobres diablos que se arrimaban al sol que más calentaba, contaban con su protección a cambio de hacer lo que él quisiera. El único soldado que Irene y Dorothy habían visto enfrentarse a él fue García, el día que el Sueco le dirigió aquel insulto.

El Sueco llegó andando a paso lento, sin casco, mascando una colilla de puro, con la cabeza alta y ladeada, con una expresión en el rostro que podría haber sido de indigestión. Pero alrededor de ese puro esbozaba una rancia sonrisa. Se abrió paso entre los soldados empujándolos con el pecho y la tripa.

—¡Sueco! ¡Eh, Sueco! —gritaron algunos.

Se detuvo al borde de las luces del camión y se cruzó de brazos, sopesando el vehículo.

—Un dos toneladas y media estupendo —atronó—. El mejor camión del mundo. Y tienen que joderlo colocándole una maldita cocina. —Algunos chicos soltaron una carcajada—. Perras incluidas —añadió.

Dorothy se apartó de los armarios y se asomó por la ventanilla para fulminar con la mirada a aquel bufón.

—Otra vez tú —le dijo—. ¿Qué haces aquí?

—Echando un vistazo a las damas auxiliares, supongo. —Se volvió hacia los chicos, a derecha e izquierda, con una gran sonrisa—. ¿Te dejan estar en el club de chicas con el pelo así?

—¿Algún problema, grandullón? —replicó Dorothy. Irene se asomó por detrás—. Valiente capullo —siguió diciendo.

—Ni caso, Dottie. No es más que un fanfarrón.

El Sueco se acercó.

—Este café sabe a meado, y los dónuts, a mierda de perro —soltó —. No quiero ser grosero, pero alguien tenía que decirlo.

—Ah, vaya —dijo Dorothy, chasqueando los dedos—. Sí, tienes razón. Me he meado en tu taza. Lo siento, tenía que aliviarme. Pensé que te gustaría.

Los soldados se rieron con ganas. Él torció el gesto. Irene se tapó la boca con la mano y se perdió de vista.

—¡Dorothy! ¡En serio! —le dijo.

El Sueco se acercó al camión.

—Deberías tener cuidado con lo que dices, vaca lechera.

Aquella soltó una carcajada.

—¿Se supone que eso me tiene que intimidar? —Apoyó la barbilla en el puño y batió las pestañas—. ¿Tu mami no te amamantó lo suficiente, imbécil?

El Sueco se dirigió a la ventana y trató de darle un puñetazo. Irene salió al momento y se puso al lado de Dorothy, con los puños en alto.

—Vaya, vaya. La gorda también tiene ganas de gresca —soltó él.

—¿Qué la has llamado? —dijo su compañera.

Antes de que Irene comprendiera lo que estaba pasando, su amiga había desaparecido. Fue una explosión, un borrón seguido de una cacofonía de cosas repiqueteando mientras Dorothy se lanzaba por la ventana de servicio. Una tormenta de tazas de café y rosquillas salió por un lateral del Rapid City. El aire se llenó de azúcar y harina. Lo último que vio de su compañera fueron las suelas de las botas. Al otro lado de la ventana, los soldados vociferaban.

—¡Dottie! ¡Dottie! ¡Dottie! —gritó Irene.

Se bajó de un salto por la parte trasera del camión y lo rodeó para irrumpir en el círculo de hombres que gritaban y se empujaban rodeando a Dorothy. Su compañera estaba sentada encima del Sueco y le golpeaba su gorda cabeza contra el suelo mientras él agitaba las botas en el aire y le propinaba puñetazos en las costillas.

—¡Dottie! —gritó Irene—. ¡Por el amor de Dios, Dottie!

—¡Zorra! —gruñó el Sueco—. ¡Zorra!

Empujó a los soldados hacia los contendientes.

—¡Ayúdenla! —gritó.

—¿A ella? —contestó un soldado—. Señorita, que le está metiendo un palizón al amigo.

Irene se dio cuenta de que era verdad. Dorothy tenía la nariz ensangrentada y por la mañana tendría un ojo morado, y estaba claro que le dolían las costillas del lado derecho. Pero el Sueco parecía haberse tragado la colilla del puro. Le salían sangre y baba marrón de la boca. La nariz tenía pinta de estar rota. Dorothy empezó a darle puñetazos en las orejas y él dejó inmediatamente de golpearle los costados y se tapó los oídos.

—Cinco pavos por la Jirafa —dijo uno de los soldados.

Dorothy estaba llorando. Irene entró en el círculo y le puso una mano en el hombro a su amiga, que temblaba como un caballo salvaje.

—Ya está, cariño —le dijo—. Vamos, deja que se levante.

—¡Como vuelvas a mirarnos, te mato! —Dorothy le escupió en la maltrecha cara. El Sueco gruñó, con los ojos desorbitados y llenos de terror—. Estoy… muy… cansada… de… tíos… imbéciles. —Le propinó el último puñetazo.

—Zorra loca… —balbuceó él.

—No tienes ni idea de lo loca que está esta zorra.

—Venga, ya está, Dottie —susurró Irene—. Se acabó —dijo y

apartó a su amiga del Sueco.

Dorothy se quedó mirándolo.

—Nunca se acaba —dijo. Se fue, subió a la cocina y cerró de un portazo.

Todos vieron las persianas bajando y oyeron el clic de los pestillos.

El Sueco se puso de rodillas. Luego, entre gemidos y crujidos de articulaciones, consiguió levantarse. Ninguno de los soldados lo ayudó. Apoyó las manos en los muslos y escupió sangre. Miró a Irene y dijo:

—Tu amiga no va a salirse con la suya…

—Eh, colega —dijo uno de los chicos—, ya se ha salido con la suya.

Antes de desaparecer en la oscuridad que había tomado al fin el campamento, dijo sin mirar a nadie:

—Dile a esa zorra que no he terminado con ella.

—Pero ella sí ha terminado contigo —gritó Irene.

El Sueco se alejó renqueando como un coche roto.

Cuando no quedó rastro de él, les preguntó a los chicos:

—¿Estoy gorda?

Le dieron palmaditas en la espalda y codazos, y le ofrecieron cigarrillos, como si hubiese sido ella la que había derrotado al matón. A decir verdad, ahora tenían un poco de miedo de Dorothy. Irene también.

Por la mañana, cuando abrieron la persiana para que entrase algo de sol, descubrieron que los chicos habían dejado flores alrededor del camión, además de varios regalos: botellas de vino, bombones, paquetes de galletas que les habían enviado sus madres… Incluso una bolsa de gominolas Jelly Beans.

Dorothy estaba tan hecha polvo que dejó conducir a Irene.

38

—No podía dejar que te hablara así —dijo Dorothy.

Irene había llegado a un punto en que casi disfrutaba conduciendo la bestia: la mantenía alejada de la oscuridad del interior de su cráneo.

—Fue algo digno de ver —contestó—. ¡Menuda pelea! Parecías una leona. —La otra se llevó un trapo mojado al ojo—. Ojalá pudiera hacer yo eso —continuó ella.

—Es mi primer ojo morado desde cuarto curso —comentó Dorothy.

—¿También le pegaste a un chico?

—Mi hermano le dio demasiado fuerte a un balón de fútbol.

—Mi primo Arthur me rompió una paleta —dijo Irene.

—Malditos hombres —dijo Dorothy.

Ella se removió inquieta. La carretera estaba vacía y el aire despejado.

—¿Estás bien, Dot? —inquirió.

Esta se quedó observando el paisaje trémulo que le ofrecía la ventanilla.

—Nunca volveré a estar bien —respondió temblando.

—Me siento igual.

—Tal vez podamos escondernos en tu granja.

Irene esbozó media sonrisa.

—O en la tuya.

Dorothy se calló y ella decidió dejarla tranquila. Entonces oyeron las sirenas. Dos jeeps se acercaron a ellas a toda velocidad.

Los cascos blancos de los ocupantes revelaron a las mujeres que eran policías militares.

—Cumbres nevadas —dijo Irene.

Dorothy se giró. Los jeeps pasaron a toda velocidad por la izquierda y aminoraron la marcha delante de ellas, dos hombres por vehículo. Uno de ellos les indicó que se detuvieran en el arcén.

—Qué diablos… —murmuró mientras llevaba el Rapid al arcén derecho. Aquel volante enorme e insumiso era para ella como el timón de un barco pirata.

Ambas sospechaban que era algo malo relacionado con la noche anterior, con el Sueco.

Los jeeps se colocaron como si quisieran bloquear el camión, por si

Irene decidía huir. Los cumbres nevadas se bajaron. Uno de ellos portaba una metralleta. Los cuatro llevaban pistolas al cinto.

—Los polis nunca me atraparán con vida —dijo Dorothy en voz baja, una broma que no tenía nada de graciosa.

El jefe de policía hizo una señal a Irene para que apagase el motor. Ella procedió. Él les indicó que se bajaran y eso hicieron.

—Identifíquense, señoritas. ¿Conductora?

—Irene Woodward.

—¿Pasajera?

—Dorothy Dunford.

—Parece que ha tenido una noche complicada, señorita Dunford.

—Debería ver al otro tipo.

—Lo hemos visto —dijo sin mudar la expresión. Señaló a Irene—. Señorita Woodward, puede volver al camión. No encienda el motor.

—Sí, señor —repuso.

—Usted me supera en rango, señora.

Ella sonrió un poco. Todo aquello era quizá la escena más extraña que había vivido.

—¿Iba más rápido de la cuenta? —preguntó Irene.

—No, señora. Tenemos que hablar con la señorita Dunford.

—¿Estás bien, Dot?

—No te preocupes, Caimana.

—Por favor, no hablen entre ustedes —dijo el jefe de policía militar.

Irene volvió a su asiento. Dejó la ventanilla abierta para escuchar.

Los policías formaron un semicírculo delante de Dorothy. El jefe le entregó un fajo de papeles.

—¿Quiere hablarnos de Olsson el Sueco? —le preguntó.

—Abrió esa sucia boca que tiene y yo le metí el puño.

Se echaron a reír y luego le encendieron un cigarrillo también.

—Van a abrir una investigación. Lo siento.

Dorothy se quedó callada, mirando los papeles.

—A la Cruz Roja no le va a hacer ninguna gracia —dijo al cabo de unos momentos.

—No, señora, me temo que no.

—¿Me van a arrestar?

—Ahora mismo no.

—Ya veo. ¿Habrá juicio?

—Es complicado. No recibimos quejas como esta todos los días. No es habitual que una dama le dé una paliza a un soldado. —Dorothy lo miró con encono. Él alzó las manos, como queriendo evitar una agresión—. Perdón por lo de dama.

—Perdonado —dijo ella, dando una calada.

—Tal vez la manden de vuelta a casa. Alguien vendrá a investigar. Como mínimo le abrirán un expediente. El Sueco ese es un bocazas.

Dorothy apagó el cigarrillo y pareció encogerse un poco.

—No habrá cometido más delitos, ¿verdad? —le preguntó el policía. Dorothy se quedó observándolo. Los policías se miraron—. Bien —dijo el jefe y respiró profundamente—. Vaya preparándose. No sé en qué andará metida, pero lo más probable es que lo descubran.

—Mejor que no lo sepa.

—No, mejor que no. Con el asunto del Sueco ya me doy por satisfecho. —Se quitó el polvo de las manos—. En fin, nada más. Cuide las formas, señorita Dunford. No queremos volver a por usted. Si necesita asesoramiento legal, el Ejército se lo puede proporcionar. O la Cruz Roja. Pero, pase lo que pase, mi consejo es que vuelva a casa voluntariamente o afronte la investigación. La deserción no se la recomiendo.

—No soy soldado —replicó Dorothy—. ¿De verdad pueden obligarme a eso?

—Mejor no lo averigüemos.

Volvieron a los jeeps, dieron media vuelta y regresaron por donde habían venido.

Dorothy volvió a subir y se desplomó en su asiento.

—Todo va a ir bien —dijo Irene.

—No lo creo.

Permanecieron sentadas largo rato, mirando las nubes atravesar el cielo.

Era la segunda noche después de la legendaria pelea; ya habían terminado el servicio y estaban montando las tiendas de campaña junto al camión —algo de aire fresco, para variar— cuando Rusty Penney se acercó a ellas.

—¡Russell! —gritó ella.

Él no parecía tener ganas de abrazos.

—Señorita Irene —la saludó. Luego miró a la compañera con torva perplejidad—. Ha metido la pata, señorita Dorothy.

—Supongo que sí.

—Hasta el fondo.

—Ya.

—Le dije a la capitana Levin que me pasaría por aquí para tener una pequeña charla con usted. No necesitamos más desgracias.

—Me hago cargo, Russell.

—No creo que la Cruz Roja aplauda su carrera como boxeadora.

—Seguro que Washington lo entenderá —apuntó Irene.

—Estoy deseando que acabe esta guerra —dijo Rusty—. Ir de pesca con mi señora esposa. A un lago estupendo que conozco, entre las colinas.

—¿Holly sabe pescar?

—¿Qué chica sureña no sabe? Aunque, si ella quiere, puede quedarse tumbada mientras yo admiro su belleza. De pescar me puedo encargar yo.

—Tú Tarzán —dijo Dorothy—. Ella cocinar.

Rusty se cruzó de brazos.

—¿Tengo que hacer de niñera? ¿O pueden no meterse en líos durante un día?

—Descuide —repuso aquella.

—Intentaré averiguar los pasos necesarios para sacarle las castañas del fuego, señorita Dorothy. —Se metió las manos en los bolsillos—. Supongo que le dio a ese chico la paliza de su vida.

—Supongo que sí.

Rusty asintió y pareció a punto de decir algo más, pero no lo hizo. Solo suspiró y se adentró en la oscuridad.

Más tarde, después de acostarse, Irene se despertó y se dio cuenta de que Dorothy no estaba.

Cuando su compañera apareció por la mañana, parecía haber escapado de algún manicomio. Tenía los pelos de punta y llenos de restos de hojas y paja. La acompañaban dos soldados, García y un compañero alto y silencioso. Venían con un fardo envuelto en tela negra que ocultaron de la vista de Irene. Dorothy llevaba una bolsa de lona que parecía llena de ropa y algún tipo de metal que tintineaba. La guardó dentro del Rapid.

—En marcha —le dijo—. Venga. Tenemos unos cuantos kilómetros por delante.

Los dos soldados entraron en la cocina del camión con el fardo. Dorothy cerró con llave.

—¿Qué es esto? —preguntó Irene—. ¿García?

—Es por seguridad.

—¿Dot?

—Vámonos. Tenemos que llegar a los Alpes antes de que anochezca. —Dorothy saltó al asiento del conductor y puso en marcha el Rapid—. Irene, súbete ya.

Irene se quedó mirando la cocina cerrada, sin saber lo que estaba a punto de ocurrirle. Pero subió.

—Los chicos se bajarán en cuanto salgamos de esta zona.

—De acuerdo, Dottie. Lo que tú digas.

El camión hizo saltar un chorro de piedras al incorporarse a la carretera principal. Dorothy cambió de marcha mientras luchaba con el volante. Le lanzó a Irene su famoso mapa de carreteras.

—Guárdamelo, ¿vale? —le dijo.

Parecía iluminada desde dentro. Le dio la impresión de que su amiga desprendía más calor de lo normal. Cogió el mapa doblado y lo metió en el bolso que tenía a los pies.

—Dime qué está pasando —insistió Irene. Dorothy siguió conduciendo sin responderle. Irene pensó que no la había oído—. Dottie, dime qué…

—Ya te he oído. —Se volvió y le lanzó una mirada desprovista de emoción alguna—. El Sueco lo sabe.

—¿El qué?

—Ya sabes qué.

—No, no sé qué.

—Caimana, ha estado hablando con todo el mundo. Viene a por mí.

—¿De qué me estás hablando?

—De los Fantasmas Grises. Venga. No te hagas la tonta. El Sueco se ha enterado de que estuve con ellos. Y que hice cosas. —Cambió bruscamente de marcha—. Los chicos nos están protegiendo. Vamos a Füssen.

—¿Pero qué vamos a hacer allí?

—Tengo que subir a las montañas. Los muchachos me han buscado un contacto.

—¿Para hacer qué?

Dorothy sonrió.

—Voy a huir. Voy a coger al bebé y a huir. Intentaré pasar desapercibida entre los refugiados de guerra.

—¡¿Qué bebé?! —gritó Irene y se echó a llorar de repente, de miedo, de confusión, de rabia—. ¿Refugiados? Dorothy, en nombre de Dios, ¿qué estás diciendo?

Su compañera detuvo el camión a un lado de la carretera. Le hizo un gesto para que se bajase, salió, se dirigió a la parte trasera del camión y descorrió el pestillo de la puerta. Los soldados estaban sentados en el suelo, apoyados contra la bolsa de lona, con los petates extendidos bajo ellos y las armas en el suelo. Cada uno sostenía una rosquilla en la mano. Y el fardo negro que Irene había observado antes se agitaba en los brazos de García, emitiendo el más agudo de los gemidos.

—Tiene hambre —dijo el soldado.

—Esto no está pasando —dijo ella.

—Señorita Irene, le presento a Brewer —dijo García.

—Su amiga es una gran guerrera —afirmó Brewer.

—Es indígena —explicó García—. A veces hablan así.

—¡Basta ya! —gritó Irene—. ¿Qué está pasando?

García había usado una lata de leche evaporada y un poco de agua para improvisar un poco de leche para lactantes. Había añadido una pizca de azúcar. Dorothy rebuscó en la bolsa y sacó un biberón. Había fabricado una tetina con el dedo de un guante de goma.

—Hay muchos bebés en mi familia —dijo García—. Me manejo bien. —Consiguió que se acercase a la tetina y empezara a chupar.

—¿Qué es esta locura? —exclamó Irene, sin saber a quién le estaba preguntando.

Los soldados salieron de la cocina, le entregaron la criatura a Dorothy y se fueron al bosque a orinar. Volvieron, recogieron sus pertenencias y se colgaron las armas al hombro.

—Nos hemos librado del Sueco —dijo Brewer—. Recuerden lo que hemos dicho: Füssen. La carretera del este que va hacia las colinas. Diez kilómetros. Verán las señales de fuego en el lado izquierdo de la carretera. Las llevarán a Salzburgo. Allí podrán encontrar transporte.

—Tienen una red —explicó García—. Estaréis bien. Solo tenéis que llegar a Salzburgo. Pero hay bombardeos allí, así que tened cuidado. Todavía hay boches en esas colinas. Si no llegáis a Füssen antes de que anochezca, tendréis que cubrir los faros con cinta adhesiva: es la norma.

—Nunca hemos estado aquí —añadió Brewer. Le había dado a Dorothy una cazadora de cuero, demasiado grande para ella—. Le servirá para llevar dentro a la pequeña. Cuídela.

Le estrecharon la mano, se despidieron de Irene con la cabeza y echaron a andar. Dorothy llevaba en brazos a la niña, que estaba eructando.

—Esto es una locura —dijo Irene.

Dorothy meció al bebé, la arrulló, le besó su frente arrugada coronada por una pelusilla.

—¿Cuánto tiempo tiene? —preguntó Irene.

—No lo sé.

—La has rescatado tú, ¿no?

—Sí, señora, la he rescatado yo. —Irene contempló a la niña—. Con el hambre que pasa la gente en esta guerra, lo mismo podría tener un año que haber nacido hace dos días. Cualquiera sabe —dijo Dorothy. A Irene empezó a ablandársele un poquito el corazón—. Irene, es la tercera chica del camión. Tenemos que ayudarla.

Irene estaba al volante, lo que quería decir que iban pisando huevos.

Su compañera tenía al bebé en brazos. La niña no hacía ni un ruido. Irene tuvo que admitirlo. Era una criaturita apacible, con cara de mono un poco enfadado. Dorothy se bajó la cremallera de la cazadora y se la metió dentro, la carita contra el pecho, y luego volvió a subirla casi hasta el final. Parecía que estaba embarazada.

—Tenía que sacarla de allí —explicó—. Escucha, te lo voy a contar todo. He estado patrullando con esos tipos.

—Sí. Eso lo sabía.

—Lo sospechaba. Pero era mejor que no tuvieras la certeza. Por si había represalias. ¿Y ves lo que ha pasado?

—¿Qué ha pasado?

Dorothy respiró profundamente y por fin se soltó.

—Esta guerra… Tanta destrucción…, tantas muertes…, las caras de esos chicos… Gente que lo ha perdido todo. Estoy harta. Furiosa. ¿Tú no? —incitó a Irene—. Noto que ya no soy la misma de antes. Me siento desesperanzada, impotente, y necesito sentir que se hace justicia. Quería matar al enemigo. Acabar con la vida de un millón de nazis. Quería vengarme. Y los Fantasmas Grises… No sabía exactamente lo que hacían, pero sabía que hacían algo y dejaron que me uniera a ellos.

—¿Y?

—Me pasé de la raya. Maté a un oficial alemán. —Dorothy puso una mano sobre la cabeza del bebé—. Salí en varias patrullas nocturnas de largo alcance. Y derribamos una unidad de comunicaciones alemana.

—Dios mío, Dorothy. No sé qué decir.

—Pues escucha. Todo empezó cuando fuimos a ese campo de exterminio. Ya me sentía mal de antes. Muy mal. Fatal. Pero, cuando me vi en mitad de ese horror, sabiendo que no podía hacer nada…, que no podía ayudar absolutamente a nadie, me terminé de venir abajo. Y justo anoche encontramos a la niña en un vagón de tren abandonado. Todos los demás estaban muertos. Pero la oímos llorar. ¿Lo entiendes, Irene? Todo esto no va de matar. Sino de vivir. De salvar vidas, aunque solo sea una. Me sentí tan inútil en aquel campo… Como una turista. Pero a esta criaturita sí puedo ayudarla. Y no pienso arriesgarme a que alguien me la quite. Ella es mi venganza, ¿no te das cuenta?

Irene la miró.

—En vez de arrebatar vidas, salvas una, ¿no?

Dorothy abrazó a la niña contra su pecho y sonrió a su amiga, agradecida mientras esta luchaba con el volante. La criatura se

inquietó y la meció dentro de la chaqueta.

—Es curioso, es algo que nunca se olvida —comentó—. Yo era la que cuidaba a los bebés de nuestra iglesia. Y me encantaba.

Siguió un silencio incómodo. Irene se sentía entre la espada y la pared. Atrapada en una de las febriles pesadillas de Dorothy. Las estaba llevando a ambas a un destino aterrador. No entendía nada de aquello, pero conducía por amor a Dottie mientras trataba desesperadamente de encontrar el argumento que hiciese entrar en razón a su amiga, dar media vuelta y enfrentarse al problema en el que estuviese metida, fuera cual fuese.

—¿Quieres que te cuente toda la historia o no? —preguntó Dorothy.

—Claro que quiero.

39

Dorothy le explicó que muchos chicos estaban al tanto de su vínculo con los Fantasmas Grises. Desde hacía meses. Pero lo encubrían diciendo que a ella le encantaba el póquer y que no se perdía ni una partida. A nadie parecía importarle. Al fin y al cabo, el flujo de rumores era intenso y llegaba a todas partes. Chismes, leyendas y embustes circulaban por todos los campamentos, batallones y pelotones. Historias de fantasmas, avistamientos de monstruos, actos de sorprendente audacia e intrepidez, encuentros con el demonio nazi, ingeniosos contrabandos, hazañas sexuales. Las mentiras no tenían límite. Pero, cuando se produjo aquella paliza, alguien —el Sueco— mostró un repentino interés por todo aquello.

Los Fantasmas Grises habían ido a verla la noche anterior; iban de camino a un pueblo situado pocos kilómetros al sur. Querían saber si se encontraba bien y si la policía había mencionado a alguno de ellos durante el encuentro.

Dorothy les dijo que no, que no se preocupasen.

Estaban arrodillados a una distancia prudencial de Irene y los demás soldados, que roncaban en sus refugios. Le dijeron que iban a ayudar a un grupo de mujeres retenidas contra su voluntad por un alcalde colaborador. No iban a ejecutarlo, pero debían llevarlo al cuartel general antes del amanecer. El Tío Sam tenía bastante claro que la guerra estaba a punto de terminar: la victoria aliada estaba asegurada. Y el contingente estadounidense se movía de forma clandestina con el fin de apresar al mayor número de traidores posibles antes de que descubriesen que estaban bajo el punto de mira. Al parecer, este alcalde tenía en su poder información valiosa sobre otros colaboradores de peor calaña que él.

Dorothy se ofreció voluntaria de inmediato.

El ranger negó con la cabeza. Era demasiado arriesgado. Pero el resto de los Fantasmas se pronunciaron a favor de la chica y el tipo acabó cediendo.

El alcalde roncaba; estaba bastante borracho. Su mujer salió corriendo desnuda del dormitorio. La apresaron y la amordazaron. La mitad de

la brigada sacó rápidamente al hombre de su casa y lo llevó al bosque para ir al encuentro de un camión que los estaba esperando varios kilómetros más allá. Dorothy acompañó a Brewer y García al depósito de trenes. Los guardias ya habían huido. Todos sabían lo que se avecinaba. De repente, volvían a ser civiles. Huyeron a Polonia o a Austria, o se perdieron entre las multitudes de Hamburgo y Múnich, donde negarían haber sido soldados hasta el fin de sus días.

Las mujeres encerradas en los vagones gritaban, tosían, golpeaban las puertas. Los soldados empezaron a accionar las palancas y a abrirlas. Cayeron cuerpos inertes. Pero algunas seguían vivas, ansiosas por escapar; se bajaron de un salto y echaron a correr hacia la oscuridad.

La mujer con el bebé se encontraba en el tercer vagón. Cuando abrieron las puertas, una vaharada fétida los asaltó. Orina y vómito y cosas peores. El interior del vagón estaba sumido en un silencio horrible e inquietante.

García sacó la linterna para explorar el interior: parecían montones de ropa vieja. Dorothy y Brewer subieron, tratando de no resbalarse con los extraños y fríos fluidos del suelo. Se oyó un sonido, uno solo, procedente del rincón donde estaba la mujer, que tenía el rostro apoyado en la áspera pared de madera.

Dorothy se acercó a ella, pero también estaba muerta.

—Creo que he oído algo —dijo Brewer.

García, que estaba de espaldas a la puerta, paseó el cañón del rifle de un lado a otro en la oscuridad.

—Tenemos que largarnos —anunció.

—Un momento —insistió aquel. Le dio la vuelta al cuerpo de la mujer. El bebé estaba envuelto en un chal. Habían oído sus intentos por respirar—. Hola, cosita linda —dijo. Lo cogió e intentó dárselo a Dorothy.

—No puedo —dijo, negando con la cabeza—. Yo no, cariño.

—Tiene que hacerlo.

A la madre muerta le habían afeitado la cabeza. Ella le cubrió la cara con el chal sucio con que estaba envuelto el bebé.

—Vamos, Jirafa —insistió Brewer—. La salvamos o la dejamos. Elija.

Brewer cubrió la linterna con la mano, dejando solo un huequito entre dos dedos, y la encendió. Un estrecho haz de luz iluminó a la criatura. Tenía las manos muy pequeñas. Sus orejitas parecían pequeñas conchas rosas. Y tenía mucho pelo para ser un bebé. Había un nombre cosido en el chal.

Dorothy se balanceó un poco, meciéndolo de un lado a otro, mirando su carita pálida, esos ojos claros que la observaban

asombrados. Brewer la ayudó a bajar del vagón. García se volvió hacia ella.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó.

Le mostró el bebé mientras el otro bajaba de un salto para unirse a ellos.

—Mira no más —soltó García—. *You a mama now,* loca.

—¿Qué hago?

—Nos largamos —replicó él—. Tenemos que salir de aquí. Si yo fuera tú, me metería a la criatura en el abrigo. Tenemos que alejarnos, por si vuelven los boches.

Los tres estaban extrañamente relajados en el camino de vuelta al campamento, donde compartieron historias sobre los bebés de sus respectivas familias.

Cuando la niña empezó a inquietarse en la chaqueta de Dorothy, Brewer la cogió en sus gigantescas manos.

—Yo soy el tío Duane —murmuró y ella se durmió de nuevo escuchando su arrullo grave.

40

Llevaban todo el día atravesando carreteras sinuosas. Habían recorrido más de trescientos kilómetros desde que salieron del campamento, bordeando Núremberg y Augsburgo, y habían llegado por fin a las estribaciones de los Alpes. Faltaba poco para que se hiciese de noche y se les estaba acabando la gasolina, por lo que Irene detuvo el camión. Dejaron a la criatura bien arropada en el suelo del camión y usaron los bidones delanteros para llenar el depósito. El camión se bebió tres de ellos.

—Igual que tu bebé —comentó Irene.

Dorothy sabía que estaba intentando ser una buena amiga y apreció el gesto.

—Quiere vivir, Irene.

Cuando terminaron con la gasolina, tapó los faros con cinta adhesiva de modo que solo dejasen salir un pequeño haz de luz.

—Me voy a quedar ciega conduciendo —se quejó Irene.

—Ya has oído a García —dijo Dorothy—. Mejor eso que recibir un disparo de un francotirador.

Volvieron a subir a bordo y esta cogió a la niña y se la metió otra vez en la cazadora.

—Tengo que hacer esto —añadió—. Sabes que tengo que hacerlo.

—No estoy de acuerdo.

—No puedo ir a la cárcel. No puedo.

—¿Por qué ibas a ir a la cárcel?

—No puedo. ¿Qué le pasaría entonces a esta pobre niña?

—Dot, mira, alguien se hará cargo de ella. Y, siento decirlo, pero creo que está medio muerta. Habría que llevarla a un hospital.

—Vete a la mierda, Irene.

Conducir por aquella carretera de montaña no era nada fácil. Aterrorizada, se inclinaba sobre el volante todo lo que podía, con los ojos entornados, pues el delgado hilo de luz que proyectaban los faros no le permitía ver gran cosa.

—No veo nada —dijo.

—Encontraremos una pequeña fogata en el lado izquierdo —le recordó Dorothy—. Ten cuidado cuando pares. Me advirtieron que está justo al borde de un barranco.

—¿Qué piensas hacer?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Y si te pillan, ¿qué? Es mejor que no sepas nada.

Irene, concentrada en la oscura carretera, no le respondió. El Rapid City se estremeció al pasar por unos surcos de tierra compacta. Los pinos de alrededor semejaban criaturas negras enormes.

—Vale —accedió Dorothy—. Hay un guía. Pertenece a los grupos de resistencia. Proporciona a los Fantasmas Grises sus objetivos principales. Un tipo con contactos, supongo. Pero también ayuda a poner a la gente a salvo. Hasta ahora, de los alemanes. Él nos sacará. A mí y a la bebé.

—¿Así, sin más?

—No tengo ninguna alternativa mejor.

—Dot, esto es una locura.

—No soy imbécil. Sé que no va a ser fácil. Pero es la única manera de que esta chiquitina y yo seamos libres. Encontraré la forma de volver a casa. Te buscaré. Esto no es un adiós. Long Island nos espera, ¿verdad? Esa pequeña granja.

—Es la cosa más absurda que…

Fue lo último que dijo.

Una sacudida violenta provocó que el camión se levantase tres veces sobre los neumáticos izquierdos. En la oscuridad, Irene había introducido las ruedas en un cráter de bomba. Intentó recuperar el control del volante. Dorothy gritó una vez. El último rebote catapultó el vehículo por los aires; al caer de nuevo en el suelo, el terraplén izquierdo de la carretera cedió y se precipitaron por el lateral.

El Rapid City se estrelló contra un pino centenario. Dorothy se aovilló y usó los brazos como parapeto para proteger a la niña. Algo crujió al chocar contra su cabeza y no oyó nada más. La cocina estalló y lanzó un torrente de destrucción ladera abajo. El camión dio vueltas en el aire. Irene salió volando por la puerta. El vehículo volvió a chocar contra el suelo y explotó. Los tilos y los robles se convirtieron en antorchas. Espirales de humo oleoso comenzaron a ascender de los neumáticos.

41

Irene se despertó entre gritos.

Qué raro, estaba de rodillas. En el barro. ¿Estaba en Mattituck? ¿Quién estaba gritando? De repente, sintió un dolor terrible y se dio cuenta de que era su propia voz. Estaba en un charco frío de su propia sangre.

No conseguía salir de ese estado de desconcierto. Ni dejar de gritar. Aun así, miró hacia arriba, hacia la carretera, y vio unos haces de linternas fracturando la ladera. No sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente. Oía voces de hombres bajando, el entrechocar de sus pertrechos. Pese a todo, no podía dejar de gritar. Estaba atrayendo a sus asesinos hacia ella, pero su cuerpo se negaba a permanecer en silencio. Cuando los soldados la cegaron con las luces, pudo al fin apretar los dientes.

—Dios, es una chica —dijo un hombre con acento neoyorquino.

Irene se desmayó. La Gran Manzana había ido a rescatarla.

Los hombres no sabían qué hacer ni cómo ayudarla. Todos se acercaron para echar un vistazo.

—Vaya —dijo un chico—. Está destrozada.

—Señorita, cálmese. ¿De acuerdo? Ya estamos aquí. Con usted. No se preocupe, muñeca. No la vamos a dejar aquí tirada.

—¡Un médico! —gritó otro chico—. ¡Necesitamos un médico!

—Está a salvo, señorita, nadie le va a hacer daño.

Los hombres se agacharon junto a ella, la cogieron con suavidad y la sacaron del barro.

Irene no dejaba de gritar: «Dot. Dot. Dot».

No sabían quién era Dot. Pero todos veían la pira ardiente del Rapid City unos doscientos metros más abajo, haciendo estallar los árboles circundantes cual bombas incendiarias. Incluso a esa distancia, sentían el calor que desprendía. Se miraron y negaron con la cabeza. Aunque pudiesen llegar a ella, la tal Dot ya estaría muerta. Establecieron un perímetro alrededor de Irene por si el enemigo aparecía, atraído por todo aquel ruido.

—¡Un médico!

—¡Ya voy! —gritó el médico aludido mientras bajaba la ladera.

Sin darse cuenta, este pateó varios guijarros, que cayeron sobre

ella. Estaba tumbada boca arriba, temblando de miedo, con los ojos en blanco; una mancha pardusca se extendía desde el estómago hasta los pies. Entre silbidos suaves, el médico cortó lo que quedaba del pantalón. Los demás soldados apartaron la mirada. El blanco de la piel contrastaba dolorosamente con el rojo intenso de lo que había debajo.

Alumbrado por una linterna, le echó polvos de sulfamida sobre las heridas de las piernas y en la sonrisa roja que le atravesaba el abdomen.

—Ya está, ya está —susurró.

—Dios mío, ¿eso es un hueso? —dijo uno de los hombres.

—Cállense —respondió. Miró alrededor del círculo—. Recen, chicos. Recen.

Le puso todas las vendas que tenía. Pidió una camisa y la cortó para envolver el vendaje de las piernas. Luego presionó una compresa contra el abdomen desgarrado. Todo se tiñó de rosa; luego de un rojo intenso en el centro. Irene lloraba, agitando la cabeza sobre el barro, llamando a Dot sin cesar.

—No se desangre, señora —le ordenó el médico. Le hizo un torniquete en el muslo que tenía peor, cerca de la ingle. Sacó de la mochila el único inyectable de morfina que tenía y le clavó la aguja—. Intente descansar.

A los pocos minutos, la droga la dejó dormida y roncando.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó uno de los soldados, mirando hacia la ladera escarpada.

No tenían ningún tipo de camilla. Estaban patrullando a pie. No había ningún vehículo arriba que pudiese llevar a esa mujer a un lugar seguro. Probablemente, los boches andaban cerca.

El médico se levantó y empezó a desabrocharse la camisa de combate.

—Denme las camisas. Vamos a hacer una camilla.

Empezó a atarlas anudando las mangas y los faldones, y los demás soldados se unieron a la tarea. Cuando terminaron, la colocaron con cuidado encima y el médico le echó otra camisa a modo de manta. La última la usó para envolverle las piernas, asegurándolas con fuerza, por si se ponía a patalear o a los soldados se les caía durante el trayecto. Pero todos los presentes sabían que no iban a permitir que eso ocurriese.

—Y ahora llega la parte complicada —dijo el médico.

Dos hombres se cargaron a Irene sobre la espalda y otros dos iban detrás agarrando la camilla improvisada con la mayor delicadeza posible. Pero la cuesta era empinada, vaya si lo era. Y, además del peso muerto de la convaleciente, portaban sus armas. Resoplaban y

jadeaban como si pesara quinientos kilos.

—Para esto nos han entrenado, chicos —animó uno de ellos al grupo.

El médico le dio el relevo a un soldado que parecía a punto de vomitar por el esfuerzo. Veinte minutos después llegaron a la carretera y la dejaron en el suelo un momento mientras recuperaban el aliento, con las manos en las rodillas, sin apartar la mirada del rostro de Irene, pálido como el marfil.

—Compañeros, tenemos por delante una caminata de nueve kilómetros —dijo alguien.

—Al menos es cuesta abajo —respondió otro.

Cambiaron de portadores y volvieron a levantar, no sin esfuerzo, el peso de Irene. Seguidamente, emprendieron la marcha.

El hospital de campaña fue una nueva pesadilla. Irene no llegó a despertarse en ningún momento, así que fue sencillo para los matasanos limpiarle las heridas, cuya piel levantada se agitaba cual banderitas al viento con aquella solución salina. Luego colocaron los tejidos en su sitio, le unieron los huesos con alambres, suturaron la carne, la inyectaron y le pusieron una vía intravenosa en el brazo. Las enfermeras le limpiaron el resto del cuerpo con esponjas.

Soñó. Dorothy, el Manitas, García, Patton, Ellie, Holly, la abuela Effie, mamá, la tía Eva… Pasaban a su lado como estrellas fugaces mientras su cama flotaba a la deriva en el cielo.

42

Irene pasó el resto del mes de abril en la tienda de heridos convalecientes. Las enfermeras, los camilleros y los médicos miraban sombríamente su historia clínica. Le dijeron que seguía viva de milagro. Nunca consiguió averiguar quiénes fueron los héroes que habían bajado a salvarla. Eso sí que fue un milagro, pensó. En cuanto a lo de seguir viva, ¿era una suerte? Los pensamientos que le asediaban la cabeza le decían que no. Se juró a sí misma no volver a pensar jamás, ni una sola vez, en aquella bebé. Nunca. Y luego estaba Dot. Su querida Dot. Nunca hallaría perdón por lo que había hecho.

Le llegaban los efluvios de sus heridas, que olían a carne pasada de fecha de algún matadero perdido en mitad del campo. Y ella apestaba a sudor y mugre. No había palabras para describir el dolor que la hacía retorcerse en la cama. Después de que los cirujanos terminasen de arruinarle las piernas con más puntos y clavos de acero que sobresalían de las rodillas, y una válvula de derivación que supuraba pus a la altura del muslo, Irene no podía ni ponerse en pie, y mucho menos caminar. A menudo se negaba a comer. Era un fantasma. Pero también era la única paciente femenina y le repugnaba que algunos hombres intentasen coquetear con ella incluso en el deplorable estado en el que se hallaba.

La habían ubicado en la tienda más cercana al quirófano, para que los camilleros y enfermeras pudiesen vigilarla constantemente. Irene era su mascota, aunque no hablaba. Durante algunos días pensaron que tenía daños cerebrales. Las lágrimas le rodaban por las mejillas, espesas y lentas. La primera semana que pasó despierta no abrió la boca; daba igual que la abordasen con comentarios simpáticos o preguntas serias. El día que por fin habló, los celadores dieron palmadas de alegría.

Un tal Darrell le preguntó cómo se llamaba.

—Agua, por favor —graznó Irene.

—Un nombre curioso.

Ella no sonrió.

Aunque la tienda de cirugía estaba rodeada de sacos terreros, Irene oía

los gritos desde su cama, las sierras para los huesos y los horribles fluidos. Los médicos llevaron un tocadiscos, pero no conseguía tapar los sonidos del todo. De hecho, la soliviantaban; aquellos discos podrían haber sonado en el Rapid City. «Anímate, Caimana, apenas tienes unos rasguños», se dijo a sí misma.

Estaba separada de sus vecinos convalecientes por una cortina colgada mediante ruidosas anillas metálicas sujetas a un armazón de acero. La llamaban Miss América y Greer Garson porque estaban convencidos de que era modelo o estrella de cine, aunque no la habían visto. Aún no les había dicho su nombre, pero oyeron su voz y sus sollozos, y eso fue suficiente.

—¡Anímese, guapa! —gritaban unas voces roncas—. ¡Iremos a bailar cuando salgamos de aquí!

Aprendió que el dolor lo consumía todo, como si la tierra y el cielo estuviesen hechos de desazones y el propio viento no fuese más que agonía en movimiento. Te enseñaba algo nuevo cada día. Una enseñanza de la que Irene deseaba escapar con todas sus fuerzas.

El simple roce de un camillero diligente que pasara a su lado bastaba para que los clavos que sobresalían de su carne túmida empezasen a palpitar. Las sábanas que le cubrían las heridas le resultaban demasiado pesadas. Cuando una enfermera intentaba limpiarla con una esponja y agua caliente, todas ellas gritaban como si tuviesen voz propia. Pero siempre estaba Dot. Dot y la bebé. Una agonía mucho peor que el tormento de sus huesos. Ni siquiera la idea de reencontrarse con el Manitas la alejaba de aquel sufrimiento. Pedía morfina cada vez que algún miembro del cuerpo médico o enfermera iba a ver cómo estaba.

Una vez le gritó a la enfermera que se la negó:

—¡Tenía una sola amiga en el mundo y la he matado! No lo soporto… ¡Déjeme dormir!

Algunos miembros del cuerpo médico la temían. Cuando tenía los pelos de punta, parecía una bruja.

Darrell le trajo otra dosis y, cuando empezó a roncar, la arropó.

Pero, cada vez que salía a la superficie, encontraba la misma pestilencia de siempre. Los encantadores sueños de morfina resultaron ser mentira, todos ellos. El paseo por la orilla con Dorothy. El viaje al Gran Cañón a bordo del Rapid City. La excursión a caballo con su vaquero. El cóctel en el apartamento de Ellie en Chicago, a orillas del lago Míchigan. El almuerzo a base de pollo frito con Russell y Holly.

Volvía a despertarse por el incipiente olor acre de la ropa de cama. Por los gemidos y los ronquidos y las incesantes impertinencias de sus compañeros de tienda. Tenía unas almohadas bajo las rodillas. Los clavos quirúrgicos que la mantenían de una pieza eran de un rojo

brillante en el punto de inserción en la piel y tenía los muslos cubiertos de polvos de sulfamida. Intentaba no mirar. Ni moverse.

—Esto no es vida —dijo en voz alta.

—Señorita —replicó el soldado al otro lado de la cortina—, esto es lo que hay.

Las enfermeras de la Cruz Roja pasaban por su cama tres veces al día con un orinal. Era humillante. Jamás en su vida había pasado tanta vergüenza como en aquel lugar. Sabía que los hombres oían lo que estaba haciendo. Las enfermeras ponían algún disco para amortiguar el sonido. Irene lo agradecía. Eran sus «primas» de la Cruz Roja.

—¿Morfina? —pedía.

—Como no tenga cuidado con eso —dijo la enfermera—, va a tener un problema.

Fue la primera vez que Irene se echó a reír. Un gruñido horrible y áspero, con la boca abierta, como si estuviese gritando.

Los médicos habían montado una pequeña tienda en la parte inferior de su cuerpo, una sábana levantada sobre un bastidor. De cintura para abajo —la parte cubierta— estaba desnuda, salvo por un modesto trozo de tela que le cubría las partes pudendas. Los camilleros la subían y bajaban cuando necesitaba cambiar de posición. Una monja joven belga apareció una mañana con un cazo de agua caliente y le afeitó las piernas, evitando las horribles heridas. Irene lloró de gratitud. Encima de ella habían construido una estructura metálica brillante a la que se asía cuando necesitaba incorporarse un poco, aunque el dolor la hacía gritar.

Y de este modo pasaron días y días.

En la tienda había doce soldados heridos. Ella era la decimotercera. El lugar para un decimocuarto catre estaba ocupado por un mostrador de vigilancia nocturna, aunque no había personal suficiente para atenderlo todas las noches. Una estufa dominaba el centro de la habitación. Pero las noches eran cada vez más cálidas: llovía en vez de nevar. La tienda estaba levantada sobre palés de madera. A Irene le llegaba el olor de las letrinas, aunque era peor cuando los soldados quemaban los desechos con gasolina.

No tenía nada que leer ni mirar, excepto la lona grisácea del techo; ni siquiera sus manchas formaban patrones interesantes que le permitiesen imaginar alguna historia o paisaje. Lo único que tenía para entretenerse era una Biblia que le había dejado un piloto que fue de visita. Cada soldado tenía una, incluso los moribundos y los que estaban en coma.

Dejó que se abriese al azar. Un mensaje del cielo. «Ponga de su parte, Señor», pensó y luego echó un vistazo. Salmo 35: «Me afligía a mí mismo ayunando por ellos, pero mis oraciones no tenían respuesta».[9] Cerró las Sagradas Escrituras.

—Muchas gracias, Dios. —Casi le hizo un poco de gracia.

No llegaba a su bolso, que estaba en el suelo, debajo de la cama. La verdad es que no tenía ni idea de cómo había acabado allí. Seguramente uno de los soldados que la rescató lo había encontrado. Era un misterio. Un milagro. Sabía que el mapa de Dot estaba dentro, doblado, pero no se atrevía a mirarlo. Tampoco sus propios cuadernos. No le apetecía leer lo que había escrito y le daban miedo las cosas que sería capaz de escribir ahora.

Dorothy estaría viva en sus cuadernos, incluidas sus imperfecciones, y sabía que no podría soportar esa proximidad. Las Hermanas del Rapid estaban tan unidas, eran tan amigas, que a veces llegaban a odiarse. Se peleaban. Se insultaban. Se burlaban la una de la otra. Pero ahora Irene no soportaba la idea de ver algún comentario negativo sobre Dottie. No quería tener nada que ver con esa niña mezquina y malcriada que había escrito aquellas palabras.

De noche, oía gemidos y ronquidos en la oscuridad. El hombre al otro lado de la cortina se tocaba a menudo. Oía su respiración agitada, los chirridos del catre. Imaginó la indignación de su madre, el asombro de su tía. Para Irene, era interesante, aunque extraño. El sexo. Eso ya no existía. No podía imaginarse a sí misma volviendo a sentir ese tipo de cosas. Odiaba pensar en ello. No en el sexo, en realidad. Más bien, en lo horrible que le parecía ahora su propio cuerpo. ¿Qué pensaría Hans de ella? Dios, seguro que sería amable. Pero ¿qué amante quiere amabilidad? ¿Qué amante cree que eso puede competir con el éxtasis de dos cuerpos entrelazados, con la pasión y la fiebre desmedidas? Ella vería la mirada de lástima en sus ojos. Su mueca de dolor. Irene no quería ni mirarse en el espejo, y mucho menos que él la viese. Así que se metía los dedos en las orejas.

Cuando al fin le quitaron la vía y le permitieron comer, solo quería sopa de ternera y cebada. Todo lo demás le daba náuseas. Pero las chicas de la Cruz Roja consiguieron que aceptase algunos trozos de chocolate. «Es una droga milagrosa», le decían.

Se entregaba a sueños interminables medio despierta en los que Hans entraba en la tienda —seguía pareciéndose a Gary Cooper— y le cubría la cara de besos, la cogía con ternura en los brazos y la sacaba al sol. Ella estaba envuelta en sábanas de gasa, pudorosa, intentado taparse, mostrando sus ojos color avellana y sus labios, los únicos

encantos que le quedaban… Era una ridiculez, algo adolescente, pero se ruborizaba y se estremecía. Él le cantaba la canción que había compuesto para ella. La llevaba en su avión. Al rancho donde montarían a caballo.

La mayoría de los días, sin embargo, la morfina le provocaba unos sueños febriles. Colores distorsionados y fuertes ráfagas de viento. Cuando la droga no circulaba por sus venas, soñaba con fuego. Los restos del Rapid incendiando los árboles de la montaña. Discos rotos ardiendo. A menudo, cuando se despertaba, no estaba segura de si seguía soñando.

---

9 *La Santa Biblia: nueva traducción viviente (NTV),* Tyndale, 2010. *(N. del T.)*

43

Una vez que los médicos y las enfermeras consiguieron que dijese su nombre, la apodaron Irene la Callada. Volvió la cabeza cuando los oficiales del Ejército le acariciaron torpemente el hombro y posaron para las fotos que habrían de aparecer en los periódicos con leyendas como TAMBIÉN HUBO HEROÍNAS EN ESTA GUERRA DE HOMBRES.

Incluso cuando Martha Levin vino a entregarle un alfiler de servicio de la Cruz Roja y un nuevo parche del Clubmobile del grupo F, Irene no pudo hacer otra cosa que apretarle la mano y llorar, llevándose los nudillos de la capitana a la frente. Antes de venirse abajo, consiguió balbucir la siguiente pregunta trivial:

—¿Sigue conduciendo el Omnipotente Martha?

La capitana Levin se sentó en el borde de la cama y la dejó llorar.

—Acaba de pasar por una situación muy difícil —dijo y luego se acercó un poco más a ella—. Pronto estará en Estados Unidos, Woodward. Ya ha terminado todo. Ha hecho un buen trabajo. Hemos ganado.

Ronca de tantos sollozos, y con la respiración entrecortada, Irene consiguió articular:

—Siento lo del camión. Lo siento mucho.

—Todo eso queda ya atrás. Piense en volver a casa. Solo en eso. Venga a verme si hay otra guerra. Podría ser capitana de grupo. —La mujer se levantó y le hizo el saludo militar—. Yo también me voy a casa. Búsqueme.

Y, de pronto, ya no estaba.

Irene no tenía ni idea de qué hora era. Era tarde, muy tarde; eso sí lo sabía. Fuera de los márgenes del tiempo. La eternidad de las tres de la madrugada. Todo el campamento estaba en silencio. Oía la brisa del prado, el aleteo de algún pájaro nocturno. En su tienda abundaban los ronquidos, las murmuraciones de los soñadores. Todos estaban igual de solos que ella, rodeados de gente incapaz de ofrecer consuelo. ¿Había estado soñando con Madre? Madre y su ladrillo caliente a los pies de la cama, su ponche de burbon dulce. Recordaba haberle preguntado si podía ponerle la mano en la frente. Pero todo se desmoronó de pronto, un estadillo de voces la sacó del sueño. Estaba

segura de que ahora estaba despierta, por el dolor. ¿No desaparecía en los sueños? Sintió lágrimas en el rostro. En los sueños no las sientes, claro que no. Tampoco anhelas morfina.

Era consciente de que estaba tumbada sobre una esfera de roca oscura que daba vueltas en mitad de una negrura eterna. A altas horas de la noche, en aquel hotel de Cannes, Hans le había dicho: «¿Y si todo el sistema solar no fuese más que un electrón? ¿Un átomo? ¿Y si la Tierra no fuese más que una partícula en el dedo meñique de Dios?». En aquel momento, Irene sonrió un poco en la oscuridad. El Manitas y sus ideas de niño ingenuo. «Siempre estaré cerca», le había susurrado mientras ella lloraba. ¿Y cómo no iba a llorar? Él iba a arrojarse de nuevo al cielo en cuestión de pocos días. Podría desvanecerse en el humo y ella nunca lo sabría. «Yo no, señorita Irene. Nunca morimos. Ya lo verá. Y, si muero, la esperaré. No necesitamos aviones adonde vamos. Yo mismo le enseñaré a volar.» Y entonces apartó las sábanas y se mostraron el uno a la otra, una vez más.

Tal vez se había quedado dormida. No estaba segura. Abrió los ojos de nuevo en la oscuridad. Tal vez había muerto. Buscó a Dorothy en la noche. Imaginó que su querida Dottie aparecería cual destello y la perdonaría.

Entonces oyó los acordes de una guitarra; el sonido venía de fuera. Y la voz de Hans entró flotando en la tienda: *«Good night, Irene, good night, Irene, I'll see you in my dreams».*

—¿Hans? —susurró—. ¿Hans? —gritó. Le daba igual si alguien se despertaba—. ¡Aquí! ¡Estoy aquí!

Y entonces él estaba allí. Ella desconfiaba de sus capacidades de percepción; el tiempo era una entidad resbaladiza. Pero él tenía que estar allí. Estaba pegado a ella. Olía su colonia.

—Chist, cariño. Estoy contigo. —La ayudó a incorporarse.

—Te he echado tanto de menos… —susurró.

—Solo tengo unos minutos, Irene. Solo he venido a decirte que duermas. ¿Cómo vas a ponerte bien si no duermes?

—No. No, estás aquí, no puedo…

Él le apartó el pelo de la cara.

—Claro que puedes. Tienes que hacerlo. Yo estaré aquí. —Apartó las sábanas y le miró las heridas.

—No —dijo ella—. Es horrible.

La besó donde la piel estaba más roja y abotargada; luego se arrimó por el costado y la abrazó, pegándose a ella, con medio cuerpo fuera del catre. Se rieron y él susurró:

—Volveré.

A Irene le pesaban los ojos. «No —se dijo a sí misma—. No. ¡No vas a dormirte ahora, Caimana!»

—Me quedaré contigo —dijo Hans—. No te preocupes. El Manitas te va a ayudar a que te recuperes.

Se le cerraban los ojos. «Maldita morfina.»

Él chasqueó los dedos y le regaló una rima:

—El Manitas ya está aquí. Tarará tararí.

«Irene, ni se te ocurra dormirte.»

Mientras cedía al sueño, alargó la mano una última vez para tocarlo, pero solo sintió la brisa fresca de él al pasar.

44

Iban paseando por el campo de frambuesas, con cestas llenas de bayas. Irene tenía puesto un sombrero de paja que le había regalado su tía. La abuela Effie iba ataviada con un sombrero enorme para protegerse del sol. Ambas llevaban guantes de lona. Los arbustos estaban llenos de abejas. Las bayas que aún estaban verdes parecían de cera, mientras que las maduras irradiaban color. Un número desmesurado de mariposas descendió sobre ellas como copos de nieve multicolores.

—Qué de colibríes hay este año —dijo la abuela Effie.

A Irene le temblaban las manos. Hicieron una pausa para observar cómo las mariposas exploraban los arbustos.

—No salgas a la carretera principal —le advirtió su abuela—. Hay un Panzer aparcado detrás de los árboles.

—Tengo que aprender a andar de nuevo —dijo ella.

Se comieron todas las frambuesas que habían metido en las cestas.

—Solo tienes que flotar, cariño —dijo la abuela Effie.

—Siento que me estoy muriendo.

—Todos estamos muertos hasta que despertamos, mi niña.

Irene pegó un respingo. Tenía los ojos abiertos. Fuera de la tienda se oían gritos y risas. A base de mucho esfuerzo, consiguió incorporarse.

—¡La guerra ha terminado! —gritó alguien.

—¿Estoy soñando? —dijo a nadie, a todos.

Gente corriendo. Gente gritando. Los jóvenes que estaban a su alrededor intentaban salir de la cama. Pero ella se quedó extrañamente impasible. Su guerra había terminado ya. Ahora todo sería mejor. El Manitas volvería a por ella. Irían juntos al gran Oeste americano, sobrevolaría las montañas junto a su hombre.

Cuando Dorothy se coló en su mente, Irene se apartó con brusquedad del recuerdo.

Los gritos, las bocinas de los coches y la música de fuera le hicieron darse cuenta de que su tienda estaba situada dentro de un gran complejo. Ella imaginaba que estaban solos en mitad de algún pastizal perdido, flanqueados, quizá, por la tienda de cirugía. Imaginaba alguna que otra ambulancia rota y abandonada entre la cebada. Pero en realidad estaba en una aldea para heridos convalecientes. Un

campamento militar emplazado en algún campo alemán. Alguien tocaba una trompeta.

Apareció Darrell, su celador favorito. Hacía poco le había revelado que, además de cajún, era poeta, poeta de verdad, dato que redobló su afecto por él.

—Señorita Irene —dijo—, *¿ça va* hoy? Es un buen día.

—¡Ayer estuvo aquí, vino a por mí! —dijo—. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—El Manitas.

—¿Qué Manitas?

—Mi amor. Un piloto de caza.

«Maldita sea la droga esa», pensó Darrell.

—Ah, pues qué bien —dijo.

—Darrell —dijo con voz áspera—, ¿podría darme un poco de…?

—¿Morfina? *Cher,* en una hora le pondrán más. Ya sabe cómo va esto. No querrá que el Manitas la vea más nerviosa de la cuenta, ¿verdad? —Sacó su historia del extremo del catre y añadió sus iniciales en una columna—. Pero hay alguien aquí que dice conocerla. Quizá sea él.

Por un momento, el corazón le implosionó.

—¿Un piloto?

—No sabría decirle —dijo con su mejor acento cajún, porque provocaba sonrisas raras en el rostro de Irene—. ¿Cómo saberlo?

—¿Es un paciente de aquí?

—No lo creo, no. Es un tipo un tanto desaliñado. Acaba de llegar.

«¡Ha vuelto! No, no puede ser. Ay, Señor, es él.»

Le avergonzaba su aspecto. Él no podía verla de aquella manera. No, no; no quería que la viese en la tienda a plena luz del día. Tan escuálida. Olía sus propias axilas. Pero, antes de que le diese tiempo a decir nada más, Darrell ya se había marchado.

Escuchó el barullo de fuera, pero no distinguió la voz del Manitas. Una vez que cesaron los gritos de júbilo, la mañana en el hospital de campaña había vuelto a la normalidad. Pasaban camiones. Los hombres armaban jaleo. La vida seguía. Era difícil procesar todo ese ruido. Deseó tener una ventana. Aunque no se la merecía. Pero ¿y si…? No, no era él. Pero tal vez.

La puerta de la tienda se abrió. Entraron la luz y los vívidos ruidos del exterior. Oyó botas salpicando barro, una pisada contundente sobre el suelo, el crujir de la madera, la risa de Darrell. El otro tipo tosió. La cortina se abrió y aparecieron.

El celador guiñó un ojo y se fue.

El soldado tenía el brazo en cabestrillo. Un parche en el ojo. Por lo

demás, estaba igual. Era García.

—Ah —dijo Irene—, el Chingón.

—Diablos, yo también me alegro de verte.

—Tienes buen aspecto, García —repuso. Su cara ardía de decepción.

—¡De una pieza y con todo en su sitio! —proclamó él, quitándose la gorra—. Solo quería saber cómo estabas. Antes de que me destinen a otro sitio.

—Gracias por pensar en mí.

—Ya lo creo. Claro que sí, *weesa.* Ya sabes.

—¿Has visto a Rusty Penney?

—*Nel* —dijo, que en su jerga significaba «no».

—Nunca me enteraba de lo que decías, García.

—Total, solo digo tonterías.

Se estudiaron mutuamente, tratando de ocultar su asombro.

Irene estaba gris, él se dio cuenta. Las cuencas de los ojos, casi negras. Parecía una de esas calaveras de azúcar de Nogales.

—Oye —dijo García, rompiendo el silencio—, ahí fuera se ven las montañas. Aún tienen nieve.

—No he salido. —Se miró las piernas; una leve expresión de arrepentimiento le atravesó el rostro y lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué te ha pasado en el ojo?

García se sentó a los pies del catre después de pedir permiso con las cejas.

—Metralla —dijo—. Un rocecillo de nada. La peor parte se la llevó el brazo. Ya no seré guapo, pero podré seguir tocando el piano cuando me cure.

—Sigues siendo guapo —repuso ella.

—Sí, tienes razón. Incluso con media cara soy dos veces más hombre que cualquiera de los que están aquí.

Se sentaron en un silencio agradable.

—Escucha —dijo García finalmente—. Cuando me enteré de lo que pasó, me uní al equipo de búsqueda. Estuvimos en el lugar del accidente. Ya sabes, buscando el cuerpo de la Jirafa. No podíamos dejar que se quedara allí. —Ella esquivó su mirada—. No encontramos nada. Todo estaba muy quemado, Irene. No había más que cenizas. Era imposible distinguir nada. No sé cómo saliste, pero tuviste suerte. El incendio fue devastador.

Irene se limitó a asentir con la cabeza. Él empezó a disculparse, pero ella alargó la mano y le puso un dedo en los labios.

—Oye una cosa —dijo—. Mis piernas no van a ser tan bonitas como tu cara, eso seguro.

—No sé yo. —García se palpó el bolsillo de la camisa en busca de cigarrillos, pero no encontró nada—. Me acabo de enterar de que estabas aquí —dijo—. En cuanto terminaron de vendarme, vine a verte.

Tal vez pasó un minuto entero antes de que Irene dijera:

—Aquí estoy.

García se quedó mirando el suelo, las huellas viejas de botas ensangrentadas sobre los tablones, de color marrón seco, y se preguntó si la sangre sería de ella.

—Claro —dijo—. En fin. Todo esto ha sido un infierno, ¿no crees?

—Yo diría que sí.

—Me alegro de que haya terminado.

Ella se limitó de nuevo a asentir con la cabeza.

—Irene, tú me sacaste de ese… horror. Allí en…

—Shhh. —Le puso la mano en el brazo.

Ninguno de los dos era capaz de decir «Buchenwald» en voz alta.

Después de quedarse en silencio durante un minuto, dijo:

—Lo siento.

—¿El qué? —Intercambiaron sonrisas melancólicas—. Ya, es una mierda, ¿verdad? —dijo García—. En menudo follón nos hemos metido.

—Pues sí, ha sido una-absoluta-mierda. —El hecho de que Irene dijese una palabra malsonante lo hizo sonreír. Volvió a llevarse la mano al bolsillo—. García, tengo cigarrillos en el cajón.

Él buscó en la mesita de noche. Luckies rancios. Sacó el Zippo del bolsillo, lo abrió y encendió el extremo del palito de cáncer.

Irene oyó arder el tabaco. Cuando le ofreció una calada, ella negó con la cabeza.

—Gracias de todos modos.

García dejó que unos profusos bucles de humo se le enroscaran en las fosas nasales. De repente olía genial, el tabaco camuflaba el hedor de las vendas y la orina.

—En realidad —dijo Irene—, voy a darle una caladita.

Le entregó el cigarro y miró el bulto de la pierna bajo la sábana.

—Lamento que te haya pasado eso.

Ella le devolvió el Lucky.

—Hay tantas cosas que lamentar… —respondió Irene.

—No hace falta que lo digas —convino y le dio una calada al cigarro.

Ella levantó los dedos. Él volvió a meter el pitillo entre ellos y le hizo un gesto con la cabeza para que se lo terminase. Las lágrimas le ardían en sus ojos avellana. Bondad, por Dios. El humo se le escapó de

los labios mientras intentaba mantener el tipo. Giró la cabeza para que García no le viese la cara. «No seas dramática», se reconvino a sí misma.

Él alargó la mano y le tocó la muñeca; luego cogió otro cigarrillo del paquete y lo apretó entre los dientes.

—No pasa nada, princesa —pronunció, a pesar del filtro del pitillo —. Pronto estaremos en Estados Unidos. Tú serás una estrella de cine. Yo, un luchador. El Gorgeous George mexicano. Nos veremos en Hollywood.

Irene se acercó la sábana a la cara. Apretó los bordes con los puños y se tapó la boca. Empezó a temblar.

Alarmado, García se acercó a la puerta de la tienda y arrojó la colilla al barro. Silbó a Darrell para darle el aviso y luego volvió al catre, se metió el paquete de Luckies en el bolsillo y puso las manos sobre ella. Estaba rígida como una tabla.

—Eh —le dijo—. Ey. Todo va a salir bien.

Irene sentía como si el catre estuviese suelto y una corriente de agua lo arrastrase. Notaba los vaivenes. Se frotó los ojos. Le llegó el eco de la voz de García. Estaba hablando. Siempre estaba hablando.

—Es por lo de la señorita Dorothy, ¿verdad? Escucha, ella está en un lugar mejor, estoy seguro… —Hizo una pausa y se quedó un momento mirando al suelo—. Tengo que encontrar a Smitty y decírselo. ¿Te acuerdas de él? Estaba coladito por Dorothy.

—¿Lo conoces?

—Conozco a casi todo el mundo —respondió García—. El pobre se va a quedar destrozado, después de lo que le pasó a su amigo. Te enteraste, ¿verdad?

Irene, cada vez más cansada, no estaba prestando atención en realidad.

—¿Qué amigo? —dijo.

—Ya sabes. El vaquero ese. El que ganó el concurso de talentos que organizaste en Glatton. ¿Lo conoces?

Ella se quedó sin habla. Miró a García con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué?

Él se sintió confuso por su expresión.

—Sí, el pobre tipo está desaparecido en combate —dijo—. Pero hace ya tiempo de eso. Dicen que debieron de derribarlo después de las Ardenas. Smitty nos dijo que, cuando encontraron lo que quedaba de su avión, no había rastro de él. Solo su gorra. Está muy afectado por eso.

García se arrepintió de inmediato de haber dicho nada al ver

expresión de absoluto espanto en el rostro de Irene. No estaba seguro de lo que había dicho, pero algo iba rematadamente mal.

—¡Qué! —gritó ella. No era una pregunta—. ¡Si estuvo en mi cama anoche! Aquí mismo. —El ruido le inundaba ahora los oídos. Se llevó los puños a las sienes.

García miró en torno. Nadie acudía en su ayuda. La chica parecía haber perdido la cabeza. Estaba como en las nubes.

—Dios mío —dijo—. Lo siento, Irene. ¿Era tu novio? Ese vaquero es un tipo duro… Igual no le pasó nada, seguro que saltó en paracaídas… Los *Stalags* se están abriendo ahora. Lo encontraremos en alguno. Seguro que ha sobrevivido. Seguro que va a volver. Ya verás.

El grito de pánico de Irene obligó a García a salir de la tienda. Al soldado le temblaban las manos; emitió una especie de relincho y se escabulló, tapándose las orejas con las manos.

45

Darrel se sentó a los pies de su cama.

—Lo entiendo, *cher*.

—¿Sí?

—Creo que sí, sí. Y le pido disculpas.

—Bueno, no podía saberlo.

—No. Tendría que haberlo sabido.

—La bebé… Creo que esa es la peor parte.

—*Mon Dieu*. Gracias por contármelo, Irene. —Se quedó mirando la suciedad del suelo.

—Creo que me voy a poner triste —dijo ella. Se tapó los ojos con la mano y se quedó inmóvil como una estatua.

Darrell se fue sin hacer ruido.

Para la cena de esa noche, Irene pidió el desayuno favorito del tío Will. Huevos militares: dos rebanadas de pan blanco tostado con un círculo cortado en el centro y un huevo frito en cada uno. Con tocino. La miraron fijamente. Le dieron un plato de metal lleno de un guisado de carne picada, patatas y cebolla hasta el borde.

Se quedó dormida y soñó que el general Patton le masajeba sus pobres piernas a través de la manta. Cuando volvió en sí, todo el horror que había creído vencer o anular resultó ser de pronto incontenible. La presa se rompió por completo e Irene empezó a gritar:

—¡Hans! ¡Hans! ¡Hans!

Darrell y las enfermeras entraron corriendo. Nadie sabía qué hacer. El celador no paraba de gritar:

—¿Quién diablos es Hans?

Ella se puso a dar patadas como una loca, sentía como si la carne de los muslos se le estuviera desgarrando. Una de las enfermeras le dio una bofetada. No se atrevieron a administrarle más sedantes. Entró un cirujano y se acercó a ella.

—¡Hans! —gritó.

El resto de los pacientes de la tienda no tardó en perder la paciencia. Empezaron a silbar, a gritar y a maldecir. Darrell tuvo que acudir a tranquilizar a los hombres.

—¡Maldita jaula de grillos! —resopló el cirujano, levantando las manos y alejándose a pisotones.

Todos esos rostros extraños la aterrorizaban. Quería gritarles que no se enfadaran con ella. Necesitaba desesperadamente estar en casa.

Darrell se sentó en el borde de la cama, sin decir nada, solo acompañándola, hasta que volvió a reclinarse, agotada. Eso la alivió un poco.

Cuando despertó, tenía la mente despejada. Se avergonzó de haber perdido el control. Era humillante haber estado berreando como un ternero indefenso, dando patadas y sollozando. Darrell ya se había ido e Irene lamentó que el último recuerdo que se llevó de ella fuese tan terrible. Y lo que es peor: no le había dado las gracias por su amabilidad.

De repente, pese a que aún no podía levantarse de la cama, y mucho menos andar, el Ejército había decidido enviarla de vuelta a Francia. En avión.

El cirujano de la noche anterior fue a decirle que se iba a casa.

—Intente quitarse la guerra de la cabeza —le dijo—. Siendo francos, usted padece neurosis de guerra, lo que los compañeros llaman «fatiga de combate». Tómese unos meses para recuperarse.

Irene quiso replicarle: «No tengo nada que no pueda arreglar un poco de relajación y una aspirina. Un par de tragos, quizá. Soy una Woodward, jovenzuelo. ¿Quién es usted para decirme a mí nada?». Pero se mordió la lengua.

El joven se encendió una pipa y salió de la tienda.

Ella solo pensaba en ir a algún centro terapéutico y recuperar la estabilidad en las piernas para poder volver a casa. Pero, en realidad, no deseaba volver a casa. Sabía que no disponía de las palabras para explicarle a nadie lo que había vivido. Ellos no habían estado allí, no entenderían nada de nada. Además, ninguno merecía conocer aquella historia. Se los imaginaba pensando: «Hay que ver lo dramática que es, por Dios. Es tan típico de Irene…».

Solo que ya no quedaba ninguna Irene. Lo único que quedaba era una criatura fantasmal que había destruido todo lo que quería. No soportaba la expectativa de tener que ofrecer relatos emocionantes, disertaciones ingeniosas, las anécdotas más destacadas de sus viajes. Aún guardaba los cuadernos y el mapa de Dot. Seguían intactos en el bolso, cubiertos de polvo y agujas de pino.

Dorothy ya no aparecía en sus sueños. Irene quería que su amiga volviese, caminar de nuevo con ella por la orilla, ir juntas en el Rapid City, atravesar paisajes abiertos siguiendo la estela de una carretera

infinita bajo una bóveda celeste. Pero su amiga la había abandonado incluso en sus sueños.

Estaba preparada para irse. Las enfermeras le habían puesto una falda. Alguien le había conseguido un jersey mullido de color azul pálido. Le cepillaron el pelo y le ataron un pañuelo en la cabeza. Tendría que conformarse con eso. La monja belga le trajo un pequeño espejo de mano, pintalabios y maquillaje en polvo. No pudieron evitar reírse y la religiosa se ruborizó un poco. Irene vio su rostro por primera vez desde aquella noche. Estaba delgada. Tenía las mejillas hundidas. Las cuencas de los ojos, empalidecidas y grises. El maquillaje era de Chanel. Vaya, la monja tenía buen gusto. Ella misma se lo aplicó en el rostro hasta que dejó de parecerse tanto a una vampiresa. «No estoy tan mal», pensó. La querida Dottie se habría burlado de ella. Se pintó los labios de rosa coral. «Dios mío, Caimana, casi podría decirse que estás viva.»

Le avergonzaba que algo tan trivial como el maquillaje la pusiera de buen humor.

El avión había llegado. El personal se disponía a trasladarla a una camilla. De repente quiso tener el bolso junto al pecho. Se preguntó dónde estaría su baúl. Se dio cuenta de que todo lo que había allí dentro era sagrado. Flores secas de la boda de Holly y Rusty. Sus bocetos. Fotografías. Las boinas: a Dorothy le habría gustado que guardase las dos juntas. Tantas cosas que había perdido la cuenta. Todos eran tesoros preciados para ella. Las únicas cosas que le permitirían saber que había estado de verdad en la guerra. Aparte de las cicatrices.

Aunque le inquietaba la idea de volver a casa, en el fondo estaba deseándolo. Primero a Francia, luego a Nueva York. Por primera vez desde aquella noche, Irene sintió un atisbo de emoción, de esperanza. Pero, cuando vinieron a buscarla con la camilla, le dijeron que aún le quedaba una última misión por cumplir.

46

—Aguanta el chaparrón, Irene —dijo en voz alta y respiró hondo.

Tenían a dos soldados en una tienda aparte. Estos hombres, bueno, habían sufrido quemaduras, dijo la enfermera. Un terrible percance con un lanzallamas. Y estaban muriéndose. No iban a sobrevivir. Eso estaba claro. Y las enfermeras tenían mucho que hacer, dijeron. Les faltaba personal y tiempo, y necesitaban a alguien que les diese consuelo. Tendría que ser ella. Para eso era de la Cruz Roja. Sabía qué hacer para que esos chicos se sintiesen mejor.

—Pero… —empezó a protestar.

—Van a morir —la atajó la enfermera—. No hay ninguna esperanza. Así que no puede hacerles ningún daño, ¿entiendes? Solo tiene que estar ahí para que no se sientan solos.

Llevaron a Irene a la tienda en contra de su voluntad y la pusieron en la cama vacía, entre los hombres quemados. El suelo era de madera, como el de su tienda. Estaba lleno de fluidos y ungüentos que se habían tornado marrones, y de vendas con trozos de carne pegados. Ellos estaban tumbados en la cama sobre almohadillas gruesas. Tenían los brazos en alto y conectados a varios tubos. Estaban momificados bajo vendajes sucios, salvo en los puntos donde la piel estaba demasiado carbonizada. Los hombres resollaban, les costaba que el aire les entrase en los pulmones. La tienda estaba vacía, exceptuando los soportes de los sueros y las máquinas, y ellos dos.

Irene cerró los ojos.

—Lo siento mucho —les dijo—. Me siento tan avergonzada… No puedo—. Pensó: «Si yo solo sé hacer dónuts y café y charlar con los soldados; por el amor de Dios, sáquenme de aquí».

Uno de ellos estaba en silencio, inmóvil. Tal vez hubiese muerto ya. Tenía una especie de máscara transparente en la cara. ¿Oxígeno?

El otro se incorporó sobre un codo y la miró a través de una rendija entre las vendas; tenía los ojos embadurnados de ungüento; luego extendió la otra mano, que estaba carbonizada; le dio unas palmaditas suaves en la pálida mano y dijo:

—No pasa nada, señorita. No es tan grave. Se pondrá bien. Se lo prometo.

El hombre falleció veinte minutos después.

Irene pensó: «Esto es lo último que hago en esta guerra».

Los camilleros vinieron para llevarla al avión con destino a Francia. No era la forma en que esperaba abandonar la contienda. Había ido sola y ahora se marchaba sola y no acertaba a comprender qué había cambiado y qué seguía igual.

Lo único que Irene sabía con certeza era que ya no era la joven soñadora que se había subido en aquel tren, en Nueva York, con la esperanza de cambiar de vida. ¿Cómo iba a explicarles a su madre y a su abuela quién era ahora cuando ni siquiera ella misma hallaba las palabras para despojarse de su propio lastre? ¿Acaso albergar dentro de sí tantas penas y tormentos no la condenaría a una cadena perpetua de silencio? Jamás podría disculparse lo bastante ni dar suficientemente las gracias por haber sobrevivido.

Desde las alturas, Francia era una colcha de luciérnagas y estrellas de colores. Irene se agarró con fuerza a las mantas mientras el avión se inclinaba para iniciar su descenso gradual.

QUINTA PARTE
La última del linaje

47

Allí estaba la anciana mujer, de pie, al otro lado de las décadas, en mitad de un campo brillante largos años desatendido, diciéndose a sí misma que la guerra no era más que un recuerdo lejano guardado a buen recaudo. Nada especial. Un sueño común compartido por millones de personas. Casi olvidado, cada día más olvidado. Los Clubmobiles, al menos, habían sido borrados de la memoria, o eso parecía. No encontró mención alguna al servicio que ella y sus compañeras, las Nenas de los Dónuts, habían prestado.

—Tal vez yo sea la última —le dijo a nadie.

El sol empezó a ocultarse en el horizonte y entrecerró los ojos en aquella luz de finales de verano. Era muy consciente de que los tenía entornados la mayor parte del tiempo, pero ¿cómo era posible que sus recuerdos permanecieran tan nítidos y, sin embargo, fuese capaz de confundir un montón de ropa con un gato? La vejez, esa era la verdadera guerra. Un camión pasó a lo lejos y, por un breve instante, se sorprendió creyendo que el Rapid City llegaba cargado de suministros desde la retaguardia. El hábito de escaparse del tiempo estaba empezando a ocurrir con preocupante frecuencia. Volvió en sí y contempló las tierras que se extendían ante ella. «La guerra terminó hace mucho», se recordó a sí misma. Hacía ya bastante que aquel camión consumido por el fuego se había asentado en un suelo desconocido, pero ella seguía teniendo pesadillas recurrentes con los huesos de su compañera esparcidos entre los rescoldos.

—Basta —anunció. Ahora estaba allí, se dijo para sí. Era un día precioso y ella lo estaba viviendo. «Presta atención.»

A menudo se narraba a sí misma sus quehaceres diarios, temerosa del momento en que perdiese la cabeza del todo y olvidase lo que estaba haciendo. Le preocupaba encontrarse las gafas de leer en la heladera y preguntarse quién las habría puesto allí.

—A esta yegua le falta aún para la fábrica de pegamento —le dijo al viento.

De nuevo, allí, por primera vez en cincuenta años. Era difícil leer las pequeñas lápidas del cementerio familiar, que necesitaba una buena poda. Detrás de ellas había crecido un modesto matorral de rudbeckias. Le pareció tierno. Pero, últimamente, todo se lo parecía.

«Una cosa que pasa cuando te haces vieja es que lloras más», pensó.

A pesar del sol del atardecer, el viento soplaba con fuerza en la pradera y le entró un poco de fresco. Era como si una parte de ella se hubiese quedado para siempre en el largo invierno de Bastoña. Las antiguas heridas seguían angustiándola. Los dolores de cabeza la obligaban a ponerse un gorro de punto, como si el calor le aliviase las punzadas, y la pierna…, bueno, ni loca iba a usar bastón.

Ese último año había sido feliz, pero también duro. Duro por el cambio. Ella no lo apreciaba. Había hecho todo lo posible por forjarse una vida estable y gloriosamente aburrida, tanto para ella como para sus seres queridos. Ahora estaba lejos de la seguridad de su hogar, a merced del viento, hostigada por recuerdos a los que nadie había invitado. Murciélagos, sí; esos pensamientos eran murciélagos saliendo en estampida de un campanario en ruinas.

Este viaje representaba una especie de aventurilla para su nieta, su regalo de graduación antes de empezar la universidad. Un viaje por Estados Unidos para ver lo que quedaba de valor. Ella y su hija integraban el Cuerpo de Expedición de la joven graduada.

—¿Por qué tengo que ponerme tan tristona? —se reprendió—. Hubo muchos momentos maravillosos. —A menudo hablaba incluso cuando no había nadie cerca, aunque creía que los fantasmas siempre la rondaban.

Su nieta, de diecinueve años, iba detrás de ella; ya no le sorprendían los extraños conjuros que formulaba la Abu.

—¡Venga, Abu, si estás hecha una chiquilla! —dijo y se alejó a toda velocidad por la hierba amarilla, como una niña de siete años.

«Abu», por Dios santo. Un apelativo al que no había llegado a acostumbrarse a pesar de los años. Entornó los ojos y llevó la mirada a lo lejos. No quedaba rastro de su antigua casa, ni del inestable granero, ni del viejo pozo que habían excavado sus bisabuelos. No muy lejos, la carretera comarcal bordeaba una zanja repleta de girasoles gigantes y le gustaba pensar que eran los descendientes del jardín de su abuela. Por lo demás, esa parte del cementerio no tenía nada de especial. Se extendía tras una alambrada que protegía el muelle de carga de un centro logístico de Target.

Sus antepasados estaban allí reunidos, en paz, junto al tejado plano de aquel centro logístico, contemplando todos los colores y olores, todos los sonidos y pájaros de su infancia, las mismas nubes de hacía sesenta años, como si se hubiesen quedado allí, esperándola. La carretera de dos carriles era muy reciente, las líneas de la calzada conservaban sus vivos tonos blancos y amarillos. Camiones y coches extranjeros se cruzaron con un tractor lento y embarrado que

transportaba… ¿maíz? Malditos ojos.

—Supongo que dentro de poco iremos todos en naves espaciales.

Un roble viejo y espigado daba sombra a la parcela familiar. Una ardilla la regañó desde arriba. Un camión salió del aparcamiento y se adentró en la carretera para completar su misión.

—No estoy sola —dijo en voz alta.

Su hija, Andrea, la madre de la joven, estaba junto a ella sentada en un banco bajo de cemento que había junto a la valla.

—Claro que no, Mamá. —Encendió un cigarrillo y expulsó el humo lejos de su madre—. Nos tienes a nosotras.

La anciana se volvió hacia su hija.

—Y me siento muy afortunada por ello.

Cuando Andrea la miró, allí de pie, vio a una mujer que había intentado recluir el pasado en sus adentros durante cincuenta años. Solo dejaba salir a los fantasmas cuando se tomaba un manhattan. Doble, con hielo. Lo llamaba «zumito de alegría». Cincuenta años. El número seguía asustando a Andrea de vez en cuando, porque no sentía que tuviese esa edad. Lo que significaba que Mamá tenía… ¿cuántos? ¿Setenta y cinco? ¿Setenta y siete? Le daba vergüenza admitir que había perdido la cuenta.

Su hija, esa muchacha joven, correteaba por el prado. La Nena. Diecinueve años y pensando que era una duendecilla sabia. Le encantaba la historia y, de alguna manera, había conseguido que la admitiesen en Harvard, cosa que había dejado a todos boquiabiertos. Una arqueóloga en ciernes. Leía a Safo, a Le Guin y cómics de la Mujer Maravilla, y escribía historias propias en un cuaderno que no enseñaba a nadie. Al parecer, la chica estaba comunicándose con las hierbas altas, con las manos extendidas hacia las mariposas; sin duda, estaba hablándoles a los azulejos mientras soplaba dientes de león. Andrea meneó la cabeza. Estaba acompañada por dos mujeres muy tercas.

En cierta ocasión, la Nena le preguntó a su abuela qué sentido tenía eso de los dónuts y el café. En plan, ¿ir a la guerra en camión? ¿Y los nazis intentando matarte? ¿Y tú les dabas de merendar a los soldados? Y la anciana le respondió: «Las mujeres están llamadas a reconstruir el mundo. Los chicos lo destrozan todo. Incluidos a ellos mismos. Y a los demás también. Y luego nosotras lo rehacemos todo: a los chicos, al mundo, a nosotras mismas».

Tras un largo silencio, la Nena dio un suspiró y dijo: «Hombres… Nos iría mejor sin ellos». Llevaba una camiseta donde ponía PJ HARVEY. Andrea sonrió al recordarlo.

Si estaban allí, contemplando las lápidas del cementerio, era por la

chica. Mamá nunca quería visitar ese rincón desolado. Pero la niña deseaba rendir homenaje a sus antepasados, honrar la historia de su familia. De ahí surgió la idea de recorrer Estados Unidos en una autocaravana alquilada: una caja rolliza de aluminio con ventanas panorámicas y una radio CB por la que salían inopinadas voces masculinas hablando de las condiciones de la carretera y de cualquier cosa que se les ocurriese. El vehículo se llamaba Chieftain o algo así.

Habían alquilado el vehículo en Chicago. «El corazón del país», dijo su madre insistentemente cuando aterrizó el avión. Desde allí podían ir a cualquier parte. Eligieron dirigirse al sur, al parque temático Dollywood —les parecía divertidísimo que hubiese un parque temático dedicado a Dolly Parton, la gran nena del *country*—, y luego vagaron por el Medio Oeste en busca de campos de batalla y parques de dinosaurios. La Nena estaba encantada de dormir en la mesa plegable de la cocina de la caravana.

Mamá parecía estar pasándoselo bien, pero Andrea sabía que, en realidad, andaba perdida en sus ensoñaciones. Cuanto más conducían, más relajada parecía, más tiempo se quedaba mirando a la nada, y a veces se reía al recordar alguna escena secreta que sus dos compañeras deseaban ver también. Luego se tapaba los ojos durante un momento; posiblemente lloraba. Aquel llanto duraba solo un segundo. La Nena había sorprendido a la Abu acariciando de forma subrepticia el salpicadero del vehículo.

—Este camión —anunció la anciana una mañana de girasoles— necesita una máquina de hacer dónuts.

—Creía que odiabas los dónuts —repuso Andrea.

—Me los como encantada. Lo que odio es hacerlos. Tú y la Nena os podéis encargar de prepararlos.

De buenas a primeras, Dorothy le cambió el nombre al Chieftain y empezó a llamarlo el «Clubmobile».

Andrea no podía ni imaginarse lo que aquel largo viaje en camión significaba para su anciana madre. Había comprado varios casetes en una de esas enormes áreas de descanso para camiones: *Las mejores canciones de los años 40* y *Eterno Sinatra* y *Jitterbug Boogie: ¡Los grandes éxitos de la II Guerra Mundial!* Parecían ser del agrado de Mamá. Además de la botella de Baileys, sugerencia de la Nena. Tenían un termo preparado a todas horas para que no decayese el ánimo.

Andrea iba al volante mientras Mamá consultaba el atlas de carreteras Rand McNally, marcando la ruta con un rotulador fluorescente. La joven, que iba detrás, ponía los ojos en blanco cada vez que su abuela la llamaba «la tercera chica del camión».

Dorothy se volvió hacia Andrea y le hizo un gesto para que se acercase.

—Me vendría bien sentarme un poco —dijo.

Ella se levantó de un salto y le tendió una mano para ayudarla. Su madre la cogió y se dejó ayudar. Mamá parecía frágil, pero en el fondo era un tanque. Su agarre era firme, aunque huesudo. Apretaba con la fuerza de un estibador. Aun así, el suelo era traicionero y Andrea no soportaba la idea de que se cayese aquí, delante de esos fantasmas. Siempre le sorprendía lo fría que estaba la mano de Mamá; era como una garra. Como si se hubiese transformado en una suerte de pájaro. Se sentaron juntas en el banco agrietado, respirando el aire limpio que arrastraba el viento. Las puntas doradas de las hierbas altas bordaban patrones por todas partes.

—Me alegro de que la mocosa de tu hija nos convenciera para hacer este viaje —dijo Dorothy.

—Creía que había sido idea tuya.

—Eh, bueno. Tal vez, no sé.

—Es un viaje bastante largo —se disculpó Andrea—. Avísame cuando te canses.

Dorothy le hundió un dedo entre las costillas.

—Íbamos en camión por todos los sitios en guerra, ¿sabes? —Miró fijamente a lo lejos; luego cerró los ojos y se quedó sentada, inmóvil, como hacía a menudo, semejando una talla de madera.

—La Abu está otra vez viajando en el tiempo —dijo la Nena mientras se acercaba.

—Qué niña más lista —respondió Dorothy sin abrir los ojos.

—¿Estás meditando, Abu?

—Descansando los párpados un poquito. —Abrió los ojos y miró fijamente a su nieta—. Se ve que soy demasiado fuerte para morir —anunció.

—*Ja, mor* —convino su hija.

—Andrea, tu pequeña va a ir a Harvard.

—Sí.

—Una niña brillante.

—Mamá, ¿seguro que quieres hacer esta parte del viaje? Cambridge está lejos.

—Por supuesto. No seas tonta.

—Pero antes haremos una parada en Long Island —intervino la Nena.

—Sí —convino Dorothy—. Para poner flores en otra tumba.

—¿Cómo te solía llamar? —preguntó Andrea.

—Esa chica maravillosa me llamaba «querida Dot».

Después de un momento, la nieta dijo:

—Sé que era tu mejor amiga, que me llamo como ella. He oído historias toda mi vida. Pero, en serio, ¿cómo era?

Parecía como si no la hubiese escuchado. Miró de nuevo a la nada. Pero, entonces, se volvió y las miró intensamente a los ojos.

—Era como la primavera —respondió.

Entonces Dorothy, Andrea y la tercera chica del camión contemplaron la luz anaranjada del atardecer y no dijeron nada más.

48

En el salón de Irene siempre era 1945.

Raro el día que en su fonógrafo no sonaba algún disco de los años de la guerra. No solo escuchaba la música: la respiraba. Elepés apilados sobre el plato giratorio. Betty Hutton, Ol' Blue Eyes, Harry James, Benny Goodman, Kay Kyser, sin olvidar a la triste y fabulosa Billie. Maquetas de aviones de guerra colgadas de cuerdas de nailon casi invisibles: un B17 verde, un P51 Mustang plateado, un Douglas C47 sin pintar. Un coleccionista le había conseguido la grabación del motor de un P51 Mustang rugiendo con toda la ferocidad de sus doce cilindros RollsRoyce. Por desgracia, no existía ninguna grabación del motor de un Clubmobile ni del traqueteo de la cocina. Pero mejor así, pues no se veía capaz de soportar aquel sonido.

Había organizado su mundo en torno al largo proceso del olvido. Pero, por más que lo intentaba, no conseguía escapar. Las cosas que más apreciaba las guardaba allí, en la vieja casa de Effie y Eva. Ahora era suya. Su museo encantado. Parecía irónico que todo lo que ahora le importaba se hallase en el pasado. Ella, que siempre había anhelado un futuro mejor. Últimamente había estado pensando en aquel día, tan lejano ahora, en que dio comienzo esta aventura. El tren desde Nueva York hasta el sur. El soldado cojo. La forma en que la miró cuando ella admitió que no entendía a qué se refería con lo de «sobrevivir a la guerra». Cuánta razón tenía. Ser la superviviente conllevaba pasarte la vida entera intentando comprender. Pensando: «He matado a mi mejor amiga».

Era la última de su linaje y había heredado las tierras y la casa al fallecer su madre. Eran de los Woodward desde tiempos inmemoriales. En la actualidad, Irene ocupaba sus días escuchando música y leyendo libros mayormente, y seguía batallando con la bomba de hierro que la familia había usado desde siempre para extraer agua fría y dura.

Cuando regresó de la guerra, con el cuerpo y el alma destrozados, prefirió volver a Mattituck antes que a la casa de su madre en Staten Island. La tía Eva y la abuela Effie le curaron las heridas, la consolaron durante sus pesadillas y la oyeron llorar. Su madre, todavía dolida por la forma en que se había marchado, iba a visitarla casi todas las semanas. Ella nunca le preguntó por qué no había respondido a sus

cartas y Madre nunca le preguntó por la guerra.

Mientras se recuperaba, Irene intentó retomar su antigua vida. Pero no tenía ingenio conversacional, ni ganas de pintarse los labios, ni afecto que ofrecer a nadie. No confiaba en el mundo después de haber visto su crueldad. El único lugar seguro era ese, las tierras de sus antepasados. Los muros de piedra de la granja habían dado cobijo a generaciones de mujeres Woodward. Ahora era su turno.

Cuando Madre, exasperada, le exigió que regresara a Staten Island y que buscase un trabajo, Irene insinuó que necesitaba algo más más de tiempo para recuperarse de la guerra.

La mujer se rio en su cara. «Eso es una ridiculez —protestó—. Ni que fueras un soldado. Que tú estabas allí haciendo galletitas. ¿Recuperarte de qué, eh?»

Ella, sabiendo que era imposible que su madre lo entendiese, no se molestó en rebatirla.

Aquella primera Navidad, Madre le hizo llegar una tarjeta de Holly y Rusty. Irene no fue capaz de abrirla. Le hizo preguntarse qué habría sido de García. Supuso que sería la única persona que echaría de menos a Dorothy tanto como ella. Pero ese era un pozo oscuro al que no deseaba precipitarse y tiró la tarjeta a la basura. Cualquier contacto con quienes habían sobrevivido era sumergirse en el recuerdo agónico de quienes no habían tenido esa suerte. Nunca recibiría una tarjeta de quienes le importaban de verdad.

Para tener un futuro, Irene llegó a la conclusión de que debía construir una barrera entre ella y su pasado, maciza como los muros de piedra que rodeaban la granja. Así que se quedó en Mattituck para recuperar fuerzas. Alimentaba a las gallinas y desconcertaba a su tía y a su abuela exigiéndoles que no matasen a ninguna más. Con el tiempo, se aventuró a ir a la ciudad, donde mantenía una distancia amistosa con sus vecinos. Visitaba regularmente la biblioteca y la tienda de comestibles y, alguna que otra tarde, se tomaba una taza de café y un *scone* en la pastelería local. Esas excursiones siempre la dejaban exhausta y melancólica.

Cuando su abuela, primero, y su tía, después, enfermaron, se ocupó de ellas y acabó enterrándolas en la parcela familiar de la iglesia presbiteriana. Cuando Madre murió e Irene heredó la granja, vendió veinte hectáreas de las tierras familiares, haciéndose así con un colchoncito. Y, como todos las Woodward antes que ella, se aferró al apellido. La última del matriarcado.

Y ahora era una anciana. Recluida en su casa, a salvo de todas las cosas horribles que aguardaban al otro de la puerta. Se entretenía con lo que quedaba de los huertos y con sus pequeños proyectos. Y al final

dejó de ir a la ciudad. Sus visitas ocasionales al bingo que organizaba el Club de Veteranos de Guerras en el Extranjero le habían resultado bastante agradables, aunque un tanto fastidiosas. La gente no dejaba de darle patadas a la gramática. Por Dios, lo que había que oír. Al final aprendió a morderse la lengua y no corregir a nadie.

Su frecuente adquisición de libros usados a diez centavos de la biblioteca la mantenía felizmente provista de lecturas. Le encantaban Travis McGee y Spenser. A menudo se agenciaba las revistas *Yankee* y *New Yorker* cuando se aventuraba a hacer la compra. Tampoco podían faltar un helado y un café. Aunque ella no conducía, sus amigas siempre se ofrecían a llevarla.

Sobre las estanterías descansaban la maqueta de un jeep y un tanque Sherman de plástico. En la otra punta del salón tenía una maqueta de un camión de dos toneladas y media. No había encontrado la forma de construir una cocina en la plataforma del vehículo. No guardaba nada alemán en la habitación.

En la pared más cercana a la cocina, junto a la puerta vieja, encima de la mesa del desayuno —en la que nunca faltaban una sopera Friendly Village colmada de flores recién cortadas—, colgaba un retrato fotográfico enorme en un pesado marco. La mujer que aparecía en él iba de uniforme, con una gorra terciada sobre su rubia cabellera, la barbilla levantada, los ojos mirando al cielo, como observando a los bombarderos volver a casa, a Glatton. «¡Te quiero, amiga! Dot» estaba garabateado en la parte inferior.

Delante del sofá, sobre una alfombra ovalada ancestral, se encontraba el baúl militar. La pintura verde se había desvaído hasta volverse casi gris. Estaba cubierto por un mantel que Irene había bordado con recuerdos de lugares en los que había estado. De algún modo, el arcón había dado allí con ella; un camión del Ejército se lo trajo en 1946. No se atrevió a abrirlo. Sabía que dentro estaban sus viejas botas sucias. La mayor parte de su uniforme. Y dos cosas que quería guardar, pero que era incapaz de sacar, de tocar, de oler: las boinas roja y negra que ella y Dot se habían comprado en la Costa Azul. Sabía que estaban envueltas en satén blanco y papel de periódico, bajo su chaqueta, aquella maltrecha prenda verde que los chicos habían decorado con insignias: del Grupo 457 de Bombardeo, del Octavo Ejército, de la Primera División de Infantería, de las Fuerzas Aéreas del Ejército.

Mejor dejar el baúl cerrado.

Sospechaba que sus diarios y cuadernos de dibujo también estaban allí. Incompletos, abandonados. Y las fotografías, sueltas y vivas. Le daban miedo. No sabía qué podrían desencadenar en su casa. Tantos

soldados sonrientes. Phyl, Jill y la Diablilla delante del Cheyenne. Aquellos retratos de Cannes, la foto que Dorothy les hizo a ella y a Hans, los dos en bañador negro, ambos aún con el cuerpo dolorido después de haber hecho el amor. Cuerpos jóvenes y brillantes a plena luz, ahora simples fantasmas. Y las miradas inertes de Buchenwald. Los montones, las montañas de cuerpos fríos. Ese extraño olor que aún la acompañaba. Y el desaparecido Rapid City, tan glamuroso en aquellas fotografías que tomó; ese camión viejo era su obsesión: reluciente y nuevo al principio, lleno de mugre y agujeros de balas y pintadas después. Estaba segura de que, si alguna vez abría aquel baúl, los espíritus allí atrapados saldrían en tropel y llenarían la casa.

En la pared, encima del fonógrafo, había un mapa con los bordes desgastados, lleno de marcas de tinta y lápiz, que mostraba todas las carreteras que habían recorrido: Francia, Bélgica y Alemania. Incluso las excursiones rápidas a pueblecitos para comprar chocolate o calcetines. Sus manchas de café y chocolate parecían las sombras de las nubes. La última noche, Dot le puso el mapa en las manos y ella lo metió en su estropeado bolso, lo único que salió de la montaña con ella. En la unidad MASH, alguien lo colocó bajo el catre de Irene, sin saber que la hoja de papel arrugada que había dentro sería su talismán más preciado. Cada rasguño de tinta revelaba un movimiento de la mano de su querida amiga.

Su último cuaderno también estaba en el bolso. Con más de la mitad en blanco, llevaba décadas en la estantería junto con la maqueta del camión GMC. Los días de sol cálidos, o cuando el agradable fuego de la chimenea la guarecía de los crudos días de invierno, o cuando —mejor aún— las primeras nieves sesgaban la luz de las farolas en la carretera como polillas brillantes dentro de conos perfectos, se preparaba un ponche caliente con ron, mantequilla, nata, canela y azúcar. Luego abría el viejo cuaderno y olía los mil aromas de su pasado. Los poemas tontorrones que había escrito. Las hojas de roble de Staten Island. Flores prensadas del Viejo Continente. Una fronda de helecho seco. No era un diario al uso. No le interesaba revivir su historia, se decía a sí misma mientras apartaba la vista de las paredes y los armarios. Ya no intentaba anotar sus observaciones cotidianas, no eran más que repeticiones del mismo día: miedo a la muerte y, al mismo tiempo, anhelo por que esta llegase. Además, ¿qué quedaba por decir? «¿Le has dado de comer al gato? ¿Has tenido una pesadilla? He dormido demasiado, parece que va a llover. El Manitas dijo una vez…»

En lugar de eso, se sorprendía a sí misma escribiendo poemas en el cuaderno. Bueno, conatos. Sabía que nadie los leería. Eran suyos, sus

particulares cantos a todo lo que había caído. Quería escribir una lista de instrucciones para su funeral y el primer punto sería: «Quiero el diario dentro del ataúd, conmigo, cerrado».

—Vamos, Caimana —se dijo a sí misma—. No seas tan macabra.

Arriba había tres habitaciones, todas pequeñas, como era normal tratándose de una granja del siglo XIX. La casa estaba un poco destartalada, pero irradiaba alegría gracias al sol de Long Island que se colaba entre las cortinas de encaje. El pasillo que conducía a los dormitorios era estrecho, y el suelo, irregular; subía y bajaba y chirriaba cada vez que alguien pasaba por encima. Todo el segundo piso desprendía un leve olor a lavanda. En el extremo sur de la casa, la letrina (como seguía llamándola Irene) albergaba un inodoro con una cisterna elevada y una cadena. Y una bañera de hierro con patas de león. Y una ventana alta que le permitía curiosear los márgenes de la ciudad.

Al igual que todas las casas antiguas, esa también tenía secretos, y los más preciados se escondían en sus puertas. La de su dormitorio y la de la planta baja eran portales a otro tiempo, a otro lugar. Madre le había desvelado a Irene el misterio de esos espacios cuando era niña. Como comerciaba con antigüedades, sabía que los pomos de latón se habían fabricado en la década de 1860 y estaban vacíos por dentro. El pequeño hueco dentro de cada uno estaba sellado mediante un escudo redondo de latón sujeto por seis bridas estrechas. Se podían quitar fácilmente y luego volver a colocar. Cuando venían de Nueva York, Madre solía esconder un caramelo dentro del pomo del cuarto de Irene para que el domingo por la mañana, antes de ir a misa, ella lo descubriese.

Contó el secreto a sus primos los cafres en algún momento de los años veinte. Estos abrieron todos los pomos de la casa y crearon una serie de escondites para tesoros y mensajes doblados. Cráneos de ratón, conchas pequeñas, una punta de flecha, monedas, canicas, caramelos, una bala del 22. Pero ahora solo la puerta de su dormitorio y la principal albergaban los secretos de su corazón y nadie sabría jamás que estaban allí. Cien visitantes podrían girar aquellos pomos sin saber que existía un espacio sagrado en su interior.

Lejos de todas aquellas reliquias de la guerra, Irene guardaba una foto pequeña en un marco dorado. De Jack Dashiell. El conductor alocado y risueño de ese maravilloso bólido de Mattituck al que llamaban la Plataforma. Aquel chasis desnudo de un Ford T con dos sillas acolchadas y un sofá roto atado a la parte de atrás. En cierta ocasión,

el tío Will dijo que en ese coche había más cuerda que metal. Un día después de terminar el instituto, Jack apareció sin su séquito e invitó a Irene a dar una vuelta en la Plataforma. Fueron a un lugar que ella nunca había visto y que no aparecía en los mapas: la playa de Goat's Neck. Él llevaba una botella de algún licor fuerte. Se tumbaron allí, embriagados de juventud y de alcohol y de viento, y vieron volar a las águilas pescadoras hacia sus enormes nidos en los pinos. Los guijarros de la playa tenían forma de huevo y eran extrañamente reconfortantes.

—Sé que ahora no quieres cuentas conmigo, señorita —dijo—, pero algún día me casaré contigo.

Aquellos días, ella tenía salida para todo. Chicos… Ya ves tú. Se volvió hacia él y le dijo:

—Cua, cua, cua.

Después de la guerra, Jack regresó del Pacífico sur con un poco de tripa, tatuajes borrosos y una pensión de la Marina estadounidense. Visitó a Irene con regularidad durante su convalecencia. A veces la llevaba de paseo por la costa. Él seguía soltero después de todos esos años y su presencia era un consuelo para ella. Tras la muerte de su anciana madre, Jack pasó a ser la distracción favorita de ella. El banquete de boda se celebró en el Club de Veteranos de Guerras en el Extranjero.

El risueño de Jack se compró un Buick Roadmaster crema y marrón, y se convirtió en el chófer de Irene. Después de la guerra, esta se negaba a conducir. Cuando, a menudo, él se ofrecía a darle algunas clases para que perdiese el miedo, ella decía: «¡Qué horror!» y se servía una copita de jerez. Entonces él la acompañaba del brazo hasta el enorme coche, le abría la puerta y tiraba el puro para que no oliese mal dentro. A Irene siempre le divertía verlo corretear hacia su asiento, frotándose las manos de la emoción. Las noches de bingo en el club eran su gran alegría, aparte de jugar a los bolos con los chicos en el Mastic. El volante tenía una especie de pomo giratorio que le permitía llevarlo con una mano como si fuese un patrón de barco atracando en el puerto.

En el club de bingo, Jack contaba chistes a otros soldados veteranos: «Uno que quiere alistarse a la Marina y el comandante le pregunta: "¿Sabe usted nadar?". Y el tipo responde: "¿Es que no tienen barcos aquí?"».

Su gesto más romántico, aparte de hacer rutinariamente de chófer, fue decirle: «Caimana, eres una buena amiga». Pero se lo pasaban genial, y, si Jack sospechaba que el corazón de ella pertenecía a otro, nunca lo dejó entrever.

Pasaron juntos catorce años. Catorce años por los que Irene se sentía agradecida. La noche en que le falló el corazón, él estaba en el sillón viendo la tele, tomándose su Rolling Rock, mientras ella estaba arriba, en la cama, releyendo a Fitzgerald. Le pareció oír un grito breve.

—¿Jackie? —preguntó—. ¿Estás bien?

El silencio se lo dijo todo. Bajó las escaleras con sigilo, como si hubiera un ladrón en la casa. Por alguna razón, contuvo la respiración. Parecía dormido, con una zapatilla en el suelo y la otra colgando de los dedos del otro pie. Tenía la boca abierta y la cerveza derramada sobre el regazo.

Irene no podía dejar de temblar. No sabía qué hacer, así que llamó al Club de Veteranos y a la señora Livingston, que vivía al final de la calle. Luego se sentó en el porche a esperar la nueva vida de silencio y soledad que sabía que tenía por delante.

Poco a poco, se fue recluyendo. Dejó de acudir a las noches de bingo, a pesar de que la señora Livingston se ofrecía a llevarla. Durante varios años siguió participando en el desfile del Día de los Veteranos, sentada en la parte trasera de un jeep Willys, rodeada de sus patrióticos convecinos. Parecía una estrella de cine saludando a los aburridos niños, a los padres que bebían cerveza y a los abuelos que enarbolaban banderitas. Todo el mundo estaba sentado en sillas de jardín a lo largo del recorrido. Cuando se dio cuenta de que esos niños aburridos eran ahora los padres cerveceros de otros críos, y de que los abuelos habían pasado a mejor vida, dejó de ir. Echaría mucho de menos los aviones de época que acudían para la ocasión y que sonaban igual que cuando el Manitas sobrevolaba Glatton. Pero también podía salir al antiguo huerto de frambuesas de Effie, junto al salón, y escucharlos; a veces incluso los veía. Los vecinos estaban pendientes de ella, por supuesto. De vez en cuando la llevaban al supermercado. Pero a veces prefería sacar su carrito plegable y recorrer el trayecto a pie, diciéndose a sí misma que necesitaba hacer ejercicio. Era menos de un kilómetro, aunque, cuando estaba cansada y llevaba el carrito a casa cargado de sopa y patatas, tocino y jerez, le parecían diez. Y los coches que pasaban a toda prisa junto a ella le parecían insultos.

49

El viaje en el Chieftain estaba siendo todo un éxito. Las tres mujeres llevaban sus suvenires favoritos de la visita a Dollywood: gorras de béisbol de color fucsia con la inscripción BATEA COMO UNA NENA en la parte delantera. El camión chupaba gasolina como un elefante en un abrevadero. A lo largo de la aventura, la Nena había revelado un afecto sobrehumano por unos conos de maíz llamados Bugles; se guarnecía de bolsas cada vez que paraban en un área de descanso. A menudo se los ponía en las puntas de los dedos a modo de garras. Tras lo cual, se sucedían una serie de crujidos espantosos.

En cuanto a Andrea, le encantaba el café. Litros y litros. El retrete del camión las liberaba de tener que parar, por lo que podían recorrer autopistas enteras sin interrupciones, como John Steinbeck y su perro Charley. En Dollywood, Dorothy había redescubierto las galletitas MoonPies y guardaba un par de cajas en la neverita del vehículo, un regalo de los dioses de la carretera. Seguía refiriéndose a ella como la «heladera», detalle que a su hija y su nieta les parecía entrañable. Consciente de ello, utilizaba el término precisamente para demostrar que no iba a cambiar su forma de ser por ellas.

Mientras el sol se retiraba, examinó Indiana desde su trono, en el asiento del copiloto, el paisaje aún repleto de carteles pintados a mano: EL INFIERNO EXISTE, JESÚS VIENE PRONTO, FUEGOS ARTIFICIALES, JESÚS O EL INFIERNO. Se sintió como si estuviese en aquel autobús Greyhound de 1943, rumbo a la guerra, a punto de conocer a la Caimana. No tenía claro del todo si quería visitar su tumba. Para ella era más sencillo decirse a sí misma que no había visto a Irene en un tiempo. Que tal vez había encontrado al Manitas y vivían en algún rancho idílico de Oregón. Pilotando juntos aviones de carga. Fumigando cosechas. Él le habría enseñado a montar a caballo, la habría llevado por aquellos senderos nevados hasta alguna región montañosa repleta de alces y lobos. A menudo, imaginarse ese tipo de cosas la ayudaba a conciliar el sueño. Visualizar a la pobre Irene intentando cabalgar por un sendero verde, trastabillándose a cada poco, perdiendo su ridículo sombrero de vaquera, insultando al caballo: «¡Bestia recalcitrante!», bastaba para que Dorothy se durmiese con una sonrisa. Pero, algunas noches, su amiga, sin venir a cuento, se

daba media vuelta en la silla de montar y se quedaba observándola. Cuando eso ocurría, no conseguía pegar ojo.

Ella sabía que ver la tumba de Irene pondría fin a aquella fantasía absurda. Sin embargo, hasta eso sería mucho mejor que el recuerdo que tenía grabado a fuego de su amiga intentando recuperar el control del Rapid City sobre las copas de los árboles antes de que explotase. Cincuenta años después, se vio al fin con fuerzas para despedirse.

A Dorothy le gustaba estirar la pata chula siempre que tenía ocasión. En una parada de camiones en la que parecía haber varios miles de surtidores de gasolina, dio una vuelta alrededor del vehículo bajo los últimos destellos del día, observando cómo las urracas se disputaban unas patatas fritas del McDonald's. Se llevó las manos a las lumbares y se estiró. Andrea exprimió unos centavos más de la boquilla, la puso en su sitio y cerró el tapón del combustible. Miró a Dorothy, sonrió y alzó el pulgar.

Cuando el marido pescador de la hija se perdió en alta mar, ella confió en la firme creencia de su madre de que las mujeres siempre encontraban la forma de salir adelante. La Nena era aún un bebé cuando se mudaron con Dorothy, y Andrea invirtió el inesperado dinero del seguro en una panadería que regentaría junto con su madre. En cuanto a esta, profesora jubilada de inglés como segunda lengua, no se le ocurrió mejor manera de gastar el dinero de su pensión.

Andrea había aprendido a hornear de niña. A menudo se despertaba y se encontraba a Dorothy medio dormida, cocinando como un autómata pasteles o galletas o pan durante horas. Andrea cogía un bol y le echaba una mano a su madre, que a veces lloraba en silencio mientras cocinaba. Una mañana temprano, mientras el sol empezaba a despuntar y el pan se enfriaba, Andrea la rodeó con los brazos y le preguntó: «¿Hacer esto te ayuda con las pesadillas». A Dorothy se le llenaron los ojos de lágrimas. Lo único que pudo hacer fue asentir y cortarle a su hija una rebanada del pan.

Pusieron la panadería en Christianshavn, junto a un canal que atravesaba el centro de Copenhague. La llamaron Rapid City American Bakery. A los turistas y expatriados les encantaba. A los lugareños, según quién fuese el presidente estadounidense en ese momento. A los jóvenes parecía gustarles porque Dorothy les permitía pasarse allí el día entero siempre y cuando rellenasen las tazas y echasen monedas al bote. Ellos también sabían que, para que todo fuese bien, tenían que darle un cigarrillo cada hora. La panadería fue un éxito y, cuando murió el dueño de la tienda de al lado, la ampliaron y pusieron sofás

viejos y macetas y plantas para los *beatniks,* que era como Dorothy llamaba a todos los mochileros que asomaban por la puerta, aunque corriesen ya los años setenta.

La pequeña Irene se había criado en la panadería. Dorothy empezó a llamarla Nena de muy chica, una especie de broma interna, pero el estúpido apodo se acabó quedando. Todos se reían a carcajadas cuando la chiquilla decía: «¡No me llames Nena!».

Las tres mujeres eran una piña. La joven hacía los deberes en una mesa del fondo, jugaba al pinball con sus amiguitas vikingas y acababa haciendo de camarera, panadera y pinchadiscos no remunerada. Era un imán para los niños, sobre todo para los chicos torpes que hablaban inglés y llevaban vaqueros muy ajustados. Fue ella quien hizo el cartel que rezaba: LO SENTIMOS, NO TENEMOS DÓNUTS.

Dorothy abrió los ojos y se encontró de nuevo en el área de servicio de la interestatal, con ese viejo aroma a Medio Oeste americano. Entonces cayó en la cuenta: Europa no olía como su hogar. Pasó la mano por el lateral del camión. ¿Qué haría Irene si estuviera allí? Se subiría al asiento del copiloto y le sonreiría, esperando que ella hiciese de chófer.

Apareció un motorista quemado por el sol a lomos de una Chopper. Llevaba un pañuelo sucio al cuello y un chaleco con un parche roquero que decía: SUNDOWNERS. Tatuajes de águilas y una bandera le decoraban los antebrazos. Se apeó para llenar el depósito.

Dorothy lo felicitó por la moto y él se lo agradeció.

—¿Veterano? —preguntó, señalando con la cabeza sus tatuajes.

—Sí.

—Cruz Roja —dijo ella—. Estuve con Patton.

—No joda. —Asintió apreciativamente.

—¿Puedo dar una vuelta?

El hombre se rio y le preguntó adónde pensaba ir.

—A mil novecientos cuarenta y cinco —dijo; saludó con la mano y regresó al Chieftain. Abrió la puerta del conductor y encontró a Andrea al volante.

—Conduzco yo —le dijo Dorothy a su hija.

—No te preocupes, mamá.

—¿Es que no me ves capaz?

—No quiero que te pasa nada.

La Nena miró desde el asiento del copiloto, que había reclamado.

—Ni siquiera tienes carné, Abu.

De repente, le entraron ganas de fumarse un cigarrillo. Se inclinó y escupió. ¿Qué demonios había pasado con García y Rusty?

—Hace mucho que no conduzco un camión grande, lo sé, pero seguro que te doy mil vueltas, tesoro. —La Nena regresó a la penumbra de su guarida—. Hija mía —dijo, mirando a Andrea—, levanta el culo de ese asiento.

Andrea agarró el volante enfurecida. Pero no se atrevió a contradecir a su madre, tanto si estaba loca como si no. Se pasó con dificultad al asiento que la Nena había dejado libre.

—Esto se pone interesante —dijo la Nena desde su comedor reconvertido.

—Cierra el pico, Nena.

—No me llames Nena.

Las tres mujeres se rieron. El motorista pasó rugiendo junto a ellas, con una mano en alto, y Dorothy le tocó el claxon.

Dorothy se acomodó mientras el vehículo, que iba más suave que el Rapid, avanzaba hacia la gran oscuridad del este. El asiento del conductor rebotaba sobre muelles esponjosos. Y esa bestia casi no hacía ruido: nadie tenía que gritar. La dirección asistida le permitía maniobrar la autocaravana con un solo dedo, mientras que la transmisión automática le evitaba tener que usar la pierna mala para pisar el embrague. Un trozo de cartón con forma de pino colgaba del retrovisor y hacía que la autocaravana oliese a colonia en vez de a esa mezcla de gasolina, humo y sudor.

—Podría acostumbrarme a esto —murmuró Dorothy, tratando de descifrar los mandos y las diversas luces.

Andrea estaba comiendo caramelos Life Savers de ron y mantequilla. La Nena estaba detrás enchufada a un aparato llamado Walkerman o nosequé que servía para escuchar música. Lo único que oía ella de aquellos pequeños auriculares era un rítmico tssttssttsst.

La radio pegó un repentino chasquido. Un radioaficionado irrumpió en mitad de una bruma de estática, desconcertando a las otras dos pasajeras de la autocaravana: «¿Me oyes, colega? Scooter Bob está dándole una paliza a Xenia. ¿Cuál es tu ubicación? Responde. Cambio».

Dorothy sabía que podía estar a cuarenta o cincuenta kilómetros de distancia, pero, para su propio asombro, alcanzó el micrófono y pulsó el botón de hablar sin pensarlo:

—Oído, Scooter, aquí el CRA Rapid City con la tripulación al completo rumbo noreste. Sudando la gota gorda para alcanzar al Octavo Cuerpo. Pero ese Patton le pisa con ganas. Cambio.

Scooter dijo: «Eeeh. Corto».

Dorothy soltó una risita y puso el micrófono en su sitio con gran

satisfacción. Se lo estaba pasando en grande.

Al cabo de un rato, echó un vistazo a la Nena, que se había quedado dormida. Andrea también estaba descabezando una siesta de carretera. Por más que intentaba evitar quedarse a solas con sus pensamientos, la sensación de conducir aquel camión estaba trasladando a Dorothy a aquella noche terrible, pese a que el murmullo del motor no se parecía en nada a los gruñidos del Rapid City mientras intentaban huir de la policía militar, del Sueco y sus secuaces, de los alemanes. Aún se imaginaba a Irene luchando con el volante. «¿En qué estabas pensando, Dorothy? ¿En qué estabas pensando? No pensaba en nada. Estaba loca. ¿No te das cuenta?» En algún lugar, en las sombras, fuera del alcance de los faros, su amiga la miraba fijamente, sin decir nada.

Se estaba haciendo tarde y ella sabía que debería estar buscando algún lugar donde pasar la noche, pero estaba atrapada en sus recuerdos. Conducía el Chieftain por la carretera oscura que tenía ante ella; los bosques y los árboles se entremezclaban de algún modo con los recuerdos que tanto había luchado por reprimir en los últimos cincuenta años. Esa vez, sin embargo, conducía ella. «Esta vez —pensó Dorothy— puedo evitar que la pesadilla ocurra.»

Y, sin embargo, no pudo.

El Rapid City cae, una oscura avalancha desprendiéndose de la montaña.

El sorprendente golpe y la convulsión cuando el camión se eleva por los aires, el horrible crujido cuando impacta contra el borde de la carretera y vuelca, la nauseabunda brusquedad de la caída. El ruido de todo lo que hay en la parte de atrás: tazas y platillos que salen volando y se hacen añicos. La idiotez que se le pasa por la cabeza: «Salva las tazas».

Cae, cae… y Dorothy cruza los brazos sobre la bebé, la envuelve con el torso para protegerla, apoyando los pies contra el salpicadero. Irene forcejea con el volante, intentando salvarlo todo como sea, gritando su nombre. El chillido más terrible del mundo.

Tratando de no aplastar a la niña con la ferocidad desesperada de su abrazo, aprieta la boca con tanta fuerza que podría estar triturándose los dientes. El camión choca contra la tierra o una roca o un árbol, o las tres cosas a la vez; la puerta de Dorothy se abre de golpe y ella salta por los aires, con la bebé dentro de la chaqueta. En una perpetua cámara lenta, una fracción de segundo fosilizada en la eternidad, sale volando hacia atrás por la puerta, se aleja del camión al tiempo que este se aleja de ella.

Y, durante una brizna infinita de segundo, ve el interior de la cabina del vehículo. El destello blanco del rostro de Irene girado hacia ella, la boca y los ojos de su amiga abiertos de par en par. ¿La está llamando? Dorothy no tiene tiempo de responder cuando el camión explota y ella sale despedida al cielo en llamas y cae finalmente en la tierra.

Lleva cincuenta años cayendo.

El olor de su pelo quemándose cuando una bola de fuego floreció sobre su cabeza inundaba ahora el Chieftain y Dorothy se detuvo en un área de descanso y aparcó la autocaravana ocupando tres plazas de estacionamiento.

La brusca parada despertó a Andrea y a la Nena. Ella tenía la mirada clavada en el parabrisas, las manos en el volante, y de la barbilla le goteaban lágrimas. Imaginó el olor de las rosquillas en sus estantes, la grasa de los fogones. El sabor de la neblina azucarada que solía flotar en el Rapid City. Eran los únicos recuerdos de aquel horror que le reportaban algo de alivio. Los que la hacían ir a la cocina a las tres de la madrugada.

Andrea había visto a Dorothy después de esas pesadillas, durante aquellas sesiones nocturnas de repostería. Pero nunca la había visto así.

—¿Mamá? —dijo suavemente, como si estuviese despertando a una niña de un mal sueño.

La Nena se arrastró hasta el espacio entre los asientos, se arrodilló y apoyó la cabeza sobre la cadera de su abuela.

—Mamá… —le susurró a Andrea.

—Mamá, ¿te encuentras bien? —le preguntó de nuevo Andrea a Dorothy—. ¿Qué pasa?

Dorothy tenía la cabeza inclinada sobre el volante. Su hija solo veía su silueta iluminada por las lámparas de sodio del aparcamiento.

—Fue horrible, de verdad, horrible —dijo Dorothy sin levantar la vista—. Nunca te lo he contado, cariño. Es tan horrible…

Hablaba en voz tan baja que Andrea y la Nena tuvieron que acercarse para oírla. Ninguna de las dos estaba segura de lo que decía.

—Abu, me estás asustando —dijo la Nena.

Pero ese era el desahogo que Dorothy tenía pendiente y que se había negado a sí misma todo ese tiempo. Debía enfrentarse a ese momento y quería que su hija y su nieta estuviesen allí con ella. De modo que siguió hablando, un torrente incontenible, como si no hubiese oído a la Nena; sabía que, si paraba ahora, tal vez no dijese

nunca lo que necesitaba ser dicho.

—No había ningún campo de refugiados —empezó—. No fue allí donde te encontré. Estaba en una incursión con un grupo de soldados. Se suponía que yo no debía estar allí e Irene no lo sabía. Encontramos a un grupo de prisioneras encerradas en un vagón. Estaban todas muertas, pero uno de los chicos oyó algo. Eras tú, Andrea. Estabas llorando. Aún estabas en brazos de tu madre, envuelta en un chal sucio con tu nombre cosido en el dobladillo. No podía dejarte. Te vi la cara y supe que nunca podría dejarte.

»Te metí a escondidas en el Clubmobile y le dije a Irene que necesitaba su ayuda para llegar a la frontera. No estaba dispuesta a que nadie te apartara de mí. Tenía la esperanza de salvarte. Tal vez lo que necesitaba era que tú me salvaras a mí. Quizá no lo entiendas, pero yo estaba muy perdida. Y, de repente, fue como si tú fueras mi brújula. De pronto tenía una ruta, un plan. Tomé una decisión por mí misma. Te elegí a ti.

»Irene estaba hecha una furia, pero la obligué a conducir el camión porque no me fiaba de que te cogiera en brazos. Yo siempre era la que conducía. Esa era mi única habilidad. Ella… nos regalaba a todos su alegría. Pero entonces le tocó llevarnos por las montañas. No dejaba de rogarme que entrara en razón, pero no le hice caso. Yo solo le decía que fuera más rápido. Estaba muy asustada, no se le daba bien conducir. Las carreteras eran peligrosas y se estaba haciendo de noche. Tomamos una curva y… no sé qué pasó. De alguna manera, nos despeñamos. Pero yo no iba a dejarte. Salimos volando. El camión explotó. Irene murió. Pero tú seguías allí, eras mi niña.

»Abrí los ojos; me zumbaban los oídos. Tenía sangre por toda la cara. Y había unas mujeres allí. Al principio pensé que eran fantasmas y que Irene era una de ellas y la llamé. Pero me limpiaron la cara y señalaron en dirección al enorme incendio: eran los restos del Rapid. No había forma de salvarla. Tú debías de estar llorando. Una de las mujeres te arrancó de mi abrigo y te dio el pecho. Creo que yo decía: “Bendita seas, bendita seas”. Se arrodillaron a mi alrededor. Cuando recuperé la audición me di cuenta de que hablaban en diferentes idiomas. Todas huían de la guerra, como tú y como yo. Me trajeron agua de un arroyo del valle. Me pusieron paños mojados en la cabeza. Y agua en los labios.

»Fue fácil quedarme con ellas. Nadie me preguntó por qué tenía un bebé. Me veían como una madre y ya está. Me vendaron las heridas y me dejaron ir en sus vagones hasta que estuve lo bastante fuerte para andar. Había muchos refugiados. Entonces fue cuando empezó mi nueva vida. Cerré la puerta a todo lo anterior. No me permití pensar

en Irene ni en nadie que hubiera conocido antes. Lo único que importaba eras tú y encontrar un hogar.

»Europa estaba hecha pedazos después de la guerra. Tardamos meses, pero al final conseguimos llegar a Dinamarca. No pude evitar reírme cuando en el campo de refugiados de la Cruz Roja nos metieron en un barco rumbo a Copenhague. Me negaba a hablar inglés y, como tengo el pelo rubio, dieron por hecho que era danesa. El resto de la historia ya lo conoces. Pero también debes saber que, durante cincuenta años, he intentado enterrar esto. Sigo viendo la cara de Irene en el camión, justo antes de que explotara. Le había prometido que volveríamos juntas a casa. Pero, en lugar de eso, la sacrifiqué y es algo que me ha perseguido hasta el día de hoy.

Agotada, Dorothy dejó finalmente de hablar. Apartó las manos del volante. En el silencio, Andrea buscó la mano de su madre. La de la Nena fue al encuentro de ambas y las tres mujeres permanecieron allí sentadas durante incontables minutos.

—Cuando lleguemos —dijo al fin—, pondré flores en la tumba de Irene Woodward. Tendréis que sujetarme, porque no creo que pueda yo sola.

50

Irene estaba dando vueltas y revolviéndose en una de sus pesadillas. Fuera, las linternas rasgaban la noche. Le llegó ruido de pies corriendo y de motores; era tal el estruendo que bien podrían ser dinosaurios atravesando los setos y el jardín de su casa. También se oían hombres vociferando y el eco crispado de sus armas cual rocas golpeando los muros exteriores. Los gritos de las mujeres la despertaron e Irene empezó a chillar y a patalear hasta que tiró a su viejo gato al suelo de un empellón.

Se levantó de la cama exhausta y fue al armario arrastrando los pies como una borracha mientras regresaba lentamente a su cuerpo tras aquella oscura noche en la que su casa entera se derrumbaba. Cuando no le atormentaba el sueño de la casa, era el de que se le abrían las heridas de las piernas y el vientre, y se le iban desprendiendo partes del cuerpo que acababan tiradas por el suelo. Pero, de vez en cuando, las mejores noches, soñaba con un apuesto hombre que le cantaba, guitarra en mano, aquella canción.

Se quitó el camisón y se puso ropa decente, un vestido discreto. Se calzó unos zapatos muy viejos e hizo la cama. El gato hacía de las suyas en la puerta del dormitorio. Le dolían y le ardían las piernas y las caderas, sentía descargas eléctricas que iban desde las rodillas hasta el ombligo. No había conocido un día sin molestia desde la guerra.

Bajó las escaleras con cuidado de no perder el equilibrio. El gato había aprendido a seguirla un paso por detrás. Cruzó el salón, se apoyó en la mecedora y pulsó el botón de reproducción del tocadiscos, que la gratificó con Louis Armstrong admirando lo maravilloso que era el mundo. Se dirigió a la cocina y encendió la cafetera eléctrica. Le gustaba comerse un dónut todas las mañanas con su primera taza de café amargo. Casi olía el barro, los gases de escape y el hedor de cien muchachos mugrientos al otro lado del mostrador del camión. Le encantaba la luz de Europa a primera hora de la mañana. Pero ¿acaso no era porque el circo no había comenzado todavía? Todo parecía sagrado y numinoso cuando solo se oía el rumor de los árboles y el murmullo calmo de los hombres.

Se llevó el dónut y la taza de café recién hecho con su platito junto

al retrato de Dorothy y tuvo su charla matutina con su querida amiga.

—Parece que hoy es un día especial —dijo.

Al otro lado de la ventana, el mundo se apresuraba hacia el final del verano, aunque las flores amarillas seguían llenas de abejas y, a lo largo de la valla que bloqueaba la carretera, las hojas de los árboles seguían luciendo un verdor lozano. Hoy debía de soplar viento del cabo: las gaviotas planeaban de lado en el cielo.

Cuando terminó, dejó la taza y el platito en el fregadero y se dirigió a la puerta principal con un cuchillo de mantequilla en la mano. Apoyándose en el respaldo de una butaca, se agachó entre crujidos de rodillas hasta tener el tirador de la puerta a la altura de los ojos y, luego, introdujo la hoja bajo el borde del escudito del pomo. Tras hacer palanca, salió disparado y rebotó sobre la alfombra.

Acercó el ojo al interior. Ahí estaba él. Siempre estaba allí. En blanco y negro, aquella foto recortada en un círculo desmañado. Llevaba su bañador negro y tenía los ojos entornados bajo el sol de la Costa Azul, y un brazo echado sobre el hombro de ella, y la mano cerca de su corazón. Protegiéndola. Custodiando la puerta, sentía ella, para que nadie pudiese hacerle daño mientras dormía. Cincuenta años después, él seguía sonriendo, seguía siendo joven.

—Buenos días, cariño —dijo—. Sí, he tenido pesadillas.

Cuánto ansiaba volver a escuchar su canción, oírlo rasguear la guitarra. Acercó un dedo y le alisó el pelo, le tocó la mejilla.

De vuelta a la planta de arriba, se arrodilló de nuevo, esta vez junto a la puerta de su dormitorio; le costó, pero consiguió situarse frente al pomo. Dot, tan luchadora como siempre, debía de andar de mal humor, porque, cuando Irene golpeó el pomo con el filo romo del cuchillo, su amiga salió despedida por los aires y acabó rodando por el suelo.

La recogió y al instante recordó su aroma, incluso cuando solo olía a sudor. Acarició aquella cara sonriente y volvió a meterla en el pomo. Colocó el escudo de latón en su sitio y apoyó la palma de la mano sobre la madera de la puerta antes de ponerse en pie.

Irene tenía la costumbre de quedarse dormida en la mecedora a mediodía mientras veía *The Young and the Restless*. Se echaba la mantita, el gato saltaba a bordo y ella empezaba a emitir ronquidos suaves antes de que la telenovela llegase a la mitad.

Cuando el minino saltó de su regazo, se despertó súbitamente. Había un programa de televisión lleno de colores vivos y gente haciendo el tonto. El gato salió corriendo escaleras arriba, asustado por lo que fuese que ella no había oído. Irene se frotó los ojos y oyó

un portazo en el exterior, seguido de unas voces. Apagó el televisor con el mando a distancia y aguzó el oído.

—Pero ¿qué diablos? —Se acercó a la ventana que había junto a la puerta principal y se pegó a la pared como una anciana paranoica; luego descorrió un poco la cortina para echar un vistazo fuera.

Una autocaravana había traspasado su propiedad. Estaba parada en mitad del camino de grava, bloqueándolo todo.

—Valiente descaro —dijo sulfurada—. ¿Es que no han visto la señal de prohibido el paso? ¿Ni la de que no se admite publicidad?

Una chica joven estaba fuera, junto al vehículo, hablando con alguien que había dentro. Irene se puso la mano como visera para ver mejor. Parecía haber otras dos personas dentro. ¿Testigos de Jehová? ¿Demócratas? La chica se volvió hacia la casa, entornó los ojos y empezó a caminar hacia la puerta principal.

51

¿Cuántos kilómetros había recorrido Dorothy durante la guerra tratando de no oír los poéticos relatos de Irene sobre ese pueblecito? ¿Cuántas veces había oído hablar de las botellas de whisky que su tío escondía en el granero? ¿Del huerto de frambuesas de su tía? ¿De la calle que llevaba al cruce con la iglesia presbiteriana? Tantas veces que fue capaz de darle indicaciones a Andrea como si fuese su propio barrio.

Era un día luminoso, pero, en esa región tan al norte, incluso al final del verano empezaban a asomar los primeros barruntos del otoño en las ramas más altas de los árboles. Las gaviotas surcaban el aire. Después de su atormentado viaje en la oscuridad de la otra noche, Dorothy había abandonado gustosamente el asiento del capitán en favor de Andrea. Habían decidido que era mejor visitar primero la granja de los Woodward y ella no pudo por menos que alegrarse. No tenía ningún deseo de ver la lápida de Irene a primera hora del día. Sabía que, después de poner las flores sobre su tumba, estaría muy afectada durante algún tiempo. «Lo primero es lo primero», como solía decir su madre, y Dorothy estaba deseando conocer al fin ese lugar que su amiga había descrito con tanta precisión para ella.

Cuando divisó la bucólica iglesia en el cruce, supo que estaban cerca. Casi oía las cantarinas indicaciones de Irene: «¡Cuando llegues a la iglesia, gira a la izquierda, cruzas las vías del tren, sigues medio kilómetro por la carretera y, cuando veas el huerto de frambuesas gigante, habrás llegado!».

Pero, después de tres kilómetros, Dorothy vio que ya no había más casas y que en ninguno de los buzones ponía «Woodward».

—Tendrás que darte la vuelta —le dijo a su hija.

—¿Estás segura de que es aquí? —replicó Andrea.

Desde atrás, la Nena intervino:

—Es aquí. La Abu nunca se equivoca.

Con un poco de dificultad, la mujer consiguió maniobrar el Chieftain y dar media vuelta.

Dorothy se repitió mentalmente las indicaciones de Irene: «Sé que muchas cosas pueden cambiar en cincuenta años, pero seguro que la granja Woodward sigue igualita que siempre».

—¿Eso no es un huerto de frambuesas?

Andrea se detuvo en el camino de grava y la Nena echó un vistazo al buzón oxidado que había a un lado de la carretera.

—No lo sé, Abu. Aquí pone Dash nosequé. —Dijo que iba a preguntar y, antes de que replicasen nada, la inquieta muchacha salió de la autocaravana y se dirigió al porche.

Irene estaba esperando en la puerta, con la mano apoyada en la madera, temiendo la irrupción que de seguro estaba a punto de tener lugar. Nunca entendía por qué llamaban allí. «Son testigos de Jehová, seguro», decidió. El tiempo pareció dilatarse. ¿Cuánto rato llevaba andando aquella jovenzuela? ¿Habría ido a pasear por el campo a pesar de la señal que lo prohibía?

Finalmente, un golpe en la puerta.

Irene echó mano del pestillo y abrió, dejando el hueco más estrecho posible. Ella y la chica se miraron un momento. Esta dibujó una sonrisa falsa en el rostro.

—Dime, querida —dijo ella—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Siento molestarla, señora —respondió la chica con un acento difícil de ubicar—, es que estoy buscando la antigua casa de los Woodward. —Miró hacia atrás por encima del hombro.

Irene se asomó un poco para ver si había alguien escondido tras los setos. Mantuvo una mano en el pomo, por si necesitaba cerrar la puerta rápidamente. Volvió a mirar a la chica a la cara sin responder a su pregunta.

—¿Quién está ahí contigo? ¿Qué es lo que quieres venderme? —preguntó.

La chica soltó una risita nerviosa.

—Nada, nada, señora.

—No voy a comprar nada —dijo Irene—. Pero muchas gracias por venir. Me has alegrado el día. —Empezó a cerrar la puerta.

—Espere.

Ella la miró fijamente.

—¿Y por qué te interesan los Woodward?…

—Estamos de viaje y queríamos ver este lugar y presentar nuestros respetos —explicó la chica—. Mi abuela conocía a alguien que vivía aquí. —Era consciente de que empezaba a balbucear—. En realidad, me dirijo a la universidad, pero quería parar aquí primero por las historias que cuenta mi abuela.

—Pues buena suerte con tu búsqueda. Bueno, adiós, querida.

La Nena miró de nuevo hacia la autocaravana, cuyas puertas se estaban abriendo, y luego a Irene. Estaba haciendo el ridículo. Todas

la miraban.

—Solo una pregunta, señora.

Ella ya se había cansado de aquella criaturita y de su peculiar acento.

—No puedo ayudarte —dijo—. Tal vez el bibliotecario del pueblo tenga algunos artículos periodísticos sobre los Woodward.

La idea de Irene era cerrar la puerta con firmeza, pero sin dar un portazo. De forma instintiva, la Nena puso la mano para evitar que se cerrase. Y entonces estuvo a punto de forcejear absurdamente con ella.

—¡Espere, por favor! —insistió la chica—. Solo necesito…, por favor… —Apretó un poco más y la puerta se abrió con un chirrido y la chica vio el interior de la casa. Entonces enmudeció y se quedó boquiabierta, mirando por encima del hombro de Irene.

Esta miró hacia atrás para ver qué podía haberla asustado tanto. No había nada en su campo visual excepto el retrato de Dorothy, mirando al cielo, como si esperase el regreso del escuadrón. Ella se volvió de nuevo hacia la chica, perpleja.

—¿Qué ocurre, jovencita?

—No entiendo nada —dijo la niña—. Esa es mi abuela. ¿Por qué tiene su foto?

Irene estaba ya meneando la cabeza.

—Ah, no, querida. —Sonrió condescendiente—. Esa mujer falleció mucho antes de que tú vinieras a este mundo.

—No, pero esa es mi abuela. Dorothy.

—¿Perdón?

—Dorothy Dunford.

De repente, el suelo le resultaba inestable. No entendía de qué estaba hablando la chica. Dos mujeres habían abandonado la oscuridad del vehículo.

Le temblaban las manos.

—Esto no tiene gracia —dijo.

La Nena miró hacia la autocaravana.

—Es ella, mi abuela. Dijo que su mejor amiga de la guerra la llamaba «querida Dot». Hemos venido a presentarle nuestros respetos. Me llamo Irene, como ella, pero me dicen Nena. Mi abuela dice que soy la tercera chica del camión.

Irene casi no podía respirar.

—¿Cómo…? —empezó a preguntar la joven.

—A mí me decían la Caimana —susurró.

Una luz se encendió en los ojos de la chica.

—Entonces, ¿usted es…?

Irene se sentía muy mareada, como si estuviese en aquel barco en

el que cruzaron el Atlántico, cincuenta años atrás, tan confusa como cuando cayó la bomba zumbadora, tan inestable que era incapaz de mantenerse en pie. Se apoyó con fuerza en el marco de la puerta. Intentó respirar con calma.

Uno de los fantasmas del camino de acceso alzó el brazo y saludó.

—¿Todo bien, Nena? —dijo.

Todos los remordimientos, todos los pesares, todas las esperanzas, toda la culpa, todo el miedo, toda la soledad, todo a la vez en la garganta. Irene se agarró al borde de la puerta. El mundo que tenía delante se había duplicado, estaba desenfocado.

—Lo siento —dijo.

La estrella más lejana, aquella que el telescopio no conseguía enfocar jamás, se había vuelto nítida de repente, dejando ciegos a los espectadores. Esa anciana, la que llevaba pantalones, era lo único que Irene veía. Lo único que siempre había querido ver.

—Lo siento —volvió a decir—. Dame un… —Pero se detuvo en seco, cerró la puerta y entró en la casa.

La chica caminó hacia su madre.

—¿Qué pasa, Nena? —preguntó Andrea con preocupación en la voz.

—No lo sé —dijo—. Pero creo que es la señorita Irene.

—Ay, cariño, seguro que lo has entendido mal —repuso la mujer—. Eso no es posible.

—Es ella, mamá.

De repente, las dos corrieron como una sola persona hacia Dorothy, que estaba tambaleándose; apenas conseguía respirar, tenía la mirada clavada en el porche de la casa.

—Creo que acabo de ver un fantasma —dijo. Las tres miraron hacia la puerta—. Vamos, Caimana, abre esa puerta. —Su voz sonó tan baja que apenas se oyó—. Tú puedes —añadió—. No dejes que termine así. Sé fuerte y sal a verme. Estás a un simple paso.

—¿Estás bien, Mamá? —dijo Andrea.

Dorothy parecía como más alta, con la espalda totalmente erguida por primera vez en años.

—Estoy bien.

—¿Cuánto tiempo vamos a esperar aquí fuera? —preguntó la Nena, frotándose con las palmas de las manos las lágrimas, en las que no había reparado hasta ese momento—. Tenemos que volver y hablar con ella.

En algún lugar, por encima de ellas, graznaban las gaviotas y los cuervos. Por la carretera rural pasó un coche.

—Esperaré todo lo que haga falta —dijo Dorothy.

—Mamá —dijo Andrea—, no entiendo qué está pasando. ¿Cómo es posible?

La aludida escarbó en la tierra con la punta del zapato. ¿Podía ser así de fácil? Después de medio siglo, conduces unos cuantos kilómetros y descubres que todo lo que siempre has querido estaba… justo allí, todo el tiempo. Que has pasado la mayor parte de tu vida aferrada a una creencia catastrófica y errónea. Vio que la cortina de Irene se descorría y volvía a cerrarse de un tirón, y entonces sonrió.

—Chicas —dijo—, es hora de que volváis al camión. Este momento es solo para nosotras.

Su hija y su nieta se mostraron claramente reticentes.

—Pueden mirar desde el Chieftain, señoras, pero, ahora, largo de aquí. —Sola, bajo aquel sol austero, Dorothy enderezó los hombros y sonrió a la casa—. Ya puedes salir.

Dentro, después de acercarse sigilosamente a la ventana y descorrer la cortina para contemplar la figura solitaria bajo el sol, Irene se sentó en la mecedora. Tenía las manos paralizadas, temblorosas. Apenas podía respirar. Nada de eso tenía el más mínimo sentido. ¿Las plegarias eran atendidas con tanta facilidad? ¿El mundo, errado durante cincuenta años, rectificaba sus faltas enviándote a una extraña a la puerta de tu casa? ¿O es que estaba muriéndose y Dot había ido a por ella?

Irene se llevó las manos a la cara. Le llegó el olor a combustión del camión, oyó sus propios gritos. «Volqué el camión por aquella montaña —recordó—. Y la dejé allí. Estaba viva y la dejé. Dios mío, la dejé allí.» Se quedó mirando el retrato con los ojos empañados de lágrimas.

Por fin empezaba a comprender. Sobrevivir significaba una vida entera de perdón. Desde aquella noche en la montaña, había pasado sus días en una penitencia tortuosa de la que solo podía escapar ahora si decidía perdonarse a sí misma. Fuera lo que fuese lo que había al otro lado de su puerta, sabía que hoy hallaría la reconciliación.

—Querida Dot —dijo en voz alta a la habitación—, no voy a abandonarte otra vez. —Se levantó lentamente y se acercó. Agarró el pomo, extrayendo fuerzas de él una última vez—. Hans —dijo—, cógeme la mano. Te necesito. —Sintió el calor del latón en la palma.

Irene respiró hondo, cerró los ojos y abrió la puerta. Su presencia quedó revelada a la luz del día y le pareció que tardaba mucho tiempo en armarse de valor para volver a abrirlos. Cuando lo hizo, vio a Dorothy al pie del porche con los ojos cerrados, las manos juntas en el corazón, casi como si estuviese orando. Ella bajó las escaleras, cuyas tablas crujieron.

Había pasado los últimos cincuenta años tratando de dar sentido a lo sucedido, intentando conciliar sus zozobras y traumas con el mundo que la rodeaba. La guerra había sido una explosión de oscuridad, un caos inescrutable. Pero allí, ahora, estaba la clemencia. Allí, ahora, estaba el perdón. Cuando Dorothy abrió al fin los ojos, Irene soltó un pequeño grito y se acercó a su amiga. Allí, ahora, estaba la alegría.

Se sostuvieron el rostro con las manos mutuamente. No podían apartar la mirada de sus respectivos ojos. Todo lo demás desapareció: el rumor débil de las olas lejanas, el eco de las gaviotas, el silbido del viento entre los árboles. Conmovidas por la escena, Andrea y la Nena salieron de la autocaravana y se acercaron a ellas, pero las viejas amigas no se dieron cuenta. Era como si, desde la última vez que se vieron, solo hubiese transcurrido un instante y, al mismo tiempo, una eternidad.

Se quedaron juntas bajo aquel cielo salvaje y la sangre de ambas, sangre viva, rugía dentro de ellas. Ya estaban imaginando sus próximos años, las aventuras que vendrían, el desahogo, la liberación, el whisky, el murmullo cálido de las olas, las noches que ya no estarían llenas de pesadillas y lamentaciones, sino de risas hasta el despuntar del alba. El tiempo les había sido devuelto. Ahora hablarían sin cesar. Fuera cual fuese la historia que las había llevado hasta allí, aún tenían años para desentrañarla.

Finalmente, Dorothy esbozó una pequeña sonrisa y se acercó un poco a ella.

—Buenos días, Irene —susurró, enarcando una ceja, y empezó a reírse.

—Querida Dot, ¿de verdad eres abuela? —preguntó ella con incredulidad.

—Lo soy. ¿Y adivina qué? —Dorothy movió la cabeza hacia Andrea y la Nena—. Su madre es la bebé que salvamos. Nuestra bebé.

Atónita, Irene se quedó mirando a Andrea. Ahí estaba el verdadero milagro.

Madre e hija se detuvieron en la entrada e Irene les sonrió y saludó tímidamente con la mano. Las mujeres le devolvieron el saludo.

—Mira lo que has hecho, Dottie —dijo Irene—. Mira lo que has hecho.

—¿Qué te parece si entramos? —sugirió Dorothy—. Te lo contaré todo.

—Podría preparar café y rosquillas, sí —dijo con una sonrisa.

Dorothy resopló.

—¡Mejor un poco de whisky!

Irene rodeó con el brazo a su querida amiga y la ayudó a subir los

escalones.

—Nunca adivinarás lo que tengo en el baúl, Dottie. ¡Las boinas!

Con el simple hecho de pensarlo, Dorothy se echó a reír. Pronto, ambas mujeres empezaron a reírse con tanta fuerza que tuvieron que sostenerse la una a la otra. E Irene, que durante tanto tiempo había creído que el mundo estaba hecho de oscuridad, supo de repente que habitaría en la luz hasta el final de sus días. Subieron juntas los escalones del porche del bracete, como si estuviesen de nuevo por las calles de Cannes. Las Hermanas dejaron la puerta abierta para que las mujeres que venían detrás de ellas entrasen.

Nota del autor y agradecimientos

La fotografía que abre el presente libro corresponde al CRA Cheyenne en un servicio de combate en Europa. Las tres mujeres delante del vehículo son, de izquierda a derecha, mi madre, Jill y Helen. Me gusta imaginar que el rostro fantasmal que aparece detrás del mostrador es el del Manitas.

Este libro es una novela, una ficción. Pero ahora creo que es la historia del reencuentro con mi madre. A veces, una fábula es la forma más certera de entrever la verdad del pasado. Al escribir esta historia, descubrí a la mujer impetuosa y audaz que era antes de que yo llegase a este mundo. La mujer que luchó por resurgir tras la guerra, pero que se perdió en pesadillas terribles y en un aislamiento inexplicable. He querido compartir su historia con vosotros. Y las de sus olvidadas hermanas de armas.

Aunque los detalles principales se basan en hechos históricos, el proceso de escribir este libro fue un acto de imaginación realizado bajo la absoluta necesidad de ceñirme a esos hechos.

Mi idea original era escribir un relato de no ficción sobre mi madre y los Clubmobiles de la Cruz Roja Americana. Sin embargo, se trata de una historia de escasa relevancia para el archivo histórico. Al principio de nuestras investigaciones, nos dijeron que un incendio en un almacén de la Cruz Roja en los años setenta había destruido los registros de los Clubmobiles de la Segunda Guerra Mundial. Por lo que no existe ningún mapa oficial de los viajes que emprendieron estas mujeres ni registros de personal. No he conseguido encontrar ningún documento del devastador accidente que sufrió mi madre ni he averiguado en qué hospital de campaña fue atendida. Apenas hay información en los archivos, solo objetos personales que ellas mismas guardaron. La única razón por la que estas historias han sobrevivido es porque las mujeres de la Cruz Roja Americana se las contaron a sus seres queridos. Mi tesoro oculto fueron las cartas, los relatos autopublicados, los escasos documentos periodísticos y las entrevistas grabadas que se encuentran en algunos museos. En Harvard tienen un archivo del Clubmobiles de la CRA que cuenta con una magnífica colección de estas cartas. Si bien debo subrayar que mis fuentes primarias fueron las cartas y los álbumes de recortes de mi madre y de

Jill.

Cuando empezamos a investigar, hace ya casi veinte años, localizamos toda esta documentación, incluido un ejemplar viejo de «la Biblia» *(The Clubmobile—The ARC in the Storm,* de Marjorie Lee Morgan), que, al parecer, se autopublicó en 1982. La señora Morgan tuvo ocasión de entrevistar a las tripulantes de los Clubmobiles —también a mi madre—, recopilando de este modo los únicos testimonios de los que se dispone. Sin embargo, no citó sus fuentes y no he podido encontrar más datos sobre ella. Pese a todo, este hecho no invalida las historias que aquellas mujeres relataron y, de hecho, considero que constituye un valioso documento para el registro histórico de la Segunda Guerra Mundial. Agradezco a la señora Morgan su empeño por que se reconociese la labor de estas mujeres, así como su perseverancia en la publicación del libro. Guardo con gran aprecio mi ejemplar y las fotos de mi madre que no había visto, así como la historia que le confió y que yo desconocía.

En mi sitio web puede consultarse una lista más exhaustiva de los libros y publicaciones que me sirvieron de información.

Mi madre, Phyllis Irene, tenía raíces en Manhattan, el Bronx y Richmond Village, en Staten Island; su madre regentaba una tienda de antigüedades en Broadway y pasó muchos de sus primeros y últimos años en Mattituck. Todos lugares extraños para mí. Al igual que los escenarios y experiencias de la guerra, estos sitios no eran más que recuerdos fracturados, historias contadas a medias, miradas furtivas a su baúl de la Segunda Guerra Mundial, tardes ociosas ojeando sus álbumes de fotos. Aunque yo no me sentía capaz de leer sus diarios, Cindy se prestó a ello y me ayudó a sobrellevar las partes más dolorosas. El viaje ficticio del CRA Rapid City —vehículo cuyo nombre es también ficticio— sigue en general el itinerario del camión de mi madre, el Cheyenne. Ella y el resto de las tripulantes eran miembros del grupo F.

Mi madre falleció en abril de 1990. Tenía una Biblia y un libro de recetas de Julia Child junto a su lecho.

Hoy sé que, cuando yo la miraba, «solo» veía a mi madre, pero ella se veía a sí misma como una estrella de cine de Manhattan con un burbujeante cóctel en una mano y un glamuroso cigarrillo con boquilla en la otra, amenizando con su ingenio alguna reunión de gente sofisticada mientras sonaban las cadencias jazzísticas del piano de Bobby Short y se decían unos a otros: «Queriiido». No estaba atrapada en un apartamento de barrio ni en un suburbio desértico de San Diego. Y siempre se veía a sí misma como esa mujer vitalista y

tremendamente risueña. Espero que, allá donde esté ahora reunida con sus compañeras, en ese cóctel celebrado en algún rincón de la eternidad, apruebe mi esfuerzo por honrar la verdad.

Por supuesto, Jill Pitts Knappenberger fue mi inspiración para el personaje de Dorothy, aunque esta la creé de la nada. El espíritu entusiasta, el ingenio y el patriotismo de Jill forman parte del personaje; también ella era la única persona con vida que conocía a mi madre y la experiencia del Clubmobile. Jill conducía el Cheyenne. Mi madre siempre se refería a ella como «querida Jill».

Pero, durante los años posteriores a la guerra, nunca hablaba de ella y yo di por hecho que había muerto. Supuse que en el terrible accidente que puso fin al servicio de mi madre estaba involucrada otra «chica» que jamás encontraron en la montaña, y esa mujer, en la nebulosa de las parcas explicaciones al respecto, debía de ser Jill. Eso es lo que yo pensaba.

Pero, mientras rebuscaba por enésima vez entre las cartas, Cindy encontró una etiqueta con la dirección de la señora Jill Pitts Knappenberger y dedujo que esta debió de sobrevivir a la guerra. Gracias a una búsqueda rápida en Internet, dio con una dirección de Jill a menos de ciento cincuenta kilómetros de nuestra casa. Y lo más sorprendente: encontró una entrevista de cuando era joven en la televisión local. Nuestra señorita Jill. La querida Jill. Viva y contando su historia. Nerviosa, Cindy le escribió y le contó lo que estábamos haciendo. La mujer nos llamó al día siguiente.

Ella me llamaba Louis. Tenía noventa y cuatro años. Me dijo que debíamos ir a verla de inmediato. «Louis —me dijo—, no esperes a que cumpla los noventa y cinco. No sé si me entiendes.» Fuimos a su apartamento en Champaign al día siguiente. Cuando la señorita Jill abrió la puerta, lo primero que vi fue un gran retrato de mi madre colgado de la pared de su salón.

Comenzamos a visitarla con regularidad, pasamos días gratificantes con ella, años felices, la llevábamos a comer fuera y a beber manhattans —dobles— que ella, en efecto, llamaba «zumitos de alegría», anécdota que robé para el libro. Nos tejió numerosos posavasos con nuestras iniciales. Compartimos todas las fotos de la guerra que teníamos, medimos el interior del Clubmobile en la alfombra de su salón, nos enseñó el mapa que llevaba sobre el volante del camión mientras conducían y nos reímos, nos reímos mucho. Incluso nos reveló quién era el pretendiente de mi madre en la playa de Cannes, el joven que inspiró el personaje del Manitas. Se llamaba Jake. Cindy grabó horas y horas de nuestras charlas.

Jill proporcionó un contraste de nitidez y realidad a mis imaginaciones difusas. Espero que la reconozcáis tanto a ella como a Phyl en ciertos pasajes del libro. Me ayudaron a mantener la veracidad. (Con esto en mente, un recordatorio: esto es una novela. Esta mujer jamás salió de patrulla nocturna. Eso fue invención mía; fue Dorothy Dunford.)

Jill nos dejó a los ciento dos años. Sus archivos personales fueron a parar a la Universidad de Illinois, donde se encuentran actualmente. Una de sus amigas y vecinas más queridas, además de su fiel guardiana, era Nancy Johnson, de dicha universidad. A menudo, se unía a nuestras charlas y, ya fuera sola o con su marido, nos acompañó a muchas comidas en el club de campo. Nancy veía la televisión con Jill todas las tardes. Cuando esta falleció, tuvo la amabilidad de dejarnos consultar sus documentos, cartas y fotografías durante un día entero antes de que pasaran al departamento de colecciones especiales de la biblioteca. El libro no habría llegado a ser lo que necesitaba ser sin su ayuda.

Ah, el Manitas. La génesis de Hans el Manitas está inspirada en dos cosas de la vida real: los álbumes de recortes de Jill y el pomo de la puerta del dormitorio de mi madre. Un tercer elemento lo convirtió en un personaje importante de la novela.

Jill nos estaba enseñando su álbum de recortes más preciado. Era muy organizada y esta colección privada de imágenes estaba artísticamente montada en un álbum más pequeño con páginas negras. Y en cada foto había una anotación en tinta blanca. Poco antes de fallecer quiso regalárnoslo, pero pensamos que debía quedárselo su familia. Un día, mientras yo hojeaba el álbum y ella comentaba algunas fotos, me detuve en la parte de Cannes. Y allí estaba Phyllis, en la playa, guapísima. Pasé la página y allí estaba de nuevo, junto a un tipo alto y sonriente con un brazo echado con desenfado sobre los hombros de mi madre.

—¿Quién es ese? —pregunté.

Jill se inclinó y sonrió.

—Ah —dijo—. Es Jake.

—¡Jake! —grité—. ¿Quién es Jake?

El personaje de Dot nació en ese momento. Jill me miró con picardía. Me dijo:

—Louis, estábamos en la guerra. Todas teníamos novios.

Los pomos del final del libro son fruto de una experiencia más inmediata. Después de que mi madre muriese mientras dormía, descubrí una foto de un hombre de pelo moreno introducida en el

pomo de su puerta. Jamás supe quién era, pero sabía que ella lo había puesto allí para protegerla por las noches. Cuando vi a Jake, fuera quien fuese, supe que él acabaría en el pomo de Irene. Más tarde, revisando las cartas de Jill, encontramos una mención al novio de Phyl, quien, al parecer, era un importante teniente coronel y un as de la aviación. Y así es como un personaje cobra vida.

Aunque, como ya he mencionado, existe un tercer elemento en la génesis de este.

Las montañas sagradas de Wallowa se ciernen sobre Joseph, en Oregón. Llevamos años dirigiendo talleres en Fishtrap, el gran festival de escritura a orillas del lago, entre cuyos precursores figuran genios como Le Guin y William Stafford. A menudo participo en eventos para recaudar fondos para los talleres y un año decidí subastar los derechos a poner nombre a los personajes de mi libro. Un caballero llamado Mike Andrews pujó una cantidad muy generosa y más adelante me contó una historia personal que me causó una profunda impresión. Él no sabía que Hans Enricus habría de convertirse en el elemento romántico de la novela.

Nota para los detectives literarios: hay varios personajes más con nombres de personas reales. Algunos proceden de pujas benéficas; otros, de peticiones por escrito; varios, de amigos; y muchos, de libros de historia o de las cartas que conseguimos reunir. García cierra el círculo desde mi primera novela. Llevo esperando desde 1994 para contar su pasado. Aprecio y agradezco las historias que he escuchado a lo largo de los años, gente compartiendo recuerdos de la guerra o anécdotas de algún pariente delante de una taza de café o una buena comida mexicana. La desgarradora escena del ataque del torpedo y los marineros ahogados al principio del libro está inspirada en largas conversaciones con Bill *PawPaw* Somers (D. E. P.).

Todos los que me conocen saben que no podría haber escrito este libro sin mi esposa, Cinderella. Desde la interminable resolución de problemas informáticos hasta las horas de investigación, pasando por el sinfín de documentos y gráficos, los miles de kilómetros de viaje, las entrevistas y las eternas revisiones. Gran parte de esta novela fue debatida mientras reposábamos la cabeza sobre la almohada a altas horas de la noche.

Como primera editora, Cindy me ayudó en algunas tramas potencialmente incómodas, como la historia de amor con el Manitas. Durante su carrera como periodista, ella había estudiado a fondo los traumas femeninos y siempre creyó que mi madre sufría de trastorno de estrés postraumático (TEPT), y que eso explicaba muchas de sus

luchas. Juntos, investigamos el TEPT de las mujeres en relación con la guerra y eso nos abrió ventanas a los oscuros secretos que tanto Irene como mi madre guardaban en su interior.

Recorrimos todo Estados Unidos, visitamos todos los museos de guerra y aviones; fuimos al Reino Unido, a Francia, a Bélgica, a Austria, a Baviera, a Dinamarca, a Suecia, sin olvidar nuestra épica expedición en tren y por *Autobahn* a lo largo y ancho de toda Alemania. Trabajamos duro en equipo. Este libro debe su existencia a su incansable energía. ¡Viva Cinderella!

Y mi hija, que nos acompañó a lo largo de miles de kilómetros durante nuestro proyecto de investigación, incluidos los senderos por donde se evadía la Phyllis joven en Staten Island, Múnich, Londres y París; Buchenwald, las bases aéreas estadounidenses en Inglaterra, incluso las queridas Wallowa del Manitas. Hasta llegar finalmente a la casa de la señorita Jill, donde se hicieron grandes amigas. Gracias, Chayo. Te agradezco que hayas seguido los pasos de la abuela que nunca conociste, la cual jamás habría imaginado que su nieta se embarcaría en semejante aventura con tanta intrepidez.

Asimismo, deseo expresar todo mi agradecimiento y brindar mi cariño a la mejor agente literaria del mundo, la fabulosa Julie Barer. Gracias, Julie, por armarte de paciencia y vadear a través de años de generaciones y regeneraciones de esta novela.

Gracias a Ben George, mi extraordinario editor. Puso tanto esmero en su trabajo que llegó a saber a qué hora salía el sol en Alemania en la primavera de 1945. Ben entendió cuál era mi destino y, lo que es más importante, supo guiarme para que yo llegase más lejos en mi exploración. Gracias a mis jefes de Little, Brown, Bruce Nichols y Craig Young, por creer en mí. Y a Michael Pietsch, como siempre.

Estoy muy agradecido a Little, Brown and Company por su fe y apoyo incondicionales, así como a sus diversos departamentos, que de tanta ayuda me han servido. Y a mi encantador corrector-torturador Allan Fallow, ese diablillo locuaz, el rey de las correcciones de estilo: ha sido la primera vez que me he reído y celebrado este dueto-duelo. Tenemos que repetir, por favor. Betsy Uhrig, Katherine Akey, Sabrina Callahan, Lauren Hesse, Elizabeth Garriga y Tom Mis se han preocupado por mí y por mi libro de mil maneras diferentes, y les estoy muy agradecido. Y gracias, como siempre, a Michael Cendejas, de Pleshette Agency, agente incansable que leyó multitud de borradores de este libro con una fe inquebrantable. Por supuesto, a Trinity Ray y a Tuesday Agency, por haberme apoyado siempre. Tampoco podría hacer lo que hago sin el increíble Michael Taeckens,

el mejor profesional de marketing, publicidad, contactos con los medios y promoción de todos los tiempos. Me ha puesto el listón muy alto.

Mi querida amiga Lyn Niles (D. E. P.) llevó a cabo una investigación genealógica sobre mi madre y su familia; lo único que lamento es que no viviese lo suficiente para leer el libro. Fano Suárez, el único experto español en Clubmobiles, me envió datos sobre los distintos cuerpos de Clubmobiles, así como inestimables croquis del interior de la cocina. Estoy muy agradecido por el apoyo de la Fundación Guggenheim y la inesperada bendición de la Fundación Borchard. Me proporcionaron un salvavidas y una inesperada validación cuando más lo necesitaba. Les estaré eternamente agradecido.

Uno de los placeres del proceso de investigación de este libro fue tropezarme con el sitio web y la página de Facebook del Grupo de Bombardeo 457, con base en Glatton. Las familias de los hombres que estuvieron allí destinados conservan un legado asombroso y el hecho de poder estudiar con detenimiento aquellas historias y fotografías me procuró un mejor entendimiento de los primeros días de la tripulación del Clubmobile. A través de la página de Facebook y de su administrador, Erwin de Mooij, conocimos a los conserjes e historiadores del monumento conmemorativo de la base de Glatton, Tim y Angela Newell. Debido al COVID, la reunión a la que planeábamos asistir en 2020 nunca tuvo lugar, pero ambos nos dieron la bienvenida dos años después. Les habíamos enviado fotografías de mi madre de cuando estuvo allí y ellos se ofrecieron a llevarnos a los lugares que frecuentó, una experiencia que jamás olvidaré. Tim se crio en Conington, cerca de la base aérea, y nos llevó al antiguo campo. Ayudamos a limpiar el monumento y visitamos las antiguas pistas de aterrizaje, que en la actualidad sirven de aeropuerto regional. El campo del granjero en mitad de la base sigue todavía allí. Geoff, el director del aeropuerto regional, fue un anfitrión muy amable y generoso. Todos brindamos con bola de fuego por los muchachos y sus aviones, y luego paseamos por la pista. Geoff arrancó un trozo del asfalto original, me lo ofreció y dijo: «Tal vez tu madre lo haya pisado». Ese trocito ha estado sobre mi escritorio mientras escribía. Gloria eterna a Leadbelly y a su hermosa canción. Espero haberle hecho justicia y le doy las gracias por haberme servido de inspiración.

Por último, gracias a todos los fantasmas que nos habéis permitido adentrarnos en estas tinieblas.

Título original: *Good Night, Irene*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown & Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

Edición en formato digital: 2024

Copyright © 2023 by Luis Alberto Urrea
© de la traducción: Francisco González López, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-10138-33-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

Primera parte. Así es como recordamos
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
Segunda parte. Carisma con patas
14
15
16
17
18
19
20
21
22
Tercera parte. La carretera del otoño
23
24
25
26
27
28
29
30
31
Cuarta parte. Así es como olvidamos
32
33
34
35
36

37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
Quinta parte. La última del linaje
47
48
49
50
51
Nota del autor y agradecimientos
Créditos